ROJO

Marc Cistaré



APELLIDARSE ROJO NUNCA FUE TAN PELIGROSO

Grijalbo

MARC CISTARÉ

Rojo

Grijalbo

A los que perecieron viendo un horizonte
en forma de alambre de espino.
Mujeres y hombres cuyo único delito
fue luchar contra el delito.

A los míos. Los del barracón número 20.
Pau, Tello, Roc. Y a Nesi.
Junté todas estas palabras desde Pendueles.
No el de verdad, el nuestro,
que es aún más de verdad. Y para siempre.

I a tu, pare.

CAMPO DE PRISIONEROS
Y COLONIAS PENITENCIARIAS
MILITARIZADAS DE
SAN MARTÍN DEL RÍO CUERVO

BATALLÓN DE TRABAJADORES NÚMERO 88

Allá por mil novecientos cuarenta y algo.

PRIMERA PARTE

1

Había visto muchos muertos antes. De todos los colores y formas. Aún calientes, y en avanzado estado de descomposición. De un pieza y troceados. Los había visto en el paredón, en montoneras, en fosas comunes, en calabozos, en salas de tortura, incluso colgados de un árbol. También había visto versiones más aburridas de la muerte, como esos difuntos recostados en su cama mientras una concurrencia los vela compitiendo por mostrar el mayor grado de aflicción. Pero nunca había visto a una persona muriendo. Justo en el segundo exacto de fallecer. En el puñetero preciso instante de dejar de vivir. Hasta ese momento.

El pico estaba ensartado en pleno esternón. La sangre brotaba del socavón provocado por el hierro mientras el escolta convulsionaba. El tránsito fue moderadamente rápido. Los espasmos primero se espaciaron, y luego cesaron. Su boca se tiñó de rojo; sus ojos, de blanco. Y ya.

Dos de los compañeros del agredido corrieron a socorrerlo. En vano. Los demás escoltas se lanzaron sobre el agresor, que no hizo ademán de defenderse. Para qué.

La mañana había empezado fría. Fría de cojones. Y lluviosa. El batallón de trabajadores forzosos salió puntual del campo rumbo a las obras de la presa que pronto serviría para contener las aguas de un pantano. Cuando llegaron allí, reos y escoltas estaban calados por igual. La lluvia es democrática, le chinche a quien le chinche. La jornada laboral arrancó con el toque de silbato tradicional. Lo bueno de picar piedra es que se entra en calor enseguida. Ventajas de la esclavitud. Peor lo pasaban los escoltas, a los que, sin nada que hacer, el frío se les metía en los huesos.

—Que sí, coño. Que es verdad —dijo Trujillo, el escolta al que, aproximadamente tres minutos después, el pico del Marsellés le reventaría el pecho.

—A mí no me vaciles con esas cosas, Trujillo, que te reviento. ¿De verdad que se ve… todo, todo?

Tarrida temía que lo que estaba oyendo fuera mentira, casi en la misma medida que temía que fuera verdad.

—Todo lo que pueda imaginar tu mente enferma… y mucho más.

A Trujillo se le dibujó una sonrisa bajo el cigarrillo a medio consumir.

—Te vas a arrepentir como sea mentira —rebatió, incrédulo—. ¿Seguro que se ve…?

Trujillo le interrumpió, zanjando:

—Te lo puedo decir más alto pero no más claro, Tarrida. Todo, cojones. El coito. La verga entrando y saliendo, ellas chupando, ellos chupando… El lote completo.

Tarrida no las tenía todas consigo. Los escoltas, con sus uniformes atestados de cicatrices en forma de remiendos, se resguardaban de la lluvia bajo una lona que poco tenía que envidiar a un colador

chino. Atienza y Cuenca contemplaban desde la barrera la conversación de alto nivel entre Tarrida y Trujillo. De fondo, el hilo musical de decenas de picos de hierro partiendo con mejor o peor fortuna las piedras de granito.

—Eso es pecado. —El mojigato de Atienza se lanzó a intervenir mientras limpiaba las salpicaduras del único cristal de sus gafas.

—Si estás casado, no —replicó Cuenca, con el silbato colgando del cuello.

—Y si te lo hace una puta, tampoco —apostilló Tarrida, que empezaba a creer en las promesas de su compañero.

—O una francesa. —Trujillo sonrió, al tiempo que daba por sentenciado a su cigarrillo—. Bueno…, aunque todas las francesas son un poco putas, según mi padre. De hecho la película es francesa. De hace quince años, creo.

—¿Y de dónde la sacaste?

—De un rojo de mi pueblo al que le dimos pasaporte.

—¿Y la tienes aquí?

—Aquí, aquí, no, cojones. En el campo. Debajo de mi camastro. —El instigador miró a sus colegas con cara de pícaro—. En Comandancia hay un proyector. ¿Qué me decís? ¿La queréis ver?

Los tres escoltas se miraron como si estuvieran a punto de cometer la peor de las atrocidades. Una cosa es formar parte de un pelotón de fusilamiento presto a ejecutar a ancianos, mujeres y enemigos imberbes, y otra muy distinta sentarse a ver una película en la que los protagonistas practican el sexo más allá del sacramento del matrimonio. Hay pecados y pecados.

El recién llegado, embutido en un uniforme impoluto pero demasiado grande, bajó del camión. Una gota se le metió en el ojo. Maldita lluvia. Se frotó el párpado y observó el campo de concentración que era desde ya su nuevo hogar.

La primera impresión que tuvo fue que era más bonito de lo que imaginaba. Siempre le había gustado el orden. Por eso se le daban tan bien los trabajos administrativos. De hecho, gracias a que era capaz de mecanografiar con la soltura de un pianista, se libró de ir al frente. Así que contemplar aquellos barracones clonados unos de otros dispuestos en perfectas hileras paralelas le produjo una perturbadora sensación de paz. Aunque no era idiota del todo y sabía que en aquel trocito de tierra delimitado por alambradas oxidadas lo que no reinaba, bajo ningún concepto, era la paz.

Sorteando los charcos, que se ensanchaban por segundos, se acercó a la garita. Saludó con poca soltura e intercambió unas palabras con el guarda. Las necesarias, ni una más. El guarda señaló el oeste y luego el camión del que acababa de bajarse, que justo se disponía a emprender la marcha de nuevo. Corrió despavorido hacia el vehículo agitando los brazos.

—Si nos pillan viendo una película como esa se nos va a caer el pelo —deslizó Atienza a sabiendas de que iba a hacer con exactitud lo que le dictaran sus compañeros. Como siempre.

—Yo la he visto ya, y no se me ha caído —lo provocó Trujillo.

—Tú eres un enchufado. Puedes mear en el mástil de la bandera y salir de rositas. —Tarrida lo tenía calado.

A Trujillo le trajo sin cuidado el comentario, básicamente porque era cierto. Él iba a lo que iba.

—Esta noche. Después del toque de retreta. Y, ojo. —Trujillo les clavó una mirada que enfatizó con la ayuda del dedo índice, al posarlo en el pecho de Atienza—. Nada de confesarse luego. El padre Esteban está más salido que los cuatro juntos. Si se entera me pedirá ver la película, y no quiero tener a un cura tocándose la colita a mi vera. ¿Estamos, Atienza?

—Pues con alguien tendremos que confesarnos, digo yo. Pecar no es gratis.

—Cuando vayas al funeral de tu madre aprovechas y se lo cuentas al monseñor.

—Mi madre está viva.

—Vi la foto que te mandó. No tiene pinta de durar mucho…

Los cuatro voltearon la cabeza al oír los bajos del camión rozando con una pequeña roca poco antes de detenerse. La puerta se abrió y el recién llegado saltó hundiendo sus relucientes botas en un charco más profundo de lo deseable. Con los calcetines ya empapados, contempló la perfecta hilera que los presos conformaban, armados con sus picos, a lo largo de un camino pedregoso. El sendero, a medio construir, discurría por la parte baja de la imponente muralla de hormigón que en pocos meses contendría los millones de toneladas de agua de un mar de pega.

Desde debajo de la lona Trujillo escudriñó al forastero con la mirada mientras se prendía otro cigarrillo.

—Odio a los novatos.

—No te cebes con él —le suplicó Atienza.

El nuevo se acercó a ellos. Saludó con la mano en la sien con su inherente torpeza.

—Buenas tardes…, digo, días. Buenos días. —Miró al cielo—. Aunque con este tiempo, lo de buenos… —De nuevo, una gota se le metió en el ojo.

Trujillo no le dio tregua.

—¿Quién cojones te ha enseñado a saludar así? En este campo más te vale saludar con el brazo en alto. A no ser que te guste limpiar letrinas. Con la lengua…

Confuso, improvisó el saludo fascista. Trujillo se rio. Ya se estaba cebando con el nuevo, pensó Atienza antes de tenderle la mano.

—Soy Atienza —dijo, y señalando a sus compañeros—: El alférez Cuenca, Tarrida y el simpático es Trujillo. ¿Cómo te llamas?

Resopló. Cada vez lo mismo. Se había enfrentado a ese trago miles de veces. ¿Por qué él? ¿Por qué? Mira que había apellidos en España. Aunque no fueran bonitos. Feos, humillantes. Muy feos y muy humillantes. Le hubiese dado igual. Qué cojones igual… Hubiese matado por apellidarse Calvo, Gordo, Sordo, Velludo, Feo, Tocino, Borrego, Vacas, Trapero, Sarasa, Guarro o Pajero. ¿Dónde tenía que firmar? No. No había donde firmar. Así que se limitó a contestar.

—Rojo.

Todos se rieron. Incluso Atienza, que se esforzó por evitarlo, sin éxito.

—Ya, ya… Es mi apellido. No puedo hacer nada —dijo el recién llegado, con resignación.

—Qué maravilla. —Hacía tiempo que Trujillo no se reía con tantas ganas—. Un rojo en el glorioso ejército de la gloriosa Nueva España.

Atienza quiso echar un capote al nuevo.

—Mejor usa tu segundo apellido, ¿no?

Además del orden, a Rojo le gustaban las estadísticas. Por su experiencia, había un veinticinco por ciento de posibilidades de que se produjera esa segunda pregunta. Una de cuatro. Pues fue la una. Ya es mala suerte. Especialmente en ese contexto. En el médico, en la iglesia, en la estafeta de Correos le daba apuro. Pero en ese puñetero contexto…

—Es que mi segundo apellido también es Rojo. Mis padres eran primos segundos.

Más risas. Muchas más. Un par de presos, con sus picos en el aire, miraron a los escoltas, sorprendidos por la jarana que se había montado bajo la lona agujereada que les servía de placebo.

—¡¡¡Rojo… Rojo!!! —Trujillo tenía lágrimas en los ojos—. Tú acabas de mano derecha del Caudillo. Seguro.

Ya no eran dos sino más de veinte, los presos que, dando un merecido descanso a sus picos, observaban a los guardianes. Aquel sonido, aquella música en forma de carcajadas los transportó a sus otros yoes. Al yo de antes del campo. Al yo de antes del presidio. Al yo de antes de la esclavitud. ¿Cuánto hacía que no se reían así? La lluvia seguía cayendo. Si cabe, con más intensidad. Las gotas de agua disimulaban las lágrimas que brotaban de algunos de los presos al evocar tiempos mejores. O lo que es lo mismo: recordando.

El momento mágico lo rompió un ruido seco. Como el de un saco de arena al caer sobre las piedras del camino. El saco se llamaba Camilo, y cuando los días tenían colores había trabajado de alfarero en su Soria natal. No era inusual que los presos se desplomaran

mientras trabajaban. El cansancio, el frío, el calor, la mala o nula alimentación… El abanico era amplio.

Rojo observó descolocado al preso desvanecido, sin que nadie hiciera nada por él. Los compañeros del caído le miraban con preocupación, sí. Pero quedaba claro que tenían instrucciones muy precisas de no socorrerse los unos a los otros, si no querían recibir un disparo en el vientre.

—Tu turno, Trujillo —soltó Tarrida invitando al soldado a que acudiera a valorar lo ocurrido.

—Los cojones. No me quiero mojar. Que vaya Rojo Rojo.

Rojo habría levantado las orejas si hubiese tenido la habilidad para hacerlo. Antes de que pudiera acatar la orden, Tarrida salió a su rescate.

—Vas tú, que te toca.

Trujillo lanzó una mirada asesina a Tarrida.

—Ya no ves mi peli guarra —bromeó.

Caminó mansamente bajo la lluvia rumbo al preso caído. Antes de atenderle no perdió la oportunidad de reprender a los demás convictos.

—¿Qué coño hacéis? ¿Creéis que los pantanos se construyen solos…?

Con mayor o menor dosis de resignación, los esclavos volvieron a su esclavitud acompañados de sus picos, de nuevo operativos. Trujillo, chorreando, se agachó, agarró a Camilo por el cuero cabelludo y le alzó la cabeza.

—Tú. Levanta y sigue picando piedra.

Camilo apenas podía abrir los ojos. Trujillo, con la empatía olvidada en su mesita de noche, insistió zarandeándole la cabeza.

—¡Que te levantes, coño!

Trujillo soltó la cabeza del preso con nula delicadeza. Casi la misma que usó para clavarle un puntapié en el costado. Camilo no tuvo fuerzas ni para quejarse.

El Maestro, un preso sexagenario de aspecto quebradizo, salió al rescate de su compañero. Sabía que las sugerencias de los reos solían acabar en saco roto, eso en el mejor de los casos. Pero, si no intervenía, pronto estaría cavando la fosa de su amigo. Y ya había cavado demasiadas.

—No tiene fuerzas, señor. Ha vomitado cuatro veces en lo que va de mañana. Está enfermo.

Trujillo miró al Maestro apenas medio segundo, lo que tardó en ignorarle. El viejo esquivó la bala, pero no sintió alivio alguno. La segunda patada propinada a Camilo fue más contundente aún y arrancó un quejido al esclavo derrotado.

—Levanta o te quedas aquí.

Las patadas se sucedieron. Rojo, a unos metros, bajo la lona inútil, se estremeció ante el espectáculo de bienvenida que le estaban brindando. Él no se alistó para eso. Bueno, él no se alistó, lo alistaron. Pero si lo hubiese hecho no lo habría hecho para eso. Querría haber intervenido, pero no. No es que fuera un cobarde. Le habían contado que los cobardes eran los que no tenían fusil, y él tenía uno. Y no quería dejar de tenerlo.

A la séptima patada varios presos habían dejado de picar piedra y contemplaban impotentes la paliza.

Pero el Maestro no era de los que se quedan callados ante la barbarie. Por eso vestía el uniforme que vestía.

Apostar contra la banca cuando el crupier va armado con un máuser 98 de fabricación alemana no parecía muy inteligente. El viejo lo sabía, pero también era consciente de que, con su edad y sus muchas enfermedades crónicas, su momento de perderlo todo se acercaba. Si no era ese día, sería el siguiente. Al fin y al cabo, morir era la única manera de escapar de ese campo de concentración sin correr el riesgo de recibir un tiro.

Era el momento de jugársela.

—De verdad. Está malo. Por favor, deje que…

El Maestro recogió sus ganancias en forma de culatazo del máuser en el tabique nasal. La hemorragia pintó el suelo de un rojo apagado. El hombre cayó de rodillas.

Ignorando al viejo, las manos de Trujillo amartillaron con agilidad el fusil cuyo cañón lamió el cuerpo inerte de Camilo.

—Te doy tres segundos. O te levantas o te juro que te pego un tiro.

Las cuentas atrás no suelen terminar bien. Si acaso las de Nochevieja, siempre que uno no se atragante con las uvas.

La mira del arma peinó el pelo mugriento del preso. La nariz de Trujillo moqueaba a causa del frío y la adrenalina.

—Tres.

En la lona, Atienza hizo la señal de la cruz sobre su pecho y se besó el pulgar. Rojo quiso cerrar los ojos. Los achinó como para evitar que la maldad le salpicara.

—Dos.

El Maestro apartó la sangre que le enturbiaba la vista, buscó en sus bolsillos pero no le quedaban fichas con las que apostar. A su

lado, el Marsellés, un esclavo corpulento con un látigo en la mirada apretó los puños.

—Uno.

Fin de la cuenta atrás. Lo inevitable a veces lo es, otras no.

Cuando el dedo índice de Trujillo empujó el gatillo, el escolta lo notó más duro de lo habitual. Llevaba dos años con ese fusil y nunca había tenido problemas. Seguro que era cuestión de engrasarlo y ya. Así que intentó imprimir más fuerza al dedo índice para finiquitar el trabajo. Ahí se dio cuenta de que el problema no era el gatillo, sino el dedo. Se había quedado sin fuerzas. En el dedo, en la mano, en los brazos, en las piernas.

Probablemente, el pico de hierro con el que el Marsellés acababa de reventarle el corazón había tenido algo que ver.

Y así fue como Rojo, por primera vez en la vida, presenció cómo alguien moría delante de sus ojos. Cómo un ser humano exhalaba su última porción de aliento.

Lo malo no era que esa fuera la primera vez. Lo malo era que no iba a ser la última.

2

Hay distintos tipos de lluvia. La que caía sobre el rostro sin vida de Trujillo era la de toda la vida, las típicas gotas de agua más o menos gruesas, más o menos afiladas. La lluvia que caía sobre el Marsellés era de otro tipo. Bueno, de la primera también le caía un poco, pero la suya, la que le pertenecía a él en exclusiva, estaba compuesta por patadas, puñetazos, culatazos de máuser y algún que otro escupitajo.

De repente, todo pasó muy deprisa. El primero en reírse fue Atienza. Le siguieron Cuenca y Tarrida. El Maestro soltó la más sonora de todas las carcajadas. El Marsellés se limitó a sonreír. Rojo, perplejo, vio cómo la mano derecha de Trujillo apartaba el pico romo de su pecho y se levantaba con cara de satisfacción. Todos fijaron su mirada y su carcajada en Rojo.

—¡Te la hemos colado, Rojo Rojo! ¡Te hemos colado la novatada! ¡Bienvenido a San Martín del Río Cuervo!

Pero no.

Eso es lo que le habría gustado a Rojo que hubiera ocurrido. Una broma un poco siniestra, pero graciosa. Aunque él no solía encontrarles la gracia a las bromas, estaba casi seguro de que esa novatada habría sido graciosa. Pero ni fue novatada ni fue graciosa.

Sobre todo porque Trujillo estaba muerto en la parte trasera del Jeep. Y no tenía pinta de que fuera a mejorar.

La comitiva de reos y escoltas atravesaba el pueblo que daba nombre al campo. Lo hacían dos veces al día: para ir a la futura presa y para regresar a los barracones. El paso de los esclavos siempre levantaba expectación entre los lugareños, por mucho que ya fuera algo rutinario. Varios de los presos contaban allí con familiares y amigos. Y esos dos momentos de día, al alba y en el ocaso, era todo lo que tenían. Algunos de los habitantes del pueblo se jugaban el pellejo para, a hurtadillas, darles a los convictos un currusco de pan, una patata o, los más afortunados, una zanca de gallina. Los escoltas lo sabían y miraban para otro lado. Muchos de ellos hacían lo mismo. Se dejaban sobornar por los familiares de los esclavos y permitían que colaran medicinas, mantas o lo que se terciara.

Sin embargo, esa día la comitiva tenía otro cariz; los lugareños lo notaron enseguida en las caras de los de un bando y otro. Cuando vieron el cadáver ensangrentado de Trujillo, lo entendieron todo. Unos metros detrás del camión que transportaba el cuerpo, cuatro presos acarreaban una especie de camilla que dejaba un rastro rojo a su paso. Encima estaba lo que quedaba del Marsellés, que aparentaba estar más muerto que vivo. Cerca de él, Camilo, que no parecía ni vivo ni muerto, avanzaba pesadamente apoyado en los hombros de sus compañeros Ventura y Lincoln. El Maestro, con su nueva nariz de boxeador sexagenario, caminaba por su propio pie.

La siniestra procesión la cerraba Rojo; si se le hubiese ocurrido rezar para que todo eso hubiera sido tan solo una novatada, lo habría hecho. Uno se olvida de rezar cuando más lo necesita.

Rojo era una rata de ciudad. Una rata de despacho y escritorio. Y empezó a pensar que no estaba preparado para servir en aquel rincón olvidado de la mano de Dios. Y también de la del demonio. Todo le resultaba extraño, ajeno, indescifrable. ¿De verdad aquello era España?

Hacía horas que había perdido la sensibilidad de los dedos de los pies cuando, a la salida del pueblo, Rojo reparó en una niña de apenas doce años que contemplaba la siniestra cabalgata. Los ojos de ambos se encontraron. Rojo pensó que aquellos ojos no eran los de una niña. Eran ojos de vieja, de viuda. Ojos que habían presenciado y llorado muchas más barbaridades de las que él había presenciado y llorado jamás. Y eso que él le doblaba la edad. Pero ella le doblaba la vida.

Una mujer con una pierna más larga que la otra llegó a donde estaba la cría y se la llevó a una de las casas que se asomaban al camino. En ese momento le pareció una casa triste. Quizá la casa más triste del mundo.

Al salir del pueblo avistaron el campo de concentración. Algo había cambiado, a Rojo ya no le pareció tan bonito como cuando lo había visto por la mañana.

Mientras las alambradas se acercaban recordó que había prometido a Alicia, su novia, que cuando se fuera a dormir le escribiría para contarle cómo había sido su primer día en el batallón de trabajo. ¿Qué cojones le iba a contar? La verdad, no. Obviamente no. Pero él no era bueno inventando historias. Esa parte del cerebro no la tenía desarrollada. Era bueno con los números, las cuentas, los albaranes, los inventarios, pero no fabulando.

Alicia era la artífice de que Rojo hubiese sido trasladado a ese campo. Le había pedido a su tío, un teniente de Infantería, que tirara de contactos para mandar a su novio a un destino próximo al lugar donde ella y su familia acababan de trasladarse.

«Un destino tranquilo para un chico tranquilo, según me dice mi sobrinita. Más te vale que sea así y que no me hagas quedar mal, chaval. Porque, si no, te castro. Y si preñas a Alicia, te castro dos veces», le espetó el teniente en el único encuentro que tuvieron en Capitanía. Rojo se limitó a asentir y a no preñar a nadie. No tenía ningún interés en que le castraran. Ni el teniente ni nadie.

La pareja se había conocido en un burdel. Si la relación se consolidaba, y ambos estaban por la labor, y en el futuro sus hijos les preguntaban cómo se habían conocido, tendrían un problema. Lo sabían.

Alicia tomaba clases de piano en una academia que estaba en el tercer piso de un edificio ubicado en una de las calles más nobles de la ciudad. Tan noble que la primera y segunda planta estaban ocupadas por un lupanar muy exclusivo. El padre de la chica, empresario, y la madre, una beata acérrima, nunca sospecharon que mandaban a su hija a tocar el piano en el mismo edificio donde muchos de sus distinguidos amigos tocaban otras cosas. Pero Alicia no es que lo sospechara, lo sabía.

Rojo era asiduo al prostíbulo. Desde los doce o trece años iba un par de veces al mes, a veces tres. Dependía de lo que ordenara su padre, porque Rojo nunca fue a ningún burdel si no era cumpliendo estrictamente las órdenes de su padre, que era sastre y hacía lujosos y picantones vestidos a medida para las señoritas que trabajaban allí.

En una de las muchas ocasiones en que Rojo fue a aquella casa del pecado a llevar un pedido, al cerrar la puerta del segundo piso se encontró de bruces con Alicia, que salía de clase de piano.

El hijo del sastre se quedó prendado de la rubia pianista, pero durante semanas, para Alicia, Rojo no fue más que un putero. Precoz, pero putero. Y él lo sabía. En las siguientes visitas el chico se esmeró para hacerse el encontradizo yendo a la misma hora que el día del primer encuentro. Consiguió coincidir de nuevo con ella. Se explicó con la intención de librarse del sambenito de putero, y su inseguridad y su torpeza despertaron algo en Alicia, puede que un extraño instinto de protección, que hizo que quisiera saber más de aquel chaval escuálido con poca pinta de frecuentar lupanares de alto copete.

Al principio la relación entre los jóvenes no fue del agrado de los padres de Alicia. Era de suponer. El hijo de un sastre con la hija de un empresario de noble cuna, ni en broma. Durante un tiempo se estuvieron viendo a escondidas, hasta que un día, en otro de los burdeles que daban sustento a su familia, Rojo se topó con un tipo tan parecido al padre de su novia que resultó ser él. A partir de ese momento, todo cambió. Para bien.

Las puertas del campo se estaban abriendo. Rojo se dio cuenta en ese instante de que había dejado de llover.

La docena de presos que no habían ido al pantano no se inmutaron por la apertura de las puertas. Una vez más. Eran convictos enfermos, lisiados no aptos para el trabajo. Sabían que más les valía curarse lo más rápido posible y recuperar el estatus de

apto. Aquello era un campo de trabajo. Y si uno no podía trabajar dejaba de ser útil. Así de simple.

Un par de ellos estaban cocinando algo que intentaba parecerse a un caldo, y otro grupo abría latas de sardinas que disponían de tres en tres en distintos recipientes de metal, la mayoría oxidados. Esa era la paupérrima cena que esperaba a los esclavos después de una extenuante jornada de trabajo. Agua hervida, tres sardinillas y una uña de pan.

Lincoln y Ventura organizaron a cuatro presos para que llevaran al Marsellés a la enfermería, antes de que alguno de los escoltas reparara en que donde debían llevarlo era al paredón. Aquella pared abollada por cientos de balas esquivas, solo algunas fruto de la mala puntería, era el destino final e ineludible del brigadista. Lo sabía él, y lo sabían sus compañeros. Pero estos prefirieron que el doctor del campo le tratara las heridas de la monumental paliza antes de que el comandante le sometiera a las protocolarias torturas previas al ajusticiamiento. Puede que el Marsellés prefiriera que le aplastaran el cráneo con una roca, pero si así era, no estaba en condiciones de transmitirlo.

Otros grupo de presos acompañó al barracón a Camilo, que seguía necesitando ayuda para caminar. El Maestro rehusó ir al médico para que le atendiera y así recuperar la facultad de respirar por la nariz. Ya habría tiempo para eso. En ese momento sus prioridades eran otras. Tenía que evitar a toda costa que el Marsellés fuera trasladado al calabozo antes de que recuperara la conciencia. Las elucubraciones del preso cayeron en saco roto cuando vio a dos escoltas interceptar la comitiva que llevaba a cuestas al brigadista.

Fusil en ristre, les ordenaron dar media vuelta y transportar al condenado a las mazmorras. Era el fin.

Como atraídos por un imán, Ventura, Lincoln y el Maestro se juntaron en la esquina del tercer barracón, fuera del campo visual de los vigías.

—Hay que ser gilipollas —se quejó Ventura.

Lincoln resopló, parecía contrariado. Lo estaba. El acento yanqui enfatizó su desesperación.

—Tenemos que hacer algo.

—Dejadme pensar.

Al Maestro le daba vueltas la cabeza. Sentía palpitaciones en el tabique nasal, que estaba quebrado. Eso no ayudaba.

—No hay nada que pensar, Maestro. Se acabó. El Marsellés tiene los documentos, y solo él sabe dónde. Sin ellos, se va todo a tomar por culo.

Ventura tenía razón. El Marsellés había escondido lo que tanto les había costado conseguir. Y tenía toda la pinta de que se lo iba a llevar con él a la fosa común. A Lincoln le dio por disfrazarse de optimista. Pero le duró poco.

—Igual no lo ejecutan.

—Y los cerdos vuelan, Lincoln.

Al contrario que al Marsellés, que se quedó a las puertas, a Trujillo, o mejor dicho, al cadáver de Trujillo, sí lo introdujeron en la enfermería. Rojo no entendió para qué. No sabía cómo estaba de surtido el dispensario, pero sí bastante seguro de que, medicinas contra la muerte, habría más bien pocas. Un rato después se enteró

de que lo trasladaron allí para adecentar el cadáver antes de que lo vieran sus padres.

—¡Rojo!

Los vigías de la garita levantaron rápidamente el fusil al oír a Cuenca. Creyeron que gritaba alarmado por la presencia de un enemigo, pero no. Rojo acudió, solícito, donde Cuenca.

—Ve a Comandancia a contarle al jefe lo que ha pasado. —Cuenca señaló el edificio principal, una construcción que pretendía ser más noble que los barracones y que a duras penas lo conseguía.—. Segunda planta. —Miró su reloj de pulsera—. Mala hora. Estará cenando.

Rojo asintió y se encaminó hacia Comandancia. Un paso, dos, tres y vuelta atrás.

—Perdona, ¿el nombre del compañero… finado, fallecido, muerto? —Rojo se avergonzó de haber olvidado el nombre del tipo con el que apenas había intercambiado tres palabras. Pero así era Rojo.

—Trujillo. Aunque también le llamamos… Bueno, le llamábamos, «el Yerno». Estaba prometido con la hija del comandante. Ahora está cenando con los padres de él, los consuegros, para hablar de los preparativos de la boda.

Había órdenes y órdenes de mierda, y esa era de las segundas. «Matar al mensajero», pensó Rojo. Cuenca se alejó camino de los dormitorios.

—¡Suerte, novato!

La iba a necesitar.

El interior del edificio de Comandancia tenía la decoración más anodina y carente de personalidad que Rojo había visto en sus veintidós años de existencia. Si alguien despertara de repente en aquel pasillo no podría adivinar si se encontraba en una instalación militar, un obrador, una fábrica de cemento o una morgue. Los tacones de sus botas al andar provocaban una reverberación infinita y molesta. Al fondo del pasillo había una puerta de madera de doble hoja, pintada de color marrón. Incluso barnizada. Las demás puertas con las que se había cruzado estaban desnudas y no habían conocido ni pincel ni lija. Por eso dedujo que aquella puerta disfrazada de madera noble dibujaba la frontera entre la zona militar de uso común y los aposentos privados del alto mando.

Rojo se plantó frente a la puerta intentando reunir el valor necesario para golpear con los nudillos la madera, y contar a unos padres y a un suegro que su hijo y yerno no necesitaba los preparativos de la boda que estaban urdiendo porque, por indisposición perpetua, el novio no iba a hacer acto de presencia a la misma. «Matar al mensajero», resonó de nuevo en su cabeza.

—Eh, tú. —Un escolta apareció tras una de las puertas descuidadas del lúgubre pasillo—. ¿Dónde crees que vas?

—A hablar con el comandante Ramos.

—Está cenando.

—Me consta. Pero de todos modos tengo que hablar con él.

—Tiene invitados. No le gusta que le molesten cuando tiene invitados.

—Me consta también. Lo primero, lo segundo no. Pero es que me lo han ordenado.

—¿Te han ordenado molestarle?

—Sí. Bueno, no.

Si, a pesar de tener la misma graduación que él, el soldado le hubiese ordenado largarse de ahí, Rojo habría sido el tipo más feliz del mundo. Pero no era su día de suerte.

—Si te lo han ordenado… Tú verás.

¿«Tú verás» era una invitación para desacatar la orden de Cuenca? No tenía pinta. El soldado fue engullido por la misma puerta carcomida que unos segundos antes lo había escupido. Rojo volvió a las dos hojas de falsa madera noble. Llamó.

Sobre la mesa larga y de madera noble de verdad, no como la puerta de doble hoja donde Rojo esperaba a que alguien le abriera, se extendía una copiosa cena y tres botellas de vino, dos de ellas vacías. Todo costeado por el glorioso Ministerio del Ejército. Sentados en sillas del mismo linaje que la mesa estaban los cuatro comensales, o los dos matrimonios, que en ese caso eran lo mismo.

—Tienes que apretar a esa banda de vagos, Manuel. Que te toman el pelo a ti y nos lo toman a todos los españoles de bien.

El exceso de alcohol empezaba a hacer mella en el invitado, el coronel Trujillo. Sus mejillas parecían estar a punto de la combustión espontánea.

—Los aprieto. Claro que lo hago. Pero dan… dan lo que dan.

El comandante Ramos medía sus palabras tanto como la ingesta de vino. Trujillo no era su superior, pero era un superior. Y si Ramos había llegado donde había llegado, había sido gracias a su mano izquierda para ganarse a sus superiores. O, al menos, para no cabrearlos.

—Te voy a contar algo que no debería. El Caudillo tiene un hueco en la agenda en abril. Y sé de buena tinta que lo ha reservado para la inauguración de tu pantano. Hala, ya lo sabes.

Orgulloso de sus contactos tanto como de sí mismo, el coronel Trujillo hizo desaparecer el vino de su copa.

—Eso es muy poco tiempo, coronel.

Ramos no era bueno echando cálculos mentales, pero los que logró hacer en ese momento no eran muy alentadores.

—¡¡¡Bah!!! Tiempo te sobra si les das con el látigo a esos monos. Y no me llames coronel, coño. Que vamos a ser familia. Paco, cojones. Llámame Paco.

A Ramos le estaban entrando todo tipo de sudores. Y no era por el vino, que apenas había probado. Al contrario que su futuro consuegro, que no soltaba la copa.

—Por cierto. Tenemos que decidir dónde va a ser el banquete. Las propuestas de los chicos no valen —sentenció Trujillo con una seguridad fastidiosa.

Una gota de vino surcó cuesta abajo su barbilla.

Ramos se envalentonó tras intercambiar una mirada furtiva con su esposa.

—Hablando de eso…, Paco —dijo esforzándose para llamarlo por su nombre de pila—, insisto con lo del dinero. La tradición es que pague la familia de la novia.

—No seas cabezón, que va a ser mucho gasto. —Trujillo se sirvió otra copa de vino—. Solo la basílica cuesta ya mil pesetas.

Ramos y su esposa se miraron confusos. Algo se habían perdido. El comandante temía meterse en terreno pantanoso.

—¿Basílica? Siempre hemos hablado de hacer la ceremonia en la iglesia de la Asunción.

El coronel Trujillo casi se atraganta por la ocurrencia de su futuro consuegro.

—Qué cachondo eres, Manuel. La Asunción, dice…

La carcajada resultó más ofensiva de lo que el propio Trujillo pretendía. O no.

—Es donde Manuel y yo nos casamos. Y sus padres antes que nosotros —dijo la esposa de Ramos, sacando el carácter, en apoyo de su marido.

—La Asunción es una choza. —Trujillo intentó servirse la enésima copa de vino, pero su mujer, con la habilidad de un samurái, apartó la botella—. Por nuestra parte tenemos a más de cuatrocientos invitados, sin contar a los altos mandos. Hay que invitarlos a todos. La basílica es la única opción. —La suficiencia del coronel dejó desarmado a Ramos—. Consuegro, hazme caso. Sé lo que gana un comandante en un campo como este. Una miseria. Nosotros nos ocuparemos de todo. No queremos que nuestro hijo tenga una boda de tercera.

El comandante Ramos hubiera deseado coger su pistola reglamentaria y pegarle un tiro en la frente a su consuegro. O agarrar el atizador de la chimenea y reventarle la cabeza hasta que sus sesos acabaran mezclados con los restos de la ensalada. En lugar de eso esbozó la más falsa de sus sonrisas y asintió como un memo.

Rojo asomó su cabecita por el pasillo que desembocaba en el salón. Un soldado joven disfrazado de mayordomo le acompañaba.

El olor a madera rancia le recordó a Rojo uno de los burdeles a los que llevaba y de los que recogía los encargos de su padre. No aquel donde había conocido a Alicia. Tampoco en el que cazó al padre de su novia con los pantalones por los tobillos. Otro.

«Matar al mensajero», no podía pensar otra cosa. ¿Cómo se iban a tomar la noticia? ¿Debía endulzarla de alguna manera? ¿Suavizarla? ¿Cómo se suaviza una noticia como esa? «Comandante, señores Trujillo. A su hijo le han hecho un boquete en el pecho del tamaño de un membrillo, pero antes de eso se lo estaba pasando bomba dando una paliza a un desgraciado indefenso…». No, no parecía una buena idea.

—¿Quién cojones eres tú? —Ramos aparcó por unos instantes los deseos de abrir en canal a su invitado.

El falso mayordomo aprovechó la pregunta para irse por donde había venido.

A Rojo le sobrevino el vértigo de siempre con la maldita pregunta de siempre. Mierda. Ya estamos otra vez.

—Soldado de primera Rojo, comandante.

«Que no haga la segunda pregunta, que no haga la segunda pregunta…».

—¿Y no te han enseñado a saludar?

Esa era una segunda pregunta, pero no la que se temía. La de uno de cada cuatro. Rojo, aliviado, levantó la mano tan alto como fue capaz. El coronel Trujillo le dio un disgusto al novato.

—¿De verdad te llamas Rojo?

El peligro acechaba de nuevo. Rojo se limitó a asentir. Ramos, cómo no, se apresuró a satisfacer a su futuro consuegro, sin que las

ganas de asesinarlo de la forma más dolorosa posible se hubieran disipado.

—Te llamaremos por tu segundo apellido. ¿Cuál es?

A la mierda todo. Ahí estaba otra vez. Rojo bajó la mirada y hurgó en sus bolsillos como cuando de niño los curas le reñían por ser niño.

—Es que verá… Mi segundo apellido también es Rojo, comandante. Mis padres eran primos segundos.

—Hay que joderse.

La carcajada de Trujillo despistó a su esposa y el coronel pudo recuperar la botella de vino. Se sirvió.

Ramos, incómodo, quería dar por finalizada la cena. La situación. Todo. Espoleó a Rojo.

—¿Y se puede saber qué quieres?

Venían curvas. La madre de todas las curvas.

—Informarle de un… percance, comandante.

—¿Qué percance?

—Uno… grave. Y feo.

—¿Y me lo vas a contar o tengo que adivinarlo?

—Es que… —Miró a los padres de Trujillo. No podía soltar la bomba así, de repente. Ni de coña. Se lo contaría al comandante y él sabría la manera menos dolorosa de trasladárselo a los padres del difunto—. Preferiría contárselo en privado.

—No me jodas, Rojo. Tengo invitados. ¡¡¡Dime qué cojones pasa de una puta vez!!!

Ramos descargó la ira que sentía hacia su consuegro sobre el pobre novato. Cosas de la jerarquía…

Rojo respiró tan profundamente como sus pulmones se lo permitieron.

—Un preso ha… matado a uno de los escoltas. —Era el momento de soltar la bomba. No quedaba otra—. Al alférez… Trujillo. El hijo de ustedes.

Enseguida se dio cuenta de que la puntualización había sido innecesaria, pero no había vuelta atrás.

Se hizo el silencio. Rojo miró la mesa con los manjares dispuestos en ella. La cecina estaba bien alineada en una bandeja plateada. Exquisitamente ordenada. Eso le gustó.

Le entró hambre.

3

Ese día, su primer día en el campo, Rojo iba a aprender dos lecciones que jamás olvidaría. La primera: cuando estés rodeado de cincuenta tipos armados con cincuenta picos pon tu esternón a buen recaudo. La segunda: no vayas a una sala de tortura con el estómago vacío.

No sabía distinguir si el hedor era de orín, de heces o de sangre. O de todo a la vez. Hay que ventilar. Aunque sea un calabozo, hay que ventilar. Cada vez que daba un paso sus botas pisaban algo cuya procedencia prefería no averiguar. En estas circunstancias, la escasa iluminación nocturna era un alivio. Así que optó por quedarse quieto, pegado a la puerta.

El Marsellés había recuperado la consciencia y la verticalidad. Bueno, media verticalidad, ya que estaba sentado en un banco de carcoma más que de madera. Su rostro había sufrido cambios significativos. El labio superior se había comido el inferior, un pómulo doblaba el tamaño del otro y el ojo derecho estaba perfectamente alineado con la ceja izquierda.

Tarrida y Atienza habían tenido que interrumpir la cena cuando el comandante los hizo llamar para el interrogatorio. Que fuera Rojo quien los levantara de la mesa no le hizo ganar puntos. «Al menos

ellos han podido comer algo», pensó mirándolos con envidia, mientras refunfuñaban por la orden que acaba de transmitirles.

La entrada del comandante Ramos al calabozo coincidió con un rugido vergonzante que salió de los intestinos vacíos del novato. Maldita hambre. El mando le miró estupefacto. Rojo se disculpó achicando los ojos y se presionó con las manos el estómago con el objetivo de acallarlo. Mala idea. La fuerza aplicada desencadenó un nuevo rugido que ganó en decibelios al anterior. Por goleada.

El Marsellés, alertado por lo que creyó que era una flatulencia, abrió los ojos justo para ver cómo el reverso de la mano del comandante le cruzaba la cara. Rojo no lo vio venir. Iba a aprender la tercera lección del día: la diferencia entre interrogatorio y tortura.

Ramos acercó su cara cuanto pudo al rostro deformado del Marsellés.

—¿Sabes, gabacho? Mi hija es insoportable. Una puta niñata consentida.

—Disculpe, comandante. El Marsellés no habla español. ¿Quiere que haga llamar a la traductora? —preguntó Atienza.

—Mejor llama a tu puta madre, soldado.

En ese instante Rojo empezó a sospechar que el interrogatorio se iba a torcer.

Ramos mantenía sus ojos inyectados en sangre clavados como dos estacas candentes en la mirada torcida del francés.

—A mi hija no le ha faltado nunca de nada. La pánfila de mi esposa se lo ha consentido todo. Y cuando digo todo… es todo.

El bajo vientre de Rojo emitió un nuevo rugido. Por intensidad, quedó clasificado entre el primero y el segundo. Por inoportuno, ganó la medalla de oro. Tarrida se aguantó la risa. Ramos estaba

demasiado concentrado pensando qué atrocidad hacerle al francés sin que su vida corriera peligro. No quería matarlo de primeras. No tan pronto. No lo merecía.

Ramos retiró su cara de la del Marsellés y caminó por el calabozo pisando todo lo que no había querido pisar Rojo.

—Cuando cumplió los nueve años quería una muñeca que tenía una amiga suya. No estaba en ninguna tienda. Cuando le dijimos que no se la podíamos comprar se escapó de casa. La Guardia Civil nos la trajo a las cuatro horas. Y, claro, me tocó ir a casa de los padres de su amiga y suplicarles que me vendieran la puta muñeca. ¿Y sabes qué hizo la muy mocosa cuando la tuvo en sus manos? Regalársela a otra amiga que también la quería. ¿Por qué? ¿Porque tiene un corazón que no le cabe en el pecho? Eso decía su madre. Pero si me preguntas, no tengo dudas. Lo hizo para darme por culo. —Ramos se detuvo de nuevo delante del Marsellés. Lo miró a los ojos—. Y eso, darme por culo, es justo lo que va a hacer ahora cuando le cuente que al idiota con el que quería casarse le has reventado el corazón con un pico de hierro.

Rojo se sujetaba el estómago implorando a Dios. «Que no suene, por lo que más quieras, niño Jesús. Que no suene. Ahora no, que es mal momento».

—¿Se lo vas a contar tú, Marsellés de los cojones…? —preguntó Ramos al preso levantándole la mandíbula con la mano—. ¿Lo harás tú?

El comandante no esperaba respuesta. Se rio. Soltó la mandíbula y se alejó del reo.

—No. Claro que no. Tiene razón Atienza. —El escolta abrió los ojos como platos mientras Ramos se acercaba a una mesa convertida en

ferretería ambulante—. No se lo puedes contar tú porque no hablas cristiano. Bueno…, si no hablas cristiano, ¿para qué necesitas la lengua?

Ramos, transmutado en chacal, se dio la vuelta y se lanzó sobre el Marsellés sentándose en su regazo. Armado con una tenaza le intentó abrir la boca pero el preso le dejó su tarjeta de visita en forma de mordisco en la mano. Tarrida y Atienza corrieron a socorrer a su superior.

El intestino delgado de Rojo rugió de nuevo. El alborotó acalló el ruido. Las cabezas de sus nuevos compañeros no le permitían ver la acción. Ni falta que hacía.

El alarido del Marsellés se oyó en todo el campo.

Rojo cerró los ojos tan fuerte como la musculatura de sus párpados le permitió. Quería pensar en qué le iba a contar a su novia en la carta que debía escribirle esa misma noche. Qué iba a comer. Si su colchón sería mullido o no. A qué hora tocaban diana. Todo en vano, no conseguía pasar del enunciado.

Cuando abrió los ojos, el Marsellés ya no estaba sentado. Buceaba en un charco de sangre boqueando como una trucha recién expatriada de su río. Ramos, jadeante y teñido de rojo, sostenía en la mano derecha la tenaza.

De la herramienta colgaba un pellejo de carne: la lengua del Marsellés.

A Rojo se le quitó el hambre de golpe.

«Vomitar con el estómago vacío no es plato de buen gusto. Mañana voy a tener agujetas en el vientre por el esfuerzo», pensó Rojo

mientras intentaba evacuar lo inevacuable. Decidió tomarse un descanso que coincidió con el petardeo de la corneta tocando a silencio.

Decididamente, no estaba siendo un buen día. Al pensar en días peores del que aún estaba viviendo, solo se le ocurrió el de la muerte de su madre, cuando él tenía ocho años. Aunque al menos aquel día comió helado. De ninguna manera eso compensa la pérdida de una madre, por supuesto que no, aunque un helado es un helado.

Retomó la tarea, pero, tras dos intentos infructuosos de vomitar la crueldad que había ingerido por los ojos, decidió dejarlo. Empezó a caminar limpiándose la boca con la manga de la casaca, cuando, al doblar la esquina del barracón tras el que se había escondido, se encontró con un preso, el Maestro, arrodillado con las manos debajo de la estructura de madera. Con una falta de soltura demoledora, Rojo agarró su fusil y apuntó al preso, que levantó las manos de inmediato.

—No me mate. No me mate.

Rojo estaba muy nervioso. Nunca había apuntado a nadie. Decidió apartar un poco el cañón por si se le disparaba accidentalmente el arma.

—Por favor. Tengo tabaco. Tenga, se lo doy todo.

Intentando comprar su vida, el Maestro sacó de su bolsillo unas hebras de tabaco que habían vivido tiempos mejores.

—Han tocado silencio. Debería estar en el barracón.

—Lo sé, señor. Lo sé. Discúlpeme. Es la edad. Mi vejiga no entiende de cornetas. Me despierto varias veces para orinar. Intentaba soltar lastre antes de acostarme. No me di cuenta de la

hora. En cuanto oí la corneta me subí los pantalones. Perdóneme, por favor.

Rojo seguía apuntado a la sombra del preso.

—Váyase a dormir.

El Maestro asintió, agradecido. Se disponía a encaminarse a la entrada del barracón cuando su rostro mutó. Miró a Rojo con ojos distintos.

—¿Rojo…?

El soldado miró al esclavo, confuso.

—Rojo de… ¿Calatayud?

Rojo asintió más confuso que en la anterior pregunta.

—¿Quién… quién es usted?

—Ponme veinte kilos de más, pelo, gafas y una americana manchada de tiza…

El Maestro sonrió con picardía. A Rojo se le iluminaron los ojos.

—¿El señor Lorenzana…? ¿El maestro de Ciencias…?

—Lo que queda de él… —El Maestro miró de arriba abajo a Rojo con una mezcla imposible de satisfacción y repulsa—. Veo que elegiste el bando bueno.

Rojo no sabía qué contestar a eso. ¿Eligió realmente él el bando o el bando lo eligió a él? No era la primera vez que se lo preguntaba. No lo sabía. Lo que sí sabía es que en ese momento prefería ser él el que empuñaba el fusil. Sí. Eso es que debió de elegir bien.

—Sigues siendo igual de callado que en clase, veo…

—¿Cómo… cómo está?

Si no hubiesen tocado a silencio, el Maestro habría soltado una carcajada que se habría oído en el pueblo, y puede que más allá.

—He tenido momentos mejores, la verdad. No te había visto por aquí… ¿Has llegado hace poco?

—Hoy.

—Pues te ha tocado un día entretenido —ironizó el reo.

Rojo se encogió de hombros; al hacerlo el pantalón estuvo a punto de escurrírsele. Suerte del cinturón. El hijo de un sastre con un uniforme demasiado grande. Debía resolver eso. El Maestro se acercó a Rojo, cuyo fusil a media asta cumplía una función tan solo ornamental.

—¿No tendrás comida?

Rojo negó. Que nadie le hablara de comida, por favor. Esa noche no.

—¿Qué le han hecho al Marsellés? Se oían sus gritos por todo el campo.

A Rojo le recorrió un escalofrío, seguido de una arcada que intentó disimular sin lograrlo.

—Ya entiendo… —El Maestro leyó entre líneas. Cambió de tercio. —Eras un crío curioso. ¿Quieres que te cuente qué hago aquí?

Rojo dijo que sí, aunque lo que en verdad quería era que su antiguo profesor entrara de una puñetera vez en el barracón. El Maestro se agachó y metió las manos bajo la madera. Podría haber sacado un arma y dejar a Rojo como un colador, pero en lugar de un arma sacó una caja de madera del tamaño de un sombrerero. La abrió. Dentro podría haber habido una nueva arma con la que dejar a Rojo como otro colador distinto al anterior, pero tampoco. Un montón de crías de rata caminaban unas por encima de las otras. Decenas de crías. Treinta por lo menos. Igual cuarenta.

—¿Te acuerdas de cuando en la escuela os di la lección del periodo de gestación de los mamíferos?

Rojo, incapaz de apartar la vista del amasijo infinito de ratas, ni asintió ni negó.

—Una rata se puede reproducir cada veinte días, a razón de diez crías por camada. Calcula al año… —El Maestro sonrió, orgulloso—. Trabajamos de sol a sol. Y el rancho diario son tres sardinas enanas y un chusco de pan. Con eso no duras vivo un mes.

Rojo sintió pena por el hombre. Sabía que no debía hacerlo. Antes de mandarle al campo le adiestraron para no empatizar con los presos. Alguien no hizo bien su trabajo.

—Váyase a su barracón o le pegarán un tiro.

—Claro que sí. —El Maestro sonrió, más contento de lo que debería. Se había reencontrado con un exalumno, sí, pero reconvertido en enemigo—. Pasa buena noche, Rojo.

El Maestro puso rumbo a la entrada del barracón mientras Rojo se dirigía a los dormitorios de los escoltas. Cuando el preso perdió de vista al soldado, reculó rápidamente y volvió al agujero donde descansaba el criadero de ratas. Sacó la caja, apartó la tierra y levantó un par de tablones. De un agujero negro y profundo emergió la cabeza cansada de Lincoln. Su cabello rasurado parecía empanado por la tierra y las piedras. Con la ayuda del viejo, el yanqui salió del hoyo. Lucía en la mano un pico al que le habían amputado tres cuartas partes de la madera.

—¿Ha visto algo? —preguntó el americano.

—Nada. ¿Cómo va?

El Maestro se afanaba en ocultar de nuevo el agujero.

—Estamos a ocho metros.

—Eso son solo dos semanas.

—Sí. Pero sin los pasaportes no iremos muy lejos.

Lincoln devolvió el cajón con las crías de rata a su sitio.

El Maestro resopló. Miró a una luna que llevaba semanas sin hacer acto de presencia. «Mañana volverá a ser un día de mierda», pensó. Qué más daba.

—Puto Marsellés… ¿Dónde cojones los habrá escondido?

Caminando junto a la alambrada, con destino a su primera noche de insomnio en aquel manicomio, Rojo tuvo la seguridad de que, si existía esa quimera que algunos llamaban «su lugar en el mundo», el agujero donde había caído era lo más alejado de él. Soldados trepanados por pinchos de hierro, lenguas arrancadas con tenazas, viejos maestros entregados a la ganadería de roedores…

Él quería su despacho, su escritorio, su tinta, su pluma, su cuaderno, su regla, su escuadra y, por supuesto, su cartabón. ¿Qué hacía allí con el estómago del revés? ¿Qué hacía allí con un fusil que habían fabricado unos señores alemanes colgado de su clavícula?

Tenía que escribir a Alicia. Sí. En un rato, en cuanto llegara a su camastro, tumbado en el colchón mullido o no. Le escribiría y le diría que hablara con su tío, el que le quería castrar por duplicado. Le suplicaría que le pidiese que le buscara otro destino. Le daba igual cuál. Como si era fregando suelos en una leprosería. En dos leproserías.

Alguien chistó a su espalda. Rojo intentó ignorarlo, ya habían pasado demasiadas cosas. Los chistidos suelen ser presagio de algo malo. O no. Pero tal y como se había desarrollado el día, no tenía pinta de que un chistido anónimo fuera a mejorarlo. Sin embargo, el chistador insistió. Varias veces.

Su educación le derrotó una vez más, y Rojo se dio la vuelta para averiguar quién era el autor del reclamo y cuáles eran sus intenciones.

La señora coja. La madre de la niña que tenía ojos de viuda. Era ella la que, al otro lado de la alambrada, requería la atención de Rojo. Él se acercó a la mujer, que se sonó los mocos con menos discreción de la recomendada cuando uno está pegado a una valla custodiada por francotiradores.

—Usted es el nuevo, ¿verdad?

Rojo miró para asegurarse de que nadie los observaba. Luego asintió. La mujer moderó de repente la voz.

—Mañana, cuando pase por el pueblo, venga a mi casa. Es la última. La más cercana al campo.

Rojo sabía qué casa era. Había visto cómo ella, su cojera y la niña con ojos de viuda habían entrado en ella. La casa triste. Pero ¿por qué quería esa mujer con pierna y media que él fuera a aquella casa? No le dio tiempo a preguntar. La mujer esbozó una sonrisa insalubre que daba más miedo que otra cosa.

—No se arrepentirá. Se lo prometo.

Dio media vuelta, enfiló el camino renqueando y se dejó arropar por la oscuridad.

Pues sí. El colchón era mullido. Eso era bueno. Lo malo era que tenía que compartirlo. No con otro soldado, casi lo hubiera preferido. Sus compañeros de colchón eran una manada de chinches y otra de pulgas. Certeza, certeza solo tenía de esas dos especies, pero no descartaba que fueran más.

Después de cinco minutos rascándose las nalgas, las piernas y las pantorrillas, Rojo prendió una pírrica vela y agarró el cuaderno que había comprado en la librería de debajo de su casa. Un establecimiento con muchos estantes vacíos, ya que los dueños, con la victoria nacional, se habían visto obligados a convertir en ceniza parte importante de su stock. Cosas de la Nueva España. Con el lápiz de carboncillo afilado y listo para estrenar, Rojo se dispuso a escribir las líneas prometidas a la pianista que un día lo creyó putero.

Tenía dos opciones: escribir lo que quería o lo que debía. Ganó la segunda opción. Esa era una buena manera de resumir su anodina existencia. El deber por delante del querer. ¿Quién le había enseñado a hacerlo? Eso era lo más triste. Nadie.

Agarró con fuerza el lápiz, no fuera que la verdad se lo arrebatara de las manos.

> Querida Alicia:
>
> Mi primer día en el campo ha sido bastante tranquilo. Aquí se respira buen ambiente. Los compañeros son muy majos. Los reclusos tienen pinta de ser disciplinados y con ganas de aportar su grano de arena en la construcción de la Nueva España. Ha sido una buena decisión pedir el traslado aquí, tan cerca de ti. Tengo muchas ganas de recibir tu visita de pasado mañana. Te beso con cariño.

Las mentiras no son tan difíciles de escribir, se sorprendió. Y firmó la misiva.

Fdo. Conrado R. R.

4

Ya estaba ahí otra vez. El muy cabrón. Aparecía, se iba, aparecía de nuevo y volvía a esfumarse. Nunca en el mismo sitio. Eso sí, siempre en el rostro. En el mentón, en la nariz, en la frente, en el párpado, en la sien o en la mejilla, como esa mañana. Él lo llamaba el grano errante. El puñetero grano de pus errante. Sí, sí. Lo lógico era pensar que eran distintos granos que salían al azar en su cara, pero Rojo llevaba tiempo estudiando los hábitos de conducta de ese grano purulento, y estaba convencido de que la protuberancia emergía y se sumergía siguiendo un patrón matemático. Y lo iba a descifrar, aunque fuera lo último que hiciera.

El grano se resistía a estallar y liberar la porquería blanca contra el espejo. Tenía la mejilla enrojecida de tanto pinzar con los pulgares. Se iba a hacer daño. Era el momento de la retirada. Miró el grano con rencor. Solo había perdido una batalla, pero no la guerra.

—Buenos días, Rojo —saludó Cuenca al entrar en el baño común, dispuesto a echarse un agua en los sobacos y afeitarse.

—Buenos días, eh…

—Alférez Cuenca.

—Eso.

—A ver si hoy tenemos un día más tranquilito…

Rojo intentó que sus labios dibujaran una sonrisa de complicidad, pero no atinó a hacerlo. Con todos los hechos traumáticos del día anterior, ¿habría perdido la facultad de sonreír? ¿Se le habría olvidado cómo hacerlo? ¿O era por el repugnante grano de la mejilla?

Un crepitar desconocido más allá de la ventana le llamó la atención. Se asomó al cristal, en realidad al medio cristal, pues estaba roto, y vio cómo las botas de los convictos rastrillaban el suelo pedregoso del campo. Trotaban en perfecta formación. Eso le relajó.

—¿Qué hacen? —preguntó con curiosidad.

—Pagar el pato. —Rojo no entendía a qué se refería Cuenca—. Por lo del hijo de puta del Marsellés. Aquí, si uno la hace, todos la pagan. El comandante está convencido de que los castigos colectivos funcionan. —Sonrió con sorna—. Que se lo digan al desgraciado de Trujillo.

La hoja de afeitar de Cuenca empezó a hacer su trabajo sobre la epidermis del alférez. Rojo desenfundó la suya y la mojó en la cuba de agua. La conversación continuó al otro lado del espejo.

—¿Tus padres están vivos? —preguntó Cuenca.

Rojo negó con cuidado para no cortarse.

—¿Hermanos?

Rojo siguió negando. Casi se corta.

—¿Novia?

Levantó la navaja para no caer en el mismo error por tercera vez.

—Sí —dijo, y asintió innecesariamente lejos de la amenaza de la hoja afilada.

Cuenca apartó la vista del espejo para encarar a Rojo.

—El escolta al que reemplazas se pegó un tiro con su máuser. Se voló los sesos.

Rojo no supo qué cara poner. A Cuenca no le importó. Estaba más centrado en su relato que en la reacción de su interlocutor.

—Este campo puede acabar con cualquiera. Es importante tener algo sólido fuera. Algo de verdad. Si tienes novia, no la dejes escapar.

Rojo asintió fingiendo gratitud por el consejo que no había pedido. Estaba acostumbrado a escuchar consejos que no solicitaba. Era una constante en su vida. Pero intuyó que las intenciones de Cuenca eran buenas. Al fin y al cabo, pretendía evitar que se volara la cabeza, y eso era de agradecer.

—La tengo, alférez.

La voz afónica y burlona de Tarrida reclamó la atención de los presentes. Llevaba la parte superior del uniforme abierta. La camisa que asomaba debajo, sucia y con moho, pedía a gritos que se abrochara la casaca. En la mano sujetaba una toalla roída que ocultaba un objeto circular del tamaño de una fuente de ensalada.

Atienza, uniformado, rasurado, y con la raya perfectamente dibujada en el pelo, se incorporó al cuarteto.

—Tienes… ¿qué?

Teatral, Tarrida levantó la toalla con la agilidad de un mago que saca dos palomas de la chistera. O un conejo. O dos palomas y un conejo. Un objeto metálico y circular se mostró a los presentes.

—La película guarra de Trujillo.

—¿Le has robado la película a un muerto? —Atienza estaba perplejo y escandalizado. Demasiado—. Eso no está bien.

—Me lo cuentas cuando la hayamos visto. —Tarrida sonrió seguro de su éxito. Buscó un aliado en Cuenca. A Rojo ni le miró—. ¿Qué os parece? Esta noche. El proyector está donde nos contó Trujillo, acabo de verlo. Yo me encargo de incautarlo.

—Me apunto —decidió Cuenca, mirando a Atienza—. Y tú también. Es una orden.

—No puedes ordenarme ver una película guarra. No es reglamentario.

—Limpiar los meados sí lo es. ¿Lo prefieres?

Atienza se resignó a su suerte con la carcajada de Tarrida como telón de fondo.

—Tú has estudiado, Atienza. Sabrás cómo funcionan esas máquinas.

—Estudié en un seminario. La mecánica del catecismo y la de un proyector de cine creo que no son… parejas.

Rojo, que se disponía a salir del baño, intervino desde el umbral de la puerta.

—No es complicado. Hay que seguir el mecanismo con la película de celuloide. Hacer el bucle que amortigua la vibración y engarfiar el fotograma en la ventanilla. Pinzar la película en la bobina receptora, revisar bombilla, condensador, lente… y listo.

Los escoltas no entendieron una sola palabra de la clase magistral. Rojo percibió la extrañeza.

—Mi abuelo era el proyeccionista del pueblo.

Tarrida lo tuvo claro.

—Pues te ha tocado, Rojo Rojo. Esta noche a las nueve en Intendencia.

Rojo tardó demasiado en protestar. Tarrida se le adelantó sin dificultad.

—Alférez, si se pone tonto, se lo ordenas.

Rojo entendió que no tenía escapatoria.

—Nos vamos a meter en un lío —musitó un asustadizo Atienza.

Tarrida, con la misma teatralidad con la que un minuto antes había sacado la bobina de la chistera, agarró por el hombro a Atienza y puso cara de velatorio. La más impostada de todas.

—Es la última voluntad de Trujillo. ¿Quiénes somos tú o yo para arrebatársela…? Él quería que viésemos esta película. Es su legado.

Rojo, que siempre había tenido dificultad para discernir si algo era una broma o no, en esta ocasión captó a la primera el sarcasmo.

Y se sintió orgulloso de ello.

Los esclavos estaban terminando de engullir el escuálido desayuno con el que habían sido premiados tras el ejercicio físico obligatorio. Eso de fatigarlos haciéndoles trotar antes de una dura jornada de trabajo no parecía muy inteligente, pensó Rojo mientras le daba una dentellada a un trozo de pan que sabía a corcho. Pero, bueno, lo que él opinaba poco importaba. Y lo sabía. En aquel campo, la voluntad del comandante Ramos era palabra de Dios.

No había vuelto a ver al oficial desde que la lengua del Marsellés había sido arrebatada a su legítimo propietario. A quien sí vio fue a los padres del malogrado Trujillo. Camino a las letrinas se topó con el cuerpo del soldado, que estaba siendo introducido en un coche fúnebre ante la mirada dislocada de la madre y candente del padre. Dudó si ir o no a dar el pésame, durante el rato suficiente para que

el coche arrancara y la carcasa del escolta asesinado, en compañía de sus padres, se alejara del campo por última vez.

Los presos se estaban organizando en ordenadas filas para emprender el camino hacia las obras del pantano. Rojo pasó junto al Maestro, que se dirigía a la formación, y los hombros de ambos chocaron. Rojo no se inmutó. El Maestro, cuando se recompuso, retomó la marcha y notó que había algo en su bolsillo. Algo que apenas un minuto antes no estaba. Mientras formaba, introdujo la mano para averiguar qué era aquel extraño pasajero y palpó un trozo de pan.

El Maestro buscó con la mirada a Rojo para agradecerle el presente, pero la niebla de sus ojos envejecidos apenas le permitían ver a cinco metros de distancia.

—¡¡¡Rojo!!!

De nuevo, los vigías del portón levantaron los fusiles y los pusieron en estado de alerta al oír la voz de Cuenca. No tardarían en acostumbrarse al apellido del recién llegado, pero aún faltaba para eso.

Rojo vio acercarse a Cuenca sujetando un plato abollado con un trozo de pan que parecía haber sido amasado antes del heroico alzamiento nacional. El alférez se lo tendió al novato.

—Hoy te quedas en el campo. Ten. El rancho del Marsellés. Si se niega, oblígalo a tomárselo. El comandante no quiere que muera antes de que lo matemos.

Rojo se vio con el plato y la orden en las manos. Las puertas se abrieron y Cuenca no perdió la oportunidad de vejar a unos esclavos para los que la vejación era el menor de los problemas.

—¡¡¡Vamos, piojosos!!! ¡¡¡Hora de ir al tajo!!!

Las filas de presos, ya perfectamente formadas, avanzaron de manera sincrónica.

Cómo le gustaba el orden a Rojo.

Un guardia abrió la puerta del calabozo. Un torbellino pestilente le peinó las pestañas a Rojo. Tuvo ganas de vomitar, pero se esforzó para mantener dentro de su estómago el pan, que sabía a corcho. No sabía cuándo volvería a comer.

—Si necesitas ayuda me lo dices —le espetó el escolta, con nulas ganas de echarle una mano.

Rojo asomó la cabeza al calabozo, que era más nicho que celda. Tardó en ver al Marsellés lo que sus pupilas en dilatarse. Estaba en posición fetal en el suelo, en un rincón que en realidad eran dos rincones porque el cuerpo del francés ocupaba el largo de la estancia. No llevaba ropa, y su desnudez mostraba de manera impúdica una piel grisácea plagada de heridas, rasguños, golpes y hematomas. Parecía más animal que hombre.

—Hola. Te traigo el desayuno.

El Marsellés no movió un solo músculo. Pero Rojo tenía una orden que cumplir. Se acercó a él. La peste iba en aumento. Se podía masticar.

—Me han ordenado que te comas esto.

Por un momento pensó que el hombre estaba muerto, pero pronto percibió el movimiento intercostal que delata la respiración. Estaba vivo. De momento.

—Te vendrá bien comer un poco.

Nada. Rojo suspiró. La orden empezaba a ponerse cuesta arriba. En un momento de lucidez cayó en la cuenta de que los franceses tienen la molesta costumbre de hablar en francés. Y él había aprendido unas palabras en ese idioma gracias a una madame que regentaba un burdel de los que frecuentaba por motivos profesionales.

—*Mesié… Mesié… Le dejuner*. —No estaba seguro de haberlo dicho bien, pero apostaría a que sí.

No había manera. ¿Qué podía hacer? Lo más inteligente habría sido comerse el pan y contar que el Marsellés lo había engullido en dos bocados. Pero eso era mentir. Y no es que le molestara mentir, sabía hacerlo. Es que hay mentiras y mentiras. Y mentir a un superior y desacatar una orden directa suya le podía llevar ante un consejo de guerra, primero, y ante el paredón, después. No iba a largarse de allí hasta cumplir la orden. Le costara lo que le costase.

Se acercó más al Marsellés. El tufo le hizo cerrar los ojos.

—*Sivuplé, mesié. Sivu*…

Cuando levantó los párpados, los dientes del Marsellés estaban clavados en su mejilla y amenazaban con cambiarle para siempre la fisionomía. Cayó al suelo y el preso con él. Era como un perro de caza dispuesto a morir antes que soltar su presa. A Rojo se le olvidó rezar y encomendarse a Dios. Ojalá se hubiera acordado. Estaba a punto de desmayarse cuando el guardia que había abierto el calabozo entró acompañado de su fusil.

Se hizo de noche. O eso le pareció a Rojo.

La enfermería, o botiquín, como le llamaban algunos, era un barracón más pequeño que los que albergaban a los presos en sus noches de frío y desolación. Seis camillas ocupadas por seis cuerpos, no se sabía si con o sin vida. El padre Esteban, con su bata blanca, cigarrillo en la boca y sesenta años en la espalda, agarró una sábana manchada y la usó para tapar con ella al ocupante de la quinta camilla. Un muerto, claro.

—Que el diablo te tenga en su gloria, desgraciado. —Miró a una de las dos monjas que le ayudaban—. Que se lo lleven de aquí rápido, no vaya a pegarnos algo.

Sor Socorro asintió coincidiendo con el ruido quejumbroso de las bisagras de la puerta. Dos escoltas traían en volandas a Rojo, con solo media cara. El padre Esteban no pudo evitar una mueca de hastío.

—Padre Esteban. El Marsellés le ha atacado. Casi le arranca la cara.

—Ya será menos. —El doctor cura señaló una silla, donde depositaron a un Rojo, que, aunque dolorido, empezaba a recuperar la entereza.

La segunda monja, sor Patrocinio, corrió a lavarle la cara con agua para ver la magnitud de la tragedia. La piel estaba levantada y los dientes marcados, pero en aquel barracón habían visto cosas peores. Peores de verdad.

Esteban acercó una luz para examinar la mejilla mancillada. Echó una calada a su cigarrillo y soltó el humo sobre la herida sangrante.

—¿Tú debes de ser el famoso Rojo Rojo…? —preguntó con cierta sorna.

Rojo se sorprendió al descubrir que, a pesar de la dentellada, podía hablar.

—Sí, doctor —dijo en tono dudoso—. O padre.

—Padre o doctor. Llámame como te dé la puta gana. Soy un dos por uno. La Nueva España se ahorra un sueldo conmigo. Hay que joderse…

Rojo miró al hombre, incapaz de descifrarlo. El padre Esteban rio de manera bastante chabacana.

—Me miras así por los tacos, ¿no? A mí también me enseñaron que los curas no son malhablados… Un tío abuelo mío era republicano. Será el gen rojo que tengo por ahí que está dando por culo… ¿Esto te duele?

El médico presionó sobre la encía. Rojo negó, mintiendo. El padre Esteban rio de nuevo a sabiendas de que el soldado se estaba haciendo el macho.

—Pues en un rato te vas a cagar. —De nuevo, dirigiéndose a la monja—: Ocho o diez puntos, antitetánica y a rezar tres rosarios para que no se infecte. No me extrañaría que ese animal tuviera la rabia. Y póngale un doble de morfina. Invito yo.

El padre Esteban se levantó y, después de escupir al suelo, salió del barracón. Sor Patrocinio se acercó a Rojo enhebrando el hilo de coser en una aguja con pretensiones de daga.

Lo malo es que le iba a quedar en la mejilla una cicatriz fea a rabiar. Lo bueno es que el mordisco del Marsellés le había arrancado de cuajo el grano de pus que tanto odiaba. Si su teoría era cierta, el

grano no tenía motivos para volver a escena, pues ya no podía estar agazapado en un lugar recóndito de su piel.

Le abrieron la puerta del despacho del comandante. Era una estancia amplia pero austera. Detrás del escritorio reposaba su usufructuario, Ramos. Al otro lado del mueble de madera, Inés, una veinteañera que ejercía las funciones de traductora en el campo, y una silla vacía. Apartados de la mesa, el Marsellés, malherido por la reciente paliza y custodiado por dos escoltas a los que Rojo no conocía. Como a casi a ninguno.

La presencia de su agresor logró erizarle la piel al soldado, pero se esmeró en disimular el miedo. El Marsellés parecía un despojo humano, pero también tenía esa pinta en el calabozo, antes de darse un atracón con la mejilla de Rojo.

Ramos tenía prisa. Quería encamarse con su amante.

—Ya era hora. Aquí tienes tu declaración. Fírmala.

Ramos, malhumorado, miró a Inés, que le tendió el papel al recién llegado y esbozó una sonrisa tan tímida que fue imposible de percibir. Rojo se sentó en la silla libre y agarró la hoja mecanografiaba. El texto estaba muy bien escrito. Todo perfectamente ordenado. Le gustó. Miró a la chica. ¿Sería ella la responsable de esa armoniosa conjunción de palabras y renglones? Empezó a leer.

Mala idea. Error de novato. Al comandante Ramos no le gustó.

—¿Se puede saber qué coño haces, Rojo?

—Leer la declaración.

—No te he dicho que la leas. Te he dicho que la firmes.

Inés salió la primera del despacho del comandante. Tras comprobar que estaba sola, con hastío, retiró de su cuello una cadena dorada de la que pendía una medallita de la Virgen. Miró con expresión indescifrable la efigie que yacía en su mano izquierda. Cerrando el puño ocultó la reliquia al oír que Rojo también salía al pasillo.

El soldado llevaba la contrariedad tatuada en el rostro. Inés caminó hacia él. Sabía lo que sentía porque ella lo había sentido antes.

—No te preocupes.

Rojo la miró. La chica era guapa aunque pretendía no serlo. Nunca había conocido a una chica guapa a la que no le gustara aparentarlo. Inés se acercó a él.

—Llevo meses aquí. Todos firman a ciegas lo que el comandante les ordena. Al menos tú has intentado leerlo.

La traductora le tendió la mano y, en ese momento, sí, sonrió de manera perceptible.

—Soy Inés.

—Soldado de primera Rojo Rojo. —Lo soltó sin pensar en las consecuencias, esa chica le ponía nervioso—. Es que mis padres son primos segundos. —Se explicó sin que se lo requieran, como casi siempre.

Inés sonrió de nuevo.

—¿Y además de padres primos segundos, tienes nombre?

Nombre. Hacía meses que nadie le preguntaba su nombre. ¿Por qué esa manía de llamarse por los apellidos cuando hay nombres preciosos?

—Conrado.

Se estrecharon la mano. Tenía la piel como a él le gustaba. Aunque no sabría decir con exactitud cómo le gustaban las pieles, esa le gustaba. Definitivamente. Además la chica olía de maravilla. Y después del reciente rosario de hedores que había tenido que soportar, eso era de agradecer.

—Soy la traductora del campo. En realidad no traduzco nada…, o casi. Pero, según la ley, cuando hay un preso extranjero tiene que haber un traductor facultado.

—No sabía que aquí trabajaban mujeres. Bueno, monjas sí, pero esas no son mujeres… —De nuevo su torpeza congénita—. O sí, pero no mujeres de verdad…, como tú. —Inés rio y a Rojo le pareció ver cómo sus mejillas enrojecían levemente. Ella le señaló la herida.

—¿Eso te lo hizo el Marsellés?

—Sí, pero, bueno... —Bajó la voz y se aproximó un palmo a Inés. De cerca aún olía mejor—. A él le hicieron cosas peores. Aunque no lo reflejara la declaración.

Inés sabía cómo funcionaban las cosas en el campo, por eso el comentario de Rojo hizo que le saltaran las alarmas. Agarró al novato de las solapas y lo arrastró lejos de la puerta del despacho del comandante. Le habló con gravedad.

—¿Quieres acabar vistiendo uno de esos uniformes grises?

A Rojo no le dio tiempo a contestar. Tarrida asomó al pasillo con el Marsellés, cuyas manos estaban atadas con gruesas cuerdas. Inés se apartó de Rojo y destensó los músculos de su rostro todo lo que fue capaz.

—¿Su señoría ha dictado sentencia? —preguntó Inés.

—Hoy no la dictará. —Sacó a pasear su ironía—. Debe de tener partida de mus. —Tarrida miró a Rojo—. Novato…, llévate a esta

basura al calabozo.

La orden se le atragantó a Rojo, pero disimuló cuanto pudo. ¿De verdad no había nadie más que pudiera acompañar a aquel psicópata a su agujero? Aquel tipo había intentado arrancarle medio rostro hacía un rato.

—Por supuesto.

Rojo agarró al Marsellés intentando mantener la distancia de seguridad pertinente. Su brazo se estiró todo lo que fue capaz y un poco más. Quería mantener aquella dentadura lejos de sí.

Tarrida tenía un último recado para él.

—Que no te mate antes de que termine mi turno, haz el favor.

Rojo se preguntó si podía haber algún atisbo de ironía en el comentario de Tarrida. Habría apostado que no.

Alguien podría haber limpiado la celda, pero no. El Marsellés dejó caer todo el peso de su cuerpo sobre el banco carcomido. Rojo, agradecido de conservar su anatomía entera, se disponía a salir del apestoso calabozo cuando el preso golpeó repetidamente con los nudillos la madera sobre la que reposaba. Rojo lo miró desconcertado. No había que ser muy listo para entender que el francés intentaba decirle algo.

—¿Qué? —preguntó Rojo olvidándose de que al Marsellés le habían cercenado la facultad de hablar.

El esclavo lo señaló. Rojo quiso entender que el dedo apuntaba a su rostro. De forma instintiva se tocó la herida aún supurante.

—Que… ¿que si me duele?

El Marsellés asintió.

—Bueno…, un poco.

En otras circunstancias lo habría enternecido que el preso se preocupara por su estado de salud. Por ejemplo, con él fuera del calabozo y el preso tras la puerta cerrada a cal y canto.

La mano del Marsellés se posó sobre su pecho, gesto que Rojo descifró como disculpa. Y lo era.

—No, no… No te preocupes. No pasa nada. Si ya casi no duele.

El Marsellés asintió. Rojo, desconcertado, se dio la vuelta para salir del calabozo. Cuando estaba entornando la puerta cayó en la cuenta.

—Oye… ¿No se supone que tú no entiendes el español?

El Marsellés asintió.

—Pero sí lo entiendes.

Nuevo sí.

—¿Y por qué haces creer a todo el mundo lo contrario?

La respuesta le llegó en forma de corte de manga. No le costó traducirla.

—Por joder.

El reo sonrió lo que su rostro entumecido le permitió. Rojo no pudo evitar que se le contagiara la sonrisa. Hizo un segundo intento de cerrar la puerta, pero los golpes en la madera volvieron a escena. Rojo miró expectante al Marsellés. Este extendió la mano izquierda y con la derecha hizo el gesto de escribir sobre su palma.

—¿Que si tengo algo para escribir?

Sí.

—Eh… Sí, espera.

Rojo extrajo del bolsillo de la casaca el cuadernillo que la noche anterior había usado para mentir a su novia. Lo abrió y se lo dio al

francés junto con el lápiz de carboncillo. Bastaron apenas cinco segundos para que el bloc estuviera de vuelta. Rojo leyó en voz alta la hoja abierta.

—«No quiero morir como un perro».

Segunda vez que se compadecía de un reo en menos de veinticuatro horas. Mala señal. Con el agravante de que en esa ocasión lo hacía de un psicópata que había intentado merendarse su mejilla esa misma mañana.

El Marsellés le tendió la mano a Rojo, reclamando de nuevo el cuaderno. Tenía una petición.

5

Por mucho que se esforzara no entendía por qué unos animales tienen buena fama y otros no. Por qué unos son considerados nobles, fieles, sacrificados, y otros peligrosos, traidores o simplemente asquerosos. Como las ratas. ¿Qué habían hecho las pobres para ser tachadas de sucias y repulsivas? No le parecía que merecieran esa etiqueta. ¿Porque propagaban enfermedades? Vale. ¿Y los perros? ¿Y los gatos? ¿Y los moquitos? Rabia, toxoplasmosis, dengue. Se sabía muchas más. No. Definitivamente no era justo.

Fuera como fuese, las tres ratas a las que el Maestro había empalado y estaba asando en una pequeña fogata ya no tenían motivos para preocuparse por la etiqueta que les habían puesto. Sus problemas eran de mayor envergadura.

Rojo se topó con la fogata cuando estaba intentando sujetarse el pantalón con una cuerda a la que acaba de ascender a la categoría de cinturón. El Maestro se alegró de ver a su exalumno.

—Me gusta tu nueva sonrisa.

Rojo tardó unos segundos en entender que se refería a la cicatriz. El Maestro señaló la improvisada parrilla.

—¿Quieres una?

Rojo negó. No porque le dieran asco las ratas. Se reafirmaba en que le parecía injusta la fama que soportaban. La conversación con

el Marsellés le había removido por dentro. En ese instante no podría comerse una rata, ni tampoco un cochinillo.

Lincoln, Ventura y un recuperado Camilo doblaron por detrás del barracón y se detuvieron bruscamente al ver a su compañero hablando con un escolta. El Maestro sonrió.

—Que no cunda el pánico. Es un buen chaval. Fue alumno mío. —Hizo las presentaciones—. Estos son Camilo, Ventura y Lincoln. Este es Rojo. Por suerte para él, no por convicción. Por el apellido.

Ninguno de los presentes hizo ademán de estrecharle la mano. No procedía. El silencio incómodo volvió audible el crepitar del fuego que asaba las desafortunadas ratas.

Sin decir nada, básicamente porque no había nada que decir, Rojo se volvió para irse, pero el Maestro no había dado por terminada la escuálida conversación.

—Rojo.

El soldado se detuvo. Las miradas de los cuatro presos se posaron en él.

—Te agradezco lo de esta mañana, pero ha sido una idiotez. Eres el primer fascista por el que siento cierto afecto. No me apetece verte en el paredón.

Rojo recibió un mensaje similar al que le había dado Inés en el pasillo de Comandancia. Todos parecían empeñados en advertirle de que el funcionamiento del campo era el que era, y que nunca dejaría de serlo. Mensaje recibido.

Cuando la afilada sombra de Rojo se alejó lo suficiente, Ventura, Camilo y Lincoln rodearon al Maestro, que seguía cocinando su manjar con la paciencia que le exigían las titubeantes llamas.

—No los habéis encontrado, ¿no?

Los tres negaron con la cabeza haciendo gala de una sincronización que no pretendían. El Maestro se rio de su suerte.

—Tiene gracia. Se los dimos al Marsellés porque es el mejor escondiendo cosas. Nunca los encontraremos.

—Si no los encontramos no tiene sentido la fuga. Sin pasaportes falsos no llegaremos ni a la vuelta de la esquina —se lamentó Ventura.

De nuevo el silencio puso en primer plano el chisporroteo de las brasas. Camilo se dejó caer al suelo y se sentó, abatido.

—Todo esto es culpa mía, joder. El Marsellés está ahí dentro por salvarme la vida.

Nadie le quitó la razón a Camilo, porque la tenía. Lincoln exhibió su acento yanqui.

—Tenemos que preguntarle a él donde los escondió.

Los demás miraron a Lincoln descolocados. ¿De verdad podía ser tan ingenuo?

—Claro. Ve yendo tú. Seguro que el mismísimo comandante te lleva del brazo al calabozo del Marsellés y luego te invita a cenar —se mofó Ventura, sin ganas.

El Maestro captó algo en la mirada del norteamericano.

—Suelta eso que estás pensando, Lincoln.

—Matamos a otro escolta. En Comandancia solo hay dos celdas, y están una al lado de la otra. No será difícil comunicarse con el Marsellés.

El Maestro empezaba a vislumbrar el plan de Lincoln. Ventura y Camilo no eran tan sagaces.

—No veo mucho margen de mejora, Lincoln. El Marsellés y uno de nosotros sabrán dónde están los pasaportes pero no podrán

rescatarlos. Y los que podríamos recogerlos seguiremos sin saber dónde están.

El Maestro lo tuvo claro.

—El que lo haga deberá entrar en la celda con un carboncillo y algo pequeño donde escribir. Un papel, un trozo de madera… Lo que sea. Ahí escribirá el sitio donde están los pasaportes y lo lanzará por el ventanuco.

Ahora sí, todos visualizaron el plan. Lógicamente, también visualizaron el inconveniente.

—Al que se preste voluntario lo fusilarán —dijo Ventura.

—Y lo torturarán, como al Marsellés. Pero es nuestra única opción. Llevamos meses cavando. Sin pasaportes, no habrá servido para nada.

Las miradas de gravedad se sucedieron. El Maestro desempaló una de las ratas asadas. Agarró el pincho de madera aún caliente y lo partió en cuatro trozos, uno claramente más pequeño que los demás. Se quitó la roída gorra que hacía juego con el uniforme y metió los cuatro palitos dentro.

La suerte estaba echada.

Bucle, garfio, contragarfio, ventanilla, bobina, cableado. En menos de un abrir y cerrar de ojos Rojo cargó la película prohibida en el proyector de Intendencia.

Los demás escoltas habían contemplado la sinfonía de movimientos, hipnotizados. Rojo los espoleó. Se le veía nervioso. No quería estar ahí. No quería estar en ningún lugar.

—Para arrancarlo suele convenir bajar la luz.

Cuenca miró a Atienza, que corrió a apagar la bombilla del techo. La pared blanca y desconchada repelió la luz temblorosa del cinematógrafo. El ruido del motor ametralló los oídos de los presentes. Varias miradas furtivas a la puerta delataron el temor a ser descubiertos. A pesar de que el reglamento no recogía la falta de ver películas pornográficas en una instalación militar, no dudaban de que, si el comandante se enteraba, se iba a poner extremadamente creativo para elucubrar un castigo.

A los pocos segundos, una mujer bella y desnuda emergió de la cal de la pared.

—Toma ya. —Tarrida disfrutaba.

—Madre del amor hermoso. —Atienza reprimió el impulso de santiguarse.

Un actor, también desnudo, apareció para acompañar a la dama. Los atributos del hombre no pasaron desapercibidos.

—Joder. Como calza el tipo. —De nuevo Tarrida.

Nadie percibió que Rojo tenía la mirada fija en la oscuridad. Se le estaba acelerando la respiración. Una gotas de sudor asomaron en su frente.

—Pues a mí no me parece tan grande —fanfarroneó Cuenca.

—Que todos te hemos visto el pajarito en las duchas, alférez… —replicó Tarrida.

Los actores, siguiendo las acciones marcadas en el guion, empezaron a besarse. La temperatura de la sala subió varios grados.

—Qué buena está… —Cuenca empezaba a salivar.

—Hay que reconocer que la chica es bonita. Me recuerda un poco a mi tía Encarna —comentó Atienza acumulando pecados.

—Pues tu tía Encarna se está bajando al pilón…

El comentario de Tarrida apenas arrancó alguna tímida sonrisa. Lo que estaban viendo era demasiado glorioso para perder el tiempo sonriendo.

—Que no es ella… Tiene un aire pero no es ella —replicó Atienza sin parpadear, hacerlo habría sido un desperdicio.

Rojo ya no estaba en la sala. Su cuerpo, su envoltorio de piel y huesos sí estaba, pero él no. Él estaba en el calabozo del Marsellés, en la conversación que preso y escolta habían mantenido hacía aproximadamente una hora. Cuando el reo estaba escribiendo por segunda vez en la libretilla del soldado. Bajo la frase: «No quiero morir como un perro».

En el improvisado cine, el cuerpo sin alma de Rojo era el único que no padecía una enorme erección.

—Pues Trujillo no mentía. Se ve todo… Todo. —A Cuenca le faltaban ojos.

—Atienza… —Tarrida listo para meter cizaña—. Tu tía no se va a quedar ni con hambre ni con sed.

—Que no es mi tía. —Atienza protestó sin ganas, estaban todas en su entrepierna.

Rieron. Rojo no. Rojo seguía en aquel apestoso calabozo. El Marsellés le devolvía por segunda vez la libreta y el carboncillo. Rojo los agarró, expectante.

En la pared las imágenes de sexo explícito, mudo y en blanco y negro, se sucedían. Un segundo actor se unió a la pareja primigenia. Tarrida no dejó pasar la oportunidad.

—Jesús, la Virgen y José… Le van a hacer un dos por uno a la tía Encarna.

Atienza ni lo oyó.

Rojo se disponía a leer el mensaje del Marsellés, no sin antes comprobar que seguía sentado a suficiente distancia. Por muy católico que fuera, había descartado lo de poner la otra mejilla. Por fin leyó la frase escrita debajo de la primigenia.

—«Ayúdame, por favor».

Ni el torpedeo atronador del proyector lograba acallar lo que retumbaba en su cabeza. Ayúdame, por favor. Ayúdame, por favor. Ayúdame, por favor.

Tarrida se tocó sin pudor por encima de la bragueta del pantalón.

—Mira, mira. Le van a dar por la trastienda. Por la rebotica…

—Como le dimos al Marsellés. —Cuenca rio.

La alusión al Marsellés hizo que la experiencia extracorpórea de Rojo se cortara. El espíritu, el aura, la mente o lo que fuera que se había ido a dar un paseo, regresó de golpe.

Tomó conciencia de dónde estaba. De con quién estaba. No le importó ni lo uno ni lo otro. Sin mediar palabra, salió corriendo. Corrió como pocas veces lo había hecho.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Ayuda!

Levantar los ochenta kilos que pesaba el Marsellés para evitar que la improvisada soga cumpliera su cometido no era cosa fácil. El preso había perdido la consciencia, pero Rojo estaba seguro de que aún conservaba un aliento de vida.

Dos escoltas hicieron acto de presencia y ayudaron a descolgar al suicida de su cadalso. Cayó sobre el suelo como un saco. Rojo, jadeante, corrió a poner su oreja sobre el pecho del francés.

Le costó un rato que su ritmo cardiaco se estabilizara y su frecuencia respiratoria volviera a ser la normal. Estaba sentado en una silla en la antesala del calabozo, que tenía la puerta abierta de par en par. El padre Esteban, armado con un maletín de cuero, salió de la celda. Rojo clavó su mirada en él demandando un diagnóstico.

—Rojo Rojo… No sé si le has hecho un favor o una faena. El diablo vivirá.

El comandante Ramos llegó acelerado, acompañado de Inés.

—¿Qué cojones ha pasado? —preguntó.

El padre Esteban se limpió las manos con un trapo que poco podía limpiar. Con la mirada señaló un cinturón de cuero que reposaba en el suelo.

—El Marsellés ha intentado ahorcarse. Si no llega a ser por Rojo ya estaría criando malvas.

Ramos agarró el cinturón y lo examinó. Al poco clavó su mirada en el novato.

—Bien hecho, chaval. A este cabrón me lo cargo yo… Por mis santos cojones que me lo cargo yo.

El comandante devolvió el cinturón al suelo. Rojo le echó una mirada de soslayo intentando que nadie la percibiera. Inés lo hizo. Ramos se asomó al calabozo donde el Marsellés se recuperaba, muy a su pesar. Le habló a Rojo sin mirarlo.

—Te has ganado un día de permiso. Te lo daré cuando me salga de los cojones. —Se dirigió a los dos escoltas que esperaban órdenes que obedecer—. Vosotros… os quiero pegados al culo de ese animal.

Los escoltas asintieron y entraron en la celda. Ramos y el médico cura salieron juntos. Sin mirarse. Sin hablar. En la antesala quedaron

la traductora y el novato solos. Inés se agachó y recuperó el cinturón del suelo.

—Solo le faltan tus iniciales.

Rojo nunca había jugado al póquer, así que poner cara de póquer estaba muy fuera de su alcance. Inés le tendió el cinturón.

—Póntelo y no le cuentes nunca a nadie lo que has hecho.

No hizo falta que Rojo asintiera. Agarró el cinturón. Inés le puso la mano en la parte alta del brazo. El roce le gustó.

—No eres como los demás, lo veo en tu mirada. Y eso no es bueno.

Tercera advertencia.

Inés se fue.

La cuerda que había sido ascendida a cinturón fue repentinamente degradada. Y el cinturón que nació para serlo recuperó su cintura.

6

Era difícil no entrar en trance. Presos y escoltas. Esclavos y captores. El repicar acompasado y asincrónico de los picos sobre el granito invitaba a la mente de unos y otros a viajar. A visitar mundos lejos del suyo. Lejos de aquel siniestro ecosistema en el que habían tenido la desdicha de caer.

A Rojo no le gustaba viajar. Era un suplicio para él. Así que mientras los demás se transportaban a destinos lejanos en el tiempo y en el espacio, él se entretenía como su cuadriculada cabeza le permitía.

Esa tercera mañana en el batallón de trabajo, bajo el mismo cielo de plomo que los días anteriores, lo dedicó Rojo a la improductiva labor de calcular cuántos golpes con el pico podía dar un preso durante una jornada de trabajo. Eligió a tres presos de aspecto moderadamente saludable, para sacar una media que tuviera cierto valor científico. El primero picaba piedra a razón de 24 picotazos por minuto; el segundo, 22, y el tercero, a pesar de ser el más corpulento, se quedó en 18. Rojo redondeó la media a 21 picotazos por minuto. 1.260 por hora. La jornada laboral, salvo incidente o diluvio universal, solía ser de once horas. Así que cada preso daba una media de 13.860 golpes diarios contra el suelo.

El absurdo cálculo no quedó ahí. Rojo se aburría. El batallón estaba compuesto por 178 presos. A esa cifra había que restarle los diez de media que diariamente no estaban en condiciones de trabajar. Preso arriba, preso abajo, claro. O sea, la base impositiva, por llamarla de alguna manera, era de 168 presos. 336 manos que, armadas con sus picos, martirizaban el suelo de granito a razón de 2.328.480 golpes diarios.

Tenía que ser por eso que esa tierra era tan agreste. ¿Quién podía soportar más de dos millones de agresiones al día? Nadie. Ni un planeta entero.

Lincoln fue el que perdió. Habría preferido no haberlo hecho, pero el azar así lo decidió. Él eligió el primero y sacó el trozo de palo más corto. Aún lo llevaba en el bolsillo, y aún olía a la rata que había ensartado la noche anterior.

Tenía que elegir su objetivo y llevar a cabo la ejecución. Iba a hacerlo esa misma mañana, para qué esperar. Tenía al alcance de su pico al escolta nuevo, Rojo, pero el Maestro lo vetó como víctima. Por fortuna era el único vetado, así que aún tenía donde elegir.

Atienza se agachó para atarse la bota a escasos ocho metros del norteamericano. Era el momento. Lincoln, pico en mano, caminó dos pasos hacia él. Camilo le agarró del brazo.

—No lo hagas.

Lincoln lo miró sin entender.

—No voy a dejar que lo hagas. El Marsellés se sacrificó por mí. Lo justo es que sea yo el siguiente.

—Nos lo jugamos, Camilo. Y perdí.

—Tienes dos hijos.

El Maestro y Ventura se unieron al debate en el momento en que Atienza se levantaba y se alejaba lo suficiente para dejar de ser un objetivo inmediato.

—¿Qué cojones estáis haciendo?

—Nada. Ocúpate de lo tuyo —zanjó el yanqui.

El alférez Cuenca vio el coro y se apresuró a disolverlo.

—¡Vosotros! ¡Al tajo!

El grito de Cuenca hizo que Rojo se descontara. Estaba calculando los picotazos que daría un preso con una condena de treinta años, que, con la reducción de pena que suponía el trabajo forzoso, a razón de uno a tres, debería cumplir al menos diez años de picar piedra. Una falacia, pues nadie vive diez años con un pico en la mano alimentándose a razón de tres sardinas al día.

Por eso los presos se empeñaban en fugarse. Esa era la única manera de salir de aquel infierno por su propio pie.

Una bofetada impactó en el rostro de Rojo. En realidad en el rostro de todos los allí presentes. Las pupilas se contrajeron a la vez que los ojos se le achinaron. Una manta gruesa y tupida caída del cielo les proporcionó un calor que ya habían olvidado.

El sol.

Los picos se tomaron un merecido descanso. Los rostros de los esclavos y los de sus guardianes, poco a poco, uno a uno, se fueron irguiendo buscando una mayor cercanía al astro que les proporcionara aún más calor. Había que aprovechar cada centímetro. Cada segundo.

Era un ejército de reptiles demandando su ración de sol para seguir funcionando. Para seguir sufriendo. Daba igual. Ese momento

no era para pensar. Era para disfrutar. La mayoría de los presos creían, estaban seguros de que habían perdido esa capacidad, pero resultó que no.

Una nube se dirigía con malas intenciones hacia la estrella. Rojo pensó que ojalá pudiera abatirla con su máuser 98 como quien abate una perdiz. Aunque la media docena de veces que había disparado, nunca contra un ser vivo, le habían servido para certificar que no tenía el don de la puntería. Podría disparar uno de sus compañeros.

Cuenca lo hizo, pero en la dirección contraria.

—¡¡¡Eh!!! ¡¿Qué coño hacéis?! ¡¡¡A trabajar!!!

El alférez necesitaría más que esas cinco palabras para rescatar de la ensoñación a los más de ciento cincuenta reos que el sol estaba reconciliando con la vida.

Cuenca no se dio por vencido.

—¡Me cago en todo! ¡¡¡He dicho que…!!!

La mano de Atienza descansó sobre los galones del alférez.

—Dales un minuto. Solo uno.

La petición de Atienza desarmó a Cuenca. Por insólita, por injustificada, por absurda y por caritativa.

El éxtasis no llegó al minuto, pero sí se alargó unos segundos de oro, los que la nube tardó en jugar al escondite con el sol.

Puntuales como siempre, los habitantes de San Martín contemplaban la sesión vespertina del desfile de muertos vivientes que se producía dos veces al día. Sus amigos y familiares regresaban exhaustos del trabajo no remunerado, rumbo al infierno del campo.

La efímera visita del sol no era más que un recuerdo y, para que quedara constancia de ello, una fina capa de lluvia acababa de hacer acto de presencia.

La comitiva se acercaba a la salida del pueblo. Como el primer día, Rojo la cerraba. Y, como el primer día, el escolta posó sus ojos en la niña con ojos de viuda. La madre coja no tardó en aparecer. Corrió hacia Rojo y le cogió el brazo con intención de no devolvérselo.

—Venga conmigo. Me lo prometió.

Rojo no recordaba haberle prometido nada a la mujer, pero, sin saber muy bien por qué, se dejó arrastrar hasta la casa triste.

Le sorprendió que la vivienda no oliera tan mal como su dueña. Ramas de comino, tomillo e hinojo desperdigadas por la austera cocina debían de tener la culpa.

La mujer se apresuró a servirle a Rojo un vaso de vino tinto que era vinagre. Un perro mugriento al que le faltaba una oreja lo miró expectante.

—El vino está rico. Es el que toma el cura en misa.

Rojo no quería vino, pero su mano derecha agarró el vaso.

—Beba. Beba.

Rojo no quería beber, pero su mano derecha, él empezó a sospechar que tenía vida propia, acercó el vaso a sus labios y le obligó a dar un sorbo. Mala decisión. Estaba asqueroso. El perro se dio la vuelta y se tumbó en el suelo. Si el vino no estaba bueno, no le interesaba.

La mujer fue a buscar algo que estaba envuelto en un trapo sucio.

—Le esperaba ayer.

Le dio el paquete con el trapo. Unas cuerdas que habían sido anudadas demasiadas veces procuraban que la caja no quedara

desnuda.

—Es morfina de estraperlo.

Rojo se hallaba muy lejos de entender qué estaba pasando en la casa triste.

—Mi marido está preso en el campo. Está malo, lo tienen en enfermería. Se llama Antonio Herrero García. Sufre muchos dolores…, pero no le dan nada para calmarlos. La morfina que hay es para ustedes: los guardias y los oficiales.

El escolta empezaba a vislumbrar el motivo de su visita forzada.

—Si se la entrega a una de las monjas, sor Socorro, la más joven, ella se lo dará a mi marido.

Rojo agarró, ahora sí, la caja mal envuelta.

—No me mire así. No pretendo que lo haga gratis. Antes nos ayudaba otro guardia, pero lo mataron hace dos días. Creo que cuando llegó usted. Le ofreceré el mismo trato que le hacía a él.

Rojo encajó las piezas. El guardia referido no podía ser otro que Trujillo. Fuera como fuese, él no quería ningún trato. Ni el del escolta asesinado ni el de nadie. Lo que quería era que su mano obedeciera la orden de soltar el vaso del mejunje que no era vino, e irse.

—Sofía, hija. Ven.

La mujer coja esperó a que en la puerta apareciera su hija, la niña con aquellos ojos que no le pertenecían. Unos ojos que en ese momento lucían pintados al igual que los labios. Con no mucha fortuna, la verdad. El perro levantó su única oreja. Rojo volvía a estar perdido. Más que nunca.

La mujer coja empujó al escolta y a la niña hacia una puerta, y la abrió. Tras ella había una alcoba presidida por una cama cuya pata ausente había sido sustituida por un tocón. La puerta se cerró y dejó

la mujer al otro lado. El perro al que le faltaba una oreja se había anticipado a la mujer coja y había entrado en la habitación.

La cama no levantó las sospechas que debería haber levantado en Rojo. Él se dio la vuelta buscando respuestas, pero lo que encontró fue a la niña desnudándose.

—No, no, no…

Rojo, casi en shock, corrió hacia la niña. Agarró su vestido del suelo e intentó ocultar la ausencia de pechos. El perro gruñó al ver el arranque impetuoso de Rojo. No pasó de ahí. Los colmillos del can se quedaron en su sitio. Era ya demasiado mayor para esas cosas.

La pobre niña estaba lejos de comprender la reacción de Rojo. Había conocido a muchos escoltas, y ese comportamiento no era propio de uno de ellos.

—¿Qué…? —preguntó la niña.

—Que no hagas eso. Vístete —dijo Rojo, francamente abrumado.

—¿Por qué?

—Porque hace frío.

—No pasa nada. Estoy acostumbrada al frío. Además, haciendo el acto se me pasa.

Rojo estaba al borde del infarto. Solo quería salir de aquella habitación. De aquella casa.

—No vamos a hacer el acto.

La niña dio la impresión de haberse disgustado.

—¿Por qué? ¿No le parezco bonita?

—Sí. Claro que me pareces bonita.

—Entonces hagamos el acto.

Los pezones sin ubre de la niña volvieron a quedar a la vista de Rojo.

—Que no vamos a hacer el puñetero acto. Vístete, he dicho.

—Pero… ¿por qué?

Había tantos motivos que soltó el primero que asomó a su cabeza.

—Porque tengo novia.

—Todos tienen novia. O esposa. A mí no me importa.

—Eres una cría. No deberías hacer eso.

¿Por qué no abría la puerta y se largaba en lugar de dar absurdas explicaciones a aquel boceto de mujer?

—Tienes… tienes los años que tienes. No deberías hacer esto.

—Mi padre lleva meses malo. Lo he hecho varias veces. Con varios guardias.

—Pues mal. Muy mal. Tremendamente mal. —Rojo vio cómo el semblante de la niña se ensombrecía. Intentó rectificar. Siempre torpe—. No, no. No te pongas triste. Mal ellos, tú no. Bueno, bien bien, tampoco. Pero no mal. Ellos muy muy mal.

—No lo entiendo. —La niña era sincera.

—Mira. Yo tampoco. —Él también—. Haré lo que me ha pedido tu madre, ¿vale? Pero tú tápate.

La niña no entendía el idioma de Rojo.

—¿Gratis…?

—Sí, gratis. Y que te vistas de una vez.

La niña obedeció por fin. Rojo suspiró aliviado. Fue a por la caja con la morfina envuelta. Miró a la niña una última vez y enfiló la puerta para salir de aquella casa para siempre.

—Espere.

Rojo no quería esperar. La niña se le acercó.

—Si sale ahora, mi mamá sabrá que no hemos hecho el acto y me pegará. Seguro. ¿Le importa esperar un rato?

El escolta no daba crédito a la petición de la niña. Ella se subió a la cama y se quedó sentada en un extremo del colchón con las piernas colgando, lejos de llegar al suelo.

Rojo suspiró, quería irse de allí pero no a costa de que la niña recibiera una paliza.

Se sentó junto a la niña. Los dos se quedaron inmóviles mirando la pared desconchada que muchos años atrás alguien había pintado de verde pálido.

El perro que tenía una oreja de menos los observaba con curiosidad.

«Qué raros son estos humanos...».

La enfermería tenía un día bueno. En las últimas cuarenta y ocho horas tres de los seis ingresados fueron dados de alta. Los dos primeros salieron andando, y el tercero, en una caja de pino.

Esa ocupación al cincuenta por ciento propició que las monjas pudieran disfrutar algo más de su tiempo. O lo que era lo mismo, aprovecharlo para rezar por España y por el Caudillo. Rezaron por él durante toda la campaña militar que terminó como terminó, así que sor Socorro y sor Patrocinio estaban bastante seguras de la efectividad de sus oraciones.

Rojo llamó tímidamente a la puerta del botiquín.

—¡La puerta está siempre abierta! —gritó sor Patrocinio mientras se guardaba el rosario en el hábito.

El escolta, que ya casi no se consideraba un recién llegado, entró con la caja para el padre de la niña con la que se había visto obligado a fingir un coito.

—Madre… —Se dirigió con respeto a una de las monjas, que eligió al azar.

—No soy madre. Soy solo sor, pero puede llamarme sor.

Ser sor no era incompatible con hacer juegos de palabras. A sor Socorro le divertían.

Rojo, con su poca habilidad para leer entre líneas, dudó si llamarla «sor» o «solo sor». Optó por la vía de en medio: o sea, ninguna de las dos.

—Me ha dado esto una mujer del pueblo. Para su marido… Herrero. Me ha dicho que usted sabe quién es.

—Herrero se ha muerto esta mañana.

La sor ni se inmutó. A Rojo le temblaron las piernas. Acababa de compartir cama con la hija del finado.

El soldado miró la caja de morfina. Pensó en incautar una dosis para suministrársela a sí mismo y así evadirse unas horas de aquel sin sentido.

Pero solo lo pensó.

7

Cuando hay escasez toca agudizar el ingenio. No es necesario ser muy listo para entender esta máxima.

Había hambre, y los fogones eran como laboratorios culinarios donde se experimentaba con productos de todo tipo. En los pucheros se echaban hierbajos y animales salvajes y domésticos que hasta ese momento estaban vetados en las casas de bien. Se preparaban platos imposibles, como los calamares fritos sin calamar, o la tortilla española sin patatas ni huevo. Todo un reto.

Fuera del campo de concentración, en el mundo real, la gente vivía con la carta de racionamiento bajo el brazo. Ya no era cuestión de haber pertenecido al bando ganador o al perdedor. Muchos vencedores estaban pelados como ratas, y el hambre que pasaban era similar a la de los que perdieron la contienda. «¿Para eso hemos ganado la guerra?», se lamentaban muchos.

Rojo pensaba a menudo sobre eso y había llegado a una conclusión que nunca se había atrevido a compartir con nadie: las guerras no se ganan. O, mejor dicho, las ganan los que no las libran: los poderosos.

Los cuatro garbanzos que nadaban en la sopa de ortigas tenían un aspecto ridículo. No solo por lo pequeños y deformes que eran, que

también. Parecían náufragos en un mar verduzco escaso pero profundo. Daban más ganas de rescatarlos que de comérselos.

A pesar de todo, Rojo decidió saciar su hambre engullendo los cuatro garbanzos con la primera cucharada de sopa. Quizá habría sido más inteligente reservarse las legumbres para el final, pero últimamente Rojo le estaba cogiendo el gusto a las cosas poco inteligentes.

Tarrida y Atienza se sentaron a la mesa con sus respectivos platos de sopa. Ni con movimientos bruscos habrían conseguido derramarla, pues la cantidad era nimia y quedaba empozada en las profundidades del plato, a años luz del borde.

Tarrida le dedicó a Rojo un saludo con la mirada, tan escaso como su sopa. Atienza fue más generoso y movió la cabeza con timidez. Tarrida sacó una bolsa de tela que se reveló enseguida como un monedero, cuando el soldado dejó caer la calderilla sobre la mesa de madera. Atienza se tensó como un gato que ve invadido su territorio.

—Pero ¿se puede saber qué haces?

—Qué voy a hacer. Repartir el botín. —Contó las monedas—. Son nueve pesetas por barba.

—Que nos van a ver.

Tarrida no pudo ni quiso reprimir una carcajada.

—Como si fuéramos los únicos que lo hacemos.

Atienza comprobó que, en efecto, no habían despertado el interés de ni uno solo de sus compañeros. Se relajó. Miró fugazmente a Rojo.

—¿Has contado a Rojo?

Rojo levantó la cabeza. No sabía de qué hablaban. Fingió interés, más por los demás que por él.

—El novato no estaba en esta remesa. Entrará en la próxima.

Cuenca esperó un gesto de acatamiento por parte de Rojo, que no se produjo. Igual había que explicarle de qué rayos estaban hablando. Atienza se ofreció voluntario.

—Nos quedamos con parte de la comida y las medicinas de los presos, y las vendemos de estraperlo.

Rojo no pudo disimular su cara de estupefacción. Puso la más comedida que encontró en su repertorio. Atienza la interpretó y se apresuró a justificarse, como siempre hacía.

—Sabemos que no está bien desde el punto de vista católico y apostólico, pero…

Tarrida no era amigo de las justificaciones e interrumpió a su compañero.

—Pero que nos paguen un sueldo digno si no quieren que lo hagamos, no te jode.

—Bueno... Los mandos tienen un sueldo digno y también lo hacen, la verdad —apostilló Atienza.

Tarrida quería poner fin a esa conversación. La había mantenido demasiadas veces.

—Aquí el que no corre vuela, novato. —Acercó las monedas a Atienza—. Guarda tu parte y la de Cuenca. —Señaló a Rojo con el dedo y la mirada—. Tú entras en la siguiente partida. Y date prisa con la sopa, que hoy repetimos.

Rojo le miró sin entender. ¿Iban a repetir de sopa? ¿Tan generoso era el rancho?

—La película, alelado. —Tarrida sonrió, como hacía siempre antes de soltar lo que él consideraba un chiste—. Que vamos a volver a ver a la tía Encarna…

—Que no es mi tía… —replicó con tono cansino un hastiado Atienza.

—Olvidaos de la película.

Cuenca se incorporó al grupo. No llevaba el preceptivo plato de sopa. Mala señal.

—El juez acaba de condenar a muerte al Marsellés. Voy a presentarme voluntario para el pelotón de fusilamiento. ¿Os apunto?

—Claro —dijo Tarrida sin pestañear.

Atienza asintió.

—¿Novato? —preguntó Cuenca.

—Yo no. Gracias.

Los tres escoltas candidatos a amigos de Rojo se miraron desconcertados. El alférez Cuenca insistió.

—Dan dos días de permiso y tres pesetas por fusilamiento. ¿Seguro que no te quieres apuntar?

—No, no…

Más miradas de incredulidad. Cuenca se encogió de hombros y se marchó para apuntar a los voluntarios que ya salivaban pensando en la paga extra. Tarrida miró a Rojo, más suspicaz que de costumbre.

—¿Qué pasa? ¿Eres virgen?

Atienza entendió.

—¿No has matado nunca a nadie…?

—La verdad es que no.

Rojo no podía creer que él u otro ser humano sintiera vergüenza de no haber matado.

—¿Dónde cojones estuviste en la guerra? ¿En una cueva?

—Serví en Burgos. Hice el servicio militar ahí y…, bueno. Ya había pasado la acción.

La medio mentira no le quedó del todo mal, pensó Rojo.

Las notas de una canción que conocía pero no identificó de primeras sonaron en el patio. La mayor parte de los soldados que ocupaban las mesas se olvidaron de la sopa de ortigas y de los cuatro garbanzos, y corrieron a las ventanas a ver qué ocurría.

—¿Qué mierda es eso? —preguntó Tarrida.

Ya tenía la canción. Rojo estaba seguro. Era «La marsellesa». Los esclavos habían formado por iniciativa propia en el patio y entonaban el himno francés de la libertad. Cantaban con la mirada fija en el edificio que albergaba los calabozos.

—Deben de haberse enterado de la orden de ejecución del Marsellés.

Atienza no tuvo ninguna duda.

Y no se equivocaba.

Más de ciento setenta gargantas homenajeaban al francés y se despedían de él. La mayoría no conocía la letra del himno, algunos ni tan siquiera sabían de qué cojones hablaba esa letra. Pero sabían que la canción se llamaba «La marsellesa» y, hablara de lo que hablara, no cabía duda de que era la más idónea para despedir al Marsellés.

Uno de los suyos.

Las puertas del barracón de los soldados se abrieron.

Armados con porras y máuseres, los escoltas salieron determinados a acallar el homenaje. A pesar de las costillas rotas y los labios partidos, no lo consiguieron.

Desde una ventana, el comandante Ramos contemplaba el desafío mientras le pegaba un bocado a un muslo de pollo.

Rojo entró sin llamar. La puerta estaba abierta. Un escolta retiraba el plato con los restos del pollo que el comandante acababa de comer.

El himno había cesado y, más allá de la ventana del despacho, la paliza colectiva daba sus últimos coletazos.

—Señor —titubeó Rojo.

Ramos miró al escolta con desagrado. Era su hora del coñac.

—Si vienes por lo de tu día de permiso, no es buen momento.

Rojo negó. Estaba nervioso pero determinado. Una mezcla que suele resultar explosiva. Y lo fue.

—No es por eso… Es por lo de la declaración que firmé en el juicio del Marsellés. Quiero revocarla antes de que… de que se ejecute la sentencia.

Ramos miró a una botella de licor que había en una mesita junto a una copa sedienta. Aquel novato, aquel ser insignificante, le iba a fastidiar el coñac de las nueve. Se despidió de la botella hasta el día siguiente. Sabía con exactitud cómo se iban a suceder los acontecimientos de ese momento en adelante. El discurso de Rojo no le pilló por sorpresa.

—Los hechos no pasaron como ponía en la declaración. Había un preso muy enfermo. El soldado Trujillo le obligó a levantarse, pero el pobre hombre no podía con su alma. Trujillo lo cosió a patadas y le exigió que se levantara si no quería recibir un balazo. Era imposible que lo hiciera, había perdido la consciencia. El Marsellés solo quiso evitar que mataran a su compañero como a un perro.

Rojo soltó el monólogo sin apenas respirar. Le iba a costar recuperar el fuelle. Jadeaba.

El comandante Ramos lo escrutó con la mirada. No. Definitivamente, no le gustaban los héroes.

—¡¡¡Caaaaaaaaaaarguen!!!

Siete fusiles obedecieron al unísono. Los soldados que los sujetaban esperaban la siguiente orden. El Marsellés, frente a ellos, tenía las manos atadas y las piernas abiertas en actitud desafiante. Miraba fijamente a la cara a los que creía que iban a ser sus verdugos. No había ningún motivo para pensar que aquellos hombres no fueran los que acabarían con su vida. Pero no lo eran.

El oficial escupió la segunda orden. No pilló por sorpresa a nadie.

—¡¡¡Aaaaaaapunten!!!

Los voluntarios, con Cuenca, Tarrida y Atienza a la derecha de la formación letal, fijaron su mira en el Marsellés.

La mayoría de los presos cerraron los ojos. Ver ejecutar a un compañero era como verse ejecutar a uno mismo. Todos tenían boletos para ser el siguiente.

El Maestro contempló algo que no esperaba y que le rompió el corazón. Deseó ser el único que se daba cuenta. El Marsellés miraba fijamente hacia él con una mueca en el rostro y se estaba meando en los pantalones.

«El miedo no debería ser el último compañero de viaje de nadie», se dijo a sí mismo el Maestro.

El oficial levantó la mano con la palabra «Fuego» en los labios. No le dio tiempo a soltarla.

—¡Alto, oficial!

Miradas de desconcierto. El comandante Ramos arrastraba con él a un Rojo con el rostro desencajado. El mando se dirigió al pelotón de fusilamiento.

—Bajen las armas.

Desconcierto general. Más entre los francotiradores. ¿Qué iba a pasar con las nueve pesetas y los días de permiso…?

—Pelotón. Retírense —insistió Ramos.

Obedecieron porque habían sido adiestrados para eso. Atienza pasó junto a Rojo y lo miró con preocupación. Ramos aprovechó para arrebatarle el máuser de las manos.

Le dio el arma a Rojo.

—Ejecuta la orden, Rojo Rojo.

El comandante masticó los dos apellidos con regocijo.

Rojo agarró el fusil. El órdago le había salido por la culata. Faltaba ver si la bala con la que debía matar al Marsellés también lo hacía.

—Ponte en posición —dijo Ramos con fuego en la mirada.

Rojo parecía una talla de madera. O de mármol. Ni él ni nadie habría sido capaz de mover un solo músculo de su cuerpo. El mando se le acercó tanto que pudo masticar su aliento.

—Ponte en posición.

La parálisis de Rojo no remitía. Ramos hizo un gesto con la cabeza y dos escoltas arrastraron al novato hasta la zona de tiro. Lo manipularon como a una marioneta para que quedara en la posición de ejecución.

Ramos le habló al oficial.

—Dé la orden.

El oficial cumplió la orden de dar la orden.

—¡¡¡Caaaaaaaaargue!!!

Las manos temblorosas y empapadas en sudor de Rojo obedecieron. Las miró como quien mira a un traidor. ¿Cómo se atrevían a desafiar a su cerebro? A sus principios.

—¡¡¡¡Aaaaaapunte!!!!

Sus ojos se unieron al motín de sus manos. Sobre la punta de la mirilla amaneció el Marsellés, que estaba mucho más entero que él.

—¡¡¡¡Fueeeeeeeeeeeeeeeeego!!!!

No pudo. Qué maravilla. No pudo. Las manos del escolta parecían haber acabado con la rebelión. Rojo temblaba de arriba abajo. Pero estaba logrando mantener la bala junto al percutor. El oficial repitió la orden.

—¡¡¡¡¡¡Fueeeeeeeeeeeeeego!!!!!!

Nada. Y así tres fuegos más. Ramos no estaba dispuesto a perder el pulso. Iba a ganar sí o sí.

—Rojo. Dispare o se une al Marsellés. Se lo juro por mi madre. O dispara de una puta vez o está muerto.

El oficial lo intentó de nuevo.

—¡¡¡¡Fueeeeeeeeeeeeeeego!!!!

Los segundos duraban minutos. Horas. Nadie pensaba ya en el Marsellés. Él estaba allí de pie, respirando, pero había muerto con la primera orden de fuego. El que se estaba jugando el todo por el todo era Rojo.

La tensión se extendió a escoltas y presos. Atienza, Cuenca, incluso Tarrida, temían por la vida de su casi amigo. ¿Quién iba a manejar el proyector de cine para ver la película de la tía Encarna?

—Dispara —musitó Cuenca.

—Dispara —suplicó Atienza en un susurro que no oyó ni él.

—Dispara, cojones. —Tarrida suspiró.

Hasta el Maestro se unió a la súplica. El Marsellés ya estaba muerto, y lo sabía.

—Dispara, idiota…

Rojo no oyó a nadie, pero oyó a todos.

Esta vez fue su cerebro el que ejecutó la sentencia. Ni sus manos, ni sus dedos ni sus ojos fueron los responsables. Fue él quien decidió salvar su vida a costa de la de otro hombre. Podía no haber disparado, pero lo hizo.

Y, por cierto, con una excelente puntería.

Se hizo el silencio.

Ramos miró satisfecho el cadáver del Marsellés y luego a Rojo. Se acercó a él con una sonrisa bañada en crueldad. Se le acercó tanto como pudo. Sus labios se pegaron al oído izquierdo del flamante ejecutor.

—Ahora ya tienes mi permiso para revocar tu declaración, Rojo Rojo…

En esta ocasión no pudo deducir la ironía de las palabras del comandante, simplemente porque no las oyó.

8

A Rojo le gustaba leer. Era un bicho raro en muchas cosas, también en esa. Sus compañeros del colegio, a pocos podía llamarlos amigos, no cogían un libro más que cuando lo ordenaba el maestro. A su padre tampoco se le podía considerar un lector. Fueron contadas las ocasiones que de niño lo vio con un libro en las manos. La sastrería le ocupaba demasiado tiempo.

El dinero nunca sobraba en la modesta casa de los Rojo. El negocio daba para lo que daba, y los libros eran un lujo innecesario. Debajo de su casa había una librería. Ahí fue donde Rojo compró la libreta con la que mintió a su novia y en la que el Marsellés le suplicó que le ayudara a morir. Esa tienda fue un vergel para el niño lector. Con la complicidad del dueño, el señor Matías, Rojo usaba la librería a modo de biblioteca. Ahí devoró todos los clásicos de aventuras con los que se topó, así como las novedades más llamativas.

Los libros tenían órdenes estrictas de no abandonar jamás la librería si no los habían comprado. Así que las jornadas maratonianas de ávida lectura que el chaval se metía entre pecho y espalda siempre tenían lugar entre las cuatro paredes de aquel local comercial.

En uno de los libros, de forajidos creía recordar, Rojo leyó una frase en forma de sentencia que jamás olvidaría: «Cuando matas a un hombre no solo le quitas todo lo que tiene, sino todo lo que podría llegar a tener en el futuro».

Rojo quiso hacer suya esa reflexión. Repetía una y otra vez el aforismo en su cabeza. Quería pensar que, en el fondo, le había hecho un favor al Marsellés. ¿Qué tenía el preso? Nada. ¿Qué iba a tener en el futuro? Menos que nada. No tenía futuro. Estaba en el puñetero paredón. Si no hubiese disparado él lo habría hecho cualquier otro. Tarida, Cuenca y Atienza lo iban a hacer por nueve pesetas. El precio que habían puesto a esa vida era de nueve míseras pesetas. Y se hubiesen quedado tan panchos. Tan felices.

Rojo sabía que todo eso que se repetía una y otra vez era estrictamente cierto. Lo sabía tan bien como que nunca jamás se perdonaría a sí mismo haber apretado el gatillo.

Sonó la corneta con su característico carraspeo. Los escoltas se levantaron con sueño pero aliviados. Durante unas horas estarían lejos del alcance de las pulgas y los chinches con los que compartían lecho. Rojo no se movió un ápice. Atienza se dio cuenta. Con el pijama a medio quitar se acercó a su camastro y se sentó junto al pecho del novato.

—El primero al que maté era un chaval de catorce años. Le tuve que dar tres tiros de gracia.

Rojo no pudo menos que cruzar sus ojos con los de Atienza. Estaba claro que su intención era reconfortarle, quería ver si era capaz de hacerlo.

—Solo has cumplido la voluntad de Dios.

Pues no. No le reconfortó.

Llovía de nuevo, pero no parecía importarle a nadie. Los presos aparentaban haber desarrollado una inmunidad a las punzantes gotas de agua fría. Devoraban su raquítico desayuno sin miedo a que la lluvia lo echara a perder. Las raciones no duraban tres segundos en los platos, ni Billy el Niño convertido en lluvia habría sido lo suficientemente rápido para mojarlas.

Estaban sentados en el suelo, con la espalda apoyada en la madera húmeda del barracón. La conversación era animada. Solía ocurrir cuando perdían a un compañero, y acababan de perder al Marsellés. Dejarse llevar por la tristeza, la desesperación o la rabia no conducía a nada. Lo habían aprendido tras las primeras muertes. Había que tirar para adelante. Es lo que los desaparecidos hubiesen querido.

—La fabada de mi madre… Fabes grandes como una cría de rata. Con su compango: morcilla, chorizo, tocino… —El Maestro visualizaba el manjar.

Ventura contraatacó olisqueando el plato que evocaba.

—El gazpacho que hacía la mía. El murciano, no la mierda esa del tomate. Las tortas con guiso de verduras, conejo, liebre… y perdiz.

El Maestro miró de reojo a Camilo. Le gustaba hablar de comida más que a un niño un caramelo. Le sorprendió que no participara en el debate. Estaba mudo.

—*Ham hock*. —Lincoln entró en el juego.

—¿Eso qué es? —preguntó Ventura.

—La parte baja del jamón ahumado. Donde la rodilla del cerdo. Servido con judías verdes y habas.

El Maestro rio y le bajó los humos.

—Eso es el codillo de toda la vida… Que los yanquis creéis que habéis inventado la pólvora…

Rieron. Poco. Porque al segundo todos se sumaron al mutismo de Camilo cuando repararon en que el cadáver del Marsellés, oculto bajo una manta, estaba siendo introducido en el camión.

—Que la tierra le sea leve —deseó el Maestro.

—Y la cal —apostilló Ventura.

El camión cerró la compuerta trasera y arrancó. Las puertas del campo se abrieron. El vehículo se perdió en el cuarto árbol a la izquierda. El silencio se prolongó hasta que Lincoln lo rompió.

—¿Visteis que se meó?

Era como si hubiera esperado a hacer ese comentario a que se llevaran el cadáver del Marsellés, para no ofenderlo o no ponerlo en evidencia.

Al Maestro no le gustó la observación del yanqui.

—A ver qué harás tú cuando estés frente al pelotón de fusilamiento.

Ventura dijo en voz alta lo que pensaba:

—Se ha llevado los pasaportes con él… Nos ha jodido bien a todos, el hijo de puta. .

Camilo salió de su letargo, se puso en pie y se encaró con Ventura, que levantó las manos para protegerse.

—Ese hombre ha muerto por mí. Como vuelvas a decir algo malo de él te reviento.

Ventura no se arrugó. Se levantó y puso su frente contra la de Camilo.

—¿Tú y cuántos más?

El forcejeo no llegó a serlo por la intermediación del Maestro, que, evocando a su pasado de pupitres y encerados, agarró de las orejas a los dos contendientes.

—¡No seáis idiotas! ¿Queréis acabar como él?

Camilo y Ventura se miraron resoplando. Sabían que el Maestro tenía razón. Como casi siempre.

El viejo profesor hizo un gesto a Lincoln para que se llevara a Ventura de ahí. No tardó ni dos segundos. Era hora de hacer terapia con Camilo.

—No fue tu puñetera culpa.

A Camilo se le anegaron los ojos.

—Es que no entiendo por qué lo hizo. No éramos tan amigos.

—No digas tonterías. Si se la jugó por ti era porque te apreciaba.

Camilo clavó la mirada en el viejo. El flujo lagrimal aumentó.

—Yo no me la habría jugado por él.

El Maestro, conmovido, se limitó a abrazar a Camilo con todas las fuerzas que sus músculos desvencijados le permitieron.

Su cabeza viajó al momento en que su exalumno Rojo, contra todo pronóstico, hizo lo que tenía que hacer y activó el percutor del máuser 98 de Atienza. Recordó al Marsellés encajando la bala con una inquietante mueca en el rostro. ¿Cómo no iba a poner una mueca? Iba a morir. Aunque se esforzaba en aparentar lo contrario, tenía que estar muerto de miedo. Lo estaba. Se meó encima, joder. Se meó porque estaba aterrado esperando el final. Le miró a él a la cara, con esa puñetera mueca, mientras empapaba los pantalones.

¿Y si no era una mueca, sino una sonrisa? Sí. Lo era. Él no la interpretó como tal por la situación, pero el Marsellés estaba esbozando una puta sonrisa, como cuando Rojo le disparó por fin. Sonreía. Aquello era un sinsentido.

O no.

El rostro del Maestro se iluminó. Pareció rejuvenecer diez años, veinte… Qué caray. Tenía la mirada de un bebé.

—Sé dónde el Marsellés escondió los pasaportes.

A Camilo se le cerraron abruptamente las compuertas del llanto. Miró al profesor en demanda de más información. La necesaria para entender aquel galimatías.

—Me lo contó. Cuando se meó me miró. Fue un momento, pero me miró aposta. No se meó de miedo, nos decía que los pasaportes están escondidos en las letrinas.

Camilo intentaba digerir la teoría. El Maestro le sacaba tres cabezas. Puede que cuatro. Todo encajaba.

—El Marsellés los tenía cuadrados. Un tipo como él no se mea ni delante del mismísimo Satanás. Me juego un brazo a que los pasaportes están escondidos en las letrinas.

Camilo empezaba a pensar que la locura del Maestro igual no lo era tanto. Ambos fijaron sus miradas en las letrinas. Sin margen para urdir un plan, los escoltas los llamaron para ir a picar piedra. Sería una jornada dura. No tanto por el esfuerzo, el cansancio, el hambre y la lluvia, sino por la espera.

—¿Estáis sordos? A la puta formación, maricones.

La vejación del alférez Cuenca les afectó menos que nunca. Ese iba ser un gran día. Solo la paciencia los separaba de la libertad.

Rojo se unió a la formación con el tormento y la culpa en la mirada. Cuenca lo vio. Estuvo tentado de tratar de levantarle el ánimo, pero sabía que no lo iba a conseguir. Se limitó a transmitir la orden que tenía para él.

—Tú no vienes, Rojo. El comandante quiere que hagas algo.

Rojo se acordó de la librería del señor Matías. De los libros de aventuras, de justicieros y de forajidos. Mientras caminaba hacia el pabellón principal, se refugió en ellos.

Y se sintió mejor.

Había un montón de cartas. Puede que un centenar, apiladas sobre una de las mesas del comedor. Formaban una montaña achatada moderadamente uniforme. Algunos de los sobres lucían blancos e impolutos, pero a la mayoría se les veían cicatrices. Y eso que no habían empezado a viajar. Eran sobres que reflejaban la miseria en la que vivían los presos. La miseria del campo.

—Son las cartas de los presos para sus familias. Léelas. Las que no sean adecuadas las quemas.

El soldado salió del comedor y se perdió detrás de la puerta de la cocina. Un ruido metálico delataba que alguien estaba lavando la vajilla oxidada en la que comían los soldados.

Rojo se sentó en el banco de madera y seleccionó una carta al azar. Estaba abierta. Los presos tenían órdenes de dejarlas sin cerrar para que sus enemigos violaran su intimidad. El destino de la carta era Asturias.

—Buenos días.

Inés entró en escena antes de que Rojo pudiera leer la primera palabra. Se sentó junto a él. Intentó hablar con naturalidad, fingiendo que desconocía lo ocurrido la noche anterior.

—Las que sean en inglés o francés me las das y te las traduzco en voz alta.

Rojo asintió. Inés lo miró unos segundos. No era el mismo soldado que se resistió a firmar la declaración como le exigió Ramos. Ni tan siquiera era el mismo que cedió su cinturón al Marsellés para que acabara con su sufrimiento. No. No quedaba nada de aquel Rojo.

Inés, compungida, optó por cambiar radicalmente de estrategia.

—Me han contado lo que pasó anoche.

Rojo la miró. Tenía ganas de llorar, pero aguantó como el hombre que el ejército de la Nueva España hizo de él.

—¿Quieres hablar de ello?

Rojo no contestó. Volvió a la carta con destino a Asturias. Era de un tal Pelayo. Nunca había conocido a ningún Pelayo, pensó. Sus ojos se fueron al tercer párrafo ninguneando los dos primeros. No supo por qué.

«El trato que nos dispensan los guardias es muy bueno».

Rojo no entendía nada. La segunda carta no ayudó a aumentar su capacidad de entendimiento.

«La comida ha mejorado. A veces ni podemos acabarnos las raciones».

Ni la tercera.

«El trabajo es llevadero. Y es un orgullo colaborar con el nuevo Gobierno que tanto nos cuida».

La cuarta carta le hizo empezar a sospechar.

«La fecha de mi juicio se acerca, y cada vez estoy más convencido de que va a ser un juicio justo».

Había un patrón que confirmó la quinta.

«Saldré pronto de aquí, cariño».

A Rojo se le achicaron los pulmones. Respiraba con dificultad. Las mentiras piadosas le escocían las retinas.

«Cuídate mucho, mi amor».

«Besa a mis hijos por mí».

«Seguro que en Navidad volveremos a estar juntos».

«Os quiero muchísimo».

Inés lo estaba mirando, era obvio que algo andaba mal. Le agarró la mano por debajo de la mesa. Se quedaron así unos segundos, cogidos de la mano. Sin decir nada. Rojo no podía articular palabra.

No podía hablar.

Pero podía hacer.

Aquel espectáculo era nuevo para él. Había visto desollar conejos, liebres, incluso gatos. Y había colaborado activamente en ello. Pero nunca había visto desollar un perro.

—Mamá dijo que murió de viejo, pero yo creo que lo ha matado ella. Llevamos tres días sin comer.

Rojo reconoció entonces al perro al que le faltaba una oreja. El perro que había presenciado el no coito entre él y la niña que tenía ojos de viuda.

Con una insensibilidad preocupante, apremió a la niña. No podía pasar mucho tiempo fuera de las alambradas. En ese momento no era precisamente uno de los soldados preferidos del comandante.

—¿Harás lo que te he pedido?

—Ya te he dicho que sí. Déjala ahí, que tengo las manos llenas de sangre.

En efecto, la niña tenía ambas manos teñidas de rojo. El soldado puso con cuidado el sobre en la repisa que le había indicado la niña.

El anverso del sobre rezaba:

«A la atención de Su Excelencia el Supervisor General de los Campos de Prisioneros y de las Colonias Penitenciarias Militarizadas, Sr. José Ramón Alonso Vega».

Rojo se dispuso a irse porque era lo que procedía, pero la niña abortó su salida.

—¿Le diste la medicina a papá?

Esperaba esa pregunta. Rezó para que no se produjera cuando urdió el plan que necesitaba de la niña. Pero rezó sabiendo que tenía pocas posibilidades de éxito. Igual le faltó fe, pensó en ese momento.

La niña demandaba una respuesta. Rojo podía hacer dos cosas. Se decantó por la más ruin.

—Sí.

La niña sonrió agradecida. Rojo se sintió como un perro, y pensó que merecía correr la misma suerte que el can de una sola oreja que la cría estaba desnudando.

Rojo regresó al campo sin que nadie hubiera advertido su ausencia, aparte del guarda de la garita; lo sobornó con dos cigarrillos que robó del escondite secreto de Cuenca, del que todo el mundo robaba.

Las escaleras le resultaron más pesadas que nunca porque nunca las había subido con la culpa a cuestas. Estaba sorprendido de sí mismo. ¿Cómo había podido mentir así a la huérfana?

Estaba a punto de llegar al piso de los dormitorios cuando se topó con Tarrida y Atienza. El primero tomó la palabra con la locuacidad que le caracterizaba.

—Coño, Rojo. ¿Dónde cojones estabas? ¿Cagando?

Rojo no creyó que la pregunta esperara respuesta. Atienza tampoco.

—Tienes a tu novia abajo, en el comedor. Le hemos dicho que te espere allí.

Rojo se quedó más mudo de lo habitual.

—Qué callado lo tenías, cabronazo. Vaya bomboncito… —Tarrida con su lascivia congénita.

Rojo no reaccionaba. Atienza y Tarrida se miraron, desconcertados.

—¿Pasa algo? —preguntó el primero.

—Si no vas tú, voy yo —bromeó el segundo.

—Decidle que no estoy.

Rojo había olvidado la visita prevista de su novia. No podía verla. No ese día. Habían pasado demasiadas cosas. Un rosario de cosas extremadamente perturbadoras. Sentía que había emprendido un camino sin retorno. Acababa de jugarse el mayor de los órdagos. A pesar de las advertencias de Inés, del Maestro, de sus incipientes amigos. Sabía que después de la visita a la casa de la niña con ojos de viuda, que desollaba perros sin una oreja, había un antes y un después. Y Alicia pertenecía al antes.

Se dijo a sí mismo que debería tener la decencia de excusarse en persona ante la pianista que un día lo creyó putero. Pero no lo hizo.

Tarrida y Atienza se encargarían de inventar una excusa.

Para eso están los amigos, ¿no…?

9

Aquella noche Rojo soñó con su padre. Nada llamativo. El hombre estaba en su taller zurciendo una chaqueta de lino y se clavaba la aguja. La sangre que le brotó de la yema del dedo corazón echó a perder la pieza que estaba remendando. Todo se tiñó del color que daba nombre a su familia.

Cuando despertó se dio cuenta de que justo ese día se cumplía el primer aniversario de la muerte de su padre, el señor Rojo Carbonell. Qué suerte había tenido. Él sí había podido usar su segundo apellido durante la contienda y tras ella. Todos sus clientes le llamaban Carbonell. Había escondido su primer apellido en el cajón más recóndito de la mesa más recóndita de su casa. Solo lo sacaba a pasear en gestiones burocráticas ante funcionarios que no se habrían inmutado si se hubiese apellidado Satanás.

El sastre Carbonell murió de una hostia. Sí. Tal y como suena. Pero no de una hostia de las que duelen, sino de las que sanan. El alma, al menos.

Carbonell iba a misa porque era lo que había que hacer. La liturgia le aburría soberanamente, pero en aquellos años no ir al culto podía conllevar peores consecuencias que ir. Como era de esperar, el sastre arrastraba a su hijo con él a la iglesia.

Era un día como tantos. Domingo, claro. Tras echar tres cabezaditas durante el sermón del párroco, padre e hijo se levantaron para comulgar. Un dato importante para la sucesión de los hechos es que el sastre estaba lidiando con los últimos coletazos de un resfriado común.

El infortunio, o la divina providencia, nunca se supo cuál había sido el autor intelectual, quiso que justo en el momento en que el cura introducía la hostia consagrada en la boca del sastre, el hombre tosiera. Al recuperar el aliento, Carbonell, sin pretenderlo, aspiró la sagrada forma de sus labios y la oblea planeó hasta aterrizar en el interior de uno de sus pulmones. Saber cuál de ellos no altera el desarrollo de la historia.

El aparato respiratorio recibió de mala manera la visita del cuerpo extraño, que por muy sacro que fuera era extraño, y respondió a la invasión con una neumonía ante la que Carbonell se rindió en menos de tres semanas.

O sea que sí, técnicamente hablando, el padre de Rojo murió a causa de una hostia.

No era la primera muerte absurda en la familia. Su madre había muerto por un grano en la rodilla. La mujer se ganaba la vida fregando suelos. El hecho de pasarse la jornada laboral arrodillada contribuyó activamente a que el grano se infectara primero y se gangrenara después. Ni la amputación de la pierna le salvó la vida.

Años antes, su abuelo materno había muerto por una ingesta masiva de caracoles. Un día en la huerta, tras una tormenta de esas que no quieren quedarse a comer, los caracoles salieron a poner sus antenas al sol. El abuelo, convertido en depredador, cazó cuantos pudo y los asó sobre una chapa de metal como le habían enseñado.

Un vecino contó que el hombre alardeaba de haber ingerido más de trescientos gasterópodos. Si fue una fanfarronada, nunca se supo. Pero el hecho de que ocho horas después estuviera muerto, apoyaba la tesis del difunto.

Caracoles, granos y hostias consagradas.

Rojo pensaba que, también en el mundo de lo absurdo, los récords están para superarse. ¿Cómo moriría él?

El desayuno no reservaba ninguna sorpresa a los soldados. Achicoria disfrazada de café y un trozo de pan más negro que el carbón.

Una de las ventanas se abrió empujada por una tremenda corriente de aire. A continuación se cerró con una fuerza inversamente proporcional a la que la había abierto y, al golpear el marco descuadrado de madera, el cristal se convirtió en mil lágrimas.

La corriente culpable del estropicio la había provocado el comandante Ramos, que entró en el comedor con un semblante que no figuraba en el catálogo de semblantes del alto mando que los soldados conocían.

Una bandada de manos alzaron el vuelo para realizar el protocolario saludo fascista.

—Sentaos —ordenó Ramos—. Tú no, Cuenca.

«Mal presagio», pensó el aludido. Obedeció viendo cómo los demás escoltas tomaban asiento. Ramos se acercó al alférez y le dio unos folios manuscritos.

—Lee en voz alta.

Cuenca carraspeó para cumplir la orden como merecía ser cumplida. Proyectó la voz todo lo que supo.

—«A la atención de Su Excelencia el Supervisor General de Campos de Prisioneros y de las Colonias Penitenciarias Militarizadas, Sr. José Ramón Alonso Vega».

Rojo levantó la cabeza. Lo habían cazado. Como su abuelo había hecho con los caracoles. Empezaba a sospechar cómo iba a ser su muerte absurda. Lamentablemente, no parecía que fuera a superar a sus parientes. La voz de Cuenca siguió con la lectura.

—«Escribo a su excelencia, con todo el respeto, en mi deber como soldado para informarle del trato vejatorio al que están siendo sometidos los presos del destacamento en el que sirvo…».

Rojo pensó en el helado que le dieron cuando su madre murió por culpa de aquel estúpido grano.

—«… el número 88 de los Batallones de Trabajadores en el campo de San Martín del Río Cuervo. Los presos confinados en este campo carecen de las más elementales condiciones de salubridad. Pasan hambre y a los que están enfermos se les niega la atención médica más elemental».

Arrastraron a Rojo a la sala donde habían visto a la tía Encarna merendarse a dos señores, como quien se merienda dos ensaimadas. El primer culatazo salpicó de sangre la pared donde la mujer en blanco y negro había hecho sus acrobacias.

Las palabras de Cuenca retumbaban en las mentes que conformaban la turba, que, desordenada y amorfa, se lanzó sobre Rojo.

—«Los escoltas y sus superiores les confiscan la comida y las medicinas para su propio consumo o para venderlas en el mercado

negro a modo de estraperlo».

La patada de Tarrida apagó la luz.

Cuando despertó estaba en la misma sala, desnudo. Recostado en una silla rodeado de escoltas que exhibían salpicaduras de sangre en sus rostros y en sus uniformes. No había que ser muy listo para saber que no se habían cortado afeitándose.

A quien sí afeitaban era a Rojo. Atienza, con una tijeras de esquilar, le cortaba a dentelladas el pelo, ya corto de por sí.

—«En el caso de las medicinas, muchas veces acaban siendo vendidas a los familiares de los presos que las necesitan tras obligar a sus mujeres e hijas a tener relaciones sexuales para que las medicinas vuelvan a sus legítimos propietarios. Las palizas injustificadas en el campo están a la orden del día. Y las torturas están generalizadas y admitidas, incluso incentivadas por el máximo responsable del campo, el comandante Ramos Aguilera. Con mis propios ojos he visto cómo a un preso le arrancaban la lengua con una tenaza y luego le propinaban toda suerte de golpes y vejaciones. Todo ordenado o ejecutado por el comandante. El juicio al que fue sometido dicho preso fue una farsa, negándosele cualquier posibilidad de defensa y obligando a los escoltas (yo incluido) a testificar en falso, cometiendo perjurio ante el juez y ante Dios, para que su señoría dictara la peor de las sentencias. No creo que los valores con los que se quiere sustentar la Nueva España sean compatibles con el grado de corrupción y crueldad que se vive en el día a día del campo. Mi objetivo no es otro que ponerle en conocimiento de la verdad para que usted, con su sabiduría y buen hacer, tome las medidas que considere oportunas».

Cuenca cerró la ceremonia.

—«Atentamente. Firmado: soldado de primera Conrado Rojo Rojo».

Silencio.

Rojo se hubiera zampado trescientos caracoles. O más.

Les costó encontrar el tablón. El Marsellés se había preocupado de elegir una madera que no levantara sospechas. Apostarían a que dañó otros tablones e hizo muescas en ellos para jugar al despiste. Era una suposición, nunca lo sabrían a ciencia cierta.

Los pasaportes los miraban impolutos, ordenados y prestos a cumplir su función.

Los rostros del Maestro y sus compinches eran un poema.

—Va a ser la mejor fuga de todos los tiempos —soltó el Maestro.

Todos asintieron, extasiados. Camilo agarró el tablón que había sido extirpado de la pared de la letrina y se dispuso a devolverlo a su sitio.

—Le debemos una al Marsellés. Y gorda.

La madera ocultó de nuevo los pasaportes, que, para ellos, eran oro de veinticuatro quilates.

El calabozo era más cómodo de lo que parecía. Del mullido suelo emanaba un calor reconfortante.

Solo recordaba los primeros culatazos y patadas. Luego nada. O casi. Tenía la sensación de que lo habían esquilado como si fuera una oveja merina. ¿Lo había soñado? Se tocó la cabeza para

comprobar si había ocurrido en realidad o si el recuerdo era cosa de Morfeo. Ocurrió.

Recordó algo más. Un juez le hablaba. Le contaba una historia. Un cuento en el que él era el protagonista.

—Tengo las declaraciones firmadas de ocho compañeros suyos que le acusan de haber robado comida y medicamentos destinados a presos, escoltas y oficiales, con el objetivo de venderlos de estraperlo. Y otra declaración jurada de una mujer del pueblo que asegura que exigió los favores sexuales de su hija de doce años a cambio de dar morfina a su marido, interno en el campo, a sabiendas de que había muerto dos días antes.

Recordaba también que el cuento no terminó con una moraleja, sino con una pregunta.

—Las acusaciones son muy graves, soldado de primera Rojo. ¿Cómo se declara?

Sí. Definitivamente, el suelo del calabozo era muy cómodo. ¿Sería por esas cositas que se movían debajo de él y a su alrededor?

Se iba a quedar dormido de nuevo.

Mientras se dejaba vencer por el sueño pensó en Alicia, en cómo reaccionaría al enterarse de la caída en desgracia de su novio. ¿Sentiría rabia? ¿Vergüenza? ¿Dolor? ¿Alivio?

Sin saber cómo ni por qué, la imagen de Alicia se difuminó y el rostro de la traductora le tomó el relevo. Con más fuerza, más intensidad, más color. Sí, Alicia estaba en blanco y negro, e Inés, en color. No se preguntó por qué. ¿Dónde estaría aquella chica? Le apetecía que le agarrara la mano como había hecho en el comedor, ante la colina de correspondencia que quería viajar.

¿Por qué no estaba allí Inés?

La habitación de la traductora era muy austera, pero Inés le había dado un toque femenino que convertía aquel lugar en el único realmente apetecible para vivir de todo el campo.

Un camastro, una balda, un perchero de pared, una pequeña mesa de trabajo, una silla coja, un espejo y una palangana para lavarse.

Inés escurrió en ella un paño. Estaba desnuda fregándose el pecho descubierto. Frotaba con vigor, con fuerza, incluso con rabia.

Se sentía mareada. Hacía días que se notaba floja. Lo achacaba al aumento de la actividad sexual forzosa. Las náuseas eran omnipresentes, al igual que el asco. Quería, necesitaba quitar todo rastro de saliva del comandante, su violador. Ramos disfrutaba chupando sus pechos, lamiendo y mordisqueando sus pezones.

La saliva se limpia. El asco, no.

La cadena con la medallita de la Virgen que se columpiaba desde su cuello dificultaba las labores de desinfección. Se la quitó. Solo se la ponía cuando recibía la orden de acostarse con el alto mando. Él se la regaló. Ella la odiaba.

«Te queda muy bien», le había dicho, liberando sus pezones, hacía escasos veinte minutos, en el dormitorio matrimonial de él.

Luego le dio la vuelta y la empitonó por el ano. Tenía querencia por ese orificio. Inés nunca supo si era por fetichismo o porque no quería dejarla preñada. Solo cuando iba más borracho de lo habitual la penetraba a la vieja usanza sin preocuparse por si se derramaba dentro de su vagina o no.

Una lágrima surcaba la mejilla izquierda de Inés mientras seguía frotando y frotando, recordando al comandante empujando y empujando.

Más asco.

—Vete. Y que no te vea mi mujer —soltó, jadeando, mientras se recuperaba de la satisfactoria eyaculación.

Inés seguía frotando. Podían atacar el campo por tierra, mar, y aire, que ella seguiría frotando. Ni un terremoto ni el puto apocalipsis podrían impedir que la traductora se esmerara en quitarse todo rastro de vergüenza.

Se miró al espejo.

Los pezones le sangraban.

No cayó en que los domingos se oficiaba misa en el campo. Era su primer domingo.

Estaba nublado, para variar. La marea de esclavos formaba delante de los barracones 3 y 4. No en el mismo sitio donde lo hacían para salir a trabajar. Miraban hacia el edificio de Comandancia. A lado y lado de la formación, como perros pastores prestos a evitar que el ganado se descarríe, los escoltas armados con sus máuseres. Delante de todos, en un lugar destacado, el comandante Ramos y sus seis oficiales. La plana mayor.

En el altar improvisado con unos tablones y una tela no muy limpia, el padre Esteban, despojado de su bata de matasanos, oficiaba la misa con un cigarro pegado a la comisura. Con ambas manos levantó una hostia consagrada mientras iniciaba el ritual de la eucaristía.

—*Accipite et manducate ex hoc omnes: hoc est enim corpus meum quod pro vobis tradetur*.[1]

El médico cura engulló la sagrada forma. Hipó. Le faltó eructar. Levantó el cáliz.

—*Accipite et bibite ex eo omnes: hic est enim calix sanguinis mei, novi et aeterni testamenti, qui pro vobis et pro multis effundetur in remissionem peccatorum. Hoc facite in meam commemorationem.*[2]

Un amén desganado sonó entre las alambradas mientras el párroco bebía un trago demasiado largo de vino.

El padre Esteban salió de detrás del inestable altar con un cargamento de hostias. La primera fue para el comandante Ramos, que succionó la sagrada forma de la misma manera que unos horas antes había succionado los pezones de Inés.

Después del comandante, comulgaron los oficiales. Luego los soldados. Los últimos, como no podía ser de otra manera, los presos.

Todos estaban obligados a hacerlo. Muchos de los reos eran ateos, y Ramos disfrutaba viendo cómo la hostia les quemaba la boca y les abrasaba la garganta como si estuvieran tragando un vaso de lejía. O de arsénico.

Uno a uno, todos los esclavos fueron violados por el cuerpo de Dios. El Maestro, Ventura, Lincoln, Camilo…

El último en comulgar fue el preso Rojo Rojo, con la cabeza rasurada a mordiscos y ataviado con el cochambroso uniforme de presidiario de un esclavo que debió de morir hacía poco. Podía ser del Marsellés. Incluso del padre de la niña con ojos de viuda.

Para Rojo no fue un mal trago tragarse la hostia. Se había tragado muchas en su vida. La forma sacra bajó por su garganta, le atravesó la glotis y se deslizó por el esófago como un niño se desliza por un tobogán.

Se maldijo a sí mismo. Debería haberla aspirado.

Tuvo dudas de si echarse a rezar o no. Decidió hacerlo. No tenía nada que perder. Levantó la vista al cielo pero no llegó a él. Sus ojos vieron interrumpida su trayectoria ascendente en una ventana alta del edificio de Comandancia.

Allí, tras el cristal, Inés tenía su mirada clavada en él.

SEGUNDA PARTE

10

Una alambrada es más alta según el lado desde el que se mira. Desde el exterior, sus púas oxidadas imponen, ahuyentan. Invitan a salir corriendo y poner tierra de por medio. Cuanta más mejor. Es una advertencia honesta. No engaña a nadie. Desde dentro es un titán de alambres y alfileres. Un Goliat sin David. Una partida perdida. Un paso en falso que ya no tiene remedio. Una vida rota imposible de recomponer. Una promesa de dolor, desesperanza e indignidad.

La alambrada marca la barrera entre el hambre y el hambre extrema. Entre el frío y el frío insoportable. Entre el miedo y el miedo aterrador.

Puede parecer poca la diferencia, pero no lo es. Por paradójico que parezca, la brecha que separa la libertad de la falsa sensación de libertad es relevante.

Hay palabras que se vuelven huecas dentro del perímetro de una alambrada. Dejan de tener sentido. Como si jamás hubiesen existido. Esperanza, ilusión, fe. Vocablos cuyo sentido se volatiliza. Mejor así. Lo que se olvida no se echa de menos. No se puede desear lo que no se recuerda. A veces la mente es más lista de lo que parece.

Nevaba con intensidad. Nunca había visto caer la nieve sobre una alambrada. Los copos le parecían funambulistas haciendo equilibrios imposibles sobre el alambre de espino. Le divertía contemplar cómo luchaban para mantenerse en lo alto como si les fuera la vida en ello. Temían caerse. Probablemente, las partículas de nieve no sabían en cuál de los dos lados de la empalizada regía la supuesta libertad.

A Rojo le gustaba la nieve. Como a todo el mundo.

De pequeño disfrutaba jugando con ella. Le encantaba hacer bolas con las que recrear la más feroz de las batallas, esculpir muñecos de proporciones dudosas y rostros vanos, y empaparse pantalones y calzoncillos deslizándose sobre un trineo que solo existía en su imaginación.

De mayor gozaba de las nevadas desde otra perspectiva. Al calor de la chimenea, a menudo demasiado intenso, sentado en la butaca orejera de su padre, leyendo una novela de aventuras sacada bajo mano de la librería del señor Matías. Devorando páginas y capítulos, con miradas furtivas a la ventana de vidrios cuadriculados donde la nevada se convertía en un espectáculo. Gratuito, de entrada libre.

Echaba de menos el calor de su vieja chimenea. Por muy intenso que fuera. Los copos que habían cometido el error de caer dentro del campo de prisioneros danzaban hasta aterrizar sobre su rostro. El prisionero Rojo Rojo ya no los notaba. Su piel quemada por el hielo había dejado de sentir hacía un buen rato. Como si la cicatriz que le ocasionó la dentellada del Marsellés, que le había anestesiado parte de la mejilla, se hubiera extendido por todo su cuerpo.

Insensibilidad consecuencia de dormir al raso, sobre y bajo la nieve, con la única protección de dos mantas roídas. Y, en breve, empapadas. Su espalda estaba pegada a la pared oeste del barracón número cinco, donde el escolta tránsfuga había sido asignado. Creyó que la cercanía de la madera y la posición fetal le ayudarían a contrarrestar la humedad y el frío. Creyó mal.

Cuando sus nuevos compañeros del quinto barracón le espetaron que un fascista no iba a dormir bajo su mismo techo, lo cierto es que no le pilló por sorpresa. Al menos se libró de la paliza. Aunque, visto lo visto, la hubiese preferido a ese destierro de hielo.

Tenía gracia. Lo habían repudiado los presos cuyos derechos había cometido la imprudencia de defender. Perdió la libertad por dar la cara por ellos. Pero ellos no lo sabían. Y él no se lo iba a contar. ¿Para qué? ¿Acaso le creerían? ¿Un fascista defendiendo la dignidad de un puñado de rojos, ateos e invertidos?

El sueño le vencía.

Se alegró de tener la certeza de que esa noche iba a morir. Vivir le condenaría a arrastrarse entre esas alambradas como un apestado. Señalado por unos y por otros. El traidor. El fascista. Estaría en mitad de un fuego cruzado. En el puñetero epicentro de un fuego cruzado.

También se alegró de que sus padres estuvieran muertos. Y no se sintió mal por ello. Dio gracias a Dios por el grano infecto de la pierna de su madre y por la hostia consagrada que aspiró su padre. Se los imaginaba recibiendo la visita de un alférez cualquiera para anunciarles que su amado hijo había traicionado a la patria y que en su primer día de presidio había muerto bajo un manto de hielo.

Tuvo la sensación de que la nieve que se acumulaba sobre él le protegía de la que seguía cayendo. No era así. Simplemente su cuerpo se estaba desconectando centímetro a centímetro. Poro a poro.

Antes de que el sueño lo tumbara del todo, tuvo tiempo de entretenerse con unos de sus cálculos a modo de estadística. La condena que le impuso el juez fue de quince años. Con la reducción de tres a uno gracias al trabajo presuntamente voluntario, saldría del campo en cinco años. Cinco años. Mientras la nevada le sepultaba, Rojo calculó que tenía más o menos un cuatro por ciento de posibilidades de sobrevivir a esa primera noche. Como para pensar en las siguientes mil ochocientas veinticinco.

El preso abrió tímidamente los ojos. La nieve caía a contraluz. El foco de vigilancia, el segmento de alambrada y los copos danzando como luciérnagas. Estaba convencido de que esa estampa sería la última que vería en su vida. Como fotograma final de su película no estaba nada mal, pensó.

Mierda. No puede ser. ¿De verdad? ¿De verdad en el más allá también tocan diana al son de una corneta?

Estaba amaneciendo como siempre lo hacía en aquel horrible lugar. Con un hilo de luz, promesa de otro día de cielo mortecino.

Le costó más de un minuto entender que la estadística se había aliado con él, o contra él. No lo tenía muy claro. Fuera como fuese, había sobrevivido a la noche de hielo. Contra todo pronóstico.

La operación de ponerse en pie fue farragosa. Mientras luchaba por recuperar la verticalidad, su mente viajó al pueblo de su abuelo,

el que murió de una ingesta masiva de caracoles. Allí había visto como una yegua alumbraba a un potro. El recién llegado al mundo emprendió una quimérica lucha contra la gravedad para alzarse sobre sus cuatro patas. En ese momento Rojo habría matado por tener cuatro patas en lugar de dos.

Estuvo en la letrina más de lo debido. Tenía que acumular calor y a cielo abierto no iba a hacerlo. El sol no se detenía en aquel rincón del planeta. Pasaba de largo, ignorándolo. Sin inmutarse.

Cuando consiguió recuperar la sensibilidad de sus dedos se bajó los pantalones para mear. Lo que vio no fue muy alentador. Su orina era negra como el carbón. En circunstancias normales habría corrido al botiquín a que el médico cura elucubrara un diagnóstico y un posible tratamiento. Pero las suyas no eran circunstancias normales.

Las colas son igual de tediosas en el lado de los vencedores que en el de los vencidos. Necesitaba comer y beber algo. Y la achicoria y el chusco de pan que los presos de Intendencia servían a sus compañeros eran una promesa de vida. De rubricar su reingreso al mundo de los no muertos. Salivando por el pan mohoso y el falso café avinagrado, estaba a un preso del manjar. Vio cómo servían al hombre que le precedía y le pareció que el rancho estaba a la altura del mejor desayuno del mejor hotel de cinco estrellas de la mejor ciudad del mundo.

Era su momento. Su gran momento. El preso que servía el pan lo miró fijamente. Sus brazos se mantenían inertes, pegados a sus

gordos muslos. ¿Cómo podía estar un preso gordo en ese campo? Trabajar en Intendencia ayudaba, imaginó. Rojo seguía esperando, pero el preso de muslos incomprensiblemente gordos no parecía dispuesto a acometer la sencilla acción de tenderle su porción. ¿Qué estaba pasando? ¿Y su pan mohoso? Quería su pan mohoso. Si en ese preciso momento le hubiesen dado a elegir entre tener un encuentro romántico con aquella actriz que tantas fantasías había satisfecho en su mente o comerse el pan mohoso, el chusco ganaba. Por goleada.

—¿Me das mi pan, por favor?

Cayó en la cuenta de que esas habían sido sus primeras palabras como preso de las colonias penitenciarias del Ministerio del Ejército de la Nueva España. Sí. Eran menos solemnes de lo que le habría gustado. Tenía hambre. Quería su puñetero pan.

Repitió la pregunta y por única respuesta recibió el empujón del preso que le sucedía en la cola. A él sí le dieron el pan mohoso. Y la achicoria. Y no le dieron más cosas porque el menú era el que era. Rojo entendió que no había rancho para un exescolta. Para un fascista. Tuvo ganas de llorar. De chillar. De abrir en canal al hijo de perra de muslos gordos y comerse a dentelladas la casquería resultante de la matanza.

Se separó de la cola. Varios presos lo miraron esbozando sonrisas punzantes. Orgullosos del acto de justicia que se acababa de producir. Rojo nunca sería de los suyos.

Ni de los otros.

El alférez Cuenca pasó por detrás de él y le golpeó con el hombro sin tan siquiera mirarlo. Aposta, claro. Dos escoltas que intentaban

prender un cigarrillo se rieron. Los conocía de su otra vida. Eran Tarrida y Atienza.

—Pasará.

Rojo se dio la vuelta y vio la figura algo encorvada del Maestro. Le puso la mano en el hombro y se alejó. Una ráfaga de viento helado le recordó que si no era el hambre, el frío se encargaría de acabar con él. Sus manos buscaron refugio en los bolsillos del maltrecho uniforme prestado por un cadáver. El bolsillo derecho no existía, se habría dado a la fuga. La mano izquierda fue más afortunada. Iba a resguardarla del frío en el único bolsillo cuando se dio cuenta de que la apertura estaba ocupada por un inquilino misterioso. Medio pan mohoso.

A lo lejos, el Maestro empequeñecía a cada paso que daba. Rojo habría corrido a besarle en la boca, pero la suya ya estaba devorando el bocadillo de moho.

Y no se besa con la boca llena.

El pico pesaba más de lo que creía. Nunca había sujetado ninguno, y mucho menos usado. Había sujetado y usado lápices, plumas, abrecartas, máquinas de escribir... De hecho le pareció que el peso del pico no distaba mucho del de una máquina de escribir. Y no, no era una analogía hecha al azar. Rojo sabía perfectamente lo que pesaba una máquina de escribir, al menos la Remington Portable Modelo 5 que fue su compañera de fatigas a lo largo de los tres años que duró la guerra.

En las oficinas donde tuvo la fortuna de escapar de los tiros, en la sala común, había una báscula cuya función no era otra que

acumular polvo. Nunca vio a nadie usarla. Rojo se compadeció de la báscula olvidada y cuando se aburría, que era a menudo, pesaba en ella cosas que no tenía ningún sentido pesar. Como su Remington Portable Modelo 5 de fabricación norteamericana. ¿ Es que en España no se fabricaban máquinas de escribir? Nunca supo la respuesta. La vieja Remington pesaba cuatro kilos novecientos trece gramos, según el día. Sí, el matiz de «según el día» es relevante en este caso, porque la báscula tenía una fiabilidad cuando menos dudosa. Los objetos que el soldado pesaba en ella cambiaban de masa de un día para otro de manera incomprensible. Y eso lo desquiciaba.

Limpió, desmontó, montó, limpió y volvió a desmontar la báscula varias veces. Conseguir que ese artilugio recuperara la precisión se convirtió en una cruzada para el soldado oficinista. Una quimera. Y como tal, inalcanzable. Rojo se rindió, pero a medias. Vencido por la física, se agarró a su fiel amigo el cálculo matemático. Tenía que saber cuánto pesaba la Remington de las narices. Aunque fuera lo último que hiciera en su vida. Bueno, tampoco tanto.

Pesó su máquina de escribir cien días correlativos, anotó los resultados e hizo lo que tanto le gustaba: la media aritmética. El pesaje máximo fue de cuatro kilos novecientos setenta gramos, y el mínimo, de cuatro kilos ochocientos noventa y un gramos. Entre el uno y el otro, un desfase de setenta y nueve gramos. Algo inasumible para un objeto al que se le presupone precisión, pero esa batalla ya era historia.

La noche que siguió al día que las matemáticas dirimieron que la Remington pesaba cuatro kilos novecientos trece gramos, el soldado Rojo durmió del tirón. Hacía semanas que no lo lograba.

Rojo usó la máquina de escribir para más cosas que para pesarla. Básicamente para lo que fue concebida: escribir. Por sus dedos pasaron sentencias, notificaciones, órdenes, contraórdenes… Le llegaban manuscritas por el puño de una u otra secretaria en hojas de papel marchitas, y él les daba forma de certificado oficial del ejército nacional.

Cuando un documento era importante, Rojo era el elegido para mecanografiarlo. Siempre. Y no solo por su velocidad con el teclado, que superaba de lejos a la media con sus sesenta y dos palabras por minuto. También por su pulcritud. Los documentos que salían de su vieja Remington eran dignos de enmarcar y ser expuestos en el Museo del Prado.

Mientras caminaba cruzando el pueblo rumbo a la presa, el exescolta cayó en la cuenta de que su herramienta de trabajo había mutado en pocos días de forma insólita. Extravagante. Sus manos pasaron de gobernar una máquina de escribir a esgrimir un máuser de origen alemán, para acabar empuñando un pico con el que, le constaba, se podía partir en dos un esternón humano.

La reflexión hizo que Rojo esbozara una sonrisa que estaba totalmente fuera de contexto en aquella procesión de muertos en vida de la que en ese momento era miembro destacado. Aún estaba sonriendo cuando sus labios besaron la arena que acababa de pisar. Una arena que empezó a tintarse de rojo. Los demás presos, sus iguales, siguieron caminando sin inmutarse. Sin prestarle atención.

Levantó la mirada, aturdido, y vio cerca de él el rostro de la mujer coja, la madre de la niña con ojos de viuda, que le escupía en la cara.

—Así te pudras en el infierno. Asqueroso.

Lo peor no fue el insulto, ni el escupitajo, ni la piedra que le había lanzado la mujer y que le había abierto una brecha sobre la oreja, ni tan siquiera que los compañeros no se inmutaran al ver cómo un escolta le amenazaba con pegarle un tiro si no se levantaba. No. Ninguna de esas cosas fue lo peor.

Lo peor fue que, cuando recuperó la verticalidad, se mareó y vomitó el chusco de pan mohoso que había ingerido hacía apenas unos minutos.

Y eso sí era una desgracia.

Efectivamente el pico pesaba de cojones. El esfuerzo que suponía levantarlo por encima de su cabeza, antes de dejar que la gravedad hiciera el resto del trabajo, era sobrehumano. El hecho de que en las últimas dieciséis horas el único alimento que Rojo había ingerido y procesado, pues el pan con moho no había completado el tránsito digestivo, fuera una hostia consagrada no ayudaba.

Cuando el alférez Cuenca hizo sonar su silbato para marcar la pausa para hidratarse, se sintió el hombre más afortunado del planeta.

Pero la felicidad le duró minuto y medio, ya que el propio alférez, bajo la mirada cómplice de Tarrida y Atienza, le negó su legítima dosis de agua.

No recordaba muchas cosas de su paso por el colegio, pero sí una lección impartida por su profesor de Ciencias, el Maestro con el que en ese momento compartía presidio. En una ocasión, el docente adoctrinó a sus pupilos para que jamás intentaran beber nieve.

Recordaba a la perfección los motivos por los que había que evitarlo a toda costa.

La nieve provoca el efecto contrario al buscado en cuanto a la hidratación se refiere, porque aumenta súbitamente y de manera peligrosa la temperatura corporal. Además, el hielo blanco contiene sustratos, nitratos, bacterias y gérmenes en potencia nocivos para la salud. Por no hablar de las seguras quemaduras en boca, lengua y garganta que provocaría la ingesta.

Sí, recordaba palabra por palabra la lección del Maestro mientras masticaba como un poseso tanta nieve como su boca era capaz de albergar.

11

Llevaba tiempo sintiéndose rara. No mal, simplemente rara. La sensación de mareo se había cronificado en ella. La revoltura de estómago aumentaba día a día. Todo ello, según su autodiagnóstico, a causa del agua que ingerían en el campo, que era cada vez más opaca. Más marrón.

Cuando se enteró de la paliza a la que fue sometido el escolta Rojo Rojo fue la primera vez que vomitó. Lo atribuyó al disgusto. A la sensación de que ella podría haber evitado la agresión. Es cierto que se lo advirtió. Dos veces. Después de que el escolta testificara en falso ante el juez y tras recuperar el cinturón que le prestó al Marsellés para que se ahorcara.

Podría haber hecho más. Seguro que podría haber hecho más.

Inés siempre se culpaba de todo.

Sus padres se divorciaron durante la Segunda República. Eran unos modernos. Y claro, Inés se culpó de ello.

Su padre fue fusilado al poco de iniciarse el conflicto bélico porque se arriesgó a ir a ver a su hija. Y, cómo no, Inés se culpó de nuevo.

Su madre se prometió con un empresario. Una noche, borracho, su casi marido le dio una paliza que acabó con la mujer en el hospital. El gañán aprovechó el ingreso de su novia para violar a la

futura hijastra. Y, como no podía ser de otra manera, Inés se culpó de ambas cosas.

Esa no fue la única vez que violaron a Inés. Solo la primera. Había perdido la cuenta de las ocasiones en que la habían penetrado en contra de su voluntad. Pero sí sabía cuántos hombres la habían forzado a abrirse de piernas. Catorce. El comandante Ramos era el último de la larga lista.

El jefe del campo había abusado de ella decenas de veces, puede que más de cien.

La mañana siguiente a la caída en desgracia de Rojo, Inés amaneció siendo cabalgada por el comandante. Dos días seguidos de cópula forzada no era lo habitual. El pene cincuentón de Ramos necesitaba un mínimo de cuatro o cinco días para recuperarse. El mando, ebrio, había estado en vela toda la noche celebrando que había dado un castigo ejemplarizante a uno de los suyos. Antes de ir a dormir la mona tuvo la genial idea de dirigirse, tambaleándose, a los aposentos de la traductora y poseerla. Las relaciones entre violador y violada no solían tener lugar en el cuarto de ella, pero aquella mañana Ramos estaba tan fuera de sí que si la hubiese encontrado en la iglesia la habría empotrado contra el altar.

Durante esta última cópula, la erección flácida del oficial no ayudaba a que este acabara la tarea, que era la única parte que el cavernícola apreciaba del sexo. Agotado, se tumbó y ordenó a Inés que fuera ella quien lo cabalgara.

La esclava sexual hizo lo que le pidió. Y ocurrió lo que ocurrió.

Lo lógico era pensar que fue por el pestazo a coñac que desprendía la repugnante boca con la que Ramos le succionaba los

pezones, o la hedionda película de sudor que envolvía las carnes del comandante. Pero no.

La arcada de Inés, precedida por una náusea, cubrió el torso semidesnudo del comandante de un vómito de color verdoso. Las espinacas de la cena.

Ramos tardó unos segundos en reaccionar. Bueno, más que él, su mano derecha que fue la que le partió el labio a Inés. El beodo se levantó, tambaleándose y lanzando todo tipo de improperios, mientras resbalaba y se caía sobre el vómito que ya cubría varias baldosas del suelo.

Si no fuera porque no tenía puñetera gracia, la escena habría sido graciosa.

Inés se frotó el cuerpo con brío como ya había hecho la mañana anterior. La sangre en los pezones solía ser la señal que indicaba que la desinfección había llegado a su fin. Pero en esa ocasión los pezones aguantaron estoicamente los envites del áspero trapo. No así su labio inferior, cuya hemorragia, tras el manotazo del comandante, no parecía estar por la labor de tomarse un respiro.

Fue al botiquín, donde sor Socorro unió de nuevo el labio partido de la traductora, bajo la nula supervisión del doctor cura, que estaba más interesado en su cigarrillo a medio armar que en la herida de su compañera.

—Lista.

La monja le brindó un espejo cuarteado para que Inés valorara su buen hacer con el hilo y la aguja. Había visto suturas mejores, pero también peores. Se levantó del camastro de un salto y un repentino

mareo se apoderó de ella. Sor Socorro la agarró al vuelo impidiendo que se estampara contra el suelo.

—Niña… ¿Estás bien?

La traductora se recompuso lo que pudo.

—Sí, sí. Solo que… llevo unos días un poco mareada. Las aguas, creo.

El padre Esteban arqueó las cejas como solo él sabía hacerlo.

—Las aguas están tan putrefactas como siempre.

Inés se encogió de hombros. Se encaminó por segunda vez rumbo a la puerta. En esta ocasión sin titubeos, firme como un soldado en la jura de bandera.

El padre Esteban era lo que de toda la vida se ha conocido como un cotilla. Sucedían pocas cosas en aquel campo que él no supiera. Entre ellas, los encuentros sexuales entre el comandante y la traductora. No porque fuera un investigador de primera, sino porque era tan aficionado al coñac como Ramos y ambos solían compartir tertulias etílicas. Al comandante el licor le soltaba la lengua y disfrutaba alardeando de lo poco de lo que podía alardear. Y sí, forzar a tener sexo a una muchacha a la que doblaba en edad y peso era para él un sobrado motivo para sacar pecho. Al padre Esteban le interesaban poco o nada los devaneos sexuales del comandante, pero sabía que la información es oro, y que siempre es mejor saber que no saber. Además, seguirle la corriente al comandante mientras se jactaba de sus violaciones contribuía a que su vaso de coñac siguiera lleno. Y eso sí le interesaba al cura médico.

—¿Se te ha retrasado el periodo?

La pregunta pilló a contrapié a Inés y, sobre todo, a sor Socorro, que se apresuró a persignarse a tal velocidad que casi se saca un ojo.

—No sé… Puede que un poco… Una falta, igual. En este campo, en estas condiciones…, la cosa no suele ser muy regular —contestó Inés con una inocencia que tenía fecha de caducidad.

El cura médico sacó una especie de trompetilla del tamaño de una caracola de mar. Invitó a Inés a tumbarse de nuevo en el camastro, y acercó la oreja al artilugio y el artilugio al ombligo de la preñada.

Había pensado en ser madre. Por supuesto. Pero no ya. En el futuro. En un tiempo menos siniestro.

Bajo ningún concepto quería tener una hija. Claro que a los chicos los someten a humillaciones, vejaciones, palizas, torturas y muertes crueles. Cierto. Pero mientras los humillan, vejan, apalean, torturan y matan no suelen tener un pene clavado en el culo. No. No quería que una versión en miniatura de ella misma pasara ni por la décima parte de aquello por lo que ella había pasado.

Estaba sentada en la cama, mirando a través de la ventana, mientras pensaba cómo solucionar el disparate. ¿Habría alguien en el pueblo que lo hiciera? ¿Debería ir a la ciudad? ¿Quién podía ayudarla?

En ese momento vio cómo el portón del campo se abría. Los presos regresaban de su jornada de esclavitud. Inés se fijó en Rojo. Andaba tambaleándose y tenía los labios rojos, como quemados. No había sido un día soleado. Al contrario. ¿Cómo podía haberse quemado?

Se sintió desdichada. Cuando conoció a Rojo, le gustó. El escolta reconvertido en preso tenía algo de lo que carecían los demás soldados. Seguramente ese fue el motivo por el que cambió un uniforme por el otro. De nuevo, se sintió culpable por la suerte que él había corrido. Vio el infortunio en la mirada del chico la primera vez que se cruzaron. Y la segunda. Y la tercera. Supo que el novato se iba a malograr en el campo. Y sí, se lo advirtió. Pero debió hacerlo más fuerte. Más alto. Más alto y más fuerte.

Siempre culpable.

Sus pensamientos regresaron al ser que se estaba cociendo en su vientre. Esa niña. No. No iba a sentirse culpable también por ella.

Estaba determinada a no sentirse culpable por ella.

—¿Estás segura?

—No tengo dinero.

—No te he preguntado eso. ¿Estás segura?

—Nunca he estado tan segura de algo, padre.

—Podrías morir.

—Nunca he estado tan segura de algo —se limitó a repetir Inés.

El padre Esteban resopló. Valoró todo lo que tiene que valorar un médico que se dispone a hacer algo que a Dios, su jefe directo a causa de su doble profesión, no le va a gustar. Claro que igual Dios no se enteraba de nada. Él sabía que lo de la omnipresencia del Creador era un cuento chino, pero, bueno, mejor andarse con ojo. Entre tener a Dios contento o tenerlo de morros, mejor contento.

Quiso curarse en salud.

—Aquí no lo podemos hacer.

Inés asintió.

—¿Dónde?

—En tu cuarto.

Había sitios más horribles en los que morir que aquel cuartucho, pensó.

Siguió escrupulosamente las instrucciones que le dictó el padre Esteban en su faceta de médico. Se lavó de manera minuciosa, hirvió agua, y esterilizó toallas y vendas.

Estaba todo listo. No tenía dudas. Tenía miedo, claro. Mucho miedo. Habría sido una estúpida si no estuviera muerta de miedo. No le apetecía morir. A pesar de la represión, la falta de libertad y las violaciones constantes. No. No le apetecía irse al otro barrio. A veces pensaba que la vida solo le estaba mostrando su lado más atroz y que las tornas no tardarían en cambiar. Que en algún momento el sol saldría para ella. Le gustaba pensarlo. Pensarlo le ayudaba a levantarse por las mañanas.

Por eso, cuando los nudillos del padre Esteban sonaron al otro lado de la puerta no vio venir lo que iba a ocurrir. Ni remotamente.

Tras la hoja de madera apolillada estaba el padre Esteban. Hasta ahí todo normal. Lo que no era tan normal fue que su acompañante no fuera sor Socorro, ni sor Patrocinio ni ninguna otra sor. El doctor entró en la habitación acompañado de la esposa del violador de Inés. La mujer del hombre que, en contra de su voluntad, la había preñado.

Antes de que la traductora pudiera procesar lo que estaba ocurriendo, la mano derecha de la señora Ramos abofeteó el rostro

de Inés con una fuerza desproporcionada para aquella enjuta mujer.

Le dolió. El impacto fue en la misma porción de labio que Ramos había partido una horas antes. «Un matrimonio sincronizado», pensó.

Inés miró al médico traidor, que ni pestañeó. A veces hay que hacer lo que hay que hacer.

La señora Ramos señaló la austera silla de madera que esperaba el culo de la traductora. No tuvo que aguardar mucho.

Ya sentada, Inés notó cómo su castigado labio palpitaba y aumentaba de volumen por segundos.

Sin embargo, la sutura de sor Socorro aguantó como una campeona.

Jamás se había sentido tan pequeña. Tan indefensa, tan vulnerable, tan sola.

La comandante consortes se sentó a los pies de la cama, frente a la silla de madera de Inés. El padre Esteban, erguido en la puerta, decidió hacer de maestro de ceremonias.

—Les contaré cómo será el proceso.

—Conocemos el proceso mejor que usted, padre. —La voz de la señora Ramos sonó como un serrucho—. Déjenos solas.

Al médico, cura y, desde ese momento, chivato, no hubo que repetirle la orden. Voló como el rayo al otro lado del tabique. «Que se apañen las damas —pensó—. Un problema menos».

Las féminas se quedaron a solas. La mujer del comandante era menuda, pero usaba como alzas los galones de su marido. Y lo hacía con pericia.

—Lo primero que haremos será trasladarte a una de nuestras habitaciones. Son más espaciosas y las ventanas dan al sur.

Eran buenas noticias, pero cuando Satanás te da una buena noticia, más vale no bajar la guardia.

—Voy a encargarme personalmente de que tu dieta mejore y sea más rica. Tienes que comer mucha carne y mucha casquería. ¿Te gusta la casquería? —No dio tiempo a la respuesta—. Da igual. Es buena. Debes comerla.

Inés comenzó a entender. No quería creer lo que empezaba a creer. A comprender. No podía ser cierto. Nadie podría obrar con tanta maldad. La mujer de su violador, mientras se levantaba de la cama, la sacó de dudas.

—El hijo que llevas dentro no es tuyo, es mío. Después del parto no volverás a verlo en tu vida. Es sangre de la sangre de mi esposo, y eso le convierte en hijo mío a ojos de Dios.

La traductora se estremeció. Temió desmayarse en ese preciso instante. Ojalá hubiese ocurrido. Lo habría firmado con tal de dejar de escuchar.

—No te preocupes, el crío nunca sabrá que la mujer que le dio a luz era una puta.

La comandante consorte apartó la mirada de Inés exhibiendo el mayor de los desprecios. El portazo sonó como un sable cortando el aire.

Antes de decapitar a alguien.

Inés quiso llorar, pero estaba demasiado triste para hacerlo.

12

«Es una broma», pensó Rojo. Una broma de muy mal gusto. No lo podía creer. Los copos de nieve esperaron al toque de retreta para volver a escena, justo cuando el preso se disponía a tumbarse, por segunda noche consecutiva, sobre su lecho de hielo. Le entraron ganas de maldecir, pero era bastante mediocre maldiciendo. También le entraron ganas de ir al barracón número cinco y desear a sus inquilinos que un meteorito se estampara contra su cubierta de madera. Luego pensó que igual no era una gran idea. Su cama a la intemperie estaba pegada a la pared oeste del dormitorio cinco y, si se le concedía el deseo, un meteorito moderadamente grande se lo llevaría también a él por delante.

Pero, bueno, con meteorito o sin, Rojo no contaba con ver el alba. Si la primera noche bajo la cascada helada calculó que tenía un cuatro por ciento de posibilidades de sobrevivir, en esta segunda no se daba más de un uno. Ya no por el frío y la humedad. Estaba la falta de alimento, la hostia consagrada seguía siendo la última vianda que había visitado su estómago en día y medio. Y lo peor era que tenía serias dudas de que, si le pusiesen delante un plato de garbanzos, fuera capaz de ingerirlos. Tenía la boca, la lengua y el esófago en carne viva. La nieve que había comido lo había abrasado. Y lejos de aliviarle la sed, había agudizado la deshidratación.

Su cuerpo estaba sometido a la ley seca. Era incapaz de llorar, y también de realizar otras funciones vitales importantes. Sin embargo, llorar le habría aliviado. Lo había hecho pocas veces en su vida. No era muy llorón. Pero cuando lo había hecho, lejos de avergonzarse, le había sentado bien. Le había reconfortado. Como el día en que Alicia y él discutieron por primera vez. Rompieron la relación durante siete minutos. Apenas le dio tiempo a arrancar el llanto, pero le sentó de maravilla. Sí. «Ojalá pudiera llorar en este puñetero instante», pensó.

Se acurrucó cuanto pudo bajo el peso de las mantas empapadas. Levantó la mirada buscando la estampa que tanto le había gustado la noche anterior, que creyó que sería la última de la que sus ojos disfrutarían. Los copos cayendo a contraluz contra la alambrada.

Maldición.

El foco estaba apagado. El contraluz se había fastidiado. Seguro que alguno de sus excompañeros había incautado la bombilla para venderla en el mercado negro. ¿Cuánto se podía ganar con una bombilla? ¿Lo que cinco bolsitas de tabaco? ¿Lo que un par de filetes? ¿Lo que unos zapatos? Deseó que el meteorito que tenía reservado para el barracón cinco cambiara de trayectoria y cayera sobre el cretino que hurtó la bombilla. Le había fastidiado la noche.

Un torrente de calor le pilló por sorpresa. La nieve congelada había empezado a anestesiarlo, como pasó la noche anterior, pero de pronto todo cambió. Era raro. No tenía sentido. Un abrazo caluroso parecía emanar de su nuca y prolongarse, sutilmente, a hombros, espalda y cintura.

¿Sería la muerte? ¿Había llegado su hora y aquel era el inicio del tránsito? Tenía toda la pinta.

Rojo nunca habría relacionado la muerte con una sensación como aquella. De calor, de confort, de bienestar. Todo lo contrario. Habría apostado por una experiencia más bien fría. Puede que helada. Pero no. Si eso era lo que se sentía al abandonar el mundo de los vivos, no estaba nada mal. Qué caray, era genial.

Apretó los ojos y se dejó llevar. Disfrutaba.

—Pero ¿qué coño?

Un saco de huesos cayó pesadamente sobre él. Era el Maestro. Los dos se revolvieron intentando averiguar qué diantre estaba pasando.

—¿Maestro?

—¿Rojo?

Sus ojos se encontraron. Seguían intentando descifrar el crucigrama. Para añadir más elementos disonantes, el Maestro tenía el pene fuera del pantalón. Por un segundo Rojo pensó que pretendía violarlo. Nada más lejos de la realidad.

—Me cagüen tus muertos, Rojo. ¿Qué cojones haces aquí?

—¿Y usted?

—¿Yo?

—Sí. Usted. —Rojo optó por poner las cartas sobre la mesa—. Tiene el pene fuera.

El Maestro, raudo, escondió el falo en la madriguera.

—Tengo… —rectificó—. Tenía el pene fuera porque es donde suelo tenerlo cuando meo.

Las piezas empezaban a encajar.

—Mear —repitió Rojo.

—Mear —tripitió el Maestro.

Encajaron del todo. El calor recorriendo el cuerpo del preso novato, así como la sensación de calidez, no era otra cosa que la meada de su viejo profesor. Estaba empapado en orín. No se estaba muriendo. El Maestro se había meado en su cabeza.

—Ha hecho pis encima de mí —protestó Rojo por protestar. Era obvio que ese era, de lejos, el menor de sus problemas.

—He hecho pis en la nieve —replicó el Maestro.

—En la nieve donde estoy durmiendo.

—¿Qué le pasa a tu barracón? ¿No te gusta el puñetero servicio de habitaciones?

A Rojo le hizo gracia el improperio del Maestro. Se rio y los labios ulcerosos le dolieron a rabiar. Valió la pena.

—¿Qué coño haces aquí fuera?

Al exescolta se le borró la sonrisa dolorosa. Se calló. No le gustaba chivarse. La última vez que se chivó, de sus compañeros escoltas y de su comandante, acabó como acabó.

—¿Qué te han hecho los hijos de perra del cinco? No te dejan dormir con ellos, ¿no? No quieren compartir techo con un nacional. —Al Maestro no le costó adivinarlo.

—Fascista. No dijeron «nacional», dijeron «fascista» —puntualizó absurdamente Rojo. Como si eso importara.

El Maestro miró a su antiguo alumno con pesar. Maldijo la guerra. Lo maldijo todo.

—¿Tú sabes qué es un fascista, hijo? Además de un tipo que levanta el brazo…

Rojo no contestó. La realidad es que no lo sabía. Y conocía poca gente que lo supiese. Apartó la mirada del viejo. Se dio cuenta de

que su traje de presidiario olía a rayos. No a meado, a rayos. Y él, por extensión, también.

—Su orina huele… —Buscó la palabra adecuada—. Como dulce.

—Es la puta diabetes. Voy a morir pronto. Pero no aquí. Juro por la legítima República que no moriré aquí.

Las palabras del Maestro olieron a algo más que a dulce. A dignidad. Rojo las procesó sintiendo un nudo en el estómago. No se tomó la molestia de replicar. Cuando alguien manifiesta que se muere hay poco que replicar.

El Maestro sonrió. Le gustaba aquel idiota que llevaba años disfrazado de fascista sin saber qué significaba serlo. Le tendió la mano para ayudarlo a levantarse. La tenía mojada.

O de la nieve o del pis. A saber.

Al Maestro no le gustaba jugársela prendiendo hogueras después del toque de retreta, pero ese era un caso de fuerza mayor. Rojo tenía que recuperar calor y también beber y comer algo, así que puso a descongelar un poco de nieve a la vez que asaba dos ratas de su cosecha.

Mientras el Maestro disertaba, el exescolta observaba los roedores como quien observa un chuletón de Ávila. El pis con olor a dulce que minutos atrás le calentó la espalda se había congelado, y la sensación de frío se había multiplicado por diez. Solo la cercanía de las tímidas llamas de la barbacoa le ayudaban a mantener la compostura. Pero solo ayudaban.

—Muchos piensan que sí, pero no. Un fascista no es lo contrario que un rojo. Es más complejo que eso. —El Maestro aleccionaba a

su expupilo repitiendo discursos aprendidos e improvisando cuando la memoria le fallaba. Tenía tablas para hacerlo—. Los rojos promulgamos la igualdad entre los hombres y las mujeres, y lo más importante, entre los hombres y los hombres independientemente del dinero que cuesten sus zapatos. O lo que es lo mismo, con independencia de la clase social a la que pertenezcan. De hecho creemos en la abolición de las clases sociales para que solo exista una. La igualdad. —Parecía visualizar su propio discurso del mismo modo que uno ve una película en el cine—. La igualdad es el único camino hacia la libertad.

Rojo asentía. Mucha igualdad y mucha libertad, pero ¿por qué no sacaba el hombre de una puñetera vez las ratas de las brasas? Su padre decía que la carne demasiado hecha pierde las vitaminas. Y él no estaba para perder vitaminas. No se lo podía permitir. Sería un desperdicio, se mirara por donde se mirara.

—El fascismo ansía perpetuar los privilegios de las clases adineradas. Defiende la oligarquía, el totalitarismo y la extinción de las libertades.

La extinción del fuego, era lo que le preocupaba a Rojo. Los copos de nieve libraban una batalla sin cuartel contra las titubeantes llamas. Si se rendían, temía que el Maestro se empecinara en volver a prenderlas. Y eso, para su estómago, sería una demora inaceptable.

—¿Tú has leído a Marx, hijo?

Rojo negó con la cabeza, más pendiente de la hoguera que del soliloquio del Maestro.

—¿Y a Trotski? Porque ese es el que me gusta a mí. El hijoputa de Stalin le dio pasaporte. Lo niega, pero ya puede decir misa. Yo sé

que sí. Fue él. Por envidia cochina. El camarada Trotski encarnaba el verdadero espíritu de la Revolución. Y Stalin lo sabía.

Rojo no tenía ni la más remota idea de lo que hablaba el Maestro mientras removía el cazo en el que estaba descongelando nieve. Faltaba un poco. El joven preso tenía la mirada fija en el combate a muerte entre llamas y copos. Contra todo pronóstico, el fuego sacó fuerzas de flaqueza y pasó al ataque. Parecía una buena noticia, pero no. Una de las ratas se prendió. Rojo vio pasar por delante toda su vida. No se imaginó peor drama que perder el cincuenta por ciento del manjar. Sin inmutarse y sin dejar de hablar, el Maestro extinguió la llama de un soplido.

—Los rojos defendemos la educación laica, integral, igualitaria y gratuita. Los fascistas defienden la educación religiosa y de calidad solo para las élites. ¿Para qué? Para que los pobres no tengan acceso al conocimiento. Para que sean borregos. Necesitan incultos para seguir enriqueciéndose y mantener sus privilegios. Incultos sin ambiciones atemorizados por la figura de Dios.

Rojo echó uno de sus cálculos. Siendo generoso entendía una de cada cuatro palabras que salían de la boca del Maestro. Este agarró el cazo con agua. Ahora sí, la nieve se había derretido.

—Lo único que tienen de antagónicos los conceptos rojo y fascista es que uno aboga por la justicia social y el otro no.

Puso el cazo de agua al alcance de la mano derecha del exescolta, que estaba cerca de llorar de emoción.

—No te la bebas de un trago.

Ni que se lo hubiese ordenado el Caudillo en persona Rojo habría obedecido. Imposible. Sintió cómo el agua cálida llegaba a cada uno de los costados de su castigado cuerpo. El Maestro rescató del fuego

la primera rata. La que se había prendido no, la otra. Sopló el animal y se lo tendió a su contertulio. Aunque de contertulio poco, más bien oyente.

—Si eres fascista, o eres un rico hijo de puta o un memo. Y me da a mí que tú no eres ni una cosa ni la otra, criatura.

Iba tardar unos días en digerir la lección impartida por su viejo profesor. En darse cuenta de que llevaba más razón que un santo. Bueno, en casi todo. Porque lo de que él no era ni un rico hijo de puta ni un memo, pues no. Saltaba a la vista que rico no era. Pero memo... Memo de remate.

Sí, tardaría unos días en digerir todo eso. Por el momento lo único que quería digerir era la rata que ya estaba masticando con su maltrecha boca. El dolor provocado por sus llagas al contacto con el animal asado era insoportable, pero Rojo no habría parado de masticar ni que le apuntasen con un cañón antiaéreo.

Por cierto, sabía a conejo.

Era casi media noche cuando el Maestro abrió la puerta del barracón número tres. El suyo. De primeras ninguno de la treintena de inquilinos se inmutó. Sabían que el viejo salía a mear cuatro o cinco veces cada noche. Pero todo cambió cuando vieron tras él la figura apocada de Rojo.

Varias cabezas se levantaron.

—¿Qué hace este aquí? —Ventura fue el encargado de preguntar lo que todos querían conocer.

El Maestro sabía que venían curvas. Lo supo en el momento en que descubrió a Rojo bañado en su orín.

—Está conmigo. —El Maestro intentó dar por zanjado el asunto, pero sabía que tenía pocas posibilidades de éxito.

—Es el cabrón que ejecutó al Marsellés. —Camilo estaba encendido.

Rojo empezaba a hacerse a la idea de que no dormiría bajo aquel techo de madera, pero le daba igual. Había comido y bebido. Si tenía que morir de frío, mejor con la panza llena.

—Vamos. Estabais todos allí. Visteis que no quería dispararle. Se lo tuvieron que ordenar veinte veces. —El profesor achicaba agua.

—No lo queremos aquí. —Lincoln, con su deje acentuado por el sueño, expresó el sentir común.

—Esa rata nos robó comida y medicamentos para venderlos de estraperlo —denunció uno de los presos.

—¡Que se vaya! —gritó otro.

—Aquí no queremos fascistas —dijo uno más.

Los insultos murmurados fueron subiendo de decibelios. El Maestro decidió que era el momento de jugar al póquer. La última vez que lo hizo, acabó con la nariz rota gracias al culatazo del difunto soldado Trujillo.

—He escondido los pasaportes falsos.

Se hizo el silencio. Rojo lo miró perplejo, pero a pesar de ser un memo, intuyó que debía disimular su perplejidad.

—Los he sacado de la letrina y los he escondido en otro sitio.

Miradas de desconcierto. Y alguna, asesina. El Maestro contemplaba sus cartas. ¿Se iban a tragar la escalera de color? Tenía que seguir.

—O hacéis un hueco a mi amigo, o adiós a la fuga.

Rojo no entendía nada, arqueó muy sutilmente las cejas. Tan poco como pudo. ¿Fuga? ¿Qué fuga? ¿De qué estaba hablando aquel viejo loco? Nunca se había esforzado tanto en mantener los músculos de su rostro inertes.

Lincoln se levantó amenazante. Para acojonar suele ser mejor ponerse en pie. Es como amenazar en voz alta.

—¿Qué *fuck* estás diciendo, viejo?

—Lo que oyes, yanqui. He cambiado de sitio los documentos porque estaba convencido de que no ibais a querer que Rojo durmiera aquí. Solo él y yo sabemos dónde están.

Rojo seguía procurando que su rostro no reflejara emoción alguna. Por la reacción de los presos, parecía que estaba logrando apoyar el farol del Maestro. Pero no iba a confiarse.

Los reos, uno a uno, resignados y encabronados a partes iguales, bajaron la cabeza y la posaron sobre sus inexistentes almohadas. Habían perdido.

Rojo tuvo ganas de ponerse a bailar, pero por fortuna no lo hizo. Estaba orgulloso de la capacidad de improvisación de la que acababa hacer gala su viejo profesor, pero se sentía aún más orgulloso de sí mismo. De haber aguantado el tipo como lo hizo. Un gesto dubitativo, una mirada esquiva, un carraspeo inoportuno lo habrían echado todo a perder. Pero no. Aguantó como un campeón.

¿Tendría dotes de actor?

Puede que el estómago lleno y la certeza de que no iba a dormir al raso le llevaran a un estado cercano a la euforia, pero mientras sorteaba los cuerpos tumbados de sus nuevos compañeros, pensó que si por alguna remota casualidad salía vivo de aquel campo, se iba a dedicar profesionalmente a la interpretación.

Sí. Sin duda alguna.

13

Soñó con Alicia. Seguía siendo su novia. En el sueño. Estaba muy guapa. Y sensual. Su novia, o exnovia, lo que fuera, nunca le había parecido sensual hasta ese sueño. Guapa sí. Guapísima. Pero de un atractivo carnal como las chicas del prostíbulo que habitaba bajo su academia de piano, pues no.

Hacían el amor. En el sueño. Sin estar casados. Pecando descaradamente, porque sí. En la vida real, la de estar despierto, Rojo no había practicado el sexo ni con Alicia ni con nadie que no fuera él mismo.

Había tenido otros sueños eróticos, claro. Muchos. De adolescente se sentía mal por ello. Más teniendo en cuenta que nunca se atrevió a confesarlo al señor cura, que más de una vez le había preguntado si soñaba con escenas lúbricas. Rojo siempre lo negó, y se mantuvo firme en su mentira. Pero los tuvo. A montones.

Sin embargo, sus antiguos sueños eróticos no se parecían en nada al que acababa de tener. En comparación con otros sueños carnales, ese último tenía… ¿cómo decirlo? Detalle.

Se preguntaba de dónde habría sacado tanto nivel de detalle. De las lecciones del colegio desde luego que no. Ni de las charlas con su padre. Ni, por supuesto, de la catequesis.

No tardó en caer en la cuenta de que su fuente de inspiración había sido ni más ni menos que la película de la tía Encarna. Sí. El film pornográfico que el difunto soldado Trujillo había robado a un republicano.

De todos modos, lo más perturbador del sueño no fue el grado de detalle de las imágenes, ni siquiera las sorprendentes acrobacias que en él practicó con su pareja. Lo más perturbador se produjo en la parte final de la recreación, cuando el coito llegaba a su clímax. Rojo seguía siendo Rojo, pero Alicia ya no era Alicia.

La chica que estaba debajo de él disfrutando de un tremendo orgasmo no era su novia, exnovia o lo que diantre fuera Alicia.

Era Inés.

Los demás presos del barracón número tres seguían durmiendo cuando Rojo abrió los ojos. Amaneció con una enorme erección y una no menos enorme mancha en su entrepierna, provocada por la polución nocturna efecto del sueño erótico. Le pareció una buena noticia que su cuerpo fuera capaz de segregar algo de consistencia acuosa. Aunque fuera semen.

Había comido, había bebido y había dormido como un bebé. Y, sobre todo, no tenía las pelotas congeladas. Las tenía pringosas de la eyaculación onírica, pero no congeladas.

Se sentía con fuerzas y con ánimo. Mucho ánimo. Pero no tanto como para aceptar la propuesta que Coyote, un preso con una pierna carcomida por la polio, iba a hacerle mientras se acurrucaba detrás de él.

—Si me dejas que te la chupe te doy tres sardinas.

Por un instante Rojo pensó que seguía soñando, y que el sueño erótico con Alicia, Inés, o quién carajo fuera la chica, se había torcido de manera irremediable.

Coyote, que no debía su apodo a que fuera un sagaz depredador, sino a que era originario de un pueblo asturiano llamado Colloto, arrimó aún más sus partes íntimas a las posaderas de Rojo.

—Tres sardinas y un chusco de pan. —Coyote subió la oferta.

Rojo no sabía cómo declinar la generosa proposición. Lo pasaba mal si hería los sentimientos de alguien. Fuera quien fuera. Pensó que el pobre hombre iba a destiempo. La noche anterior, antes de que el Maestro saciara su sed y su hambre, habría matado por tres sardinas. Incluso por dos. Sin el pan. Pero ya no.

—¿Qué me dices, novato?

Coyote ganaba centímetros a cada pregunta sin respuesta. Rojo tenía que contestar, lo último que quería era que su compañero se amparara en el silencio administrativo para sellar el pacto. Aunque fuera por mera cortesía tenía que decir algo. Debía contestar. Algo. Daba igual qué.

—¿Ha leído usted a Trostki?

Vale. Pues sí que daba igual. ¿Por qué había soltado semejante estupidez? Primero, no se responde a una pregunta con otra pregunta. Eso solo lo hace un imbécil. Y segundo, ¿qué mierda de pregunta/respuesta era esa? ¿Por qué? ¿A qué vino?

Rojo estaba más perplejo que Coyote. O no. Porque, cuando el exescolta se dio la vuelta, el preso ofertante ya no estaba ahí. Nunca supo si lo ahuyentó la estúpida pregunta o el hedor a pis dulce que desprendía su uniforme.

Ya fuera gracias a la invocación a Trostki o a la diabetes del Maestro, Rojo respiró aliviado.

Esta vez sí. En la cola del desayuno, llegó su turno y con él, su pan mohoso y su achicoria con pretensiones de café. El órdago del Maestro respecto de unos pasaportes, y una fuga de la que él no tenía ni las más remota idea, le habían convertido en miembro de pleno derecho de la mugrienta comunidad de esclavos del campo de San Martín del Río Cuervo. Por sorprendente que parezca, eso era para Rojo un ascenso en toda regla. Y no se podía sentir más afortunado por ello.

No nevaba, pero el cielo apuntaba malas intenciones. El frío cortaba la respiración y el palmo y medio de nieve acumulado en el suelo le congelaba los pies, pero aquel desayuno le supo a gloria. Probablemente fue el desayuno que le provocó más placer en toda la su vida. Pasada, presente y futura.

Se sentó sobre un tablón abandonado y se calentó las manos con el cazo que contenía su bebida. El pan ya lo había engullido. Hizo varios intentos de tragarse el falso café, pero, por comedido que fuera el sorbo, las quemaduras de la boca le hacían ver las estrellas. Pensó que, si quería curar sus llagas, durante unos días debería evitar los mejunjes calientes o muy calientes, como era el caso de la achicoria. Cavó un pequeño agujero en la nieve y sepultó el cazo hasta el borde para bajar la temperatura de la infusión. Observó cómo el humo que emitía el cazo menguaba rápidamente y se sintió orgulloso de su ocurrencia terapéutica.

El Maestro se sentó junto a él. Miró el cazo sepultado pero no hizo ningún comentario. Era un tipo muy hablador y a Rojo le sorprendió su silencio, hasta el punto de parecerle incómodo. A Rojo le gustaba el silencio. Mucho. Pero odiaba los silencios incómodos. El problema es que casi siempre que el exescolta los percibía, solo lo eran para él. Para compartir un silencio incómodo hay que ser dos, como para bailar un tango. Y Rojo, que era muy bueno en otros quehaceres, no lo era catalogando silencios. Como en ese preciso instante, en que su cerebro se enredaba en mil cavilaciones sobre el porqué de ese silencio turbador, mientras el Maestro solo se debatía entre si ir a la letrina a hacer de vientre o no.

—¿Dónde están?

Rojo optó por romper ese silencio, para él, atronador. Había valorado romperlo hablando del tiempo, agradecerle lo del barracón y las ratas, preocuparse por su diabetes, o hacer una pregunta útil, que viniera al caso. Ganó la última opción.

El Maestro lo miró mientras sorbía su achicoria. Rojo leyó su desconcierto.

—Los… —Miró alrededor, bajó la voz—. Los pasaportes esos que se supone que solo usted y yo sabemos dónde están.

Antes de que el Maestro pudiera responder, Rojo se arrepintió de la pregunta. ¿Y si era una pregunta inapropiada? Al fin y al cabo, el viejo, en el barracón, esgrimió ese argumento falso solo para salvarle la vida. ¿Quién carajo era él para interrogarle? ¿Quién se había creído? De nuevo, más cavilaciones de las necesarias.

—Que tampoco tengo por qué saberlo. Vamos, que o lo sé o no lo sé. —Escupía por la boca el enredo de su cerebro—. Y que ellos sepan que yo lo sé no quiere decir que lo sepa, ni mucho menos que

tenga que saberlo. Que puedo saber muchas cosas y esa no. Y al revés. Que si tengo que saberlo lo sé y ya.

Cómo una argumentación estúpida puede hacer que un corazón supere las ciento veinte pulsaciones por minuto. Pues así.

El Maestro, ajeno a las cavilaciones de su antiguo discípulo, se limitó a contestar:

—Están en la letrina.

Rojo procesó el galimatías. Bueno, lo intentó.

—Pero… usted dijo…

—Sé lo que dije.

Nuevo silencio. Esta vez, más que incómodo, desconcertante. Era el momento de dejarlo, pero no pudo o no supo.

—Perdone que insista… Solo por si me preguntan. Usted dijo que los había sacado de ahí.

—Dije que los había sacado de ahí porque entonces ahí es el único sitio donde no irán a buscarlos.

Tenía sentido. Rojo respiró aliviado. Las cosas que no tienen sentido no le gustaban.

El Maestro le clavó la mirada por primera vez en toda la conversación.

—Si te preguntan, tú no abres la boca. ¿Estamos?

—Estamos, estamos.

Nuevo silencio. Rojo no solía ser tan curioso. Pero tenía más preguntas. Muchas más. Sabía que no debía hacerlas, pero le quemaban la garganta, ya de por sí quemada. El Maestro leyó los interrogantes en el rostro de su pupilo y se le adelantó.

—Llevamos siete meses excavando un túnel. Detrás del edificio de Intendencia. Donde solo hay una ventana. ¿Sabes?

Rojo sabía. Era donde había proyectado la película guarra de la tía Encarna.

—Ahí está la boca del túnel. Queda poco para terminarlo. Cinco días, calculo. Los pasaportes falsos son para cuando salgamos de aquí. Una vez fuera no daremos dos pasos si no tenemos documentación. —Rojo no podía creer lo que escuchaba. Mientras lo procesaba le pareció ver algo en la mirada del antiguo docente. Como un pesar—. Nos iremos todos los del barracón tres. Los presos de los demás barracones no saben nada. Al principio valoramos hacer una fuga global, pero lo sometimos a votación y pensamos que la huida de treinta y tres presos era lo suficiente ambiciosa para que suponga un buen revés para el puto régimen.

El Maestro apoyó la mano sobre el hombro de su expupilo y descifró su pesadumbre.

—Los pasaportes están contados, hijo. Treinta y tres pasaportes, treinta y tres presos. No puedo sacarte.

Rojo no contaba con ello, para nada.

—Pero no, no, no… Qué va. Si yo aquí estoy bien. A gusto. Como nunca. —El nivel de absurdidad crecía por segundos—. Sé cómo asar una rata y tengo techo. Ufff. Imagine cuando se hayan ido. Todo un barracón para mí solo. Será como vivir en el palacio de Oriente. Y con mejores vistas.

El Maestro sonrió a desgana. Dio un par de golpecitos en la rodilla de Rojo. Agarró el cazo de achicoria sepultado en la nieve y se lo tendió.

—Se te va a congelar.

Rojo agarró el cazo y pegó un sorbo. La infusión fría fue un bálsamo para sus úlceras incandescentes.

El Maestro se levantó. Tenía una última información que transmitirle.

—Voy a cagar.

Estaba en la formación. Séptima posición de la fila izquierda. Sueño satisfecho, ropa seca, estómago lleno, sed saciada. Nunca había fumado, pero de haberlo hecho, solo un cigarrillo recién armado podría acrecentar su sensación de bienestar.

Era un día perfecto. Bueno, casi. Le inquietaban un par de cosas. Su orina negra, tenía que ir a ver al cura médico. Sí, iría al regresar de la presa. También le preocupaba la perspectiva de la fuga. No porque él no fuera uno de los treinta y tres afortunados. No era eso. Le había cogido aprecio a su viejo profesor y le inquietaba que algo saliera mal. No hay que ser muy listo para saber que una fuga se puede torcer en un abrir y cerrar de ojos. El peligro de que todo se fuera al garete, y que en lugar de treinta y tres presos fugados hubiese treinta y tres presos ante el pelotón de fusilamiento, estaba ahí.

Pero ese era un día para pensar en positivo. Sí, la fuga de sus compañeros iba a tener éxito y el comandante Ramos quedaría retratado ante sus superiores como un idiota y un incompetente. Que es, ni más ni menos, lo que era.

Estaba deseando que las puertas del campo se abrieran. Por muy loco que fuera le apetecía ir a la presa a liarse a golpes contra las piedras. Esperando a que sonara el silbato del alférez, se percató de que el pico de castaño y hierro que sujetaba con la mano derecha pesaba la mitad que el día anterior. Era entre raro y muy raro. ¿Podía

el estado de ánimo afectar a la percepción del peso de algo? El pico era el mismo que el día anterior. Seguro. La muesca que tenía en el mango, cerca del hierro, lo delataba. Sin embargo, pesaba menos. Increíble pero cierto. Fuera de toda lógica, pero así era.

No pudo más que pensar en la vieja báscula donde pesó más de un centenar de veces su máquina de escribir. ¿Y si al artefacto, como a él, le afectaba el estado de ánimo a la hora de sopesar objetos? Cuando estaba de buen humor los objetos pesaban menos y cuando se sentía triste pesaban más. Nunca había pensado en esa posibilidad y sintió que había tratado de manera injusta aquella pobre báscula. Ojalá pudiera ir a pedirle perdón, contarle que la entendía, pesar cosas sin sentido, y reírse juntos de los resultados dispares de los pesajes.

Sonó por fin el silbato de Cuenca. Las puertas del campo se abrieron con la parsimonia habitual. Por el rabillo del ojo el exescolta vio cómo el Maestro se incorporaba a la fila mientras terminaba de atarse los pantalones, que cada día que pasaba le iban más grandes. Tiempo después averiguaría que la diabetes adelgaza.

El segundo toque de silbato era la señal para ponerse en marcha. Las filas y sus integrantes empezaron a moverse al unísono, acompasados. La sincronización de movimientos de los presos apenas duraba diez segundos antes de volverse caótica, pero Rojo disfrutó de esos diez segundos como un crío de una golosina.

La séptima posición de la fila izquierda estaba a punto de rebasar el portón cuando el soldado Tarrida abordó al exescolta.

—Rojo. Tú no vas. El comandante quiere verte.

Las puertas carcomidas sin pintar ni lijar, al fondo, la puerta de doble hoja y falsa madera noble y el eco de los taconazos de las botas militares. El pasillo de Comandancia seguía tal y como lo recordaba. Claro que apenas habían pasado cinco días desde la primera y única vez que estuvo allí, pero para Rojo había pasado una vida.

—Novato.

Rojo miró a Tarrida, que se esforzaba en despreciar a su excompañero rehuyéndole la mirada.

—Quiero que me des instrucciones para hacer funcionar el proyector de cine.

No hizo falta que Tarrida contara el porqué. Estaba claro que los soldados echaban de menos las piruetas sexuales de la tía Encarna.

—Vale —fue la pírrica respuesta de Rojo.

Tarrida no había terminado.

—No te puedo llevar ahí para que lo arranques tú. Ten. Guarda eso. Escóndelo.

Tarrida le dio un trozo de papel y un carboncillo.

—Escríbeme aquí cómo coño se carga la película en ese trasto. O hazme un dibujo o lo que cojones quieras —explicó de la manera más lacónica que supo.

Rojo dobló el papel y lo depositó, junto al carboncillo, en el único bolsillo de su uniforme.

—Si no lo haces te dejo sin rancho tres días.

La amenaza de Tarrida cayó en saco roto porque Rojo no encontraba un solo motivo para no obedecer, y sí cien mil motivos para hacerlo.

Llegaron a la puerta del despacho del comandante. Rojo se tensó. Recordó a quién estaba a punto de ver. Ramos odiaba a mucha

gente, pero, después de haber intentado delatarlo ante sus superiores, Rojo estaba convencido que él ocupaba el primer puesto en el ranking.

—¿Sabes para qué me ha hecho llamar? —preguntó con un hilo de voz a su antiguo casi amigo.

—No. Pero espero que no sea para ejecutarte. Eres el único que sabe cómo funciona el proyector.

No era poca verdad, pensó Rojo mientras Tarrida estampaba sus nudillos contra la madera.

Si bien su percepción sobre las alambradas, la nieve, las ratas o el peso de un pico habían cambiado desde que sustituyó el uniforme de soldado por el de presidiario, su percepción sobre el comandante Ramos no varió ni un ápice.

Sentado frente a él, en su pretencioso despacho, no tardó ni dos segundos en tener la certeza de que Ramos seguía siendo el mismo hijo de la gran puta que unos días atrás.

—¿Tienes claro lo que les contarás?

Llevaba más de veinte minutos aleccionándole, como para no tenerlo claro. Rojo asintió con la frente empapada en sudor, y eso que hacía un frío de cojones.

Estaba nervioso, muy nervioso. Y no por estar delante de aquel monstruo, sentado en una silla aposta más baja que la del titular del despacho. Lo que le preocupaba de verdad, y mucho, era lo que le aguardaba en el despacho contiguo.

Alicia, su novia de su otra vida, estaba esperándolo junto a su tío, el teniente que tiró de contactos para que Rojo fuera destinado a

ese campo.

Por eso Ramos le había convidado a su despacho. Quería asegurarse de que, cuando hablara con Alicia y con el teniente, especialmente con el teniente, se ciñera a la versión oficial de los hechos. A la que dictó el juez en forma de sentencia. Que reconociera los crímenes de los que se le acusó en falso. Ni más, ni menos.

—No me jodas, Rojo. Como te salgas del guion una puta coma te dejo tres días sin rancho.

«Tres días por Tarrida y tres por el comandante suman seis», pensó. Tuvo ganas de reír, pero lo que le esperaba en el despacho paredaño se las quitó.

El corte de pelo no le sentaba bien. Tampoco mal. Pero Alicia era más guapa con flequillo, de toda la vida. Un flequillo regular, ordenado, que dividiese su cabellera en dos mitades perfectamente simétricas. La simetría en una mujer le volvía loco. Y el nuevo corte no era simétrico.

Lo que tampoco fue simétrico fue el bofetón que, sin mediar palabra, el teniente y tío de Alicia le asestó a Rojo a los cuatro segundos de entrar al despacho.

No le dolió tanto como debería. ¿La llagas que poblaban el interior de sus mejillas amortiguaron el golpe?

El teniente tenía la mirada en llamas. No era para menos, pensó Rojo. Se solidarizó con él. Entendía que no estuviera en su mejor momento. Que el recomendado te salga rana es una faena. Más en un ambiente de gente con muchas armas y mucha mala leche. Sí,

definitivamente se solidarizaba con él. Le hubiese gustado darle un abrazo, pero no procedía. Menos aún después del bofetón.

—¿Qué coño te dije de hacerme quedar mal, chaval? ¿Qué coño te dije?

Sí. Lo de castrarlo. Solo una vez. Castrarlo dos veces era si preñaba a su sobrina, cosa que no tenía pinta de que fuera a ocurrir, al menos en esta vida.

El teniente hizo ademán de soltarle otro guantazo, pero Alicia se lo impidió. Definitivamente, aquel corte de pelo había sido una mala decisión.

—Tío, ya.

El teniente se contuvo a desgana. Miró a Rojo y enfundó la mano con una bala en la recámara.

—Me juraste que me dejarías hablar con él a solas.

Lo juró. En efecto. Y el teniente se arrepintió de haberlo hecho. Pero los juramentos no se rompen. Lo aprendió en la parroquia. Lo que se jura se cumple, no vaya a ser que Dios se cabree y deje de hacer las cosas importantes que tiene que hacer, como Dios, para tomarla con el que jura en falso.

El teniente salió del despacho refunfuñando, cagándose en varias generaciones de la familia Rojo.

El reo fijó su mirada en la chica. El corte de pelo tampoco estaba tan mal a pesar de la falta de simetría. Ojo. Tan mal no es bien.

—Te han dicho lo que tienes que decirme, ¿verdad?

Rojo no supo qué contestar. Las palabras de Alicia sonaban dulces. Más de lo normal. Creía que iba a estar molesta, enfadada, furiosa. Que le gritaría, que le pegaría con los puños en el pecho una y otra vez como lo hace la gente que no sabe pegar. Él, el primero.

Pensaba que iba a pasar todo eso multiplicado por mil. Pero se equivocaba.

—Conrado… Sé que no hiciste lo que dicen que hiciste. Pero necesito oírtelo. Dímelo y buscaré un abogado, un bufete, no pararé hasta sacarte de aquí.

Se estaba acostumbrando al nuevo corte de pelo de Alicia. ¿Cómo podía ser tan buena gente?

—Dímelo, por favor.

La muchacha suplicaba con la mirada.

La respuesta A convertía a Rojo en un héroe a ojos de Alicia; la B, a los suyos. Decidió ser egoísta.

—Lo hice.

Estaba aprendiendo a mentir. Sí. Cada vez lo hacía mejor. Estaba lanzado.

—Te queda muy bien ese corte de pelo.

Tarrida acompañó de vuelta a Rojo por el pasillo, que no cambiaba con el paso del tiempo. El preso estaba conmovido y satisfecho a partes iguales. Alicia había llorado, había suplicado que le dijera la verdad, que no le creía, que sabía que solo quería protegerla. Pero Rojo se agarró a su coraza. Firme. Impertérrito. Luego empezaron los insultos y, al poco, los golpes. Los puñetazos en el pecho y algún que otro puntapié. Muy llevadero. En cuanto a lo físico, claro. Ver llorar a Alicia lo desgarraba. Pero era lo mejor. «Las lágrimas tienen poder curativo», pensó.

Una de las puertas del pasillo se abrió y tras ella apareció Inés. No tenía buena cara, pero al menos no se había hecho un corte de pelo

que no le favoreciera.

Le habría gustado saludarla, pero no quería que Tarrida le reprendiera. Ni a él, ni sobre todo a ella. De nuevo, el héroe.

La traductora pegó la espalda a la pared y apretó contra sus pechos lo que parecía una carpeta repleta de informes, o traducciones, o lo que fuera.

Sus miradas permanecieron conectadas lo que Rojo tardó en rebasarla y darle la espalda.

Inés se quedó observando a aquel muchacho que tenía la condena tatuada en la frente desde el día que lo conoció. Recordó la primera vez que hablaron. Cuánto tiempo había pasado… Él no estaba preso y ella no llevaba en el vientre el hijo de otra mujer.

Se dispuso a reemprender la marcha cuando de una puerta vio salir a una pareja. No la había visto nunca. Ni a ella ni a él. Los galones que el hombre llevaba en el hombro lo delataban como teniente. Por la diferencia de edad dedujo que serían padre e hija. Un error de escasa importancia. La chica lloraba con desconsuelo. Hipaba y moqueaba como si fuera una cría.

A Inés no la alivió pensar que no era la única desgraciada en aquel agujero infecto.

Además, probablemente aquella chica y sus llantos podían regresar a su hogar.

Ella no.

14

De niña, las monjas le enseñaron que los fetos macho desarrollan el alma antes que los fetos hembra. Científicamente probado. No sabía lo que llevaba en el vientre, si una niña o un niño, pero si hubiese creído que los seres vivos tienen alma, dudaría mucho que un hijo del comandante Ramos pudiera albergar una.

Inés era atea. Desde cría. Nunca creyó en almas, purgatorios, santos y mucho menos en Dios. De puertas para adentro, claro. Si le preguntaban, era devota de san Antonio de Padua. Hasta la médula. No tenía ni puñetera idea de quién fue ese señor ni por qué meritocracia ascendió hasta las inmaculadas páginas del santoral. Pero lo cierto es que lo había usado de coartada católica un montón de veces y siempre había funcionado. San Antonio no fallaba.

Su padre también era ateo. Recalcitrante. Su madre, en cambio, fue una veleta. Presuntamente atea antes del divorcio, tras él abrazó la fe católica de la mano del hombre que la mandó al hospital de una paliza y luego abusó de su hija. Un hombre de fe, religioso, devoto de sentimiento (no como Inés). Un tipo ejemplar hasta el punto de cumplir con escrupulosidad la penitencia impuesta por el cura cada vez que se confesaba después de violar a su hijastra.

No es mal negocio el de los católicos. Sobre todo para los ricos. Un Dios compasivo para los poderosos, y vengativo y despiadado

para los pobres.

La habitación que la señora Ramos había dispuesto para Inés en la zona noble del campo era espaciosa, luminosa y, como la mujer prometió, estaba orientada al sur.

La cama era enorme. Podría albergar a una familia entera. No una familia de ocho hijos, pero sí una de dos, puede que de tres. Había un espejo de dos alas, un armario en el que se podía dar un paseo y una pila de baño que permitía que varios niños chapotearan en ella.

—Si necesitas cualquier cosa, lo que sea, no dudes en pedirlo —le dijo la señora Ramos, antes de dejarla sola en sus nuevos aposentos.

Le pareció increíble que una frase amable como esa pudiese sonar tan desgarradora y cruel.

Ese era su primer embarazo. Lo cierto es que, dado su currículum de sexo forzado, le sorprendió que no la hubieran preñado antes. La mayoría de las veces los agresores se cuidaban de no dejar huellas de la agresión en forma de retoño, pero en otras ocasiones al fornicador le traía sin cuidado lo que ocurriera en el útero de Inés una vez satisfecho su apetito.

A menudo se había preguntado cómo sería practicar el sexo por voluntad propia. Obviamente nunca lo había hecho, pero lo más sorprendente es que nunca le había apetecido. Y eso, para una chica de veintiún años no era lo habitual. Lo era de cara a la galería, una señorita de bien ni tenía ni debía tener interés por el sexo. Pero los cuerpos de veintiún años, de mujer y de hombre, están diseñados para la cópula. Con el deseo carnal como aliado de la naturaleza e instigador para que esa cópula suceda. Y con ella, la perpetuación de la especie.

A Inés le robaron la capacidad de desear. Solo había conocido el sexo compartido a través del dolor y la humillación. ¿Cómo iba a desearlo?

Sabía lo que era un orgasmo. Los había tenido en su primera adolescencia. De hecho estuvo a punto de poner su mano derecha en un altar cuando descubrió de lo que era capaz. La primera vez que se corrió pensó que se iba a partir en dos. O en mil. Fue cuando más cerca estuvo de creer en Dios.

Nunca asoció esos orgasmos a otra persona. No se masturbaba pensando en ese o aquel. Para ella, el sexo era ella con ella. Su vagina, sus dedos y aquella descarga eléctrica en el cerebro junto con la humedad, el sudor y las convulsiones. Nada ni nadie más.

En aquella época disfrutó mucho del sexo. Sin complejos, sin culpas. Pero duró poco. Hasta que el pene erecto de su padrastro irrumpió en su vagina sin llamar a la puerta. Eso lo cambió todo. Lo rompió todo.

De aquello hacía mucho tiempo. Hacía una vida. O un par de ellas.

Estuvo tentada de masturbarse allí, en aquel momento. En aquella habitación de tamaño desproporcionado, en aquella cama también desproporcionada, sobre aquella colcha que con toda probabilidad pertenecía al ajuar personal de los Ramos. Masturbarse salvajemente deseando que la comandante consorte abriera la puerta justo en el instante en que su flujo vaginal echaba a perder el tesoro familiar en forma de colcha.

No lo hizo. Miró su mano derecha como se mira a un desconocido. Había perdido el libro de instrucciones.

Sabía de muchas mujeres que habían sido forzadas. Algunas habían abortado jugándose la vida, pero la mayoría de ellas habían parido al hijo del violador. A veces conocido, otras no. Pero no sabía de ningún caso en que la violada se hubiera visto obligada a alumbrar al bebé para que la mujer del agresor lo hiciera suyo. Para que el niño creciera sin saber que su padre obligó por la fuerza a su verdadera madre a abrirse de piernas.

Mientras Inés caminaba por el pasillo imaginó a su hijo, ya sin serlo, correteando por aquel mismo espacio, deseando que el violador le sentara en sus rodillas para contarle un cuento. Afortunadamente, el comandante Ramos no parecía ser del tipo de hombres que cuentan cuentos a los niños sentados en su regazo. Se sintió aliviada.

Fuera como fuese, no iba a permitir que eso llegara a ocurrir.

Inés se plantó ante su antiguo dormitorio. Lo miró con añoranza. No necesitaba una cama que pudiese albergar a una familia ni un lavadero del tamaño de un tonel.

El colchón estaba desnudo. Mejor, se ahorraría tener que limpiar las sábanas. Si lo manchaba le daría la vuelta y ya. Abrió el minúsculo armario empotrado en la pared y encontró lo que buscaba: la percha de alambre donde solía colgar su chaqueta de entretiempo.

Miró el colchón. Los muelles se le marcaban como las costillas a un mendigo. Se sentó. Observó la percha. La escudriñó. Conocía remotamente la técnica. De oídas. Sabía que en manos inexpertas aquella percha era un artilugio en potencia mortal. Pero en aquel cuartucho no había ningún experto. Ni se le esperaba. El padre Esteban miraba para sí. Hacía bien. Con él no podía contar. En el

pueblo no había médico, y aunque lo hubiese habido sería poco probable que accediera a aquello que Inés quería hacer. Necesitaba hacer.

Tenía que hacerlo sola. Iba a hacerlo sola.

La teoría era fácil. Bastante simple. Lógica.

Uno: desarmar la percha y enderezar el alambre. Dos: introducir el alambre en la vagina intentando no lesionar los labios ni las paredes del canal. Tres: solo para católicos, rezar para que la punta del hierro no perforara el útero, pero sí empalara al feto, haciendo que este pase a mejor vida.

Si tenía suerte y no perdía el conocimiento, podría ir por su propio pie a que el padre Esteban le curara las heridas y certificara el falso aborto natural.

Desmontó la percha hasta que el alambre adquirió la forma deseada. Se tumbó sobre el colchón con costillas de mendigo. Armada con el pincho, acercó la mano derecha, la misma que años atrás le daba placer, a su vulva.

Prefirió no mirar. Aunque no era buena idea. De hecho era absurdo. Pero prefirió no hacerlo. Fijó la vista en el techo. Empezó a sentir el hierro en el cuello del útero. Le pareció que todo iba sorprendentemente bien. De repente, una punzada.

—Entonces… ¿no me voy a morir?

—No vas a tener tanta suerte, Rojo. Aún te queda mucho en este puto agujero.

—Pero es que es muy negro.

—Es tan negro como tiene que ser cuando uno se ha deshidratado.

—Ya.

—¿No habrás sido tan idiota como para comer nieve?

—No, no. Hay que ser muy idiota para hacer eso.

—Casi tanto como para intentar denunciar a tu superior.

—Bueno… No fue mi mejor idea, no.

—No lo fue. Bebe agua. Agua. No nieve. ¿Vale? Sabes distinguir el agua de la nieve, ¿no? ¿O necesitas que te haga un puñetero dibujo?

—Sí, sí. Claro. Bueno, sí a lo de saber distinguir. No a lo del dibujo. No va a hacer falta. Pero gracias.

—Si en un par de días tus *meaos* no vuelven a tener el color de siempre, ven a verme.

La conversación del padre Esteban con Rojo interfería en el sueño de Inés. Estaba soñando que nadaba, aunque ella no sabía. Pero en el sueño nadaba como una sirena. Mejor. Estaba nadando y de debajo del agua, apagada, como con una reverberación hueca, emanaba una conversación sobre meados negros e idiotas que beben nieve.

La traductora abrió los ojos.

Vale, estaba en el botiquín. Tumbada en una de las camillas. Lo último que recordaba era lo del alambre frío en su vagina. Bueno. Y el pinchazo. Sí, también recordaba el pinchazo. Y a partir de ahí, todo negro.

Trató de incorporarse pero se sintió como si sus brazos hubiesen perdido la consistencia ósea. Hizo un segundo intento. El chirrido de

la camilla metálica alertó al padre Esteban, que despedía, en la puerta, a Rojo.

—La bella durmiente.

El preso se sorprendió al ver allí a la traductora. Cuando entró en el botiquín, hacía apenas dos minutos, no había reparado en ella. Los dos se miraron. Rojo se sintió un poco violento, al fin y al cabo aquella misma mañana había tenido un sueño erótico con ella. Era absurdo violentarse por eso, pero Rojo se violentaba por lo que se violentaba.

Inés estaba aturdida, pero le agradó ver a Rojo, aunque fueran solo los dos segundos que tardó el padre Esteban en cerrar la puerta, antes entornada.

La mirada de reprobación del cura médico fue evidente.

—¿Quieres que te peguen un tiro?

Inés estaba mareada, pero sabía de qué hablaba el padre Esteban. Le interesaba lo que ignoraba.

—¿He…? ¿He…?

Una mezcla de dolor y miedo le impedía formular la pregunta. Al padre Esteban no le costó adivinarla.

—No. No has conseguido matar a tu hijo.

Inés asimiló la respuesta aderezada con la crudeza marca de la casa del cura médico.

—Eso sí. Te has hecho lesiones importantes y has perdido más sangre que un gorrino en San Martín —se afanó en puntualizar, orgulloso de su ocurrencia—. Bueno, cuando en San Martín había gorrinos a los que sacrificar, claro.

A la traductora se le dibujó la derrota en la mirada. El cura de bata blanca le levantó primero un párpado y luego el otro para escudriñar

el interior de sus ojos.

—¿Qué se supone que debo hacer contigo, jovencita? Porque según yo lo veo tengo tres opciones: dejar que te mates, dejar que te maten o dejar que me maten. —Se sentía más ingenioso que nunca—. Puestos a elegir, prefiero descartar la última opción. Espero que lo entiendas.

—Si le cuenta a la señora Ramos lo que he hecho me matará.

—La segunda opción. Pero no. Estate tranquila. Mientras tengas ese bichejo dentro estás a salvo. Para ella no eres más que un recipiente. Una botella, un cántaro. Puede que te mate después de que des a luz a su hijo. Pero no antes.

Inés empezó a llorar.

—Por favor. Quítemelo.

Esteban observó las lágrimas de la chica mientras se encendía uno de sus roñosos cigarrillos.

—Los médicos somos inmunes a las lágrimas, traductora. Y los curas, ni te cuento.

Volvía a la casilla de salida. La cama donde cabían tres familias, el espejo capaz de reflejar a dos y el lavadero donde podía nadar una.

Le dolía mucho. Tenía pinchazos intermitentes, pausados, rítmicos. El feto la estaba poniendo en su sitio. Le dejaba claro quién llevaba los pantalones en su útero.

Definitivamente aquel cabrón había salido al padre.

No estaba preocupada por si la señora Ramos iba a enterarse de su intento de homicidio. No lo estaba porque tenía la certeza de que

el doctor Esteban iba a informarla de lo ocurrido, si no lo había hecho ya.

Golpearon la puerta.

Lo había hecho ya, pensó. No se equivocaba.

—La señora Ramos la hace llamar —anunció Atienza. Se apartó ligeramente, tras él se escondía una silla de ruedas.

—No necesito eso.

—Sí lo necesita.

—No lo necesito.

—Insisto.

—Y yo.

—Yo más.

—Por favor.

—Por favor.

Habría sido un buen momento para zanjar la conversación pactando unas tablas, pero los árbitros no iban a autorizarlas. Atienza tenía el gesto apesadumbrado, guardaba un as en la manga que hubiese preferido no usar.

—La señora me ha ordenado llevarla en la silla, Inés… —puntualizó—. Cito literalmente: «Aunque le tengas que pegar un tiro en la rodilla».

«Mejor en el útero», pensó resignada.

No sabía si era a causa de la poca destreza de Atienza al mando de la silla rodante o por las secuelas físicas de su aborto fallido, pero Inés estuvo cerca de vomitar varias veces durante el corto trayecto entre su nueva habitación y el despacho colindante al de Ramos que

solía utilizar su señora. Cuando el soldado atracó la silla, la traductora estaba mareada, tenía palpitaciones y se notaba impregnada por un manto fino de sudor.

Y eso solo era el aperitivo. Detrás de la puerta de madera le esperaba el plato fuerte.

Después de la pertinente llamada con el puño, Atienza abrió la puerta y condujo la silla hasta la mesa gobernada por la madre sustractora de bebés. El soldado se largó después de hacer una absurda reverencia.

—Le conté a mi hija que iba a tener un hermanito.

La voz de la mujer sonaba calmada, suave. «Mala señal», pensó Inés.

—Se puso muy contenta.

Inés esperaba el estallido de ira. Era como una cuenta atrás sin saber cuánto atrás tenía que llegar. Una cuenta atrás con suspense. No era agradable. No.

—Hace una semana perdió a su novio. Tuviste que enterarte. Uno de esos salvajes le clavó su pico en el pecho.

Se había enterado. Claro que sí. El asesinato de Trujillo fue la noticia estrella de la semana junto a la caída en desgracia de Rojo. Aquel campo daba como para una gaceta informativa.

La mujer se levantó y se puso a pasear, acercándose a Inés y alejándose de ella. Inés medía el riesgo. Zona de peligro ahora, zona de seguridad después. Zona de peligro de nuevo, vuelta a la de seguridad.

—Yo no le lloré, si te digo la verdad. Era un imbécil. Pero sus padres están muy bien situados y tienen mucho dinero. También son imbéciles. Pero imbéciles situados y con dinero. Una lástima.

Se acercó a Inés. A su oído. Las alarmas se le activaron.

—No me lo ha dicho, pero creo que a Federica su novio también le parecía un imbécil. Sintió más tener que devolver los regalos de boda que perder a ese memo.

A Inés se le tensaron todos los músculos del cuerpo. Las punzadas intermitentes en el útero le recordaban el motivo de aquel encuentro.

—Una vajilla danesa, una cubertería de Gales, varios juegos de cama bordados a mano en Portugal… Un desastre. Pero está empezando a levantar cabeza. La noticia del hermanito la animó. Ayer la vi sonreír por primera vez en días. Como para venirle ahora con que su hermano también ha sido asesinado.

Por fin. Se acabó la cuenta atrás.

Se esperaba un bofetón, una patada, un escupitajo, que le arrancara varios mechones de la cabellera… Lo que no esperaba fue lo que hizo: agarrarle los mofletes y pellizcarlos con el pulgar y el índice como si fuera una cría de dos años. Lo hizo con fuerza, eso sí. Con rabia. Con saña. Por un instante Inés pensó que se iba a quedar sin mejillas. También lo debió de pensar la señora Ramos, que, de repente, liberó la piel enrojecida. Deseaba con todo su ser infligir cuanto más dolor mejor a aquella fulana que había intentado asesinar a su retoño. Pero no podía arriesgarse a que el bebé sufriera. Esa era una línea roja.

«El dolor es curioso», pensó Inés. No se acumula. Un dolor no se suma al otro. Lo sustituye.

Notaba las mejillas escaldadas a rabiar. Pero el útero ya no le palpitaba, los pinchazos habían desaparecido. El bebé debió de

asustarse viendo lo que le esperaba cuando asomara la cabecita. Optó por quedarse inmóvil.

Agazapado, esperando pasar desapercibido.

El camino de vuelta a sus aposentos fue menos movido que el de ida. No conducía Atienza, lo hacía otro soldado, un novato al que no conocía. Y lo hacía con extrema suavidad. Manteniendo la velocidad, trazando las curvas de la manera más eficiente y esquivando obstáculos con la delicadeza de una bailarina. Se podría haber quedado dormida durante el placentero trayecto. Pero no.

Antes de dar por concluida la reunión, la señora Ramos le advirtió que no iba a dejar que volviera a atentar contra su bebé. Iba a tomar medidas.

La primera medida ya la había tomado antes del intento de aborto. Habló con su marido, y padre del feto, y acordó con él relevar a Inés de sus funciones en el campo. No quería que anduviera cerca de los presos. No eran de fiar.

La segunda medida, esa sí después del episodio de la percha, fue prohibir a su esposo fornicar con ella. Al principio no tenía pensado oponerse entre el instinto animal de su esposo y la traductora. ¿Para qué? Pero, tras valorar las lesiones autoinfligidas por la embarazada, el padre Esteban recomendó que se abstuviera de tener relaciones sexuales. Voluntarias o impuestas.

La tercera medida no la vio venir. La descubrió cuando el soldado que conducía la silla con la delicadeza de un ángel abrió la puerta de la habitación de Inés. Estaban la cama de mil hectáreas, el espejo familiar y el lavadero que parecía un pantano. Pero también estaban

los soldados Tarrida y Atienza. Entre los dos amarraban una argolla a la pared de piedra de la que nacía una cadena larga como una serpiente, de unos siete metros, coronada por un grillete.

Inés lo vio claro. Ese grillete y uno de sus tobillos iban a convertirse en inseparables.

Durmió mejor de lo que pensaba. Se despertó un par de veces por el ruido de la cadena arañando el suelo, pero el grillete apenas le incomodó. De hecho, le molestó menos que las punzadas en la vagina, que regresaron tras el descanso que se tomaron cuando la señora Ramos atacó de manera salvaje las mejillas de la gestante. El dolor que de nuevo le provocaba el vengativo feto no era insoportable, pero sí constante.

Se levantó y comprobó que no había sangrado. Buena noticia, o no. Según se mire. Se mareó un poco. Nada preocupante. Miró por un segundo la cadena que la amarraba a los Ramos, al menos hasta que diera a luz.

Antes de acostarse había comprobado que podía desplazarse por la habitación con cierta facilidad. Para llegar donde estaba el balde gigantesco tenía que levantar la cadena por encima de la cama, pero no era complicado. Los siete metros de hierro no le permitían llegar a la puerta, pero sí asomarse a la ventana.

Se acercó a ella arrastrando su presidio. Otra vez encapotado. La nieve no remitía. ¿Cómo iba a hacerlo? La temperatura apenas subía de bajo cero y el sol seguía disfrutando de unas larguísimas vacaciones.

Las puertas del campo estaban abiertas y un desvencijado coche militar aparcó, renqueante, frente al edificio de Comandancia. El soldado que conducía salió dispuesto a abrir la puerta trasera, pero no llegó a tiempo. Del auto bajó, por su propio pie, una chica joven, muy joven, de mirada asustada. Contemplaba lo que le rodeaba con una mezcla de estupor y miedo.

Era la traductora que la iba a sustituir. Era ella hacía un año.

Tuvo ganas de gritarle desde la ventana. De suplicarle que huyera.

Pero el grillete le atenazó la voz.

La nueva traductora entró en el cubículo que antes habitaba Inés. Dejó la maleta en el suelo. Fue a colgar el abrigo en el armario pero comprobó que ninguna percha habitaba en él. Lo dejó en la silla de madera. Se sentó en la cama y los muelles se le incrustaron en los glúteos.

Miró el suelo. Algunas baldosas estaban salpicadas por una sustancia rojiza. Deseó que no fuera sangre.

Se levantó del catre para comprobarlo, pero la puerta del cuarto se abrió.

El comandante Ramos sostenía su inseparable botella de coñac en la mano. No se había acostado en toda la noche. Otra vez.

Tambaleándose, el depredador cerró la puerta tras de sí.

15

Rojo salió de la enfermería confuso. Por un lado se alegraba de que su orina negra no augurara una muerte lenta y dolorosa. Así se lo había asegurado Esteban, esa mezcla imposible entre hombre de Dios y hombre de ciencia. ¿Cuál de los dos le habría diagnosticado? Esperaba que el segundo.

Pero, a pesar de las buenas noticias sobre la no inminencia de su defunción, el preso se quedó preocupado al ver a Inés tumbada en la camilla. Desde su llegada al campo, hacía tanto y tan poco a la vez, la muchacha se había preocupado por él hasta el punto de advertirle dos o más veces de que dejara de hacer el idiota, si no quería acabar como acabó. Era traductora pero podría ganarse la vida como pitonisa.

Por un instante pensó en volver a entrar en el botiquín y preguntarle qué le pasaba, pero lo desechó porque le pareció violento. Forzado. Si lo hubiese hecho antes de salir, habría sido una pregunta normal. Casual. Propiciada por la situación. Pero regresar para interrogarla temía que podía ser percibido por la traductora como una intromisión en su intimidad. Y Rojo odiaba las intromisiones. En la intimidad o en lo que fuera.

No sabía qué tenía aquella chica, pero era evidente que despertaba algo en él. Algo que le costaba descifrar. Era menos

bonita que Alicia, más bajita, tenía la voz menos dulce, la silueta con menos formas, pero cuando aquellos ojos oscuros le miraban tenía que esforzarse para no tartamudear.

Rojo tartamudeó hasta los quince años. Y empezó a los ocho. En concreto, el primer día que vio a su madre con una pierna de menos. La impresión le trastabilló el habla. La mujer duró poco porque la amputación por encima de la rodilla no fue suficiente. El tajo no logró hacer de cortafuegos de la gangrena, y esta avanzó a sus anchas hasta la entrepierna y acabó con su vida. Entre amputación y defunción no pasó ni un año.

Cuando Rojo recibió la noticia de la muerte de su madre, lo primero que pensó fue que igual su tartamudez remitía. Se equivocó. No fue a más, pero tampoco a menos.

En el colegio, los demás niños se reían de él. Cómo no. Su padre, sensible al malestar del niño, lo cambió de colegio un par de veces. En balde. Durante aquellos años no tuvo amigos. Ni uno. Las novelas de aventuras de la librería del señor Matías los sustituyeron.

Los libros nunca se rieron de él. Y quien tampoco se mofó nunca de él fue la nieta del librero. No vivía con el viejo, pero le visitaba a menudo. Los dos niños eran de la misma edad, y Margarita tenía sobrados motivos para no reírse de la forma de hablar del niño. Ella también era tartamuda. Eso ayudaba, claro.

A Rojo la niña no le gustaba de forma especial, ni en lo físico ni en lo intelectual, pero era lo que había. O eso o nada. Así que fue «eso».

Cuando la cría visitaba a su abuelo lo primero que hacía era buscar a su amigo entre los estantes de la librería. Y en el improbable caso de que no anduviera por allí, subía al tercer piso a

picarle a la puerta. Margarita era muy habladora, cualidad poco afortunada en una persona tartamuda. Una conversación de diez minutos se convertía en una de media hora. Y eso que Rojo intervenía lo menos posible. No quería que se le enfriara la cena.

Pero aquella niña, que no le gustaba mucho pero que era lo que había, lo curó. Sí, le quitó la tartamudez en un abrir y cerrar de ojos.

Rojo era muy inocente. De hecho, nunca dejó de serlo. Y nunca supo si Margarita se sintió de verdad atraída por él, o simplemente para ella el chaval también era «lo que había».

Fuera como fuese, el día que el joven Rojo cumplió quince años Margarita apareció en la librería de su abuelo con un regalo bajo el brazo. O, más en concreto, bajo su nariz aguileña.

Su primer beso.

El de Rojo. Nunca supo cuántos besos había dado Margarita, pero sospechó que no muchos, dadas la torpeza y la violencia con la que la chica usó su lengua como ariete para penetrar en la boca del cumpleañero.

Una intromisión en toda regla. Sí. Fue la primera vez que tuvo la certeza de que no le gustaban las intromisiones.

La lengua tartamuda de Margarita parecía tener la intención de quedarse a vivir en el paladar de Rojo. La falta de aire combinada con las arcadas que el áspero invasor le provocaba casi hicieron que se desmayara. O vomitara.

Para evitar una cosa u otra, Rojo se retiró con brusquedad y estampó su lomo contra la sección de filosofía del señor Matías. La estantería de madera se balanceó levemente y un libro sesudo se estampó contra su cabeza. Y lo tumbó.

Nunca supo si fue por los violentos lametazos de Margarita o por el impacto del libro en su coronilla, pero cuando Rojo se levantó, ya no tartamudeaba.

Por cierto, el libro que le agredió lo había escrito un tal Schopenhauer, y llevaba por título *El arte de sobrevivir*.

Nunca lo leyó. Convertido en huésped del campo de concentración, lamentó no haberlo hecho.

No entró en la enfermería. Se quedó con las ganas de saber qué hacía Inés recostada en aquella camilla. Esperaba de corazón que no le pasara nada grave. El silbato de Cuenca hizo que sus pensamientos se alejaran de la traductora. Corrió a agarrar el pico, que pesaba más o menos según su estado de ánimo, y se incorporó a la formación.

Era extraño, pero a Rojo le agradaba más observar las hileras perfectas que formaban los esclavos que ser parte de ellas. El orden no lo disfrutaba de igual manera. Y no, no era solo porque era objetivamente mejor ver a los presos desde la barrera que ser uno de ellos. Obvio. Era porque desde dentro de la formación se perdía la perspectiva. Y sin perspectiva no había gozo. Al menos para Rojo.

Las puertas se abrieron abanicando el paisaje helado. Empezaron a avanzar de manera sincronizada. El orden no iba a durar mucho. A la derecha de Rojo formaba el americano al que todos llamaban Lincoln aunque no se llamaba Lincoln. No sabía cuál era su nombre real, pero el Maestro le contó que le pusieron como apodo el apellido del presidente porque el suyo era impronunciable. Al exescolta tampoco le parecía especialmente sencillo de pronunciar el apellido

Lincoln. Esa ene precedida de una ele no era de fácil dicción. Puestos a elegir nombres de presidentes podrían haber elegido Washington, Jefferson, Wilson o el mismísimo Roosevelt. Pero no lo hicieron.

Estaban entrando en el pueblo. Rojo no pudo evitar buscar con la mirada a la mujer coja, madre de la niña con ojos de viuda. Aún le dolía la cabeza de la pedrada que le propinó en la sien el día que debutó como preso de las colonias penitenciarias.

No había rastro de la agresora. Pero Rojo no se fiaba, no iba a bajar la guardia, la coja podía estar agazapada detrás de cualquier esquina.

Siguieron caminando. La sincronía ya brillaba por su ausencia y las filas serpenteaban confundiéndose por momentos las unas con las otras. Aprovechando la cercanía que les otorgaba el caos andante, Lincoln se dirigió a Rojo con su peculiar acento del lejano Oeste.

—¿Dónde están los pasaportes falsos?

Había oído que a los yanquis no les gusta andarse por las ramas. Pues bien, esa fue la constatación. Rojo no contestó. Miró hacia atrás; seis o siete filas más allá, el Maestro caminaba despreocupado, navegando en sus recuerdos.

—¿Dónde están?

—Pregúntaselo al Maestro —contestó Rojo con un hilo de voz. A pesar de la mala alimentación, el brazo de Lincoln era de buen tamaño.

—Te lo pregunto a ti.

Rojo estaba temblando de arriba abajo. Se esforzó en disimularlo, pero el bíceps del yanqui aumentaba de tamaño segundo a segundo.

Optó por no contestar. Si lo hubiese hecho, la voz atenazada por el miedo le habría delatado.

Lincoln le miraba fijamente. De soslayo echó un vistazo a la fila de atrás. Ventura y Camilo parecían estar muy atentos a las preguntas del extranjero.

—¿Me lo vas a contar o voy a tener que sacártelo?

—Pregúntaselo al Maestro —repitió Rojo. Y sí, su voz lo desnudó por completo.

Siguieron caminando. Ventura, desde la fila de atrás, susurró para que sus palabras no llegaran más allá de los oídos del exescolta.

—Tu amiguito el Maestro… ¿te contó cuántos pasaportes hay?

Rojo no contestó. No quería hacer más el ridículo con su voz de niño atemorizado. Camilo se unió a la conversación, que empezaba a oler a treta.

—Treinta y tres pasaportes para treinta y tres fugados. ¿Sabes lo que significa eso?

Rojo miró de reojo a Camilo. Sus pulsaciones seguían en aumento. Turno para Ventura.

—Que tú estás fuera. No hay pasaporte para ti.

No le sorprendió, el Maestro ya se lo había advertido. Sin embargo, prefirió no replicar. Algo le decía que el silencio era su mejor aliado.

Lincoln tomó la palabra.

—Pero hay una manera de que puedas unirte a la fuga.

Eso Rojo no lo vio venir.

—No nos fiamos del Maestro. —Ventura no se preocupó por disimular la crueldad de sus palabras—. Está viejo, enfermo,

chochea. Llevarlo con nosotros fuera del campo sería un lastre. Si nos dices dónde están los pasaportes, nos encargaremos de él.

Rojo no creía posible estar oyendo lo que oía. Aminoró el paso sin darse cuenta. Los demás sí lo hicieron. Se miraron, cómplices. Camilo, detrás de Rojo, lo empujó sutilmente mientras le susurraba al oído:

—No vamos a matarlo, tranquilo. Bastará con… lisiarlo. Con el pico. Un accidente. Si no puede caminar, no podrá escapar.

Rojo seguía la disertación a tres bandas. Nunca se había considerado un tipo muy listo, pero no le costó anticiparse a la oferta final que formuló Lincoln.

—Dinos dónde están los documentos y te fugarás con nosotros. El pasaporte del Maestro será para ti.

Aquella jornada de trabajo se le hizo especialmente dura. Le tocó empuñar una pala en lugar del pico. Desde la nevada, la comunidad de esclavos se dividía en dos. Unos apartaban la nieve para que las piedras quedaran al descubierto, y los otros golpeaban con violencia sus picos contra el firme.

La fatiga fue tal que apenas tuvo tiempo para reflexionar sobre lo que había pasado de camino a la presa. Mejor así.

Tuvo suerte de que Tarrida se acercara a él a los pocos segundos de que Lincoln pusiera su oferta sobre la mesa. El soldado quería reclamarle el manual de instrucciones del cinematógrafo que tenía bajo llave a la tía Encarna y sus encantos. La irrupción del escolta libidinoso le permitió no dar respuesta a los presuntos amigos del Maestro. Se alegró.

Pero sabía que insistirían. Querían una respuesta y si la que les daba no era de su agrado, eso iba a traducirse en problemas.

En el camino de regreso dedicó las pocas fuerzas que le quedaban a procurarse un lugar en las filas más alejadas de los tres traidores. Y cerca del Maestro. Pobre hombre, ni en sus pensamientos más funestos podría imaginar que sus acólitos estuvieran conspirando a su espalda.

Rojo estuvo tentado de contárselo, pero le faltó valor.

Acababan de cenar. Las tres sardinas y la media docena de garbanzos le saciaron de manera incomprensible. «Debe de ser cierto que el hambre achica el estómago», pensó.

Sentía como alfileres las miradas clavadas en su nuca de Lincoln y sus colegas. Él las rehuía una y otra vez, pero sabía que estaba postergando lo inevitable.

Aún faltaban unos minutos para que tocaran a retreta, así que Rojo puso rumbo a la enfermería. Fingiría un fuerte dolor abdominal o una diarrea, o las dos cosas. Si Inés seguía ahí se interesaría por su estado de salud. Y, si no, preguntaría al doctor o a las monjas si la traductora estaba bien. No. No podía hacer eso. Si explicitaba su afecto por la muchacha le estaría haciendo un flaco favor. Si no estaba ahí significaba que se encontraba bien, y eso era todo lo que Rojo quería saber. Claro que si no estaba ahí también podía ser que hubiese muerto, pero eso no quiso ni pensarlo.

Aturdido por el aciago pensamiento, Rojo abrió la puerta sin llamar. Las bisagras de la puerta canturrearon como siempre, pero el sonido quedó repentinamente ahogado por los gemidos de placer de

sor Socorro, que, en la camilla cuatro, encajaba las embestidas del cura médico, que tenía los pantalones por los tobillos y medio cuerpo dentro del hábito de la hermana.

Cerró la puerta sin que los religiosos fornicadores supieran jamás que habían tenido un espectador.

Rojo pensó que aquella noche iba a tener pesadillas. Y no se equivocó.

La pesadilla fue más real de lo que le hubiese gustado. Estaba durmiendo cuando un aliento a sardina y garbanzos le despertó. Aturdido, entreabrió los ojos y vio la luz de los focos de la garita que se filtraba por las rendijas de los tablones de madera. Pero la visión duró apenas un segundo. Una capucha áspera y de color oscuro le cubrió la cabeza. Una mano robusta le acalló la boca y varios brazos lo levantaron en volandas y lo llevaron a un lugar incierto. Su coronilla golpeó un par de veces con algo de la contundencia de una puerta. Le dolió, pero el terror mitigó la sensación.

Cuando le quitaron la capucha estaba en la letrina rodeado por una docena de presos. Camilo, Ventura y Lincoln entre ellos. La prórroga para la respuesta a la generosa oferta de Lincoln se había agotado. Este tomó la palabra.

—¿Qué dices, Rojo? ¿Te fugas con nosotros?

Le entraron ganas de hacer de vientre. Se sintió afortunado de estar en la letrina. Ojalá su cerebro funcionara con tanta rapidez como su tracto digestivo.

Veinticuatro ojos le apuntaban en ese paredón con forma de cagadero.

Rápido, Rojo. Piensa. Piensa.

—No sé dónde están los pasaportes. El Maestro os lanzó un órdago. Os mintió para que me dejarais dormir en el barracón. A mí no me contó nada. ¿Cómo iba a confiar en mí? Soy un puto fascista.

A Rojo le entraron ganas de besarse a sí mismo. Estaba asombrado de lo que acababa de inventar y cómo había soltado la mentira. Sin titubeos, sin voz trémula, con seguridad, aplomo, entereza. Sí, tenía que plantearse algún día lo de la interpretación.

La euforia le duró poco. Los reos se miraron con una sonrisa bajo la nariz. Sabían que mentía. Lo leyó en sus miradas. ¿Cómo podían haberse dado cuenta? Había hecho una actuación impresionante. No ya solo en cuanto a la forma, también con el fondo. El argumento era veraz, absolutamente creíble. No tenía fisuras. ¿Por qué sabían que no decía la verdad?

La respuesta no tardó en llegar.

—Os dije que era de fiar.

El Maestro asomó su cara arrugada. En la mano izquierda sujetaba los restos de una rata empalada que estaba terminando de degustar. Rojo tardó más de lo preceptivo en entender qué ocurría.

El Maestro lo miró y no pudo evitar sonreír.

—Superaste la prueba, Rojo. Estos querían saber si eras un hijo de la gran puta. Enhorabuena, te vienes con nosotros.

A Rojo le daba vueltas la cabeza. Tenía preguntas. Varias. Muchas cosas no encajaban. No sabía si preguntar o no. ¿Cómo que se iba a fugar con ellos? El número de pasaportes era el que era. La falta de lógica le abrumaba. Siempre.

El Maestro leyó su desconcierto. Esbozó una mueca cargada de picardía.

—Con lo bien que se te daban de crío las matemáticas, Rojo. Treinta y tres pasaportes, treinta y tres presos. Gracias a tu destreza con el máuser el Marsellés ya no necesita el suyo. —El Maestro pegó el último bocado a la rata. Sonrió—. Treinta y tres menos uno, treinta y dos. Queda uno libre.

El exescolta se quedó de piedra. ¿Podía ser cierto? ¿Existía una posibilidad, por remota que fuera, de salir de aquel campo inmundo? No podía ser.

Pues sí. Era.

16

El pico seguía menguando su peso de manera incomprensible. No es que pesara menos, es que era ligero como una pluma. Y partía las piedras como si fueran mantequilla.

Ese día las horas pasaron a la velocidad del rayo, como cuando se enganchaba a una novela de *cowboys* en la librería del señor Matías y, al levantar la vista a la cristalera, la noche había devorado al día.

La jornada esclava se le hizo corta, liviana. Casi se podría decir que la disfrutó. Sí, había media docena de escoltas apuntándole a él y a sus compañeros con sus respectivos fusiles, pero, salvando ese pequeño detalle, el día estaba siendo redondo.

El camino de vuelta se le hizo más llevadero que nunca. Llegaron al pueblo en un santiamén. Al andar por la calle principal deseó que la mujer coja no apareciera para agriarle el día. Qué caray, dado su estado de ánimo, ni que aquella loca le lanzara un ladrillo a la testa le iba a enturbiar el ánimo.

Precisamente estaban saliendo del pueblo cuando la puerta de la casa fea, la de la señora coja, se abrió. Rojo se tensó. Pensó que igual sí, que un ladrillo le podía estropear el día. Y la cabeza. Si quedaba malherido, adiós, fuga. Se parapetó tras las fornidas espaldas de Lincoln para hacerse invisible, pero quien salió de la casa no fue la coja, sino su hija, la niña con ojos de viuda. Se relajó

a medias. Las otras veces que había visto a la cría al poco se le había sumado su madre.

La niña buscaba a alguien con su mirada rota. Él se mantuvo agazapado, por si acaso. No pensaba que lo buscara a él. Lo último que sabía de la cría es que había testificado en su contra asegurando que habían mantenido relaciones sexuales. Era falso, pero no se lo reprochaba. Antes de eso él le mintió, le contó que su padre seguía con vida a sabiendas de que no. Así que la niña tenía sobrados motivos para crucificarlo. Estaba en su derecho.

Tras un rato jugando al escondite, Lincoln se agachó para atarse la bota y la invisibilidad de Rojo se fue al traste. La niña lo vio y corrió hacia él. Tarrida fue a interceptarla, y antes de que llegara al exescolta la agarró por la cintura y la levantó en volandas.

La niña batió sus piernas al aire, como corriendo por una senda invisible. Sus ojos de viuda, clavados en Rojo, se empañaron primero y se poblaron de lágrimas después.

—Mi madre me obligó. Ella le llevó la carta al comandante y él le ofreció comida para un mes a cambio de que contara que lo habíamos hecho. Le dije que no, que fuiste el único que no quiso. Pero me obligó. Yo no quería, no quería…

La voz de la pequeña se fue apagando con la distancia. Tarrida la devolvió a su casa, donde, ya sí, apareció la madre coja. La mujer le cruzó la cara a su hija, que seguía pataleando.

Le partió el labio.

La niña con ojos de viuda hizo ademán de girar la cabeza para despedirse de Rojo, pero su madre la agarró del pelo, y tiró de ella y su labio roto hasta meter a ambos dentro de la casa fea.

El camino del pueblo al campo se le hizo más largo y tedioso que nunca.

Sí. No hubo ladrillo, pero la mujer coja le fastidió el día.

Coyote había subido la oferta por tercera vez. Las sardinas aumentaron de tres a seis, y el chusco de pan se dobló. Rojo, venciendo su falta de asertividad y la persistencia del asturiano, declinó de nuevo el bisnes. No tenía hambre. Podría haberla tenido y lo hubiese rechazado igualmente, pero lo ocurrido con la cría del pueblo le quitó el apetito. Apenas tocó la cena. El Maestro lo agradeció.

Hubiese preferido que la niña con ojos de viuda estuviera enfadada a rabiar. Le había mentido sobre su padre. Le había dicho que estaba vivo a sabiendas de que no era así, solo para que mandara la puñetera carta que acabó condenándolo. Fue, de largo, lo más ruin que había hecho desde que tenía uso de razón. Una vez, ya sanada su tartamudez, se mofó con unos amigotes de la manera de hablar de su amiga Margarita. Solo para conseguir ser uno de ellos. Eso fue ruin, asqueroso, repugnante. Pero lo que le hizo a la niña con ojos de viuda superó con creces a lo de Margarita.

No conseguía pegar ojo.

Notó un cuerpo acercándose al suyo. «Coyote», pensó. Se dio la vuelta dispuesto a desechar la enésima oferta del sodomita, pero no era el asturiano el que se había acercado a su catre. Era Lincoln. El norteamericano era muy corpulento, todo lo contrario que el escuchimizado Coyote. Pensó que si lo que quería el yanqui era sexo, en cualquiera de sus versiones, iba a ser peliagudo rechazarlo.

Pero no era sexo lo que quería. Lincoln le enseñó uno de los picos que tan bien conocía, pero con una particularidad. El mango era muy corto, alguien lo había partido. La madera incrustada en el hierro apenas medía un palmo. Puede que menos.

—¿Pensaste que fugarse sale gratis?

Lo cierto es que Rojo no pensó eso, ni lo contrario.

El túnel no estaba donde le había dicho el Maestro cuando le contó lo de la fuga. En aquel momento Rojo estaba a prueba, y corrían el riesgo de que el exescolta fuera a soplarle al comandante el plan de los presos, con tal de ganarse un trato de favor. Pero eso no ocurrió.

El agujero empezaba bajo el barracón número tres. La cavidad excavada era fría, húmeda, y olía a tierra mojada y raíces. Los presos habían perforado unos nueve metros, calculó Rojo. El ancho era del tamaño de un ataúd, poco más. A cada medio metro, dos tablas de madera prestadas de los camastros hacían de refuerzo para que la estructura no se viniera abajo. En la pared izquierda, más o menos donde estaban los travesaños, habían instalado unos soportes que sujetaban velas.

Trabajaban en turnos de cuatro, durante hora y media más o menos. El primero era el que excavaba con el pico de mango exiguo. Dando golpecitos suaves que surcaban la tierra. Los de atrás formaban una cadena para sacar la arena sobrante y que esta no colapsara el túnel. Se servían de tablas seccionadas que usaban a modo de escoba para ir conduciendo la arena a la boca de entrada. Ahí, un quinto preso la esparcía por debajo del barracón, que afortunadamente estaba elevado sobre pilares de madera de unos

cuarenta centímetros. Una buena idea para salvaguardar el barracón de la humedad, mala para evitar fugas.

Rojo tuvo el honor de manipular el pico, excavando centímetro a centímetro, rumbo a la libertad. Detrás de él, Lincoln le observaba a la vez que barría la tierra sobrante hacia atrás.

—Descansa un poco o te vas a ahogar.

El exescolta obedeció. Lo cierto es que costaba respirar en aquel agujero. Miró hacia atrás por el mínimo espacio que separaba su costado de la pared, y vio a Lincoln prenderse un cigarrillo. No le parecía el mejor lugar para echarse a fumar, pero no iba a ser él quien le dijera al yanqui que lo apagara. El fumador vio cómo Rojo le observaba a dos metros de distancia. Lejos de amilanarse, le ofreció compartir el pitillo.

—¿Quieres?

—No, no. Gracias. No fumo.

«No fumo en espacios diminutos donde el humo nos puede matar a todos», le habría gustado decir a Rojo. Pero había tantas cosas que le hubiese gustado decir en su vida y nunca dijo, que por una más no iba a disgustar al hombre.

Lincoln estaba parlanchín, y cuando un tipo con una espalda del tamaño de un roble quiere hablar, pues se habla y punto.

—¿Qué vas a hacer cuando salgas de este agujero?

—Intentaré dormir un poco. —Idiota. No había terminado la frase cuando se dio cuenta de que no era eso lo que le preguntaba el americano. Rojo titubeó—. Ya. No. No ahora cuando volvamos al barracón. Te refieres a cuando salgamos del campo. Ya. Perdona. Pensaba que… Bueno. ¿Que qué haré…?

El exescolta intentaba pensar, pero su cabeza no funcionaba a pleno rendimiento. Aquel gigantón de acento extraño le intimidaba. Intentó retomar la conversación esforzándose en parecer lo menos imbécil posible.

—Pues la verdad es que no lo he pensado. Ayer me enteré de que me voy a fugar con vosotros. No contaba con eso, la verdad. No… No tengo… un plan.

—Yo voy a asaltar un banco.

Bien. Pues él sí tenía un plan. Rojo pensó qué contestar. La cabeza le iba lenta.

—Vaya… ¿Uno en particular o… como concepto?

El premio al imbécil del año estaba cada vez más cerca. Lincoln arqueó los ojos mientras aspiraba su cigarrillo.

—No entiendo.

—Ni yo, ni yo —musitó Rojo varado en el absurdo.

Lincoln dio por finiquitado su cigarrillo.

—Me vendría bien un buen tirador como tú. Para esperar fuera del banco, con un rifle, y si las cosas se ponen feas, cubrirme las espaldas.

¿Él, un buen tirador? No le dio tiempo a interpelar a su compañero.

—Metiste tu bala entre los ojos del Marsellés. Eso no lo hace cualquiera. Tienes un don.

A Rojo le daba vueltas la cabeza. ¿Un don? Un don para la mecanografía, para la estadística, para el orden… pero ¿un don para disparar? Aquel yanqui andaba muy desorientado. Totalmente desorientado.

—Necesitaremos dinero ahí fuera. Solo con la documentación falsa no llegaremos lejos. Venga, 80/20. Yo hago el trabajo peligroso. Tú solo esperas.

Rojo se debatía entre aceptar la sorprendente oferta o rechazarla. Por una parte, era cierto que fuera del campo iba a necesitar dinero. Pero, por otra, no quería engañar a aquel pobre hombre. Aceptar el veinte por ciento de las ganancias a cambio de su puntería inexistente era una estafa en toda regla.

—¿Qué me dices, Rojo? —insistió el americano.

El exescolta no sabía muy bien qué contestar. No tenía ningún plan para cuando estuviese al otro lado de la alambrada, y le estaban ofreciendo uno. Aunque sonara a locura, especialmente si su éxito dependía de su pericia con el rifle.

Pero sí. Qué caray. Iba a aceptar.

El derrumbe sobre su cabeza de decenas de metros cúbicos de tierra evitó que Rojo cerrara el trato.

Sus ojos se abrieron. De nuevo dudó de si estaba vivo o muerto. Esa incertidumbre se le estaba haciendo ya demasiado familiar. Sus ojos enfocaron el mundo y vio que estaba en la enfermería. Ahí había visto tanto a vivos como a muertos, así que aún no podía tener la absoluta certeza de pertenecer al primer grupo.

—Rojo, Rojo, Rojo…

Vale, aunque el tercer Rojo sobraba, que le interpelaran de esa manera solo podía significar una cosa: estaba vivo.

Era de noche. No sabía si la misma en que se había producido el derrumbe del túnel u otra. La cabeza del padre Esteban apareció en

su campo de visión.

—No sabes la alegría que me da verte de vuelta en el reino de los vivos…

Esteban se prendió un cigarrillo. Tenía la mirada del que se sabe con cartas ganadoras.

—¿Cuánto dinero tienes, Rojo? Tú y los demás. ¿Cuánto me ofrecéis?

El exescolta no entendía ni una palabra de lo que decía el cura médico. A Esteban le dio por pasear por la enfermería que solo ocupaban su paciente y él.

—Tus compañeros hicieron un buen trabajo. Se esmeraron en cambiarte de ropa, limpiarte cara, pelo y uñas… Les llevaría su tiempo. Podrías haber muerto, pero no podían correr riesgos. No se lo reproches. Te dejaron limpio como una patena. Bueno, casi. Porque hubo algo que no pudieron limpiar: tus pulmones.

A Rojo no le gustaba el cariz que estaba tomando el soliloquio del matasanos. En absoluto.

—Llevas treinta y seis horas expectorando tierra. Y eso solo puede ser por dos motivos. Que el túnel que estáis excavando se te viniera encima, o que el túnel que estáis excavando se te viniera encima.

Rojo buscó la cara de póquer que había utilizado cuando el Maestro se jugó el órdago en el barracón número tres, pero no la encontró por ninguna parte.

El padre Esteban se rio.

—Si pensáis fugaros tenéis que tener dinero. Solo un idiota se fugaría sin pasta. —La bata blanca y su inquilino se acercaron al paciente—. Esto es muy sencillo, Rojo. Si me dais el dinero… Todo el puto dinero que tenéis, me callo como un perro. Menos presos,

menos trabajo para mí. Si no me lo dais, voy a contarle la película al comandante Ramos, que me gratificará dejándome acostar con alguna de sus concubinas. Gano o gano. ¿Qué me cuentas?

—Eh… Ah. —Rojo estaba atribulado—. No. No sé nada de ningún túnel.

Esteban sonrió. Chascó la lengua y puso rumbo a la puerta. Rojo tenía que pensar más rápido de lo que era capaz. Calculó que solo podía hacer una cosa. Recular.

—No tenemos dinero.

El cura médico se detuvo. Miró al exescolta y se fue acercando a él mientras este le contaba sus penas.

—De verdad que no tenemos ni un céntimo. De hecho, íbamos a asaltar un banco. —El matiz se lo podía haber ahorrado, pero sus palabras brincaban de su boca sin criterio ni sentido—. Yo solo como vigilante, la parte fácil. Con un rifle, aunque no sé cuál. Apuntando y ya.

No fue su mejor argumento. Ni de lejos. Rojo tosió un poco; en efecto, unas motas de tierra tiñeron la comisura de su labio. Minúsculas piedrecitas. Sabían a sal. A mineral. La cabeza le funcionaba demasiado rápido. Todo se iba a la mierda. Por su culpa la fuga iba a fracasar, y él y sus treinta y dos compañeros de barracón pagarían las consecuencias. Especialmente ellos, que llevaban meses orquestando la huida, pagarían el pato por su culpa.

Esteban no hizo más que certificar el mal presagio del exescolta.

—Lo siento, Rojo. Te veo en el pelotón de fusilamiento. Ha sido un placer.

El padre médico apagó el cigarrillo. Agarró su casaca dispuesto a salir del botiquín.

Sin pensar, algo poco habitual en él, Rojo saltó de la camilla y agarró un bisturí cuyo filo no vivía su mejor momento.

El tiempo se gripó y el espacio dejó de obedecer a las leyes de la física.

Cuando Esteban agarró el pomo de la puerta con intención de abrirla, Rojo volaba rumbo a él. Aterrizó sobre el cura médico y le clavó el bisturí en la carótida.

Era la tercera vez que veía morir a un ser humano en poco más de una semana.

Dos de ellas, con su firma.

17

La nieve se amontonaba a los pies de la alambrada, especialmente en el cuadrante sur. La tramontana empujaba los copos hacia allí de manera pertinaz, formando pequeñas dunas de cerca de un metro de altura. Eso hacía que la valla, en ese sector, pareciera menos infranqueable. Hasta que uno fijaba la vista en los extremos afilados de las púas bañadas en óxido. Entonces, dejaba de parecerlo.

Las partículas de nieve formaban una masa compacta y cada vez más helada. Hacía cuarenta y ocho horas que no nevaba, pero el frío no había remitido. Eso redobló el esfuerzo que tuvo que hacer Rojo para sepultar allí el cadáver del doctor Esteban.

No tenía muchas opciones. Sopesó varias, pero las descartó todas menos esa. Con el tiempo que hacía pensó que el hielo tardaría en fundirse; y que, cuando eso ocurriera, él ya no estaría en el campo de concentración. O, en caso de fracasar, ya habría rendido cuentas ante el pelotón de fusilamiento.

Lo complicado no había sido arrastrar al difunto hasta allí y borrar su rastro en la nieve. Ni hacerlo sin que nadie le viera. Lo difícil fue evitar que el reguero de sangre hiciera evidente el homicidio. La carótida del finado doctor cura parecía un grifo abierto. ¿Cuánta sangre podía albergar el cuerpo de un matasanos?

Estaba pisoteando el hielo para que nada delatara que el cuerpo reposaba debajo de él cuando una voz conocida le sobresaltó desbocando los latidos de su asustadizo corazón.

—¡Rojo!

El nombrado se dio la vuelta. Que no sea un guarda, que no sea un guarda, que no sea un guarda… Lo era. El soldado Tarrida se acercaba a él empuñando su máuser como quien empuña una escoba.

—¿Qué cojones haces aquí?

Era mentir o mentir.

—No quería esperar a la cola de la letrina.

Tarrida arqueó las cejas dibujando una expresión de asco.

—¿Caca?

—Pis.

Las heces habrían dejado un rastro imborrable sobre la nieve. Rojo se sintió orgulloso de su agilidad mental.

Tarrida se acercó a Rojo todo lo que pudo. El exescolta miró con preocupación la bota izquierda del soldado, estaba muy cerca del tobillo del cadáver. Solo unos quince centímetros por encima, puede que diez.

Rojo decidió echar mano de sus dotes interpretativas, recién descubiertas, y se alejó del cadáver con paso decidido aparentando normalidad.

—¿Dónde crees que vas?

Mala cosa. Rojo no tuvo más remedio que interrumpir su marcha y atender a la pregunta.

—Aún no he desayunado.

—Pues igual no desayunas —replicó Tarrida con chulería—. ¿No te acuerdas de lo que te dije? O me enseñas a cargar la película en el proyector o te quedas sin rancho tres días.

El rancho era lo de menos para Rojo en ese momento. Lo que de verdad le importaba era alejar al escolta del cuerpo congelado del doctor. Cuanto más lejos, mejor.

—Luego te enseño.

El segundo intento de alejarse fue tan infructuoso y breve como el primero.

—Ni lo sueñes. Ahora.

Para sorpresa de Rojo, Tarrida volteó su fusil y, con el extremo del cañón dibujó, sobre la nieve que cubría al cura médico, la silueta del proyector de cine. De manera, por cierto, bastante fiel a la realidad. El soldado había hecho los deberes y los estaba plasmando a escasos centímetros del cadáver. A cada línea que el cañón dibujaba en el hielo a Rojo se le erizaban las pestañas. Y eso, con el frío que hacía, no era tarea fácil.

—En esta cosa pusiste la bobina llena, y en esta otra, la vacía. Me quedé con la copla de lo de la ventanilla y el ganchito este. Pero lo de este lío de aquí. Lo del ocho, ni idea.

—El bucle.

—Es un ocho, cojones.

—No lo es, pero si quieres que lo sea, pues lo es.

Rojo temió haber hablado con demasiada confianza con quien un día fue su casi amigo. A Tarrida no pareció importarle el trato familiar. Al contrario. En un alarde de familiaridad, confianza o imprudencia, o las tres cosas a la vez, el soldado le tendió el fusil a

Rojo para que este dibujara en la nieve el trazado que debía seguir el celuloide en la máquina.

Rojo, dubitativo, agarró el fusil. Temió que alguno de sus viejos compañeros asomara la cabeza y, al verlo con el arma junto a Tarrida, le volara los sesos sin preguntar. Para evitar el posible malentendido, de resultados funestos para su integridad, se apresuró a dibujar el recorrido que la película debía realizar en las entrañas del cinematógrafo.

Al trazar la curva inferior del bucle sintió cierta resistencia al rasgar la nieve con el cañón. Por ahí andaba la cabeza del padre Esteban.

Esperaba no haberlo lastimado.

Era el momento de reponer fuerzas. Rojo llegó a por su desayuno cuando los compañeros de Intendencia ya estaban recogiendo el chiringuito. Un par de minutos más tarde y se hubiera quedado en ayunas. Hubiese sido un desastre, tenía un hambre desmedida. Sus compañeros de barracón se sorprendieron al verlo ya recuperado. Se interesaron por él de manera franca. Eso le hizo sentirse bien, parte del grupo. Le gustó. Le contaron que el túnel apenas había sufrido daños. Después de retirar la tierra que había caído y reforzar el apuntalamiento con más listones de madera, la noche siguiente habían podido retomar el trabajo con total normalidad.

Sonó el silbato del alférez.

Estaban cruzando el portón rumbo al trabajo forzoso cuando, a sus espaldas, se formó un gran revuelo en el patio. Varios presos corrían, buscaban e intercambiaban consignas. A Rojo le dio una

punzada el corazón: el padre Esteban, temió. Ya era una hora más que razonable para que alguien le echara en falta. El comandante Ramos, sin la botella de coñac en la mano, pero con su andar titubeante de las mañanas en que no había dormido, hacía aspavientos y gruñía palabras ininteligibles. Le pareció escuchar el vocablo «desertor» mientras azuzaba a cuatro escoltas para que salieran corriendo del campo en busca de, supuso, el hombre al que él había matado.

Se sintió culpable por no sentirse culpable. Le había arrebatado la vida a un ser humano. Otra vez. Y el remordimiento por este asesinato estaba a años luz del que sintió después de apretar el gatillo y volarle la cabeza al Marsellés. Le resultaba incomprensible.

Además, el cura médico no le parecía mal tipo. Aquella mezcla inverosímil de religioso y científico, de clérigo malhablado y médico hastiado, le agradaba. Le desconcertaba, pero también le divertía. Tanto en su corta etapa de escolta como en la también corta de esclavo, siempre se había portado bien con él. Bueno, hasta que le chantajeó pidiéndole dinero si no quería acabar en el paredón. Eso fue feo, la verdad. ¿Sería ese el motivo por el que le importaba un carajo haberlo acuchillado como a un gorrino? ¿Y si el cura doctor era chusma, y lo que había hecho Rojo era hacerle un favor al mundo?

Tardaría un tiempo en descubrir que sí. Le había hecho un gran favor al mundo.

La jornada de trabajo esclavo le pasó de nuevo a toda velocidad. Y eso que, al contrario de la última vez que había empuñado el pico,

en esta ocasión le pareció que pesaba lo que tenía que pesar. Eso, sumado a que venía de pasar día y medio inconsciente a causa del derrumbamiento del túnel, más el hecho de haber matado y enterrado a un semejante, hizo que terminara exhausto. Pero, aun así, el tiempo voló.

—En dos días nos largamos, muchacho —le espetó el Maestro en el camino de vuelta.

A Rojo le temblaron las piernas, pero se esforzó para que nadie lo percibiera. No quería mostrar ningún signo de debilidad ante sus compañeros de fuga, no fuera que pensaran que podría ser mala idea llevarlo con ellos.

Dos días. Cuarenta y ocho horas. Dos mil ochocientos ochenta minutos. Ciento setenta y dos mil ochocientos segundos. Podía seguir calculando décimas, milésimas, pero limitarse a añadir ceros le resultaba poco estimulante. Y no le apetecía. Solo podía pensar que al siguiente del siguiente amanecer, él estaría fuera del campo.

Rojo estuvo tentado de contarles a sus compañeros su pequeño desencuentro con el padre Esteban, y advertirles de que si a alguno le daba por hacer un muñeco de nieve y ponerle el bigote del Caudillo, lo hiciera lejos de la alambrada sur. Pero al final optó por ocultar el incidente. No quería que nada pudiera alterar el plan de abandonar aquel lugar infecto en cuarenta y ocho horas.

La comitiva se acercaba a la salida del pueblo. Rojo pasó junto a la casa fea como siempre lo hacía, mirándola de reojo y en estado de alerta. Teniendo en cuenta que el día siguiente era domingo o, lo que es lo mismo, día de descanso, esa era la última vez que iba a pasar por delante de aquella choza. No vio a la niña con ojos de viuda, ni a la mujer coja que lanzaba piedras con mira telescópica.

Le vino a la cabeza la imagen de la cría desollando el perro de una sola oreja con la misma naturalidad con la que un niño quita el envoltorio a un caramelo. Mientras recordaba la sangría, el soldado Atienza se le acercó, atento a que sus compañeros no le vieran hablar con el apestado.

—Gracias —balbuceó el soldado.

El exescolta miró a Atienza incapaz de adivinar qué le estaba agradeciendo.

—Nos ha contado Tarrida que le has enseñado a cargar la película cochina en la máquina de cine.

—Ah, sí.

Con Atienza no había intercambiado una sola palabra desde que permutó el disfraz de escolta por el de esclavo. El soldado no parecía muy cómodo. Se había acercado a Rojo por un impulso redentor, probablemente empujado por su enfermiza fe cristiana. Siguieron caminando juntos varias decenas de pasos, con una conversación titubeante, impostada, artificial.

—Que sentí mucho lo tuyo… —deslizó Atienza escondiendo la mirada—. Que sí, que sé que en la paliza que te dimos, así en manada, algún que otro puntapié te solté… Pero no sé si te diste cuenta de que eran como… puntapiés desganados. No quería que los demás creyeran que era marica o, peor, rojo. Apenas te rocé. Igual no te acuerdas porque estabas en un charco de sangre con un ojo mirando a Zaragoza y el otro a Teruel. Pero te aseguro que es verdad. Palabrita del niño Jesús.

Era uno de aquellos momentos, habituales en la biografía de Rojo, en que no tenía ni la más remota idea de cómo replicar a su interlocutor. Y eso solía ser sinónimo de desastre.

El preso se tomó su tiempo, y el resultado fue digno de enmarcar.

—Eres buena gente, Atienza. Si me fusilan, me gustaría que lo hicieras tú.

Siempre le pasaba. No le cogía por sorpresa. Lo que no era tan habitual es que a una respuesta absurda de Rojo le siguiera una réplica aún más absurda. Como si su interpelado se aventurara a subir la apuesta.

—Para mí sería un honor fusilarte.

Atienza, emocionado por la petición de Rojo, no se quedó corto con su réplica.

—No. El honor sería mío.

El espectáculo no había hecho más que empezar. Ahora era el soldado el que buscaba reconducir la conversación. Lo hizo a la manera Atienza.

—¿Prefieres algún sitio concreto?

—Para… ¿qué? —Rojo no sabía de qué hablaba Atienza.

—Para lo de… matarte. —Rojo entendió, pero el escolta se sintió obligado a explicarse—. No tengo una gran puntería, pero tengo mis momentos. Puedo practicar por si se da la ocasión. Que Dios no lo quiera. Pero yo practico por si se da… ¿Prefieres que dispare en algún sitio?

Rojo nunca había pensado en eso. Deliberó unos segundos.

—No sé. Igual en la cabeza. Dicen que es más rápido.

—Ya… Pero deforma. Cuando tus padres te vean va a ser un disgusto. —Atienza tuvo de nuevo la necesidad de explicarse—. Uno añadido, me refiero. Al disgusto de tu muerte, el de tu rostro desfigurado.

—No te preocupes por eso. Mis padres están muertos. Los dos.

—Ah, vale. Eso lo simplifica todo.

—Sí.

—Entonces, rostro. ¿No?

—Sí. Rostro. Muchas gracias.

—No hay de qué.

Atienza aminoró el paso para alejarse de Rojo y así zanjar la conversación más rara que había tenido en su vida.

Para Rojo fue una conversación más.

Había oscurecido. La del barracón tres iba a ser una noche larga. Si todo salía como esperaban, esa era su penúltima pernocta en las colonias penitenciarias de San Martín del Río Cuervo. La inminencia de la fuga se percibía en cada mirada, en cada gesto, en cada suspiro. Todo era emoción. Nervios. Ilusión. El esfuerzo había sido titánico. El físico y el mental. Excavar un túnel por la noche después de doce horas picando tierra fue extenuante. Pero lo más peliagudo fue ocultar a los compañeros de los demás barracones el plan al que estaban dando forma. Así lo habían votado democráticamente. Y si estaban en aquel campo rodeados de alambradas era justo por eso, por defender su derecho legítimo a tomar decisiones democráticas. Derecho que el bando nacional, el ejército golpista, les arrebató por la fuerza.

En el cuarto de Intendencia, Tarrida, iluminado con una linterna que sujetaba el alférez Cuenca, seguía escrupulosamente las instrucciones de Rojo para armar el celuloide en el proyector de cine. Además de los dos soldados y Atienza, esa noche habían sido convidados tres escoltas más.

El Maestro entró en el barracón y se hizo el silencio. Envueltos en un saco, llevaba los treinta y tres pasaportes. Cuando los sacó a la luz, a muchos se les hizo la boca agua. No era para menos. Esos treinta y tres pasaportes eran más valiosos que treinta y tres lingotes de oro. Miles de veces más valiosos.

Tarrida apresó el celuloide con la portezuela de la ventanilla y engarfió la perforación inmediatamente superior, dejando la inferior libre para el contragarfio. Era la parte fácil.

Ventura fue el encargado de nombrar a los legítimos propietarios de cada uno de los pasaportes y Camilo los repartía. Los presos, uno a uno, se hinchaban al contacto con el documento falsificado. Aquellos pasaportes olían a libertad.

Rojo tenía razón, pensó Tarrida. No era un ocho, era un bucle. Y no era fácil hacer pasar la película por él. Lo más importante era evitar que el film tuviera demasiada tensión. Si no dejaba la holgura suficiente al celuloide para que este bailara, se partiría. Y adiós a la tía Encarna.

Aguilar, Claret, Gol, Zamora, Nebot, Cordón, Bazoco, Homar, Espada… Uno a uno, los afortunados recogían su trofeo de papel de manos de Camilo. Todos tenían asignado un nombre falso. Y todos sabían cuál era su *alter ego*. Llevaban meses tramando sus vidas de postín por si les interrogaban en un control. Camilo era panadero en Peñíscola, estaba casado y tenía tres hijos; Ventura, mecánico en Huesca, viudo, con dos retoños; Lincoln, estibador en Barcelona, soltero y sin compromiso; el Maestro, enterrador en Oviedo, casado en segundas nupcias, siete nietos.

Las luces de la sala de Intendencia se apagaron. Tarrida arrancó el proyector. El ruido atronador puso a prueba los tímpanos de los

presentes. La tía Encarna no había envejecido un ápice desde la última vez. Seguía tan bella y lozana como siempre.

Quedaban pocos pasaportes por entregar. El de Rojo entre ellos; iba a ser el único que debería lidiar con una fotografía que no era la suya, sino del Marsellés. Y sí, uno se parecía al otro como un huevo a una castaña, pero era lo que había. Los últimos documentos llegaron a sus propietarios. Varios esclavos, pasaporte en mano, lloraron. Uno de los más emocionados fue Coyote, que por unos instantes aparcó su desmesurada obstinación en hacer felaciones indiscriminadas.

La película avanzaba. Las manos de los soldados jugueteaban en sus entrepiernas. En la pared de cal, el tercer hombre ya había sido invitado a la fiesta del clon de la tía de Atienza. Estaba calentando motores cuando algo ocurrió. El rugido del proyector se acalló de repente tras un sonido mecánico hueco, parecido al que hace un arma de fuego al encasquillarse. La imagen de la tía Encarna se congeló en la pared cuando estaba sacándose el pene número uno de la boca con la intención de acoger en ella al pene número dos.

La imagen inerte de la pantalla se deshizo lentamente, como la cera, y una luz blanca los cegó. Ni Tarrida ni sus invitados tenían idea de qué demonios estaba ocurriendo. Tardaron en averiguarlo lo que la primera llama en aparecer.

Los presos se afanaban, cada uno, en guardar su codiciado pasaporte en un lugar seguro durante las pocas horas que les quedaban de presidio. El objetivo era sencillo: resguardar el documento de la humedad y de los escoltas. No había más secreto.

Rojo ya estaba acurrucado en su catre, abrazado al pasaporte que debía ser para el hombre al que metió una bala en la sesera. Se

acordó de él. De cuando el Marsellés le atacó, cuando le pidió que le ayudara a morir, y también cuando Inés se dio cuenta de que el cinturón con el que había intentado ahorcarse era de Rojo.

Inés. No la había visto desde el día que fue al botiquín a preguntar por su orina negra al malogrado cura doctor. ¿Habría oído la traductora lo del pis oscuro? Qué vergüenza, esperaba que no. Pensó que le agradaría despedirse de ella. Verla por última vez antes de convertirse en fugitivo. Al día siguiente se oficiaría la misa dominical. Esperaba verla ahí. O no, porque que para decir misa se necesita un cura, y el párroco del campo no estaba en condiciones de pregonar la palabra de Dios. Ni mañana ni ningún otro día. Pero, bueno, confiaba en que el devoto comandante Ramos se hubiera procurado un cura sustituto y así poder ver a Inés durante el oficio. Sí. Seguro que iba a verla ahí.

Sonó la corneta. Rojo abrió los ojos, confuso. Era casi medianoche, y a medianoche no suena la corneta. No es hora de formar, ni de levantarse ni de meterse en los barracones. ¿Por qué sonaba ese insufrible petardeo?

Un preso del barracón cinco, de los que habían mandado a Rojo a dormir sobre el hielo, asomó la cabeza tras la puerta.

Fue parco, pero preciso.

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fueeeeeeeego!

18

Pensó en las vacas. Su padre había tenido algunas. No muchas. Entre seis y ocho, según el año. El toro se lo prestaba su primo Braulio. Una semana de alquiler gratuito le bastaba para preñar a toda la manada. El animal no se andaba con remilgos. Cuando se le despertaba el apetito sexual elegía a una vaca cualquiera, normalmente la que estaba más cerca de él. Además de ser un poco vago, tenía que reservar fuerzas para la cópula. Ya no era un toro joven y vigoroso. Sometía a la elegida gracias a su corpulencia. Algunos hablaban de bravura. No era por bravura que poseía a las vacas, les apeteciera a ellas o no, que casi siempre era no. Era por la diferencia de peso y de tamaño. Un combate descompensado, perdido de antemano por las hembras desde tiempos inmemoriales.

Cuando llegaba la primavera, las vacas parían, y lo habitual era que una o dos de ellas no superaran el parto. Selección natural. Los terneros de las vacas fallecidas a veces vivían, a veces no. Lo más complicado era cuando venían de culo. Inés tuvo que aprender a hacer la maniobra de ensanchar el canal y agarrar al neonato de la cadera para empujarlo hacia la vida.

El momento más desgarrador era cuando separaban las madres de los terneros. Para siempre. Las que más sufrían eran las vacas primerizas que estrenaban maternidad. Los ganaderos aseguraban

que las reses no sentían nada. Ni pena, ni alegría ni tonterías de esas. Mentira. Ella veía cómo a las vacas se les enturbiaba la mirada después de que sus retoños desaparecieran de la noche a la mañana. La ausencia incomprensible hacía que vagaran como almas en pena por los pastos sin probar bocado. A veces, durante semanas. ¿Cómo no iban a sufrir la pérdida? Eran sus hijos.

Inés terminó de asearse. No tenía motivos para hacerlo, pero pensó que mantener ciertas rutinas la ayudaría a soportar lo que le venía por delante. Era su segundo día engrilletada, amarrada a aquella pared de piedra y cal. Lo peor seguía siendo el ruido que provocaba la serpiente de argollas al reptar por el piso. Se veía a sí misma como una de las vacas de su padre a las que obligaban a copular y estaban predestinadas a que les arrebataran sus crías. El sonido de la cadena redondeaba el símil con las reses de su infancia. Ellas llevaban un cencerro que a cada paso les recordaba su funesto destino, y ella, un grillete que cumplía la misma función.

Un vaso de leche, pan blanco, tortilla de huevo y una manzana. Era un desayuno de marquesa. La leche sin aguar era un lujo al alcance de pocos. El pan blanco no lo había visto desde la segunda semana de guerra. Había olvidado el sabor del huevo en la tortilla, le parecía increíble haberse acostumbrado a su sucedáneo. Y cuando mordió la manzana, casi se le caen las lágrimas.

No todo eran desgracias en el día a día de una esclava sexual reconvertida en gestante forzosa.

Estaba claro que a la esposa del comandante Ramos se le había puesto entre ceja y ceja robar un hijo sano y gordo. Aunque el bebé

la reventara cuando asomara la cabeza. Eso le traía sin cuidado a la señora. Para ella Inés no era más que un horno de cocción lenta, cuya llama había que alimentar con mimo y dedicación.

El soldado de guardia retiró los restos del desayuno. Al salir haciendo equilibrios con los platos despachados, se cruzó con el doctor Esteban, que entró en la habitación acompañado de su inseparable cigarrillo y de la señora Ramos. Inés no atinó a mostrar ni ira ni desprecio hacia el tipo que la delató, ni hacia la mujer que la tenía atada como un perro. Tampoco iba a conseguir nada al hacerlo.

La mujer del comandante, enrocada en su crueldad, ni pestañeó al cruzar la mirada con su convicta. Sin embargo, Inés habría apostado a que al cura médico le impresionó verla en aquellas circunstancias. Constatar las consecuencias de su traición: una chica de veinte años encadenada y condenada a parir un hijo que le sería arrebatado.

Si realmente la estampa había azorado a aquella rata con alzacuellos y bata blanca, nunca lo supo.

Un solo gesto de la señora Ramos sirvió para que Esteban recordara que no estaba allí de visita. Se acercó a la traductora y le pidió que se desvistiera. Inés obedeció ante la atenta mirada de su carcelera. La esposa del violador tuvo que esforzarse para disimular la turbación que le provocó ver el cuerpo desnudo que tantas veces había poseído su marido.

Tras un rápido chequeo, el médico le pidió que se vistiera. No estaba cómodo. Era evidente que no quería estar ahí. La vista se le iba una y otra vez al grillete que aprisionaba el pie izquierdo de la muchacha.

Puede que fuera por una prescripción facultativa fundada en hechos médicos, o que al doctor cura le carcomió la culpa y quiso compensar el dolor infligido. Fuera como fuese, el tratamiento del que Esteban hizo partícipe a la mujer del comandante a Inés le sonó a música celestial.

—Necesita caminar.

El primer paseo lo dio esa misma mañana. Los presos ya se habían ido al pantano y tenía todo el campo para ella. Bajo la atenta mirada del padre Esteban, Inés dio ocho vueltas al perímetro que marcaba la alambrada. A la cuarta ya no podía con su alma, pero prefería el suplicio de andar sobre el manto de nieve a regresar a su celda. Las piernas se hundían en el hielo amorfo hasta media pantorrilla, y el frío era un bálsamo para la rozadura que el hierro captor le había provocado en su tobillo izquierdo. Era una sensación de alivio que compensaba el cansancio. Los escoltas que guardaban el campo fueron puestos en alerta para que no perdieran de vista a la traductora y que bajo ningún concepto permitieran a la muchacha cruzar el portón. Por muy desconcertante que fuera la orden, al fin y al cabo Inés era de los suyos, ninguno la cuestionó. Estaban programados para no hacerlo.

En la séptima vuelta, caminando junto al botiquín, se acordó de Rojo y de su mirada a condena. La que ella detectó la primera vez que hablaron en el pasillo, cerca de la puerta del despacho del comandante.

La mañana anterior coincidió brevemente con el exescolta en el dispensario médico. ¿Tendría alguna enfermedad? Seguro que no.

Con aquel frío era raro el preso que no tenía pies y manos infestados de sabañones. Tenía que ser por eso. Por un sabañón que le quemaba la piel. Puede que dos.

—¡Eh! ¡Tú!

Inés se dio por aludida. Se giró y vio a una chica más joven que ella, de corta estatura, que se acercaba con toda la determinación que la nieve le permitía. Que no era mucha.

La traductora no tardó en reconocer a la muchacha. Era Federica, la hija del comandante Ramos. La hija de su violador. Y hermana del aspirante a bebé que Inés llevaba en sus entrañas. Llegó a donde ella había detenido la marcha. La cautiva estaba demasiado cansada para activar el estado de alerta. Si lo que quería aquella chica era insultarla, escupirla o abofetearla, solo deseaba que lo hiciera lo antes posible.

Federica miró fijamente a Inés. A los ojos. La diferencia de altura entre ambas era grotesca. La primogénita de los Ramos apenas superaba el metro y medio de estatura. Si hubiese pretendido resultar intimidante, no lo habría conseguido. Igual con un fusil o un cañón, pero no llevaba ninguna de las dos cosas. Desde abajo formuló la pregunta retórica.

—¿Es verdad?

Ambas conocían la respuesta, pero a Inés le pareció poco cortés no contestar. Asintió. Su interlocutora rumió un instante. Inés descontaba los segundos: lo que tenga que pasar, que pase ya, por favor. Ya.

La mano de Federica se acercó al vientre que albergaba lo que algún día podría ser su hermano. Inés no lo vio venir.

—No se nota nada.

No tenía respuesta para esa observación y no contestó.

—¿Seguro que está ahí?

Por desgracia sí, le habría gustado contestar a Inés. Pero no lo hizo.

—El doctor dice que sí.

—¿Y tú le crees? A mí ese hombre me parece un mamarracho. ¿Quién es cura y médico a la vez? Nadie. O sí, un mamarracho.

Inés tampoco tenía respuesta para eso. Se limitó a encogerse de hombros.

—¿Te gusta mi padre?

La conversación tenía una pinta nefasta. ¿Por qué no regresó a su calabozo y a su grillete después de la cuarta vuelta? Se habría ahorrado ese maldito trago.

—¿Te gusta? Sois como… ¿novios o así?

Se tuvo que morder la lengua. Quiso contarle todas y cada una de las vejaciones a las que la había sometido su padre. Obligarla a recoger la eyaculación en su boca, a permitir que la penetrara por el ano, a vestirse con ropa de cuando Federica era pequeña. Pero no lo hizo.

—No sé qué somos. Si es que somos algo —contestó de la manera más neutra de la que fue capaz.

Federica tenía la mirada viva. Sus ojos rezumaban inteligencia. Había sido y era una malcriada, una egoísta, pero es que nadie le enseñó a ser otra cosa. Pero no era tonta.

—¿Tiene nombre?

A cada pregunta de la cría, la perplejidad de Inés crecía exponencialmente. En esta ocasión se limitó a negar con un leve movimiento de cuello.

—No le pongas Justo. Era el nombre de mi novio. ¿Te enteraste de que lo mataron hace unos días?

Esa chica era una mina de oro. Su capacidad de sorprender no tenía fin. No dio tiempo a que Inés contestara.

—Era un poco lerdo y besaba como un baboso, pero su familia tenía dinero y para mis padres era muy importante que nos casáramos. Él decía que estaba loco por mí, pero solo quería tocarme las tetas. Justo no es un buen nombre. Es un nombre de idiota. Y no quiero que mi hermano tenga un nombre de idiota.

Federica apartó la mano que mantuvo pegada al vientre de Inés durante toda la delirante conversación, y se marchó caminando con la torpeza y poca dignidad a la que obligaba la nieve.

Inés sabía que ella no iba a seleccionar el nombre del bebé, pero apoyaba el veto al nombre de Justo. No conocía a nadie que se llamara así.

Por algo sería.

Era el cuarto desayuno en su jaula de cristal. Cuatro días desayunando, almorzando, merendando y cenando como si la guerra no hubiese existido. Ni ella ni sus consecuencias.

Engordó. Le parecía increíble que se pudiese engordar en media semana, pero así fue. Lo notó en la cintura, el culo y las caderas. Afortunadamente, en el tobillo no, no sabía si en Intendencia habría grilletes de distintas medidas. Recuperó fuerzas gracias a la buena, y a veces excesiva, alimentación. La cadena que arrastraba día y noche le parecía más liviana por momentos. Y en su último paseo había sido capaz de recorrer los ocho perímetros del campo sin que

el cansancio asomara la cabeza. Y eso que la nieve estaba cada vez más helada, lo que dificultaba el paso.

Pegó el último bocado a la manzana cuando la puerta se abrió. Era el soldado Atienza, el encargado de sacar a pasear a la convicta esa mañana. Qué sincronización, pensó Inés mientras dejaba el corazón de la fruta en la bandeja.

—Buenos días —musitó Atienza, contrariado al ver en aquellas circunstancias a la compañera con la que había leído la correspondencia de los presos docenas de veces.

—Buenos días —contestó ella levantando la caída de su vestido para que el grillete quedara expuesto, y Atienza pudiese introducir la llave.

El escolta devoto sacó el manojo de llaves y buscó la indicada. Era la primera vez que se enfrentaba a aquel grillete. Le habían dicho que era la llave oxidada, la que tenía dos dientes y la cabeza ennegrecida. No la encontraba. Probó con alguna parecida a sabiendas de que sus posibilidades de éxito eran escasas, o nulas.

—Esa no es —se atrevió a decir Inés, no como reproche, sino para ayudar al escolta, al que veía atribulado.

Atienza sabía que no era. Le habían dicho cómo era la llave y la había visto cuando tomó el manojo. Estaba segurísimo de que estaba allí, ¿cómo había podido desaparecer? Había pasado por la letrina, ¿podía habérsele caído ahí?

—Es más oscura.

A Inés también le incomodaba la situación. El soldado arrodillado frente a ella como si fuera un novio a punto de desenfundar un anillo de compromiso.

Atienza sabía que la llave había desaparecido, pero estaba en una absurda huida hacia delante, y hasta que no testara todas y cada una de las llaves, no iba a declarar su rendición.

Tras probar con la última llave, Atienza levantó la cabeza con tan mala fortuna que, desde su perspectiva, vio las bragas de la extraductora.

Se ruborizó, y lo peor no fue que ella percibiera su rubor, sino que advirtió lo que lo motivó. Como un acto reflejo, se bajó la falda.

Atienza no fue capaz de articular palabra ni disculpa algunas. Salió corriendo olvidando el manojo de llaves en el suelo.

A ver cómo se lo iba a contar a su confesor.

Tenía un punto cómico, pero solo uno. Sobre todo porque, si la llave extraviada no aparecía, la solución pasaba por amputarle el pie izquierdo. Y su pie izquierdo era, por sorprendente que parezca, una de las partes que más le agradaban de su cuerpo. Más que el derecho, que tenía un pequeño juanete, aunque tampoco era un mal pie.

Inés jamás se consideró una mujer guapa. A pesar de que lo era. Exuberante no, pero guapa sí. Poseía una belleza sosegada, discreta, pero también enigmática. Una belleza de tranvía, de cola de la panadería, de sala de espera. Inés y su belleza no eran dos, eran una. No se podían disociar. Hablar de la belleza de Inés era hablar de Inés. Ella era su belleza y su belleza era ella. Una belleza que no hacía que los hombres la piropeasen y se dieran la vuelta al verla pasar, en aquellos tiempos en que los hombres piropeaban y se daban la vuelta al ver pasar a una mujer guapa. Ella no era de esas.

Estando a años luz de ser consciente de ello, la belleza de Inés era para sibaritas. Para los que sabían apreciarla. Aunque los perturbara, aunque los confundiera, aunque no la descifraran. Porque todo eso era lo que provocaba en los pobres diablos que se sentían atraídos por ella. Sin pretenderlo. De haberlo sabido, seguro que habría intentado corregirlo, aunque eso estaba fuera de su alcance. Lo que Inés era, simplemente, la trascendía.

Los hombres que la habían forzado a tener relaciones sexuales, como el comandante Ramos, estaban en las antípodas de ser unos sibaritas. Los neandertales que penetraron a Inés lo hicieron como podían haber penetrado una gallina. Lejos de apreciar su belleza, la tomaron porque la tenían a mano. Porque estaba allí. ¿Cómo una vida se puede truncar como se truncó la de Inés solo por estar ahí? ¿El destino? ¿El azar? ¿La mala suerte? Difícil de explicar. Estaba ahí, y ya.

Lo que en ese momento le importaba de verdad era que si nadie encontraba la llave de dos dientes y cabeza ennegrecida que abría el grillete que apresaba su pie preferido, Inés iba a estar ahí, *ad eternum*.

Registraron de arriba abajo el edificio de Comandancia, el de Intendencia, la cocina, comedor, dormitorio de los soldados, barracones de los esclavos, letrinas, enfermería. Nada. La llave no aparecía. El peor de los casos era que se hubiese extraviado en el algún lugar del patio y, a causa del peso, se hubiese hundido en la nieve. Si así había sucedido, las posibilidades de encontrarla eran ínfimas.

Un comité de sabios, formado por oficiales con menos cerebro que un mandril, evaluó las opciones que tenían. Ningún serrucho podría con el hierro, el pico destrozaría el tobillo de la gestante, y lo de la amputación, siendo de lejos la alternativa más efectiva, lo aparcaron por el momento. Inés se llevó una alegría. No le apetecía perder la parte favorita de su cuerpo.

Habían pasado veinticuatro horas y las tareas de rescate seguían siendo del todo infructuosas. La señora Ramos estaba más angustiada que la propia Inés. La comandante consorte estaba preocupada porque la gestante de su futuro hijo llevaba dos mañanas sin hacer los ejercicios prescritos por el doctor Esteban. ¿Y si eso afectaba al bebé? La mujer hizo llamar al doctor cura para que chequeara a la embarazada.

Esteban no hizo acto de presencia. No estaba ni en sus aposentos, ni en el botiquín ni en ninguna de las letrinas. En la garita de entrada dijeron que el cura y doctor no había abandonado el recinto del campo. Seguro.

El comandante Ramos fue informado de la desaparición de Esteban y dividió a sus hombres en dos escuadrones de búsqueda. Uno intentaba hallar la llave que su esposa demandaba con tanto ahínco, y otro buscaba al cura de bata blanca. Ramos temía que el párroco hubiera desertado. Una deserción en sus filas era una mancha en su expediente, ya de por sí manchado. No se podía permitir que le relevaran de sus funciones en el campo, el trabajo era una basura, pero le permitía ser un déspota y vivir a cuerpo de rey a cambio de no hacer absolutamente nada.

Bueno, algo sí: introducir su pene en vaginas no receptivas.

Era noche cerrada. Ambas búsquedas, la de la llave y la del cura médico, se habían suspendido hacía escasos minutos. Con la luz del sol se retomarían otra vez. La señora Ramos empezó a valorar seriamente la opción de la amputación. Pero claro, sin pie izquierdo las posibilidades de que la traductora se ejercitara a diario como había prescrito el desaparecido Esteban se esfumaban. O al menos se reducían de manera drástica. ¿Qué actividad física podía acometer una coja?

Inés se sentó en la cama aguardando a que la corneta ordenara a presos y soldados acostarse. No tuvo que esperar mucho. Sonó y atentó contra los oídos de toda la fauna del campo, como siempre. No sabía cuál era el soldado cornetista. El que les provocaba pesadillas antes de acostarse. «Si lo fusilaran no lo lamentaría», pensó. Pero no lo pensó en serio. Inés era buena además de bella. Más buena que un pedazo de pan. Pero la bondad no es siempre una bendición. A ella se le había vuelto en contra en más de una ocasión. Bella y buena. Una combinación a todas luces desafortunada.

Sopló la llama del quinqué y se quedó a oscuras. Relativamente. La luna estaba casi llena, pero el manto de nubes la filtraba menguando de manera considerable su poder lumínico. Pero suficiente para que Inés pudiera ver y retirar el grillete que apresaba su pie izquierdo.

De debajo de las bragas sacó la llave oxidada de dos dientes y cabeza ennegrecida. La metió en la cerradura y la giró con cuidado. Tenía que ser silenciosa.

Un clic sordo abrió el grillete como una flor sus pétalos en primavera. El pie preferido de Inés era libre. Bueno, un poco más

libre. Pero por fin estaba en igualdad de condiciones que el resto de su cuerpo.

Por la mañana, poco después de que Atienza saliera atribulado de la celda al contemplar la ropa interior de Inés, la traductora recibió una visita inesperada: Federica.

La hija del comandante cerró la puerta tras de sí. El manojo de llaves inútiles que el soldado había dejado en el suelo seguía ahí, a los pies de la cama. Federica clavó su mirada en la mujer que llevaba a su hermano en el vientre. Sin mediar palabra, extendió el brazo derecho y abrió la mano. Sobre la palma reposaba la llave cuya ausencia, unos minutos antes, había sacado de quicio al devoto Atienza. Ella se la había robado.

—Ten.

Inés era incapaz de adivinar lo que estaba sucediendo. Ni en tres vidas lo habría logrado. A Federica la carcomía la rabia.

—Oí a unos guardas. Sé lo que te hizo… —Le dolía proseguir el discurso—. Sé lo que te hizo mi padre.

A Inés se le cortó la respiración. Federica extendió la mano todo lo que pudo. La traductora agarró la llave. Qué liviana era y cuánto poder tenía. El poder de una vida.

Inés rebuscó palabras de agradecimiento, pero ninguna de las que halló le parecieron suficientes. Cuando se disponía a articular un simple «gracias», se oyeron unos pasos que se acercaban. Las dos muchachas se miraron con expresión de pánico mientras el pomo de la puerta empezaba a girar. Con la agilidad de una gimnasta, Federica reptó para esconderse bajo la enorme cama de Inés. La traductora ocultó la llave en sus bragas al tiempo que por la puerta

entraba la mujer del comandante, escoltada por Atienza y otro soldado.

Desde debajo del colchón, Federica contempló cómo el soldado recogía el manojo de llaves y se peleaba con el grillete tal y como Atienza había hecho antes. El resultado fue el mismo. Obvio. No podían sospechar que la llave correcta estaba tan cerca de ellos. Tan a su alcance. Federica oyó cómo su madre, preocupada por la imposibilidad de que Inés hiciera el ejercicio prescrito, ordenaba la presencia del doctor Esteban.

Pero el facultativo tenía una buena excusa para desacatar la orden. Estaba muerto por obra y gracia del preso Rojo Rojo.

Federica hacía horas que había salido de su escondite y regresado a su habitación. Inés contemplaba el grillete que acababa de abrir. Ese era solo el primer paso. El más fácil. Le quedaba salir de aquel cuarto reconvertido en celda, recorrer el edificio de Comandancia sin que nadie la viese y, lo más complicado, lo que rozaba lo imposible, abandonar el campo. No tenía ningún plan. Simplemente hacerlo. Si no lo intentaba estaba muerta, y si lo intentaba y la cazaban, también. No podía perder más de lo que ya perdía. Así que, decidida, salió en busca del premio gordo.

Estaba despejado. Se descalzó para que sus tacones no reverberasen en el escandaloso pasillo de puertas apolilladas. Llegó a las escaleras. Empezó a bajarlas. Un peldaño, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho…

Nunca había tenido lo que se suele llamar «un día de suerte». Ese día o, para ser más precisos, esa noche, no fue la excepción.

La voz de un preso resonó desde el exterior alertando del desastre.

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fueeeeeeeego!

19

Calor. Era extraño sentir calor en aquel desierto de hielo. Muy extraño. Los pies hundidos en la nieve y el fuego en la cara. Escarcha en el pelo, ardor en los ojos. Cubos de agua pasando de mano en mano. Inútiles. Vanos. Un escupitajo sobre la lava de un volcán.

Rojo actuaba como un autómata. Todos los presos lo hacían. Agarrar el cubo con la mano izquierda, soltarlo con la derecha. Una cadena humana estéril. Nadie quería salvar el edificio de Intendencia. Ni los de un bando ni los del otro. No era suyo, les daba igual. Pero el protocolo dictaba que tenían que apagar el fuego. O, al menos, intentarlo. El comandante Ramos necesitaba hacer el paripé para que pareciera que lo habían pretendido con ahínco. Incluso heroicamente. No le vendría mal a su expediente que aparecieran dos o tres cadáveres calcinados entre las brasas. La épica otorga medallas.

Inés tenía un dilema. En plena catástrofe no podía abandonar el campo. Los vigías de la garita no estaban en su puesto. No había nadie a quien camelarse para que abriera el portón. Pero ¿qué debía hacer si el fuego llegaba al edificio de Comandancia? ¿A su habitación reconvertida en celda? La llave de su salvación estaba, según la versión oficial, en paradero desconocido. Si se quedaba en

la habitación y el fuego llamaba a su puerta, moriría. Y si la veían correteando por el campo liberada de su grillete, se delataría.

Los cubos cada vez pesaban menos. Rojo pensó que la razón quizá era la misma que hacía que la masa de su pico de hierro variara: su estado anímico. En este caso, la tensión por la cercanía de las llamas. Pero no. Echando un vistazo a los cubos constató que estos estaban cada vez más vacíos. No eran más que un placebo para la misión imposible de salvar el edificio de Intendencia.

La falta de actitud de los improvisados bomberos provocó que las llamas se catapultaran al barracón de los escoltas. Ya nadie iba a dormir bajo aquel techo, jamás.

Una mente lúcida, o simplemente menos estúpida que la media, sugirió dejar que las llamas se ensañaran con las construcciones condenadas y centrar el esfuerzo colectivo en empapar el edificio de Comandancia para evitar que fuera, también, pasto de las llamas.

Funcionó.

La mayor beneficiada de la maniobra fue Inés, que, al comprobar que su integridad no corría peligro, se ató el grillete y se escondió la llave de nuevo bajo las bragas. Podía esperar un día más para huir de aquel infierno.

Las llamas se marchitaron poco antes de las siete de la mañana. Presos y escoltas estaban exhaustos.

Los esclavos importaban poco o nada. Pero ¿dónde iban a recuperar fuerzas los soldados? Su dormitorio ya no existía.

El campo de concentración de San Martín del Río Cuervo estaba compuesto por tres edificios para mandos y soldados, dos de los cuales habían pasado a mejor vida. Además, contaba con ocho barracones de prisioneros. Ocho. A Rojo no le costó calcular el

porcentaje de posibilidades de que ocurriera el desastre. Doce coma cinco por ciento.

El barracón número tres no podía ser el elegido para albergar a los soldados huérfanos de dormitorio. Eso implicaría que sus legítimos inquilinos deberían abandonarlo y hacinarse en otro barracón ya hacinado de por sí. Podía ser elegido el barracón número uno, el dos, el cuatro, el cinco, el seis, el siete o el ocho. Siete barracones contra uno. Tenía que ser uno de los siete. En el barracón número tres estaba la boca del túnel que iban a utilizar esa misma noche para consumar la fuga más multitudinaria jamás consumada en un campo de prisioneros de la Nueva España. Si el tercer dormitorio era el elegido para albergar a los soldados, todo se iba a la mierda.

Y ahí se fue. El comandante Ramos, en una suerte de ruleta rusa, ordenó a los esclavos del tres abandonar su barracón.

Era el fin. O el fin.

Tarrida y Atienza se arrepintieron de haber amarrado con tanto esmero aquella maldita argolla a aquella maldita pared. Les llevó cerca de una hora hacer un boquete del tamaño de una bala de cañón para que el hierro se liberara. No habían dormido en toda la noche a causa del incendio, y cuando se disponían a descansar un poco, les ordenaron la noble misión de liberar a Inés. La traductora los contemplaba empapada en culpa. Los soldados estaban exhaustos y ella escondía bajo la ropa la llave que les habría ahorrado el esfuerzo. Pero no podía delatarse. Ni por ella ni por Federica. Imaginaba que si el matrimonio Ramos se enteraba de que su hija era cómplice de Inés, iba a sufrir represalias. No represalias

como las que sufrían los mortales, claro. A una hija no se la manda al paredón. Pero algún que otro retorcido escarmiento elucubrarían los Ramos. Seguro. Eran buenos en eso.

El paseo fue de las experiencias más humillantes que había vivido Inés hasta la fecha. Y eso que había vivido muchas y de todos los colores. El hecho de que fuera un día de descanso no mejoró las cosas. Y el reciente incendio tampoco. El perímetro estaba atestado de presos y escoltas holgazaneando y matando el tiempo. La mujer del comandante se empecinó en que la traductora hiciera los ejercicios dictados por el desaparecido doctor Esteban. Inés intentó librarse alegando un inexistente dolor de cabeza, pero esa parte del cuerpo de la traductora no era del interés de la comandanta.

Inés caminaba sobre la nieve con la argolla atada al pie izquierdo. Detrás de ella, Atienza y Tarrida seguían sus pasos sujetando la pesada cadena de siete metros. Los habitantes del campo, de una casta u otra, contemplaban la estampa, asombrados. Algunos, los de ciudad, recordaban haber visto en alguna ocasión a mujeres pudientes sacar a pasear a chuchos diminutos y antipáticos de aire afrancesado atados a una correa. La escena de Inés evocaba esos recuerdos.

Rojo salió del barracón tres con sus escasas pertenencias justo en el momento en que Inés pasaba por delante de la puerta. Se le cayó el alma a los pies al ver la cadena de hierro que, de manera tan ridícula, portaban sus antiguos compañeros.

No era impetuoso, nunca lo fue, pero sus piernas corrieron hacia la traductora sin que su precavida mente pudiera evitarlo.

—Pero… ¿qué significa esto?

La mirada de Rojo encontró la de Inés. La muchacha rebosaba vergüenza.

—No te metas, Rojo, o te llevas un culatazo.

Tarrida le amenazó, molesto. No era su mejor día. Al fin y al cabo, era el responsable directo del incendio que había arrasado parte de las instalaciones. Solo esperaba que sus compañeros no se fueran de la lengua. Había pocos destinos peores que aquel campo, pero Tarrida no quería acabar en uno de ellos.

—Pero ¿por qué…? ¿Qué…? ¿Qué es…? —La lengua de Rojo era incapaz de seguir el ritmo de sus pensamientos.

—No pasa nada.

Inés no quería que Rojo saliera damnificado. Vio cómo Tarrida liberaba una mano con la intención de agarrar el fusil. Aceleró el paso suplicando con la mirada a Rojo que no la siguiera. El exescolta leyó sus intenciones. No hacerlo solo iba a empeorar las cosas.

Para su nariz, seguro, y para Inés, casi.

Los esclavos del tercer barracón fueron divididos en tres grupos de once cada uno. El primer grupo debía instalarse en el barracón número uno, el segundo en el dos, y último en el cinco, aquel del que Rojo fue expulsado cruelmente la noche de su debut como reo.

El gabinete de crisis se convocó en las letrinas. Coyote fue el asignado para vigilar la puerta. No cabía ni un alfiler. Los treinta y dos presos restantes se hacinaron entre retretes y urinarios. El último en llegar fue Rojo, aún aturdido por su encuentro con la traductora.

A ninguno de los presentes le sorprendió que fuera el Maestro el que rompiera el hielo.

—Señores. Nos hemos ido a la mierda. Así que si alguien tiene una idea brillante, es ahora o nunca.

El silencio fue ensordecedor. Treinta y dos almas —si no contamos la de Coyote, que estaba haciendo guardia en la puerta— absolutamente abatidas. Constatando cómo el esfuerzo de los últimos meses se iba al garete. No solo el físico. La ejecución del túnel había sido dura, pero la parte logística había sido igual de extenuante. Y sin duda, más estresante. Ajustar los turnos en el túnel en función del estado de cada preso, la gestión de los residuos, las tareas de vigilancia a los escoltas, la obtención de los pasaportes falsos, las fotografías para esos pasaportes o la confección de distintas rutas para cuando estuvieran al otro lado de las alambradas. Los treinta y tres diseñaron y ejecutaron un mecanismo de precisión perfectamente engranado, donde si fallaba solo una de sus partes, por minúscula que fuera, todo iba a desmoronarse. Un trabajo en equipo sin margen de error donde nada había fallado. Al contrario. Su tesón, esfuerzo y fe habían llevado a los treinta y tres esclavos a la antesala de su libertad.

Se habían valorado todos los riesgos. Hasta los más absurdos. Estaban, todos ellos, catalogados a la perfección en una lista que los presos aprendieron de memoria. Cada posible pequeño infortunio y su vacuna. Cómo enderezar la situación si el más mínimo de los obstáculos que podía ocurrir, ocurría. Pero a nadie, por muy previsor que fuera, a nadie se le pasó ni remotamente por la cabeza que el inconveniente se presentara en forma de película obscena convertida en antorcha.

Las ideas brillantes que imploró el Maestro llegaron en cuentagotas y sin la brillantez requerida. La única que se valoró, aunque no llegó a someterse a votación por inviable, fue excavar un túnel desde el barracón cinco para que enlazara con el que nacía bajo el tres. Teniendo en cuenta que la distancia entre el tercer y quinto barracón era mayor que la del tercero con el exterior del campo, eso implicaría trabajar en la fuga otros siete meses. Pero, claro, muchos de los del tercer barracón fueron asignados al número uno y al dos. Había que excavar dos túneles más, tres en total, para que todos los que se habían dejado la piel en la fuga lograran huir. A ese despropósito había que añadir que no era realista excavar las nuevas galerías sin la complicidad de los treinta y tres presos originales de cada uno de los barracones que los iban a acoger. Y con un túnel bajo sus pies, era de esperar que ellos, cómo no, exigieran unirse a la desbandada. Eso eran noventa y nueve reos a los que había que invitar a la fiesta. Decididamente imposible.

La reunión se había convertido en un funeral en el que el ataúd albergaba, amortajada, la libertad.

El Maestro dio por terminado el sueño. Los esclavos, cabizbajos, se disponían a dispersarse cuando Rojo, con su inherente timidez, abrió la boca dejando escapar un susurro.

—Ratas.

Tuvo que repetirlo, proyectando la voz, para evitar que sus compañeros abandonasen las letrinas. No sabía si era un buen plan. Ni tan siquiera sabía si era un plan.

—Ratas.

El segundo alarido cumplió su propósito. Todos le miraron. El Maestro se acercó a él.

—¿Ratas?

—Sí. Ratas.

Era obvio que Rojo iba a necesitar más de una palabra de dos sílabas para hacer partícipes a los demás de lo que rondaba por su cabeza cuadriculada.

—¿Cuántas ratas tiene? —le espetó al Maestro.

A veces, en las situaciones de tensión, frustración o derrota, la gente enloquece. Los compañeros de Rojo pensaron que eso era lo que le estaba sucediendo.

—¿A qué viene eso, hijo?

Rojo había conseguido despertar la curiosidad del Maestro, que no descartaba, como los demás, el ataque de locura.

—¿Cuántas tiene? Entre crías y ratas adultas.

El Maestro pensó que para zanjar el momento absurdo lo mejor era contestar.

—No sé. Setenta. Puede que ochenta.

—Liberémoslas todas en nuestro barracón. En el tres. Cuando los escoltas vean sus camastros infestados de ratas, se cambiarán a otro barracón y nosotros recuperaremos el nuestro.

Rojo era el primero en dudar de su propio plan. Pero haciendo uno de sus rápidos cálculos mentales, estimó que la plaga de ratas tenía un ocho por ciento de posibilidades de éxito. Nueve, siendo optimista.

El resto de los presos se miraron con escepticismo, pero ninguno de ellos se pronunció en contra.

No había nada que perder. Solo ratas.

Segundo intento. El grillete abrió sus fauces para que el tobillo de Inés quedase libre. O más libre aún, ya que el extremo opuesto de la cadena rematada por la argolla que se anclaba a la pared no lo estaba. Los escoltas lograron convencer a la señora Ramos de que amarrar y desamarrar el hierro a la pared a diario era poco operativo, si la intención era que la traductora siguiera con su rutina de ejercicio. Por no hablar de que la pared de la habitación quedaría como un queso gruyer. Además, el hierro de la cadena pesaba más de veinte kilos. Eso ya era, de por sí, un lastre que iba a disuadir a la chica de cualquier impulso de escapar.

Así que Inés pasó el día encadenada a la nada. Al vacío.

Por segunda noche consecutiva salió de la celda y recorrió el escandaloso pasillo con los zapatos en la mano. La acústica de aquel túnel era increíble, los talones descalzos sonaban como las pisadas de una mula. ¿Lo habrían hecho aposta? No. No había razón para ello. O Inés no se la encontraba.

Empezó a bajar los escalones donde la noche anterior el incendio la hizo recular y desandar el camino recorrido desde su habitación. Fue en el octavo escalón, recordó. Pisar el noveno le hizo sentir bien. Le faltaba un mundo, pero quedaba menos.

Lincoln, Camilo, el Maestro y Rojo sujetaban cada uno una caja que contenía decenas de roedores. Ventura tenía la mano agarrada al pomo de la puerta del barracón número tres. La tensión se mascaba en el ambiente. Camilo susurró:

—Como esto salga bien, Rojo, te doy un beso en los morros. Quedas advertido.

Ni Rojo ni sus compañeros habían visto jamás a Camilo de tan buen humor. Desconocían el carácter que tuvo en su otra vida, aquella en la que podía andar mil pasos en línea recta, pero desde que ingresó en el campo no lo habían visto sonreír ni una sola vez. Menos aún desde la ejecución del Marsellés. Eso lo hundió. Seguía sin entender por qué el francés se había inmolado por él.

—Si vas a besar al chaval, al menos lávate la piñata antes. —El Maestro no pudo evitar meter baza.

—Mi piñata está impoluta —replicó Camilo.

—Tu piñata tiene restos de garbanzos fosilizados.

—Tú sí estás *fosilizao*, abuelo.

—Callad, coño. Lo vais a echar todo a perder.

La cordura de Ventura, que seguía sujetando el pomo, se impuso.

Los cinco reos se miraron. Era el momento.

Ventura entreabrió la puerta. Camilo, Rojo, el Maestro y Lincoln, por este orden, vaciaron las cajas. Las ratas estaban a favor de obra, pues todas corrieron hacia los camastros prestados a los escoltas. Ni una sola se dio la vuelta para intentar salir al exterior. Si alguno de los roedores se arrepintió e intentó recular, se encontró con la puerta que Ventura se había apresurado a cerrar sin apenas hacer ruido. Era bueno cerrando puertas, pensó Rojo.

Los cinco esclavos corrieron hacia el quinto barracón. Apenas habían entornado la madera, los soldados del tercero salieron en desbandada. De su pelo, pantalones y suéteres brotaban ratas y más ratas.

No podía ser. Otra vez, no.

Inés estaba a punto de salir al exterior con la intención de sortear el último, y más infranqueable, obstáculo: la garita de vigilancia. Pero no tuvo oportunidad de llegar hasta allí. No era un incendio, no tenía ni la más remota idea de lo que ocurría, pero otra vez gritos en el patio y escoltas corriendo a diestro y siniestro. Por segunda noche consecutiva, el caos se había apoderado del campo.

Parecía una broma. La más macabra de todas las bromas. La traductora supo que tenía que recular de nuevo. Volver a su celda y a su grillete. «Mañana será otro día», pensó. Pero no. La siguiente jornada que iba a pasar en el campo no sería simplemente otro día.

Sería el peor día de su vida.

El comandante Ramos, atándose el cinturón del pantalón, arqueó las cejas al encontrarse de bruces en la escalera con la mujer a la que él había preñado y su esposa tenía recluida.

O eso creía.

Todo sucedió como Rojo había soñado. Los presos del tres recuperaron su barracón infestado de roedores. Los soldados ocuparon el siete, y los presos expatriados se repartieron, como habían hecho con los del tres, entre el uno, el dos y el cuatro.

La hora elegida para ejecutar la fuga fue las tres de la mañana. La dictaminó Lincoln, que era un supersticioso consumado. El tres era su número favorito, además de un número de la suerte en muchas culturas, según le habían contado. No sabía si era cierto o no. Tampoco le importaba mucho. Le gustaba el tres, y ya. Así que le pareció que, puestos a elegir, que los treinta y tres presos del

barracón número tres huyeran a las tres de la mañana tenía su aquel.

Y así fue.

A las tres horas y treinta y tres minutos, un socavón de apenas medio metro de diámetro se abrió en el suelo, al otro lado de la alambrada. La cabeza de Ventura asomó con ojos incrédulos. Él fue el primero en embriagarse con el aroma a libertad.

Tras él, el agujero escupió presos reconvertidos en fugitivos a la velocidad del rayo. No había descanso entre uno y otro. Una anaconda hecha de seres humanos.

Solo tres minutos después de que asomara la primera cabeza, la de Ventura, asomó la última, la de Rojo.

A unos pocos metros, en la arboleda, sus compañeros se abrazaban y lloraban en el más estricto de los silencios. Sabían que habían hecho la parte fácil: fugarse. Y que el verdadero reto, la quimera, era mantener su culo en aquel lado de la alambrada.

Rojo, que aún tenía medio cuerpo dentro de la madriguera, contempló durante unos segundos la euforia timorata de sus compinches. Se emocionó. A su manera, a la manera Rojo Rojo, pero lo hizo.

Salió a la superficie y caminó los veinte pasos que lo separaban del grupo. Cuando llegó a ellos buscó a alguien a quien abrazar, pero no encontró el hueco. Los abrazos se sucedían y se multiplicaban, pero pasaban de largo del exescolta. Hasta que unos brazos huesudos se le clavaron en la espalda. Rojo se dio la vuelta.

El Maestro y él se fundieron en un abrazo de los que cortan la respiración. Un abrazo que Rojo no olvidaría jamás. Un abrazo que certificó que lo habían conseguido.

Los treinta y tres eran libres.

TERCERA PARTE

20

Huir a la carrera sobre un tapiz de nieve es como correr en un sueño, en una pesadilla, donde las leyes de la física y de la lógica se ven alteradas sin remedio. El peso de las piernas se multiplica por cuatro, cada nuevo paso es un martirio y escapar del monstruo que acecha se torna quimera.

Los treinta y tres optaron por correr en formación, en tres filas compuestas por once fugitivos cada una, haciendo relevos. Como es lógico, el que encabezaba la hilera abriendo el sendero en el hielo era el que más desgaste sufría. Cuando el cansancio hacía mella en él, se retiraba y dejaba que el compañero que le sucedía le reemplazara, pasando él a ocupar el último lugar. Y así una y otra vez.

En la fila de Rojo decidieron liberar al Maestro de la obligación de ocupar la fatídica primera plaza. Su esqueleto sin músculos no estaba para librar batallas. Ni contra el hielo ni contra nada.

La fuga llegaba a su cuarta hora de vida y el reflejo lechoso del sol comenzaba a adivinarse en oriente.

En cuanto habían asomado la cabeza por el agujero en la tierra que los convirtió en hombres libres, una fuerte ventisca se desató sobre ellos. Un aire que les azotaba la cara y pretendía escupirlos de vuelta al campo, como si fuera un fiel aliado de sus captores.

Cerca de despuntar el alba, la fría ventisca se había convertido en un huracán que apenas permitía a los fugitivos abrir los ojos y ver por encima de los talones del compañero que tenían delante. Si las inclemencias meteorológicas eran cosa de Dios, no estaba siendo muy inteligente, pensó Rojo. Todas las trabas que se le ocurriera ponerles, todos los obstáculos que elucubrara para complicar la huida, también se los estaba poniendo a sus perseguidores.

En caso de que los hubiese, claro.

No tenían la certeza de si la fuga ya había sido descubierta en el campo o de si, por el contrario, el malnacido comandante Ramos y sus secuaces seguían en la inopia durmiendo y babeando sus almohadas a la espera de que el toque de corneta los devolviera a la realidad. Podría ser, incluso, que alguno de ellos estuviera en ese preciso momento soñando que huía sintiendo que el peso de sus piernas se multiplicaba por cuatro, y que cada nuevo paso era un martirio.

Y escapar del monstruo que acecha se torna quimera.

El manantial se escondía en un bosque de pinos negros que trepaba por la ladera de un monte. Hacía una hora que el sol luchaba contra la bóveda de nubes oscuras, con nulas posibilidades de salir victorioso. Los prófugos saciaron su sed y recuperaban fuerzas con los escasos trozos de pan que habían escamoteado de su propio rancho los últimos cuatro días. Rojo tenía la vista puesta en el Maestro, que era el único que seguía bebiendo de la fuente. Juraría que también había sido el primero en apropiarse de uno de los regueros que se precipitaban por la roca.

Los pinos negros les servían de abrigo contra el huracán. Moderadamente. Lincoln sacó una brújula que había conseguido de un vecino del pueblo. Varios de los huidos se arremolinaron junto a él. Rojo se acercó también.

—Dime que vamos bien —suplicó Camilo transmitiendo el sentir de todos sus compañeros.

—Veintinueve grados noreste. Vamos bien —contestó el brigadista guardándose la brújula en el bolsillo.

—Deberíamos haber llegado ya. No es seguro correr a plena luz del día —protestó uno de los presos.

—Puedes quedarte aquí y morir de frío. —Ventura le azotó con la realidad—. Cuando calculamos los tiempos no podíamos suponer que habría tanta nieve.

—Ni este puto aire. Es como si el diablo se estuviera riendo en nuestra puta cara. —Camilo escupió contra el suelo, pero el viento, ofendido por el insulto, se vengó haciendo que la saliva dibujara una parábola imposible hasta aterrizar en su entrepierna.

—Debemos de estar a menos de dos horas del punto de encuentro. Cuanto antes retomemos la marcha, antes llegaremos —sentenció Lincoln erigido en improvisado cabecilla.

Los que estaban sentados o tumbados sobre el hielo se levantaron dispuestos a retomar el tormento de la marcha.

Increíblemente, el Maestro seguía bebiendo. Rojo se acercó a él para apremiarle.

—Maestro, tenemos que irnos. Deje de beber, le va a sentar mal.

—Ojalá pudiera, hijo. La puta diabetes. Te hace beber como un toro después de copular con un harén de vacas.

Rojo no supo qué responder. El deterioro físico de su antiguo profesor había sido más que evidente en los últimos días. Su cara parecía un pergamino milenario y los huesos de la mandíbula y los pómulos amenazaban con rasgar su dermis. El discípulo no pudo más que tenderle la mano al viejo para ayudarle a levantarse. Tirar de él fue como tirar de una hoja. Temió que cuando saliesen del bosque de pinos una ráfaga de viento se llevara a su mentor volando por los aires.

Si así ocurría, ojalá fuera en dirección al refugio. Le vendría bien ahorrarse la caminata.

No fueron dos, sino tres, las horas que llevó a la comitiva llegar al denominado punto de encuentro, una casa de campo con un pequeño torreón que hacía equilibrios para no desmoronarse. El viento no dejó de arreciar en todo el peregrinaje, y no había dado un solo segundo de tregua a las treinta y tres almas prófugas.

Coyote usó su pierna carcomida por la poliomielitis para patear el portón con la esperanza de que alguien abriese. Llegaban con mucho retraso a la cita, sería un desastre que los milicianos de la FAI que iban a darles apoyo logístico se hubiesen cansado de esperar.

No fue así. O eso pensaron cuando el portón se entornó. Un niño de unos nueve años con la cabeza cubierta con un gorro de lana deshilachada asomó la nariz entre la madera. Los huidos percibieron cómo los ojos del crío los escudriñaban uno a uno. Debían de tener un aspecto siniestro. El chaval se estaba tomando su tiempo. El aire

huracanado les trepanaba las sienes. Tenían que ponerse a cobijo, y tenían que hacerlo ya.

—Nos están esperando. O deberían.

Ventura intentó acortar los tiempos. Pero el intento quedó en eso, en intento. La réplica del niño iba a dilatar la situación de manera insospechada. Y absurda.

—¿Santo y seña? —El pequeño clavó la mirada en su interlocutor.

—¿Perdona? —se limitó a contestar un desorientado Ventura.

—Santo y seña. Sin santo y seña no podéis pasar.

El niño con gorro deshilachado hinchó sus pulmones como señal de que, sin la contraseña, solo entrarían en el caserón pasando por encima de su cadáver.

Ventura miró a sus compañeros. Todos compartían la misma expresión de perplejidad. Habían conseguido pasaportes, habían excavado un túnel, habían caminado durante horas por montes y valles helados, pero ¿y el santo y seña? ¿Había un puñetero santo y seña del que no sabían nada? ¿Cómo podían ser tan idiotas?

La pregunta que iba a formular Ventura era absurda y se contestaba sola, pero había que hacerla.

—¿Alguien sabe algo de un santo y seña?

Los que no tenían congelados los músculos que sujetaban su cabeza, negaron con ella.

Lincoln se acercó al crío. Sus espaldas eran más intimidantes que el torso enclenque de Ventura y que la pierna chupada de Coyote.

—Hijo… Tenemos mucho frío. Y hambre. Nos están esperando, seguro. ¿No está tu padre? ¿O tu madre?

—¿Por qué hablas tan raro?

Sí. Al criajo le llamó la atención el acento del yanqui.

Lincoln se armó de paciencia.

—Es que no soy de aquí.

—¿De dónde eres?

—De lejos.

—¿De lejos, dónde?

—De América.

—¿De cuál? ¿La de arriba?

—Sí. La de arriba.

—¿Y qué haces aquí?

—Vine a luchar en la guerra.

—¿Y viniste de tan lejos para perder?

—Vine para ganar.

—Pero perdiste.

—Perdí.

—¿Y por qué viniste a luchar? No es tu país.

—Yo no lucho por un país, lucho por una idea.

Al niño le gustó la respuesta de Lincoln y esbozó una sonrisa que desarboló al gigantón americano. Sin embargo, los compañeros del brigadista, o al menos alguno de ellos, a esas alturas del diálogo ya valoraban la opción de romperle el cuello al chico que se interponía entre ellos y el calor. El viento se les clavaba como alfileres en los cartílagos de las orejas. Era insoportable.

Ignorando que su vida pendía de un hilo, el niño abrió el portón de par en par; su rostro dibujaba una sonrisa cargada de una picardía que bien pudo estallarle en la cara.

—Lo del santo y seña me lo he inventado. No hay ninguno. Podéis pasar. Os esperan.

La lista de candidatos a asesinar al bromista imberbe se duplicó en apenas un segundo. Los treinta y tres abandonaron la tormenta para ingresar en el caserón.

Bueno, los treinta y dos.

Había barra libre de pan negro. Eso era lo bueno. Lo malo es que era de ínfima calidad. Peor, incluso, que el del campo, que era mucho decir. Abundaba y saciaba el apetito, sí, pero deglutirlo era tremendamente farragoso. Las dentaduras de los prófugos se esmeraban en filtrar las impurezas de los chuscos para luego escupirlas. Piedrecitas, restos de hebras de los sacos de esparto, trocitos de espiga, serrín y alguna sorpresa más, cortesía del panadero de turno.

El comité de bienvenida estaba formado por cinco milicianos, además del niño del santo y seña, claro. Su madre, Caridad, ejercía las funciones de lideresa del grupúsculo anarquista. Madre e hijo repartían agua a los recién llegados. Uno de los milicianos ofrecía el excedente del sucedáneo de pan a quien osara repetir. Y los demás reclutas exponían las treinta y tres mudas que debían suplantar los disfraces de presidiario, ya caducos.

En el suelo, extendidos sobre las polvorientas baldosas, descansaban varios jergones que habían vivido tiempos mejores. Para los fugitivos, aquellos continentes de paja eran lo más parecido a una cama que veían en años. Sentados y recostados sobre ellos mientras daban cuenta del pan oscuro, amenazaban con usarlos para una más que merecida siesta.

Rojo contempló la estampa desde la distancia. Como a vista de pájaro. Se sorprendió al darse cuenta de que hacía casi ocho horas que habían escapado y ni uno solo de los protagonistas de la fuga había dado muestras de júbilo o felicidad, más allá de los tomoratos y mudos abrazos que intercambiaron a los pocos segundos de salir del túnel. Ahora estaban a salvo, o casi a salvo, y ni una sonrisa, ni un chocar de manos ni un grito exaltado. No esperaba confeti ni pirotecnia, y mucho menos champán francés, pero sí algo. Lo que fuera. Pero no. ¿Por qué sería? ¿No se lo creían aún? ¿Cuándo llegaría el momento? ¿En qué preciso instante dejarían de mirar atrás?

Y una reflexión le vino a la cabeza. Estaba seguro de que era buena, pero no sabía si tanto como para elevarla a la categoría de aforismo: «El reo mira al suelo, y el fugitivo mira hacia atrás. Solo el hombre libre mira hacia delante».

Sí. Apostaría a que podía considerarse un aforismo. Y bastante aceptable, por cierto.

Saciado el apetito y con más ganas de siesta que nunca, los prófugos fueron conminados a formar un corro alrededor de Caridad, la camarada lideresa, presta a aleccionar a sus huéspedes.

—Por suerte estamos en invierno. A las seis ya oscurece. Caminaréis de noche. Hay luna nueva, bueno para que no os vean, malo para ver. Tendréis que tener cuidado para no perderos. Una fuga es una carrera de fondo, y no lo digo por el esfuerzo físico, que también. Si no os apresan, pasarán semanas, meses, puede que años antes de que os podáis considerar a salvo. Debéis estar

preparados para todo. —Caridad afiló la mirada hasta convertirla en un estilete—. Y cuando digo todo, es todo.

La miliciana captó cómo los rostros de los fugados se agriaban al ritmo de sus palabras. Le agradaba infundir miedo, pero era consciente de que el miedo es un arma de doble filo. Mantiene a uno en alerta, pero también puede paralizarlo. Así que decidió cambiar de estrategia y dulcificó su voz todo lo que supo. Que no era mucho.

—Sois unos valientes. Descansad un poco. Os lo habéis ganado.

Mientras el corro de hombres atemorizados se disgregaba, Rouco, el miliciano de más edad, se acercó a su jefa y camarada. Varias mudas le colgaban del brazo.

—Son treinta y dos, no treinta y tres. Sobra una muda.

Rojo levantó la cabeza como un perrillo que oye su nombre.

—Mejor que sobre que no que falte. —A pesar de la respuesta, Caridad se extrañó. Preguntó a bulto—: Dijeron que erais treinta y tres. ¿Pasó algo? ¿Cayó un compañero?

Varios negaron con la cabeza. Camilo se levantó y empezó a contar, desconcertado. Rojo se temió lo peor. Y sí, lo peor se confirmó. ¿Cómo no se había dado cuenta? Hacía rato que no lo veía. Horas. ¿Cómo pudo olvidarse de él?

Rojo alzó la voz como hacía años que no la levantaba. Probablemente desde antes de la guerra.

—¡¡¡El Maestro!!!

No hubo excepciones. Todos se presentaron voluntarios para formar parte de la batida que debía dar con el Maestro. Esperaban que vivo. Sin embargo, se tomó la decisión operativa de que serían solo ocho

los expresos que saldrían en busca del viejo. Los milicianos no querían poner en riesgo al grueso del grupo, o lo que era lo mismo, la fuga.

Los rastreadores no tenían reloj, pero debían calcular un par de horas a partir del momento en que cruzaran la puerta. Si no encontraban al viejo en ese intervalo, debían volver al caserón. Caridad fue tajante con eso. Hasta que anocheciera y retomaran la marcha, eran miembros de la milicia que ella capitaneaba. En caso de no obedecer la orden, habría consecuencias. Si en dos horas ninguno de los ocho rastreadores daba con el Maestro, se le consideraría muerto.

Rojo pensó que rastrear sobre la nieve tenía que ser cosa de niños. Solo había que seguir los surcos que la comitiva había esculpido en la moqueta blanca hacía una escasa hora y media. Pero el exescolta, experto en cálculo matemático, erró al no tener en cuenta la variable huracán. No tardó ni un minuto en comprobar que no había rastro que seguir y, lo peor, que las violentas rachas de viento borraban sus propias pisadas a los pocos segundos de levantar el pie. Lo cual era un peligro potencialmente mortal. Si perdía la referencia de dónde estaba el caserón, iba a meterse en un problema gordo. Quizá irresoluble.

Pero Rojo era un tipo precavido y con recursos. Cuando la ventisca le permitía achinar los ojos lo suficiente, cogía y procesaba cuantas más referencias visuales mejor. Una roca con forma de señor obeso, un árbol inclinado como un penitente, una cabaña de pastoreo sin techo y sin pastor, el cadáver escarchado de un zorro… El cerebro de Rojo esculpió un mapa en relieve de la zona, de una minuciosidad y precisión que ya habría soñado el mejor de los topógrafos. Estaba

seguro de que podría regresar al caserón con los ojos cerrados, que era prácticamente como el viento le obligaba a tenerlos.

Calculó que llevaría hora y media andando. Y que, al mejor de los ritmos, podría regresar al caserón en una. Con lo que no se iba a librar de la regañina de la jefa anarquista. Claro que no tenía ni idea de qué tipo de regañinas infligían ese tipo de libertarios. Lo único que sabía de los anarquistas eran que les quitaban las casas a los ricos, que quemaban iglesias y que violaban a las monjas. Por fortuna, la tal Caridad no aparentaba tener pene, herramienta útil e imprescindible para violar. ¿Podía ser que las mujeres anarquistas violaran por poderes? Esperaba que no.

Algo le decía que todo lo que le habían contado sobre los anarquistas no era más que un cuento chino. Ni Caridad ni sus esbirros, ni tan siquiera el niño del santo y seña, tenían pinta de desayunar bebés lactantes, no poseían cuernos ni cola, ni su piel era roja como la de Lucifer.

Estaba enfrascado en estos elevados pensamientos cuando le vio. Sí. Era él. A punto de ser engullido por la duna de nieve que el viento levantaba a su vera, el Maestro tenía la espalda apoyada en una encina cuyas hojas perennes desafiaban el temporal y al general invierno.

Rojo corrió junto a él con la certeza de que el frío invernal habría congelado el corazón de su viejo profesor. Pero cometió el segundo error de cálculo del día. Y cómo se alegró por ello.

El Maestro abrió los ojos y contempló el rostro harinoso del que un día fue su pupilo. Sus labios temblaron para pronunciar unas palabras con las que Rojo no contaba.

—¿Tú eres subnormal o qué?

Las fuerzas le fallaban hasta el punto de convertir en un suplicio el ejercicio de levantar los párpados, pero no para usar su lengua como un látigo contra la dignidad de Rojo.

Pasado el turno de réplica del exescolta, el Maestro prosiguió.

—¿Qué cojones haces aquí, idiota?

Rojo encajó el segundo insulto con la misma entereza que el primero. Nunca le había importado que le insultaran. En el lustro y medio de vida que militó en la tartamudez más absoluta le habían proferido insultos de todas las clases. Puede que al principio le afectaran. Algo. Pero pasados un par de meses se volvió inmune a ellos. Le entraban por una oreja y le salían por otra.

—He venido a salvarlo. Bueno, en realidad todos lo estamos buscando. Eh..., ocho, no todos, porque hay una señora anarquista que no nos ha dejado ir a más. Tiene un poco de mala baba, la mujer. Pero eso no viene al caso. La cuestión es que lo he encontrado y lo voy a llevar al caserón.

El viejo sacó fuerzas de flaqueza.

—Al caserón vas a llevar a tu puta madre, Rojo.

Tampoco le había importado nunca que insultaran a su madre. La coja, la pirata, la patapalo, la amputada, la hija de amputa, doña gangrena, gangrenota… Habían sido demasiados y muy variados, los insultos. Algunos, incluso graciosos.

Rojo fingió que las palabras del Maestro se las había llevado el viento. Bueno, el vendaval.

—Vámonos.

El moribundo negó con la cabeza. Rojo no podía perder más tiempo. Le inquietaba la naturaleza de las represalias que había

prometido la líder roja si los rastreadores no llegaban a la hora estipulada, de la que se alejaba más a cada segundo.

—Por favor, Maestro. Levántese.

Al viejo le enterneció la insistencia del bueno de Rojo. Sabía que era un cacho de pan y que el empeño que ponía en salvarle la vida salía de lo más profundo de su corazón.

—Ni que me lo ordenara el camarada Trotski, en paz descanse. —El Maestro intentó sonreír, apenas lo consiguió.

—Si no se levanta me sentaré aquí, a su lado, y moriremos los dos.

Rojo no quería morirse, y menos con aquel frío. Pero tenía que intentar todas las artimañas posibles.

Sus palabras consiguieron que, en esa ocasión sí, el viejo lograra esbozar una sonrisa más que digna. El docente hizo un esfuerzo titánico para desenterrar su mano izquierda del hielo y apoyarla sobre el pecho de Rojo.

—Estoy muerto, chaval. Mi enfermedad me está comiendo por dentro. ¿Te acuerdas de cuando en clase os hablé de la cetoacidosis?

Rojo negó. Dudaba mucho de que el Maestro les hubiera hablado jamás de eso en clase. Tenía un don para retener las palabras imposibles. Las raras, las retorcidas. Si alguna vez, en clase o fuera de ella, hubiese escuchado aquel vocablo, «cetoacidosis», se acordaría. Seguro.

Al viejo le costaba hablar. Cada palabra era una batalla, pero necesitaba librarla. Tenía muy claro lo que quería.

—Pues es lo que está haciendo mi cuerpo con la poca grasa y músculo que me queda. Los está descomponiendo. Mis células están

saturadas por el exceso de azúcar y mi organismo busca soluciones debajo de las piedras. Y la única solución es este ejercicio de canibalismo. —Tuvo que tomarse un descanso. No muy largo—. Me estoy devorando a mí mismo. Dentro de unas horas, no muchas, entraré en un coma del que nunca despertaré. Y eso va a ocurrir me dejes aquí, me lleves a ese caserón o donde cojones sea.

Rojo quería tragar saliva, pero era incapaz de hacerlo. El nudo que tenía en la garganta se lo impedía.

—No puedo dejarle aquí.

El Maestro no iba a dar su brazo a torcer. Se esforzó como nunca para poner la guinda a su soliloquio.

—Claro que puedes, hijo. Y debes. Porque aquí es donde quiero estar. ¿Te acuerdas de lo que te dije? Juré que no iba a morir como un preso. Soy libre. Ahora soy libre. Más de lo que jamás lo he sido. Déjame aquí, Rojo. Si alguna vez me has apreciado, cumple mi voluntad.

Pues sí. Le había apreciado. Y le apreciaba. Por supuesto. Mucho. Ese era el problema.

Pues el aprecio, como la mayoría de las cosas en esta vida, tiene su cara, pero también su cruz.

21

Estaba atada. Con brazos y piernas extendidos. Su cuerpo formaba una equis perfecta. Las manos estaban amarradas a los extremos del cabecero de hierro, los pies a las patas de la cama. Boca abajo, tenía que forzar la cabeza ladeándola para poder respirar. Yacía sobre el enorme colchón sin ropa, tal y como llegó al mundo, si no fuera por el esparto de las cuerdas que la mantenían inmovilizada.

En el suelo, sobre la cadena que ya no ataba nada, el comandante Ramos roncaba como un cerdo con los calzones a la altura de las pantorrillas. Por una vez Inés había tenido suerte. En realidad, por dos.

El escándalo que organizaron los escoltas cuando fueron atacados por la jauría de ratas en el barracón número tres frustró el primer intento de violación. Ramos se vio obligado a trabajar durante diez minutos, lo que tardó en reprender a los escoltas por comportarse como unos sarasas, y dar luego la orden de que los presos del tercer barracón regresaran a su nido de ratas y que los escoltas se instalaran en el cinco. Previo paso por su despacho para agarrar la segunda botella de coñac de la noche, el comandante regresó a los aposentos de Inés con la intención de darse el homenaje que los roedores habían truncado.

Tras desnudarla, atarla y bajarse los pantalones, cuando el mando se dispuso a penetrarla para recordar los viejos tiempos, el exceso de alcohol apagó su cerebro y cayó al suelo inconsciente.

Sin embargo, la traductora tenía pocos motivos para pensar que su situación iba a mejorar en algún momento. Cuando su agresor sexual más pertinaz despertara, seguro que querría terminar el trabajo que la noche anterior había dejado a medias. La violación no se había suspendido, simplemente se había pospuesto.

Cabía la posibilidad de que la esposa del comandante irrumpiera en la celda antes de que su marido despertara, claro. Una situación con un potencial dramático incuestionable, pero de la que ella sacaría poco beneficio. Pudiera ser que se ahorrara su enésimo coito forzado, pero cuando su carcelera se enterara de que Ramos la encontró correteando por el edificio liberada de su grillete, la cosa se complicaría. Más si la retorcida matriarca le exigía que le contara cómo se había hecho con la llave de la cadena. Tenía claro que no delataría a Federica. Aunque la torturaran.

El viento arremetía con violencia contra los cristales de la ventana. Se abría paso silbando por cuantas rendijas pillaba entre la hoja y el marco. Que no eran pocas. La luz triste y aburrida del resol, la de cada día, empezaba a dibujar las primeras y casi imperceptibles sombras de la mañana. Inés abrió los ojos. Pensó que iba a ser incapaz de quedarse dormida en aquella posición imposible, pero lo hizo. El ronquido de Ramos se alternaba con el silbido del aire que se colaba sin permiso en la celda y aliviaba el hedor que desprendía el cuerpo del violador.

«No debe de quedar mucho para que suene la corneta», pensó la traductora. Y no se equivocó.

El comandante Ramos no se dio por aludido cuando el petardeo impertinente del instrumento sonó. No movió una sola pestaña. Inés no paraba de dar vueltas a sus opciones, sin darse cuenta de que no tenía más que esperar a que las cosas sucedieran. O que el comandante despertara, o que su esposa entrara en el dormitorio, o que el planeta implosionara y todos se fueran al garete, sin remedio. De haber estado en condiciones de elegir, no sabría por cuál de las tres opciones se hubiese decantado, la verdad.

Sin embargo, lo que ocurrió no entraba en ninguna de sus quinielas. Una sirena ensordecedora reventó los tímpanos de presos y captores. Inés nunca había oído aquel delirante sonido, y no tenía ni la más remota idea de qué significaba. Pero lo entendió cuando varios gritos de los escoltas se colaron, junto con el viento racheado, por las grietas de la ventana.

—Fuga. ¡¡¡¡¡¡Fuga!!!!!!

Cuando su cerebro procesó la información, ladeó la cabeza para ver la reacción del comandante. Sin embargo, Ramos ya no estaba ahí.

Ese fue su segundo golpe de suerte en menos de doce horas. Inés no se lo podía creer. Ojalá hubiese podido comprar un billete de lotería.

Lo habría hecho a ciegas.

Ramos, en su delirio, decidió fusilar a sus oficiales y suboficiales. Esa misma mañana. Aún tenía legañas en los ojos cuando dio la orden

de disparar. Fueron cuatro los ejecutados, el alférez Cuenca entre ellos. Los hizo matar delante de todos los presos. Fue, además de un ataque de ira, una advertencia. «Si esto es lo que estoy dispuesto a hacer con los mío, imaginaos de lo que soy capaz de hacer con escoria como vosotros», les espetó.

Tarrida y Atienza estaban entre los que se vieron obligados a apretar el gatillo. Era la primera vez que lo hacían sin obtener una compensación a cambio, en modo dinero o en días de permiso. En esa ocasión, la compensación era seguir con vida. Ni más ni menos. Tarrida disparó a bulto, con los ojos cerrados. No quiso mirar. Puede que su bala truncara alguna de aquellas vidas, o no. Nunca lo supo. Atienza sí disparó con los ojos abiertos, apuntó aposta dos metros por encima de la cabeza de su amigo Cuenca. No quería llevar su muerte sobre su conciencia. Pero de poco sirvió. Sería la mira del máuser, el tembleque de su mano izquierda, el maldito viento racheado o simplemente su penosa puntería, pero lo cierto es que la bala voló, como un obús, directa a la garganta de su amigo, atravesándole la tráquea.

Sin embargo, la funesta mañana no había hecho más que empezar. Los escoltas que tuvieron suerte salieron a la caza inútil de los fugados. Les llevaban demasiadas horas de ventaja, y la motivación que tenían para enfrentarse al hielo era entre nula y muy nula. La tropa que no fue agraciada con el paseo por el monte tuvo que enfrentarse a algo mucho peor: los interrogatorios y torturas arbitrarias a los presos que, paradójicamente, no habían intentado huir.

El absurdo del absurdo.

Inés no sabía qué estaba pasando más allá de las cuatro paredes de su celda de lujo, pero los gritos de los presos golpeados, quemados o acuchillados llegaban con claridad hasta ella. El viento huracanado azotaba con violencia la ventana amenazando con romper el cristal en mil pedazos. Pero los alaridos de los presos conseguían, por momentos, enmudecer el viento. O al menos estremecerlo.

Siguió atada toda la mañana, desnuda, llorando por el dolor que le entraba por los oídos. El llanto cruel de los esclavos, unido a su propia crucifixión, convirtió ese lunes, sin duda, en el peor de la vida de Inés.

Y el día no iba a mejorar.

La irrupción del comandante Ramos de vuelta en la celda no presagiaba nada bueno. Como así fue.

El mando tenía el rostro desencajado, pero no estaba borracho. Eso era una novedad, algo inhabitual. Claro que también lo era lo de haber ordenado fusilar a cuatro de sus hombres y torturar a decenas de reclusos.

No era un día corriente, se mirara por donde se mirase. Inés, inmovilizada como estaba, forzó sus músculos cervicales para observar a Ramos, y le pareció ver al monstruo llorando. No estaba segura del todo, pero casi. Sí, juraría que estaba llorando. ¿Era posible que quedaran vestigios de humanidad en aquel espécimen inhumano? Inés pensó que sí. Pero se hallaba lejos de estar en lo cierto. El alto mando del campo no lloraba por los subalternos a los que acababa de arrebatar la vida, y mucho menos por el dolor que en ese preciso instante sus esbirros estaban infligiendo a unos esclavos a los que él nunca consideró personas.

Lloraba por sus medallas.

Ramos había logrado su graduación militar gracias a la desidia. En aquellos tiempos convulsos era mejor no hacer que hacer. La inacción, en el seno del glorioso ejército de la Nueva España, era premiada con galones y condecoraciones. La única manera de ascender en el escalafón jerárquico era pasar desapercibido. No hacer ruido. El ruido creaba distorsión. Y la distorsión hacía que las cabezas rodaran.

El comandante violador temía por su cabeza. Treinta y tres presos que deberían estar bajo su tutela ya no lo estaban. Había ejecutado a sus cuatro oficiales en una pataleta digna de un carnicero. Los esclavos a los que estaba torturando no le importaban a nadie.

Podría haber hecho salchichas con la mitad de ellos, siempre y cuando eso no disminuyera el ritmo de la obra del pantano. La ecuación era sencilla: a menos presos empuñando el pico, más horas de jornada. No había más secreto. La presa y el pantano serían inaugurados en dos meses, aunque los reos sacaran el hígado por la boca. Los esclavos eran suyos. Sus vidas le pertenecían. Podía hacer con ellos todo lo que quisiera. Todo menos dejarlos escapar, como hizo.

El problema era la vergüenza. La fuga de treinta y tres presos era una vergüenza en toda regla. Y Ramos era plenamente consciente de que la noticia de su torpeza iba a correr como la pólvora. Ni unos muros tan gruesos como los de la presa que estaban ultimando serían capaces de contenerla. Los grupúsculos de milicianos rebeldes que seguían soñando con derrocar al dictador se encargarían de vocear la hazaña de los fugados. Era cuestión de horas que la crónica del desastre llegara a Madrid. Si no había llegado ya.

Primero el incendio. Luego la fuga. Y la guinda, la ejecución de los suyos.

Le iban a quitar el campo. Ramos lo tenía más que claro. Y no es que fuera a echar de menos aquel páramo infecto rodeado de alambradas. No era eso. Estaba seguro de que le despojarían de sus galones. ¿Y qué era él sin galones? Nada. Menos que nada. Se convertiría en un paria. Un apestado. Tendría que trabajar. En un trabajo de verdad, de los que nunca había ejercido. Pero ¿quién le iba a contratar?

A un repudiado por el glorioso ejército.

Ramos se sonó los mocos. Pensó que su única salida era la muerte. Si albergara un ápice de dignidad y un ápice de valor, o al menos uno de los dos, agarraría su pistola Astra 400 del calibre 9 y se volaría los sesos. Sabía que el arma haría bien el trabajo. Con aquella pistola había reventado docenas de sesos de rojos, de presuntos rojos o de falsos rojos, lo cual era indiferente para su hoja de servicio. Siempre de rodillas, siempre atados de pies y manos, y siempre obligándolos a mirarle a la cara mientras apoyaba el cañón de la Astra en su entrecejo. Le gustaba pensar que sería la última persona a la que aquellos animales verían antes de encontrarse con Satanás.

Pero el comandante Ramos rebosaba indignidad y cobardía a partes iguales, así que la opción honorable de acabar él mismo con su vida fue desestimada de inmediato.

Tenía que pensar un plan B.

Si la opción era seguir en el mundo de los vivos, debía procurarse un sustento. Para él y para su familia. Puede que ahí estuviera la clave. En su familia. Su esposa y su hija. Él llevaba años deslomándose en su puesto del ejército. Bueno, estaba el detalle de que su principal responsabilidad siempre había sido la de no hacer nada. Pero eso también suponía un desgaste. Físico y mental. Pero sí, él había cumplido su parte. A sus hembras no les había faltado nunca de nada. Como cuando tuvo que comprar al padre de una amiga de Federica la muñeca de trapo que su hija tanto anhelaba. Él siempre había dado el callo. Pero todo se había truncado. Él iba a caer en desgracia, si no lo había hecho ya. Y no por su ineptitud, la autocrítica en Ramos brillaba por su ausencia. La culpa siempre era de otros. Y en este caso lo tenía más fácil que nunca: la culpa era de los putos treinta y tres presos fugados. ¿Qué responsabilidad tenía él? ¿Acaso les había dado la idea de largarse del campo? ¿Había cavado el túnel con ellos? No. Era injusto culparlo, pero lo harían. Y por eso nunca más podría volver a ejercer un trabajo digno. Estaría marcado.

Así que les tocaba a ellas. A su mujer y a su hija. Podrían trabajar limpiando suelos de ricos. Lavando ropa de ricos. Comiendo pollas de ricos. Especialmente su hija Federica. La juventud cotiza al alza en el negocio del sexo.

Había visto cómo sus compañeros miraban a su cría. Un bombón de apenas dieciocho años. Sabía que varios de sus superiores la habían deseado. Y aunque se le revolvía el estómago al ver sus miradas lúbricas, nunca se lo reprochó. Él había deseado a muchachas de la edad de su hija. Centenares de veces. Era algo natural, por mucho que Dios se empeñara en lo contrario.

Sí. De repente el plan de prostituir a su hija le pareció la idea del millón de dólares. Podía sacar mucho dinero con ella. Tendrían que mudarse a la capital, allí había más demanda. No pretendía explotarla hasta la extenuación. La cuestión no era hacerse de oro, bastaba con sobrevivir. O lo que un tipejo acostumbrado al nivel de vida de Ramos entendía por sobrevivir. Tenía que ser selecto con los clientes. Caballeros con dinero y, sobre todo, discretos.

Al fin y al cabo, cuando se acabaran las vacas flacas, había que casar a la niña.

Ramos se sintió repentinamente aliviado. Si las cosas iban como presagiaba, sabía cómo ganarse las habichuelas. Convertirse en proxeneta de su propia hija era una salida como otra cualquiera. Seguro que su esposa estaría de acuerdo con él.

Superada la crisis, el comandante fijó su mirada en la silueta maniatada de Inés. Estaba eufórico por haber resuelto el problema de su subsistencia y quería celebrarlo como merecía.

Se puso en pie, se aflojó el cinturón y dejó caer el pantalón hasta las rodillas.

Era el momento de entrar a matar.

Para desgracia del propio Ramos, literalmente.

Podría decirse que fue su tercer golpe de suerte en apenas veinticuatro horas. Podría decirse, si se puede llamar suerte a que un violador de más de cien kilos de peso te aplaste contra los muelles del colchón, mientras su intestino delgado se desparrama junto a tu costado.

Inés tardó en procesar lo que le estaba ocurriendo. Había sentido el roce del pene de Ramos en su nalga cuando, esperando a que se produjera la estocada, un ruido ensordecedor retumbó en la habitación. De primeras no lo identificó como un disparo. Por desgracia, había oído muchos disparos, pero la mayoría de ellos, por no decir todos, procedían del exterior. Un tiro en una habitación cerrada, como acababa de suceder, no lo había oído nunca. Hasta ese momento. Hasta dos segundos antes de que la obesidad de Ramos la sepultara.

El peso del difunto hundió el lado derecho de la cama, y eso provocó que la atadura de la mano izquierda de Inés cediera. Gracias a ello la traductora pudo incorporarse levemente, aunque con gran esfuerzo.

En la puerta adivinó una figura femenina que esgrimía un máuser reglamentario cuyo cañón exhalaba humo. Por un momento pensó que podía ser la señora Ramos. Pero no. Luego creyó reconocer el rostro de Federica convertida en parricida. Pero tampoco. Solo cuando afiló la mirada logró identificar a la asesina salvadora.

La traductora que la sustituyó. La pobre desgraciada a la que, a los pocos minutos de llegar al campo, el comandante Ramos quiso dar la bienvenida con una penetración anal forzada.

Todo parecía apuntar que aquella no había sido la única.

22

Podría haber parecido un suplicio, incluso una heroicidad, pero la realidad es que no fue ni una cosa ni la otra. Portar al Maestro a sus espaldas ladera arriba lidiando con aquel temporal de mierda no fue especialmente farragoso. O no lo fue más que si no hubiese cargado con él. El viejo profesor pesaba tan poco que, más que ser una carga, su piel huesuda sirvió a Rojo de abrigo para luchar contra el frío polar y la ventisca.

La primera media hora del camino de regreso fue algo más peliaguda a causa de la retahíla de insultos que el Maestro escupió sobre Rojo. No le gustó que su viejo pupilo tomara la decisión unilateral de salvarle la vida. Y lo de escupirle insultos fue literal. El profesor, subido al lomo del exescolta, tenía la boca pegada a la oreja izquierda de Rojo, y cada nuevo improperio iba acompañado de un salivazo que empapaba su pabellón auditivo. El frío hacía que la saliva se congelara en cuestión de segundos en el cartílago del portador, que no tardó en perder sensibilidad en la oreja. Un alivio en toda regla.

Pasados los primeros treinta minutos, el Maestro se desmayó y la escalada hasta el caserón se volvió plácida. Sí, estaba lo del viento huracanado abofeteando su cara, el peligro de una muerte horrible por congelación y, claro, que apareciera un escuadrón de soldados

de los que, a buen seguro, ya habían salido a cazarlos. Pero, a pesar de todo, Rojo disfrutó de la caminata. Sabía que cada paso que daba sobre el tapiz de hielo podía ser el último. E, imbuido por un optimismo inusitado, pues Rojo nunca fue un tipo particularmente optimista, decidió celebrar cada uno de aquellos pasos como una victoria.

Empezaba a oscurecer. El radar del que estaba provisto su cerebro le condujo por la senda recién transitada: el cadáver escarchado del zorro, la cabaña de pastoreo sin techo y sin pastor, el árbol inclinado como si fuera un penitente, la roca que recordaba a un señor gordo… Y, un poco más allá, la casa de campo con el torreón que parecía desafiar a la gravedad. Llegaba más de una hora tarde.

Era el momento de descubrir cómo castigaban los anarquistas a los que desobedecen una orden. A escasos metros de la puerta, miró a su alrededor. Los pinos negros, que eran más blancos que negros, bailaban al unísono una danza hipnótica al ritmo del temporal.

No era mal sitio para morir, pensó Rojo mientras pateaba la puerta que unos segundos más tarde abriría el niño del santo y seña.

La reprimenda no fue para tanto. La capitana Caridad miró de manera desafiante a Rojo y le espetó que iban muy justos de munición, así que no iba a gastar una bala en un ser tan insignificante como él. Rojo siempre había visto como una ventaja lo de ser algo o alguien insignificante. Y desde crío puso todo su empeño en significarse como insignificante, cuanto más

insignificante, mejor. La invisibilidad cotiza al alza en tiempos de guerra. O de posguerra, como era el caso.

En ese sentido, la actitud de Caridad y sus milicianos desconcertó a Rojo. Se comportaban como si la guerra siguiera vigente. Como si no hubiera un bando vencedor y otro vencido. ¿Sería posible que no se hubiesen enterado de que hacía mucho tiempo que habían sido derrotados? Si era así, no iba a ser él el que les diera la funesta noticia. Pero no, no creía que esa fuera la razón por la que seguían empuñando un arma. Estaba casi seguro de que eran unos románticos. Había conocido a personajes de ese cariz, solo que nunca en persona. Los había conocido en las páginas de las aventuras que leyó en los pasillos de la librería del señor Matías. Y en alguna ocasión se sorprendió a sí mismo fantaseando con convertirse en uno de aquellos personajes que, armados con una daga, lidiaban batallas imposibles. Pero la fantasía siempre le duraba poco. Rojo era un chaval con los pies en el suelo, y aunque reconocía que la heroicidad era una valiosa aliada a la hora de conquistar mujeres, tenía la contrapartida de la muerte, que, por muy honrosa y épica que fuera, a él no le compensaba.

Antes del tímido rapapolvo de la miliciana, los compañeros de Rojo le habían ayudado a tumbar al Maestro en uno de los jergones dispuestos en el suelo. El viejo profesor desprendía un fuerte olor a fruta madura, a fruta que está cerca de malograrse. Les habría venido bien contar con un médico. Incluso uno que fuera medio cura, como el malogrado Esteban. Rojo hubiese dado todo lo que tenía, que era poco o nada, por tenerlo en ese preciso instante a su vera, cuidando de su viejo profesor. Se arrepintió de haberle matado. Si no lo hubiese hecho, podría regresar al campo y traerlo a punta

de pistola. Claro que para eso necesitaba una pistola que no tenía, pero igual la malencarada de Caridad le hubiese prestado una. A saber.

Todos contemplaban al Maestro envueltos en un sobrecogedor silencio. Lincoln, Ventura, Camilo y los demás evitaron que sus miradas se encontraran. No querían delatar sus pensamientos premonitorios, pero todos pensaban lo mismo. Todos menos Rojo.

¿Sería porque se había convertido en un romántico?

Rojo no se había percatado de que todos sus compañeros iban vestidos de paisano cuando volvió al caserón con el Maestro en la chepa. Se habían despojado de sus andrajosos trajes de esclavos para vestirse como seres humanos con una dosis moderada de dignidad. Minutos después, mientras él sometía el faldón de su nueva camisa de franela a sus también nuevos pantalones de pana, cayó en la cuenta de cómo los uniformes, sean los que fueren, despojan al ser humano de humanidad. De repente estaba rodeado de hombres, no de esclavos. Y más guapos de lo que eran antes de que saliera en busca del Maestro. Mucho más guapos.

Mientras Rojo se ataba los cordones de los zapatos, comenzó la reunión. La lideresa de nombre caritativo llevaba, como era de esperar, la voz cantante.

—Vais a dividiros en tres grupos de once. Y cada uno emprenderá una ruta propia. No podemos arriesgarnos a que vayáis juntos y que os topéis con un escuadrón nacional. Si uno de los grupos es apresado, los otros dos podrán seguir su camino. Las rutas están minuciosamente diseñadas con puntos de descanso y

avituallamiento, con sus respectivos equipos de apoyo. El objetivo es que los tres grupos crucéis a Francia en una semana, día arriba, día abajo. Hay mucha gente jugándose las pelotas para que esta fuga salga bien. Puede…, tiene que ser un golpe a la moral del puto régimen. Algo que los humille. Queremos que esto tenga repercusión en la prensa. En la nuestra, si alguien se atreve a publicarlo, pero sobre todo en la extranjera. Inglaterra y Francia están empezando a plantar cara a los fascistas. Queremos que todo el mundo sepa que aquí también podemos pararle los pies a Franco. Esta fuga tiene que ser un golpe en toda la línea de flotación de estos hijos de puta. Solo debéis manteneros con vida, y libres. —Caridad se tomó un pequeño respiro mientras oteaba a la marabunta de expresos—. ¿Alguna pregunta?

Había tantas que, si las hacían todas, el ejército nacional en masa irrumpiría en el caserón por la puerta, con o sin santo en seña. Así que el silencio se dio por bueno y la lideresa anarquista finiquitó la reunión.

—Bien. Ya es de noche. Dividíos en grupos. Sin tonterías, no estamos en el patio de un colegio. Tenéis dos minutos. En tres quiero ver vuestros culos saliendo por la puerta.

Los cabecillas de la fuga se juntaron de manera natural. Ventura, Camilo y el brigadista Lincoln eligieron a seis miembros más, al margen de incluir al Maestro en su selección. Siendo los únicos que le dirigían la palabra, Rojo probó suerte acercándose a ellos. La tuvo.

Los esbirros de Caridad distribuyeron mapas, brújulas y víveres a los distintos grupos. Los primeros veintidós fugitivos partieron en rutas divergentes cuando se cumplían los dos minutos concedidos. La premura, el miedo y la incertidumbre provocaron que la

despedida entre aquellos hombres que habían compartido un infierno y que probablemente jamás volverían a verse fuera menos emotiva de lo que cabría esperar.

El último grupo, el de Rojo, tenía que afrontar la disyuntiva de la que todos eran conscientes.

Qué hacer con el Maestro.

La democracia es una hija de puta cuando quiere. Y aquella era una de esas ocasiones. Los prófugos perdieron su condición de hombres libres por luchar por ella. Por defenderla con sus vidas. Y así se lo pagaba. Era como una broma macabra. Un chiste de mal gusto.

El dilema era el que era. Si votaban a favor, el Maestro quedaría abandonado a su suerte. Sí, con la promesa por parte de los milicianos anarquistas de que cuando las circunstancias lo permitieran, un médico le asistiera. O, lo que era lo mismo, nunca. Si votaban que no y esperaban unidos a que el profesor se recuperara, el riesgo era evidente. Los escuadrones que los acechaban no tardarían en dar con el caserón. No había que ser muy listo para saberlo.

Lo fácil era ampararse en el voto que el Maestro, si pudiese, ejercería. Nadie tenía la menor duda de que votaría que lo dejaran ahí. Rojo, en concreto, sabía que eso era precisamente lo que el viejo le había recriminado de manera expeditiva cuando él se empecinó en arrastrarlo a una salvación que no iba a ser. La cetoacidosis le estaba devorando por dentro. Aquel maldito palabro que Rojo jamás lograría olvidar. No solo por su excéntrica memoria,

sino por ser el asesino de su maestro, su mentor, su cicerone, y también su salvador.

Porque sí, el Maestro lo había salvado. No solo le había regalado una vida, le había regalado dos.

Puede que ese fuera el motivo por el que Rojo quiso salvar al Maestro cuando lo encontró bajo la encina, escarchado de pies a cabeza. Para equilibrar una balanza imposible de equilibrar. Ni trucando la vieja báscula en la que pesaba su Remington Portable Modelo 5 podría compensar todo lo que el Maestro había hecho por él.

El disfraz de persona normal de Ventura llevaba de complemento una boina típica de la zona. Esa iba a ser la urna electoral que decidiría la suerte del Maestro. Camilo distribuyó diez piedras pequeñas entre los miembros del tercer grupo de fugitivos. La mecánica no podía ser más simple. A puño cerrado, uno a uno, irían metiendo la mano en la gorra para dejar en ella la china, o no. Si después de votar todos había cinco o más piedras en la boina, esperarían a una más que improbable recuperación de su líder. Si había menos de cinco chinas, se despedirían del Maestro para siempre.

Diez piedras iban a dirimir la suerte del moribundo y de sus diez acólitos. Ni una piedra más ni una menos.

Llegó el momento de ejercer el envenenado derecho a voto. Ventura pidió a Rouco, el miliciano de mayor edad, que sujetara la boina ahuecándola para que no se notara si la china caía dentro o no. Solo el miliciano sabría, por el peso, si el puño se había abierto.

Nadie osaba ser el primero en meter la mano en la gorra, y quién sabe si la piedra. Como tantas veces había ocurrido, Lincoln tomó la

iniciativa. Aunque en esa ocasión le costó más que en ninguna otra romper el hielo. Cuando su mano estaba a escaso palmo y medio del birrete una voz se llevó por delante la solemnidad del momento.

—¿Qué cojones está pasando aquí?

Caridad intimidaba hasta cuando no lo pretendía, pero en esa ocasión lo pretendió, y le salió francamente bien. A más de uno se le erizó la piel y se le aceleró el pulso. Nadie se atrevió a interpelar la mirada de fuego de la lideresa roja. El silencio se extendió más allá de la paciencia de la mujer, que, poco amiga de perder el tiempo, prefirió tirar por el camino del medio.

—Rouco. Dime qué coño es esto.

El miliciano era un perro viejo y, como tal, cuando llegó a cierta edad decidió que su momento de movilizar a las masas había quedado atrás, y dio un paso al lado. Acomodado en el puesto de segundo, descubrió que era mucho más fácil obedecer las órdenes que darlas. Así que no iba a ser él quien desacatara la orden de su amiga, pero también superior directa.

—Están votando si se van sin el viejo o se quedan con él.

Caridad se mostró sorprendida.

—¿Qué viejo? —Miró hacia el jergón donde estaba muriendo el Maestro—. ¿Ese?

Rouco asintió. Los diez electores no tenían ni idea de por dónde saldría la mujer. Cada uno elucubró su propia teoría de lo que iba a ocurrir de manera inmediata.

Solo Rouco acertó. La conocía bien. Demasiado.

Caridad caminó con calma hacia el Maestro. Sacó su arma, una Beistegui M 3 de siete milímetros y medio, y disparó a la cabeza del hombre casi muerto.

Se la reventó.

—Cómo me jode desperdiciar una bala.

La lideresa se alejó, acarició el pelo de su hijo, que estaba comiendo una manzana, y subió las escaleras que llevaban a la planta superior.

Rouco tendió la boina a su propietario. Ventura tardó en agarrarla. Como él, Rojo y los demás, estaba estupefacto. Era imposible que lo que acababa de ocurrir hubiese ocurrido. ¿Había sucedido realmente?

Rojo era incapaz de tensionar uno solo de sus músculos. Su cuerpo estaba tan paralizado como el de su difunto profesor. Solo sus pupilas fueron capaces de moverse para seguir a Rouco, que se acercó a Ventura para ponerle su gorra sobre el hombro.

—Iros de aquí si no queréis que la jefa se enfade de verdad.

El miliciano miró a las diez almas encogidas, y luego al cadáver del profesor.

—Yo me encargo de enterrarlo.

—¡Ni en broma!

Rojo rehuía los conflictos desde que tenía uso de razón. Por eso fue el primer sorprendido por el arrojo con el que se enfrentó a Caridad. A pecho descubierto. Sin importarle las consecuencias. Con la adrenalina cabalgando en su lomo y dirigiendo sus pasos y sus palabras.

—¿Perdona? —Caridad no estaba acostumbrada a que la desafiaran. Menos aún un pelagatos como Rojo.

—No nos vamos a ir sin enterrarlo.

A los nueve compañeros del exescolta se habían sumado los esbirros de la lideresa. Todos contemplaban la contienda, que tenía pinta de terminar con una bala alojada en la sesera del imprudente prófugo.

—Os vais a ir porque os lo ordeno yo.

Caridad apretó los dientes, la mano derecha acariciaba la pistola. El cañón aún estaba caliente.

—Pues desacatamos.

—Sabes de lo que soy capaz.

—Sí. Lo acabo de ver. Pero también sé que no le gusta desperdiciar munición. ¿Qué va a hacer? ¿Malgastar once balas para matarnos a todos?

La lideresa ni se inmutó. Había jugado demasiadas partidas y las había ganado casi todas. No iba a perder contra un novato.

—En primer lugar, puedo mataros a palos. Exige mayor esfuerzo, pero se ahorra munición. Y, en segundo, no me trates de usted. Entre anarquistas no nos tratamos de usted. Somos todos iguales. ¿No eres anarquista?

—No. Soy de Calatayud.

Caridad arqueó las cejas.

—¿Y eso qué coño tiene que ver?

Rojo estaba en una huida hacia delante sin precedentes. Hablaba a la velocidad del rayo, su lengua le sacaba dos cabezas a su cerebro.

—No lo sé. A veces digo cosas que no sé por qué las digo. Supongo que es porque estoy nervioso y muerto de miedo. Pero también estoy enfadado. Como nunca lo he estado antes. Si fuera menos cobarde le abofetearía la cara.

Caridad miró a Rojo. La mujer dibujó una sonrisa que no venía a cuento. ¿Iba a esgrimir su pistola de nuevo? El exescolta estaba seguro de que sí. Bueno, por una vez se había comportado como aquellos héroes de las novelas que leía en la librería del señor Matías, pensó. Aquellos que casi siempre acababan muriendo.

—Hazlo. —La líder de la milicia cambió las reglas del juego a media partida.

Los testigos de la trifulca contuvieron el aliento. Prófugos y milicianos por igual. Si hubiese habido un corredor de apuestas como en los partidos de pelota vasca, no habría dado abasto.

—Abofetéame, y os dejaré enterrar a vuestro amigo.

Vale. Nadie habría apostado por esa opción. El corredor se habría forrado.

Rojo estaba totalmente desarmado. La adrenalina se había esfumado. Volvía a ser él. El Rojo se siempre. Su chorro de voz se convirtió en un hilo.

—¿Per… perdone?

—Que no me trates de usted, coño.

—Perdón.

—Dame un buen bofetón y entierras al viejo.

—No lo está… estás diciendo en serio.

Caridad no pudo evitar reírse. Miró a sus hombres.

—Rouco, ¿hablo en serio?

El segundo de Caridad miró a Rojo, que estaba a punto de mearse en sus nuevos pantalones de pana, lo que sería una desgracia.

—No sabe hacerlo de otra manera —aseguró el miliciano.

Caridad recortó la distancia entre ella y Rojo para ponerse a tiro de su mano derecha. O izquierda, le era indiferente.

—Demuéstrame que tienes cojones para darme una buena hostia. Ahora. Hazlo y os doy diez minutos para cavar una fosa.

La tensión se podía cortar con un cuchillo. A Rojo le dio el tembleque. Primero en un párpado, luego en una pierna, en la otra, después en las manos. Caridad parecía hablar en serio. En catequesis le habían enseñado que a las mujeres no se les pega mientras no desobedezcan al marido. Claro que aquella anarquista tenía poca pinta de haber pisado la parroquia del pueblo. ¿Debía explicarle que los no anarquistas no pegan a las mujeres que no se lo merecen, aunque sea un poco?

Caridad no iba a darle tiempo a eso.

—No tengo todo el día.

No. No lo tenía.

Y Rojo tampoco.

Lincoln y dos compañeros fueron los encargados de enfundar al Maestro en la muda treinta y tres asignada a la compañía de prófugos. No iban a enterrarlo con el sudario de presidiario. El Maestro había muerto como quiso, como hombre libre. Y como hombre libre iba a ser enterrado. La que sería su mortaja era un traje de domingo en bastante buen estado, pero humilde. De campesino que sacaba a relucir sus mejores galas para ir a misa de doce y luego echar un vermú en la plaza del pueblo. Eso en la época en que la gente tenía perras para echarse el vermú. Cabían dos Maestros en él. No porque las ropas fueran de una talla grande, sino porque el cuerpo del profesor se había consumido hasta quedar en

nada. No era exagerado decir que en su última semana de vida podía haber perdido más de quince kilos. La puta diabetes…

Los demás presos cavaron una fosa en la ladera oeste del caserón. La lideresa les había concedido diez minutos para inhumar el cuerpo, y eso requería una ejecución vigorosa y por turnos del proceso de vaciado de tierra, previa retirada de la nieve acumulada en el firme. Como siempre desde que abandonaran el campo, el viento iba a complicarles el trabajo.

A Rojo no le cabía en la cabeza lo que había ocurrido en el caserón. Caridad era de los suyos, ¿cómo pudo disparar con aquella frialdad contra un camarada, como los llamó en más de una ocasión? Pero los demás sí lo entendían. Todos habían sido soldados. Soldados de verdad, no como Rojo, que pasó la guerra tecleando una máquina de escribir y pesándola cuando se aburría. A Camilo le salió la vena didáctica y le contó a Rojo que para los anarquistas, y para los revolucionarios en general, el objetivo está por encima del individuo. La Revolución lo es todo. Y ese era el motivo por el que Caridad se había afanado en apretar el gatillo sin pestañear. A la mujer le habían encomendado la vida de los presos, no por la vida en sí, estaba claro que valoraba lo justo la vida humana, lo que era realmente vital era el éxito de la operación. La huida. La humillación al ejército franquista dependía de que la fuga de los presos del campo de San Martín cuajara como la nieve sobre el paisaje. Y si el precio era sacrificar a uno en favor de treinta y dos, la decisión era obvia. Caridad había recibido una orden, y la iba a cumplir al precio que fuera.

Solo en ese momento, Rojo comprendió qué significaba ser un soldado. Y se dio cuenta de que él nunca lo había sido, y nunca lo

sería. Ser un soldado no era llevar un uniforme con medallas y fusilar a muertos de hambre. Ser un soldado era matar a tu propia madre si así te lo ordenaban. Y estaba seguro de que Caridad habría sido capaz de hacerlo.

La fosa estaba casi terminada cuando Ventura rompió a llorar. Confesó sentirse culpable porque él mismo le había hablado a la cabecilla de la diabetes del Maestro. Quería creer que, si el profesor no hubiese llevado su sentencia de muerte en la frente, Caridad le habría dado una oportunidad. Pero saltaba a la vista que la diabetes le había ganado la partida hacía meses.

Se decía que en Europa se empezaba a sintetizar un remedio, que no una cura, para alargar la vida de los enfermos del mal del azúcar, pero ese remedio estaba a años luz de llegar a aquella España medieval a la que se había retrocedido gracias a la victoria de los golpistas. De no haber estado confinado en un campo de trabajo durante más de dos años, con atención médica y una alimentación adecuada, el Maestro podría haber alargado su vida unos años. Seis, puede que ocho. Con suerte diez. Pero en las condiciones en que le había tocado vivir, mejor dicho, malvivir, era un milagro que el hombre hubiese aguantado el pulso a la enfermedad tanto tiempo.

La tierra fue generosa con la premura impuesta a los presos, y los dos picos casi romos que los milicianos habían prestado a los prófugos no hallaron obstáculos en forma de roca, en la excavación de la tumba. Si hubiesen tenido que cambiar el emplazamiento de la sepultura, seguro que Caridad no les habría concedido una prórroga.

El lugar donde el Maestro iba a descansar para siempre estaba listo.

El viento seguía soplando con furia, pero en el preciso instante en que Lincoln salió del caserón con el cuerpo inerte en sus brazos, la ventisca decidió otorgar la primera tregua a los presos desde que asomaron la cabeza a la libertad. El silencio se apoderó del bosque de una manera sobrecogedora. El crujido de la nieve bajo los pasos del brigadista norteamericano sonó amplificado gracias al mutismo del cielo y de los pinos negros, inmóviles y cargados de nieve.

El cuerpo fue depositado en la fosa. No tenían palas, así que utilizaron sus propias manos para cubrir al Maestro con la tierra que estaba destinada a devorarlo. Las veinte manos no tardaron ni un minuto en hacerlo. Cuando el último grano de tierra aterrizó sobre la morada eterna del viejo profesor, el viento volvió al tajo con la misma cólera que antes. Puede que más.

Los diez se quedaron mirando fijamente el cúmulo de tierra y cada uno se despidió a su manera del Maestro. Más de uno rezó, aunque si le hubiesen preguntado lo habría negado de manera categórica. Los rojos no rezan. Rojo Rojo fue uno de los que le pidió a Dios que fuera indulgente con su viejo profesor. Que el hecho de que, como buen trotskista de oídas, no creyera en su existencia y pensara que la religión era un cáncer que había que extirpar sin contemplaciones, no significaba que fuera mala gente. Y que si le trataba bien, él se comprometía a rezar un padrenuestro al día.

Incluso dos.

Era hora de irse. Los diez debían recorrer una distancia de treinta y cuatro kilómetros antes de que fueran despojados del don de la invisibilidad que les otorgaba la noche sin luna. Cuando el niño del

santo y seña abrió el portón, Caridad miró a Rojo y le puso la mano en el hombro.

—Si quieres vengar la muerte de tu amigo, llega a Francia. Por mí no te preocupes, cualquier día me pegarán un tiro. Todos nos llevamos nuestro merecido.

Rojo escuchó con estupor la sentencia de la lideresa, y de repente sintió pena por la mujer que había ejecutado al héroe al que debía la vida.

Los prófugos abandonaron el caserón. Lincoln dio un empujón a Rojo, y los dos, en la retaguardia del grupo, salieron a la noche y al viento. Cuando lo hicieron, los ocho compañeros que habían partido antes que ellos estaban rodeados por una veintena de hombres armados.

La buena noticia es que no llevaban uniforme.

Caridad y sus esbirros salieron también al exterior. Sus armas y las de los recién llegados se saludaron en alto. Durante unos segundos la barbarie estuvo muy cerca de producirse. Una sola detonación habría orquestado una de las matanzas más absurdas jamás acometidas. Todos estaban en el mismo bando.

—Bajad las armas —espetó Caridad. Por primera vez, sus palabras temblaban.

—Os triplicamos en número —contestó el que parecía el líder de la guerrilla, con un acento catalán más que evidente.

—¿Quiénes sois? —preguntó Caridad, intentando hacer sostenible una amenaza que hacía aguas.

—Unos que quieren dar por culo a Franco.

—Como nosotros.

—Eso es bueno. Pero ¿no seréis del POUM? Eso sería malo. Odiamos a los trotskistas —amenazó el jefe catalán de los guerrilleros, apellidado Morera.

—Igual habríamos ganado la guerra si solo odiásemos a los que teníamos que odiar —esgrimió con autocrítica la anarquista.

Morera encajó la verdad. Luego miró a los prófugos disfrazados.

—Sabemos lo de la fuga. Nos han contado que entre los huidos hay un escolta del campo al que metieron preso. ¿Es cierto?

Las miradas de los fugitivos se concentraron en Rojo, que, de haber sido capaz, se habría hecho pequeño como un grano de arena. Pero no podía. O si podía, no sabía hacerlo, que para el caso era lo mismo.

La lideresa roja fue la primera sorprendida. Al ver que sus compañeros la miraban, se acercó a Rojo.

—¿Eres fascista?

—Ya le dije que soy de Calatayud. —Rectificó el usted—. Te dije, perdón.

Rojo se hizo gracia a sí mismo. No había nacido con el don del sentido del humor, pero ese comentario le pareció ocurrente, aunque nadie se rio. Una pena. Le hubiese gustado provocar una carcajada antes de que lo ejecutaran. Pensó que seguramente no tendría la suerte del Maestro y no cavarían una fosa para él. Los anarquistas no entierran a los fascistas, se los dan de comer a los cerdos. Pero allí no había cerdos, así que a saber qué barbarie dispondrían para sus restos mortales. Fuera como fuese, tener la certeza de que iba a morir junto a la sepultura del que consideraba su amigo y salvador le reconfortó.

Morera se acercó a Rojo no sin antes intentar firmar un armisticio con Caridad.

—¿Bajamos todos las armas?

La lideresa, tozuda como ella sola, dijo:

—Tengo órdenes de garantizar la fuga de estos hombres.

—Y yo de frustrarla.

La réplica de Morera no ayudó a aliviar la tensión. Pero sí la orden que, en un catalán cerrado, dio a sus guerrilleros para que bajaran las armas.

—*Baixeu la ferralla*.

Los milicianos de Caridad aguantaron sus cañones en alto deseando que la lideresa ordenara lo mismo.

Con un leve movimiento de cabeza, lo hizo.

Ya con las espadas envainadas, Morera se acercó a Rojo.

—¿Tú eres el escolta?

—Técnicamente hablando, el exescolta.

No creía que el matiz fuera a serle de ayuda, pero Rojo no era amigo de las imprecisiones. Y el hecho de estar más que seguro de que iba a morir en los próximos segundos no era un motivo para no corregir una imprecisión, por vana que fuera.

Morera miró a Caridad, y luego al grupo de prófugos. Era el momento de soltar la bomba. Sin paños calientes. Y lo hizo clavándole la mirada a Rojo.

—Tenéis que regresar al campo. Ahora.

23

Atienza y Tarrida fueron los encargados de liberar a Inés del peso asfixiante del cadáver. Para acercarlo a la puerta donde esperaba la camilla, tuvieron que moverlo haciendo la croqueta o, lo que es lo mismo, rodando sobre su eje. No había otra forma. La esposa de Ramos y su hija Federica contemplaron la tragicómica escena sin derramar una sola lágrima. Por algo sería. Para aliñar la macabra situación, el cuerpo sin cabeza de la traductora homicida yacía en el suelo, justo donde Inés la descubrió tras el primer disparo. El segundo fue para volarse la testa.

Atienza intentó ocultar con la sábana la desnudez de la traductora que seguía con vida, pero el intestino delgado de Ramos se enrolló en su mano izquierda y, al intentar desprenderse de él, se lio de tal manera que a punto estuvo de estrangularse a sí mismo con la víscera.

En ese momento Inés se desmayó. No fue una decisión voluntaria, pero, de haberlo sido, habría sido sumamente inteligente.

Nunca entendió por qué el día de los Santos Inocentes, la onomástica en que se conmemora la matanza de todos los niños menores de dos años de Belén orquestada por el rey Herodes, era

un día destinado a hacer bromas. Cuando a Rojo le contaron en catequesis el origen de la tradición, su cuadriculada cabeza casi vuela por los aires. ¿Hacer bromas para conmemorar un infanticidio? Se imaginaba a las madres y los padres de todos los bebés que fueron apuñalados, mutilados y descuartizados, y algo le hacía sospechar que a aquellos progenitores mucha gracia no les habría hecho la ocurrencia del monarca. Más aún cuando se enteraron de que el crío al que Herodes había pretendido matar se había ido de rositas y andaba por ahí succionando los pezones de su madre virgen.

No estaban en diciembre, y no era día veintiocho, así que Rojo descartó de inmediato que el mayor Morera, excombatiente de la 102.ª Brigada Mixta, una de las que perdió Barcelona, y actual maquis con guerrilla propia, les estuviera gastando una inocentada.

—El pantano se inaugurará justo dentro de un mes y veintitrés días. Y hemos sabido que el enano va a asistir al acto.

El enano era Franco, claro. Rojo nunca había oído llamar «enano» al Caudillo y le sorprendió de primeras. A veces olvidaba que en ese momento estaba en el otro bando. Pero lo estaba.

—¿Y qué tiene que ver eso con que nos pida que volvamos al campo? —preguntó Ventura, al que se le salían los ojos de las órbitas. Más o menos como al resto.

—No os lo pido. Os lo ordeno. —El maquis se mantuvo firme.

—¿Quién lo ordena? ¿Quién cojones eres tú? No hay autoridad en el bando republicano. No existe. Nos rendimos. Os rendisteis. No hay ejército, no hay jerarquía, no hay nada, catalán de mierda.

Camilo respiró agitadamente. Se habría quedado a gusto si hubiese pensado que su arrebato iba a servir de algo.

—No hay guerra, pero sí hay soldados. La batalla no ha acabado, camaradas. —Morera moderó el tono. Estaba claro que lo habían adiestrado para hablar a las masas. Y manipularlas.

—Claro que ha acabado. Y perdimos. Perdimos porque los españoles sois un puto desastre. Porque los fascistas eran uno, y nosotros éramos ochenta. Una bandera contra ochenta. Luchábamos más entre nosotros que contra ellos. —Lincoln expresó lo que todos sentían.

Morera sonrió, acercó una colilla a sus labios y le prendió fuego. La pausa dramática pareció meditada. Y lo era.

—Al yanqui no le falta razón, pero eso es el pasado, y el pasado no podemos cambiarlo. Pero sí el presente. Y el futuro. Porque la guerra solo ha terminado para los fascistas. Creen que han ganado. Y eso nos da ventaja porque los maquis seguimos luchando. No podemos dejar España en manos de esos hijos de puta. ¿Creéis que alguien va a venir a ayudarnos? ¿No sabéis lo que está pasando en Europa? Ellos ya tienen su guerra. Nosotros les importamos una mierda. Estamos solos. Y solos nos tenemos que librar del yugo de los que nos arrebataron el Gobierno y la libertad por la fuerza.

Caridad y sus milicianos se mantenían en un segundo plano, intercambiando miradas con mensajes dispares, aunque los ojos se concentraban, como no podía ser de otra manera, en la lideresa. Rouco y los demás la temían más que admiraban, y, si tras el discurso de Morera ella pestañeaba, todos lo harían. Y si sacaba el Beistegui del calibre siete y medio, todos la imitarían. Pero ni pestañeó ni sacó a pasear su arma. Simplemente habló.

—¿De dónde viene la orden?

—De fuera. De Perpiñán —contestó Morera de manera escueta y desafiante a partes iguales.

De la réplica de la jefa anarquista dependía que en el caserón se produjera una carnicería, o no. Fue no.

—Entonces hay que acatarla. Y uniremos nuestras armas a las vuestras para que estos hombres la cumplan.

Morera asintió satisfecho mientras en mundo se desmoronaba bajo los pies de Rojo, Lincoln, Ventura, Camilo y los seis desafortunados compañeros que se habían adherido al grupúsculo.

—¿Cuál es el plan? —La lideresa roja ya había tendido la mano a los maquis. Ahora solo quería operar.

Morera echó una mirada solemne a los diez condenados. Con parsimonia, mientras aplastaba con el zapato la colilla ya consumida, señaló a Rojo.

—Tú, el escolta, ¿cómo te llamas?

Por primera vez no tuvo miedo a pronunciar su apellido. Nunca lo había dicho en un entorno afín, como aquel. Casi se habría alegrado, si no fuera porque un loco comunista y una loca anarquista le iban a obligar a regresar al campo de concentración donde conoció la cara más oscura de la humanidad.

—Rojo. Me apellido Rojo. Y mi segundo apellido tam…

—Con un apellido me basta —le interrumpió Morera.

«Ya es mala suerte», pensó absurdamente Rojo. Para una vez que podía alardear de apellidos y de padres primos hermanos, va y no le dejaban.

—Rojo entregará a sus compañeros. —El maquis contó la fábula que iba a acontecer—. Con la fuga ya en marcha se dio cuenta de que no quería traicionar al ejército nacional, el que fue su casa, y

pasar a la historia como un traidor a España. Aprovechando la noche, redujo a varios de sus compañeros de huida. Mató a algunos, pero una veintena consiguió escapar. —Morera apartó la mirada de Caridad y se dirigió a los infortunados, contándoles lo que iba a ocurrir, les gustase o no—. Los que no, los nueve que estáis aquí, cruzaréis el portón del campo atados de pies y manos, con Rojo, en la retaguardia, apuntándoos con un máuser.

Rojo había leído infinidad de novelas de aventuras, no todas las del mundo, claro, pero sí muchas. En ninguna de ellas, y apostaría que tampoco en las no leídas, existía un protagonista que urdiera un plan tan demencial y suicida como aquel.

Morera se esmeraba en dar consistencia a una misión que, a criterio del exescolta, hacía aguas por los cuatro costados.

—Nosotros mismos os custodiaremos hasta el campo para evitar los escuadrones de búsqueda. Cuando estemos cerca del pueblo, montaremos el teatrillo. Ataremos a los apresados y daremos el arma a Rojo.

Se hizo el silencio. Era mucha información que procesar, y muy deprimente toda ella. Camilo fue el primero que se dio cuenta de que, por muy desalentadora que fuera, también era incompleta.

—Muy bien. Rojo es elevado a los altares de la Nueva España y nosotros somos ejecutados. ¿Y el enano? ¿Cómo afecta eso al enano? Porque yo veo a Franco correteando alegremente por su palacio tanto antes como después de que nos suicidemos.

—Esa es la segunda parte. Y la mejor. —Morera hizo una pausa dramática, más efectista de lo necesario—. Rojo será nuestro caballo de Troya para ayudarnos a perpetrar el atentado que acabará con la vida de Franco.

Eso eran palabras mayores. Si los presentes ya estaban escuchando en silencio al maquis catalán, después de poner sobre la mesa la muerte de Franco, el silencio se hizo atronador.

Morera quiso aprovechar la conmoción para dar la estocada final. Señaló a Rojo.

—El escolta será nuestro infiltrado en el campo. Con él y con los presos de más confianza, forraremos con dinamita los cimientos de la presa. Cuando el enano corte la cinta dentro de un mes y veintitrés días, los muros de contención volarán por los aires y, adiós, Franco, adiós, fascistas y adiós, Nueva España de los cojones.

Rojo miró a sus compañeros. Percibió un brillo en su mirada, en la de los nueve, que no logró descifrar. Imaginaba que tenía algo que ver con el hecho de que los condenaran a ir al matadero por su propio pie. No por lo farragoso y cansado que sería el camino de vuelta. Y absurdo, claro. No. Estaba seguro de que no era por eso. Era porque estaban tocando con la punta de los dedos la libertad y ahora les ordenaban desfilar, contra su voluntad, hasta el paredón.

Rojo, una vez más, se equivocaba. Y ya iban muchas.

Lincoln fue el primero en dar el paso al frente. Sus palabras tardaron en ser asimiladas por el cerebro ajedrezado de Rojo. En realidad, nunca llegó a descifrarlas. A comprenderlas. Él no pertenecía a la misma especie que aquellos hombres. Ni por asomo.

—Será un honor cumplir la orden, mayor.

El brigadista se cuadró y saludó militarmente con la mano. Volvió a sentirse soldado.

—A tomar por culo. Lo mismo digo.

El paso al frente de Ventura fue menos épico que el de Lincoln, pero, a efectos prácticos, igual de eficaz.

—Si mi muerte vale para que nos follemos al enano, será un placer.

Camilo fue el tercero en aceptar de manera heroica su destino, pero no el último. El cerebro de Rojo seguía intentando sintetizar lo que estaba ocurriendo, cuando los seis presos que habían tenido la desgracia de unirse al grupúsculo suicida imitaron a los primeros. Los nueve dieron el paso que los precipitaba por el acantilado. Y lo hicieron con una llama de orgullo en la mirada y una sonrisa en los labios.

Rojo no sabía cuánto valía una vida humana. Pero estaba casi seguro de que ninguna vida se podía, ni se debía, canjear por nueve. Ni la del puñetero Franco. Entendería que la vida del dictador fuera canjeable por otra. Por una. Lo que viene siendo un intercambio clásico: una por una. Pero en ningún caso la vida del que había sido su líder podía valer nueve vidas. De hecho, si era cierto que Franco era un enano, sería más justo que su vida se cambiara por media. A lo sumo por dos tercios. Pero ¿nueve? Ni de broma. Las matemáticas eran su fuerte. Y ni en aquel caserón perdido en medio de la nada ni en la mismísima Conchinchina, uno era igual a nueve.

—No.

Rojo le estaba cogiendo el gusto a lo de llevar la contraria. Y, en concreto, a llevar la contraria a gente armada con apariencia de ser de gatillo fácil. Hacía una hora escasa se había enfrentado a pecho descubierto a la miliciana Caridad, y ahora se enfrentaba a un mayor catalán que cumplía órdenes de un exiliado en Perpiñán. Las piernas le temblaron de igual manera al confrontar a Morera que antes le habían temblado ante Caridad, pero en esa ocasión Rojo tenía un as

en la manga. Una carta que no tenía cuando la lideresa roja le heló la sangre al convidarle a cruzarle la cara. ¿Cuál era esa carta?

Ahora él no era prescindible.

—No voy a hacerlo. No voy a ir al campo empuñando un fusil para ver cómo mis… —estuvo a punto de pronunciar la palabra «amigos», pero le pareció que estaba fuera de lugar y que, de hacerlo, podría ser tildado de oportunista— cómo mis compañeros son ejecutados. —Cambió de interlocutor al mirar a sus colegas, no lograba comprenderlos. Se desvió del plan sin darse cuenta—.Y a vosotros, ¿qué os pasa? ¿Estáis enajenados o qué diantre tenéis en la cabeza? Habéis… habéis sobrevivido al horror. Y ahora sois libres. Tendréis familia, amigos…, yo qué sé, gallinas a las que alimentar… ¿De verdad queréis tirarlo todo por la borda? ¡¡¡Que os van a matar!!!

Lincoln y compañía ni pestañearon. Rojo entendió que la demencial postura de sus compañeros era innegociable. No se iban a echar atrás. Respiraba agitadamente. Había perdido los papeles, y eso no era inteligente. No le hacía falta. Tenía que volver al plan. Clavó la mirada en los que portaban las armas. Era el momento de envidar.

—No lo haré. No volveré al campo.

Morera intercambió una mirada con Caridad que no presagiaba nada bueno. La miliciana tomó la palabra sin adivinar que Rojo, por una vez en su vida, iba un paso por delante. Puede que dos.

—Te dije que no me gustaba desperdiciar balas, pero, si no obedeces, lo haré.

Los hechos estaban sucediendo como Rojo había elucubrado. Eso no evitó que el tembleque de la voz se le sumara al de las piernas.

—Si me matas, ¿quién conducirá a los compañeros al campo? ¿Quién será el cabeza de Troya?

—Caballo. Se dice caballo —le corrigió el jefe de los maquis, aplaudiendo el movimiento en el tablero de Rojo y pensando su próxima jugada.

—Eso, caballo.

Caridad se arrepintió de haberle amenazado en balde. Las amenazas tenían que ser ejecutables, y la que formuló no se sostenía. No tenía pies ni cabeza. Se maldijo.

Lincoln quiso erigirse en convidado sorpresa del desafío.

—Puede que no te podamos matar. —Esa primera persona usada por el brigadista no profetizaba nada bueno. Nada bueno para Rojo —. Pero sí podemos romperte todos los huesos del cuerpo, uno a uno.

A Caridad y a Morera les cambió la cara, agradecidos por el inesperado capote del yanqui.

Rojo no recordaba, porque estaba seguro de que no se había producido, la clase del Maestro en que presuntamente los aleccionó sobre la cetoacidosis. Pero sí aquella vez que el profesor los llevó a un laboratorio donde, colgado de unos alambres, estaba expuesto un esqueleto humano que nunca supo si era de verdad o una réplica muy precisa. Ahí aprendió que el cuerpo humano de un adulto tiene doscientos seis huesos.

No hacía falta ser un genio para entender que la amenaza de Lincoln, en cuanto a lo de romper todos los huesos de Rojo en caso de no obedecer, no era literal. Doscientos seis son muchos huesos que romper. Pero la perspectiva de experimentar cómo le partían

una docena de huesos, o aunque fuera solo media, no era precisamente halagüeña.

—Queremos hacerlo. —Ventura clavó su mirada en Rojo—. Él habría querido hacerlo.

La referencia velada al Maestro hizo tambalear la convicción del exescolta.

—Lo sabes tan bien como yo. Habría ido de cabeza. Y de haberte oído decir lo que has dicho, te hubiese pateado el culo hasta que entraras en razón.

—No, no… —Las neuronas de Rojo estaban reunidas calculando el siguiente paso, no había nadie en el cuadro de mandos de su cabeza —. No puedo llegar allí y… y que os maten a vosotros y a mí no. No… No es justo. Yo nunca haría lo que estáis haciendo. Nunca sacrificaría mi vida por nada ni por nadie.

Rojo le sirvió en bandeja la réplica a Ventura, que sacó la artillería.

—Lo estás haciendo, idiota. En este preciso instante lo estás haciendo. Te estás sacrificando por nosotros. Casi no te conocemos, nos importas lo justo, si no llega a ser por el Maestro habríamos dejado que murieras congelado y no habríamos ni pestañeado. No te queríamos en el barracón ni en la fuga. Solo por las jugarretas y las mentiras del cabezota del Maestro ahora estás aquí. Para nosotros no has llegado ni a la categoría de grano en el culo. No eres nada. Y te estás jugando que esta gente te meta un tiro en el cogote para evitar que nos fusilen.

Se hizo el silencio de nuevo. Muchas miradas clavadas en Rojo. Demasiadas. Todas. El escolta sabía que una parte del discurso de Ventura era verdad, pero también que otra era mentira. El objetivo

del soliloquio era el que era, que reconsiderara su postura y aceptara regresar al campo siguiendo el guion que los maquis habían escrito.

Lincoln quería que eso ocurriera. Ventura quería que ocurriera. Camilo, los demás prófugos… Los anarquistas, los comunistas… Hasta las pulgas que se estaban dando un banquete en los jergones parecían querer que ocurriera. ¿Quién era él para oponerse? ¿Quién se creía que era? ¿Dios?

Había jugado a ser Dios con el Maestro. Le había pedido que le dejara morir plácidamente al amparo de aquella encina y, gracias a su intervención, el pobre diablo acabó muriendo dos horas después con una bala alojada en el cráneo.

Rojo estaba al borde del infarto. Su pulso, su tensión y su respiración estaban al límite. Todo pasaba muy lento y muy deprisa a la vez. Podía enrocarse, ir a por el jaque mate imposible o tumbar al rey y abandonar a los peones a su suerte. Porque a Rojo solo le importaban los peones. Le traían sin cuidado los milicianos que le rodeaban. Los de una facción y los de la otra. Le traían sin cuidado ellos tanto como sus pistolas. Solo le importaban los nueve. Por eso los miró a ellos. Solo a ellos.

—Tiene… Tiene que haber una manera de ejecutar el plan sin que os fusilen.

—Nos queda todo el camino de vuelta para pensar en ella. Si la hay, seré el primero en alegrarme.

Camilo puso la guinda a la reunión que podía cambiar la suerte de un país.

—Me violó repetidamente. Desde el primer día que llegué al campo. Cuando su esposa supo que me había dejado embarazada, decidió que el hijo iba a ser suyo. Me encerró, me ató como a un perro para asegurarse de que el bebé naciera en buen estado.

—Lo que me está pidiendo que le deje hacer va en contra de la voluntad de Dios.

—¿Obligar a una mujer a abrirse de piernas y a preñarla, no?

—La vida es sagrada.

—Y mi entrepierna, coronel. Esto es muy sencillo. O me quito al feto o me quito la vida. Una muerte o dos, y me llevaré a mi hijo al infierno.

Inés estaba ya de vuelta de todo. Había perdido todo lo que tenía que perder, y un poquito más. No le quedaba nada en el zurrón. Por ese motivo se atrevió a hablarle al coronel de la manera en que estaba haciendo. De la manera en que jamás le había hablado a nadie. No pudo evitar pensar en cómo habría sido su vida si en lugar de bajar la cabeza la hubiese alzado como estaba haciendo en ese preciso instante. Un pensamiento tan siniestro como injusto, pues arrojaba sobre sí misma la culpa, o parte de ella, de los infortunios que había padecido.

El coronel Trujillo había llegado al campo apenas cuatro horas después de que descubrieran el cadáver del comandante Ramos aplastando el cuerpo maniatado de la traductora. El alto mando no había vuelto a pisar la penitenciaría desde el día que el Marsellés reventó el corazón de su hijo. No iba a llorar el asesinato de Ramos, el comandante le parecía un imbécil. La única parte buena de que asesinaran brutalmente a su primogénito era que su familia no iba a estar ligada de por vida a la de aquel patán.

Sin embargo, que le destinaran al campo de San Martín del Río Cuervo fue, para el coronel, una noticia nefasta. Una concatenación de sucesos hizo que fuera el mando que estaba más cercano al campo cuando el Estado Mayor conoció la fuga de los treinta y tres, primero, la ejecución de sus oficiales, luego, y el asesinato de Ramos, después.

En principio, Trujillo llegaba al campo solo para apagar fuegos. Era una medida provisional, de emergencia. Pero él conocía muy bien las medidas provisionales y de emergencia. Una vez que restableciera el orden allí, había tantas posibilidades de que le mandaran a un destino digno de su graduación y hoja de servicios como que se olvidaran de él y dejaran que se pudriera durante años en aquel antro alambrado. Era una puñetera lotería.

Si quería explorar la posibilidad de largarse de allí cuanto antes, Trujillo tenía mucha faena. El menor de sus problemas era lo que Inés hiciera con lo que albergaba su vientre. Necesitaba una traductora y una secretaria, y disponía de muy buenas referencias de ella. Teniendo en cuenta que ante sí había un campo medio arrasado por las llamas, con un coronel violador al que habían ajusticiado, un doctor cura desaparecido, y treinta y tres presos correteando por el mundo libre, que hubiera a su lado alguien competente y que conociera el campo, o lo que quedaba de él, era algo que poner en la balanza.

Trujillo, además, no era un tipo especialmente religioso. De cara a la galería sí, claro. Como todos. Pero en él, el fervor religioso brillaba por su ausencia. Así que lo que ocurriera con el aspirante a bebé de Inés le traía sin cuidado. Pero las formas son las formas, y tenía que hacer sudar tinta a la traductora antes de autorizarla a que soltara

lastre en forma de aborto. En realidad, no podía permitirse el lujo de perder a Inés durante tres o cuatro días, que es lo que tardaría en recuperarse del aborto. Pero si la chica cumplía su amenaza de quitarse la vida, tardarían semanas en asignarle una nueva traductora a la que explotar también como secretaria. Y el nuevo fichaje podía salirle rana.

Había que tener en cuenta también el peligro de que Inés muriera durante la interrupción del embarazo, pero Trujillo pensaba mandarla a un doctor de prestigio, y con una tasa de supervivencia envidiable, que había hecho fortuna haciendo abortar a las hijas de los altos mandos del glorioso ejército nacional. Unas muchachas que fueron educadas para no quedarse preñadas ni tener relaciones sexuales antes de que Dios las uniera en santo matrimonio con el desgraciado de turno.

Inés, con las bendiciones de Trujillo, abandonó el campo cuando la noche tomó el relevo al día. Nadie pensó en lo poco afortunado que era que compartiera el auto con su carcelera, la esposa de Ramos, que estrenaba viudedad, y su hija Federica. Madre e hija iban a abandonar el campo de San Martín para no volver a él nunca jamás.

El viento azotaba con rabia el destartalado coche. El conductor sudaba tinta para contrarrestar con el volante los envites de las ráfagas huracanadas. Durante el trayecto, la conversación no fluyó. Era de esperar, dadas las circunstancias. Cuando llegaron al dispensario donde ejercía el abortólogo de confianza de Trujillo, Inés bajó del coche. Al hacerlo, se dio el capricho de pisar con el tacón el empeine de la viuda.

Solo fue un pisotón, obviamente incomparable con lo que la macabra comandante consorte le había hecho a ella, pero a Inés aquel pisotón le supo a gloria. A victoria.

La venganza y los pisotones son platos que se sirven fríos.

CUARTA PARTE

24

Sol.

Sí, después de semanas en que el astro rey ni estaba ni se le esperaba, sus rayos cálidos y tintados de oro llegaron al campo de sopetón, sin avisar ni llamar a la puerta. Si hubiese mandado una postal o escrito un telegrama, le habrían agasajado con la bienvenida que merecía. Pero no lo hizo, así que se quedó sin fiesta.

Las vacaciones que se tomó la estrella madre fueron más largas de lo habitual. Casi tres meses de cielo cenizo y aborrecible, seguidos por la gran nevada y con una traca final en forma de tormenta de viento, la más violenta que recordaban los viejos del lugar.

El sol tenía trabajo por delante en el campo. El primero y más inmediato, hacer desaparecer la nieve acumulada en el perímetro alambrado y, sobre todo, en las obras del pantano. No iba a ser cosa fácil.

El coronel Trujillo era un hombre optimista, y a pesar de que él no había sufrido el exilio voluntario del sol en aquel páramo, se lo habían contado, así que interpretó su regreso como una señal de buena suerte. La necesitaba para acometer la labor que se le había encomendado. Dos de los edificios destinados al destacamento habían sido pasto de las llamas, treinta y tres huéspedes del campo

habían tenido la ocurrencia de largarse a dar un paseo por el monte, y al oficial al mando le habían abierto un boquete en el estómago por violar y preñar a traductoras a diestro y siniestro. Así que, si la suerte se prestaba a echarle un capote, no iba a ser él quien le diera la espalda.

Había que arrimar el hombro, no quedaba otra. «Cuanto antes me ponga manos a la obra, antes saldré de este agujero», pensó.

La realidad es que la estancia del coronel en el campo tenía fecha de caducidad. Supuestamente. El día de la inauguración del pantano estaba señalado en rojo en el calendario. En siete semanas la faraónica construcción debía estar terminada.

El coronel tenía la esperanza de que, una vez inaugurado el pantano, el campo fuera desmantelado. Un campo de trabajo tiene sentido cuando hay trabajo. Es su razón de ser. Y en aquel rincón perdido del mundo, después de finalizado el embalse poco quedaba por hacer. En el pueblo había que arreglar una acequia, retejar la casa parroquial y cambiar cuatro bombillas. Nada que justificara la presencia de un destacamento de cerca de doscientos esclavos. Estos costaban dinero y, si no trabajaban, no se amortizaban. Era más barato pegarles un tiro que darles un chusco de pan. Así que lo que a unos y a otros les convenía era que el trabajo no faltara. De este modo, la lógica dictaba que, una vez finalizada la labor, los prisioneros fueran destinados a otros campos donde hiciera falta mano de obra a precio de saldo. O, lo que es lo mismo, gratuita. Ese era el mejor escenario para el coronel Trujillo. La disolución del campo, la dispersión de los reos y que él quedara liberado de aquel infierno y le asignaran un nuevo destino donde no le apeteciera cortarse las venas días sí, día también.

Pero por desgracia ese no era el único camino que podía tomar el futuro de Trujillo. Existía la opción de que el Ministerio de Obras Públicas tuviera la ocurrencia de arrancar una obra cualquiera: la construcción de un tramo de ferrocarril, una carretera, un viaducto o, la joya de la corona, otro pantano. Y en ese caso no era descartable que ocurriese el desastre: que Obras Públicas encargase al Ministerio del Ejército el traslado del campo de San Martín del Río Cuervo al emplazamiento que se terciara. Y eso implicaba el traslado de las instalaciones móviles, de los presos y de la tropa al completo. Con el alto mando incluido. O sea, él.

Que ocurriera una cosa u otra no estaba en manos del coronel. Y él lo sabía. Así que lo único que podía, y debía, hacer era ponerse manos a la obra. Dos tareas encabezaban su lista de prioridades.

La primera, como no podía ser de otra manera, era atrapar a los fugados y darles el escarmiento que merecían. De cara a ellos y, sobre todo, de cara al resto de los reos, para disuadirlos de emprender una aventura similar. Para esa tarea Trujillo solicitó tropas de apoyo provenientes de otros destacamentos, a fin de no dejar desguarnecido, en cuanto a efectivos, el propio campo.

Una de las medidas que estuvo tentado de tomar fue la ejecución de presos a modo de escarmiento. En el protocolo de actuación en caso de fuga en los campos de las colonias penitenciarias, había una medida que el coronel no hubiese dudado en tomar si no fuera por la inminencia del fin de las obras del pantano. Cada preso tenía asignado un número. Años atrás se obligaba a los presos a coser ese número en su uniforme de esclavo. El problema era que la tasa de mortalidad en los campos era elevada y los harapos con los que vestían a los presos se reciclaban para economizar suministros. En

los campos de trabajo de la Nueva España cuando un preso moría se iba de este mundo tal y como había venido. Se le echaba a la fosa común en completa desnudez y su uniforme era asignado al primer infortunado que ingresara en el mal llamado batallón de trabajo. Y, claro, la numeración ya no coincidía. Se probaron los parches, pero la ropa se deshilachaba y era peor el remedio, o remiendo, que la enfermedad. Ese fue el motivo por el que en la mayoría de los campos los uniformes dejaron de tener numeración. Pero sí los presos. Cada uno tenían un número. En Capitanía, como es lógico, había la relación de los números. Y cada preso había sido conminado a aprenderse de memoria el suyo. Cosa que no era muy complicada.

Pues bien, la medida que dictaba el protocolo era que cuando un preso se fugaba, el reo con el número inmediatamente superior y el reo con el inferior debían ser ejecutados. O sea, si el preso ciento once escapaba, los presos ciento diez y ciento doce pagarían por él. Aunque no supieran ni su nombre. Una medida siniestra y, por fortuna para los reos, imposible de aplicar dadas las circunstancias coyunturales del campo de San Martín. Perder a sesenta y seis presos, aparte de los treinta y tres huidos, significaba ver la nómina de trabajadores forzosos reducida a casi la mitad.

Y justo esa era la segunda cosa que, sí o sí, Trujillo debía acometer. Y con éxito. Terminar la presa en el plazo previsto. Poco importaba que la obra se hubiese diseñado y arrancado antes de que los fascistas tomaran el poder. La historia la escribe quien la escribe, y ese prodigio de la ingeniería era, e iba a ser, mérito única y exclusivamente del general Francisco Franco Bahamonde, de facto, padre y protector de la patria española.

Y llegar al día de la inauguración con el Generalísimo presto a cortar la cinta ceremonial, con las cámaras del *No-Do* enfocándole, y que no hubiese ni cinta, ni presa, ni pantano que inaugurar, era un lujo que el coronel no se podía permitir.

Entre otras cosas, por la querencia que tenía a conservar la cabeza sobre los hombros.

Trujillo no se lo podía creer. La bandera no subía. La puñetera enseña y su aguilucho estaban atrancados a media altura de la estaca de madera. Atienza estaba sudando tinta procurando que el trozo de tela se elevara, a sabiendas de que eso no iba a ocurrir. El cordel se había salido de la polea superior hacía más de un año y nadie había movido un solo dedo para subsanar la contingencia. Era una muestra, una más, de la dejadez que imperaba en San Martín desde hacía tiempo. Puede que desde siempre.

Los presos formaban delante de Trujillo con el susto metido en el cuerpo por las represalias que el nuevo capo del campo pudiera tomar contra ellos, en relación con los fugados. La nómina de escoltas y oficiales se había reducido sensiblemente. Los soldados que no habían salido en busca de los fugitivos, y los que no habían muerto en el paredón por orden de Ramos, formaban en primera fila atentos a las instrucciones del coronel y al combate que Atienza estaba librando con la bandera de la patria. El nuevo jefe del campo había ordenado que levantaran el brazo derecho y cantaran el «Cara al sol». Hacía mucho que no se cantaba en el campo, lo que era una irregularidad en toda regla. El himno fascista había llegado a su fin

dos veces y Trujillo había vuelto a arrancar las notas empecinado en no terminar el cántico hasta que la bandera arañara el cielo.

Decidido a que un palo y una cuerda no lo derrotaran, Trujillo, visiblemente molesto, interrumpió el canto para acercarse a Atienza.

—Soldado.

Atienza se cuadró como solo él sabía hacerlo.

—Señor. Digo, coronel.

—¿Qué cojones está pasando con la bandera?

—Pues que no sube, coronel. —Atienza pudo haber adornado la respuesta, pero la información era la que era.

—La bandera debe ser izada todas las mañanas y arriada al anochecer. —Trujillo elevó la voz hasta la antesala del grito. Quería que presos y tropa escucharan su conversación con el escolta.

—Correcto, coronel. —Atienza imitó el volumen empleado por Trujillo. Intuía que de aquella conversación no iba a salir nada bueno para él ni para nadie. Pero sobre todo para él.

—¿Cuánto hace que está atrancada? Cuando visité el campo semanas atrás, ¿ya estaba así?

—Uy, sí, sí. Por supuesto. Yo siempre la he visto así. A media asta.

—¿Y cuánto hace que sirve aquí, soldado?

—Catorce meses hace exactamente hoy, coronel. Lo recuerdo porque era el cumpleaños de mi madre. Una santa, créame. Es la luz que nos ilumina a mí y a mis hermanos cuando…

El escolta se vio interrumpido. A Trujillo le importaba tres pimientos lo que iluminaba a la mística familia Atienza.

—Es del todo intolerable que la bandera esté así. La bandera es lo que nos arropa. Lo que nos une a todos. Lo que nos hace uno. Lo

que nos hace grandes y libres. Sin ella no somos nada. Menos que nada.

El coronel dejó de disimular. Ya no miraba a su devoto interlocutor, sino al centenar y pico de hombres que formaban delante de él. Unos y otros tenían las cabezas gachas y las miradas clavadas en sus zapatos, como escolares temerosos ante la reprimenda del profesor de turno.

La fauna de aquel campo necesitaba un acicate, y Trujillo tenía la madre de todos los acicates, pero también órdenes de no hacerlo público. «Maldito voto de obediencia», pensó. No tuvo más remedio que recurrir a una vía intermedia.

—Dentro de unos días, poco más de un mes, recibiremos la visita de… —El acicate le quemaba en la boca—. De una personalidad insigne. Muy insigne. Y por mis santos cojones que cuando nuestro distinguido invitado esté aquí, se va a encontrar un campo muy distinto a este desastre.

El coronel hizo una prolongada pausa dramática que logró su objetivo. El miedo caló en los huesos de todos y cada uno de los cautivos del campo. Luego, el temor dio paso al desconcierto. Nunca habían oído a un alto mando hablar en esos términos. Y menos aún, en ese tono.

—Les pido disculpas.

Estupefacción. Varios de los presentes corrieron a comprobar que sus oídos no se hubieran taponado con cerumen. ¿Había dicho el coronel lo que había dicho?

—La culpa no es de ustedes. De los miembros de la tropa ni de los miembros del batallón. La culpa, la responsabilidad última siempre es del alto mando. En este caso, el infausto comandante Ramos.

Aquel hombre era un cáncer para el campo de San Martín del Río Cuervo. Su desidia, su desmotivación, incluso su crueldad, se propagaron por el campo como las ratas propagan la peste. Este batallón de trabajo, estos barracones, estas alambradas huelen a él. Apestan a Ramos. Y hay que eliminar ese hedor, cueste lo que cueste.

El discurso de Trujillo dibujaba un *crescendo* que se encamaraba hasta la cumbre de la épica. Eso sí, de una forma bastante peculiar.

—¿Quieren que les sea sincero? —Por supuesto nadie contestó. La sinceridad a menudo es mala consejera—. Los entiendo. Entiendo que les haya embargado la apatía y la indolencia. Y les va a sorprender lo que les voy a decir. —Sí. Claro que los sorprendió—. Entiendo a sus compañeros. A los que se fugaron. Yo en su lugar también me habría escapado. O al menos lo habría intentado.

El giro en el discurso del coronel hizo que los presos dejaran de mirarse el calzado para ver si el hombre que estaba pronunciando esas palabras era realmente un mando del ejército de la Nueva España o un comediante. Más de uno, de haber podido, habría apostado por la segunda opción.

Atienza intentaba aguantar el tipo como podía. El ejercicio de oratoria de Trujillo se estaba produciendo a escasos dos metros de él, lo que, al menos en cuanto a puesta en escena, le convertía en una especie de Sancho Panza del coronel. En su caso, se iba a cuidar muy mucho de abrir la boca y tirar del refranero popular para apostillar a su nuevo superior.

—Van a cambiar muchas…, muchísimas cosas en esta colonia. Quiero tropa y batallón motivados. Especialmente ustedes, los que forman parte de la comunidad penitenciaria. Creo que nunca les han

contado con rigor lo que están haciendo aquí, en este batallón de trabajo. Aquí no se cumplen penas, se crean oportunidades. Sueños.

A más de uno se le revolvió el estómago. De haber tenido algo que lo llenara, habría vomitado. Sin embargo Trujillo se sentía en racha. No era muy aficionado a hablar en público, pero esa cálida mañana se notaba inspirado.

—El sueño de una nueva vida. De una vida de orden, de fe, de honor. —Trujillo afiló el tono dándole una pátina de falsa humildad—. Todos cometemos errores. Yo cometo errores. Uno de ellos, creer que este campo estaba en buenas manos con el coronel Ramos a la cabeza. Pero todos merecemos poder enmendar esos errores. Ustedes, gracias a su trabajo, están creándose una segunda oportunidad. No sé cuánto tiempo nos queda para estar juntos, conviviendo en este campo. Las obras están llegando a su fin y tienen que sentirse muy orgullosos de lo que han hecho por España. Pero nos quede el tiempo que nos quede, me voy a esmerar en hacer de ustedes unos hombres de bien para cuando les llegue la hora de vivir al otro lado del alambre de espino.

Trujillo se cuadró mirando el trapo roído y descolorido que, a media asta, apenas ondeaba por la súbita falta de viento.

—Se lo juro por Dios, y se lo juro por Espa…

La épica se truncó a una sílaba del clímax. El revuelo en la garita de entrada fue mayúsculo. Varios escoltas levantaron sus máuseres con la torpeza de siempre.

Los que estaban formando, reos y soldados, otearon más allá del portón. Tardaron en procesar lo que estaban viendo. Unos más que otros, pero a todos les tomó su tiempo. La estampa no era fácil de dilucidar.

A unos cincuenta metros del campo, marchando hacia las alambradas, nueve fugitivos con las manos atadas a su espalda formando tres filas de tres.

Detrás de ellos, con la mirada firme y apuntando a sus compañeros con un fusil Carcano M91 con la bayoneta calada, el exescolta, expreso y exfugitivo Rojo los pastoreaba de vuelta al infierno.

25

El coronel Trujillo tenía los ojos clavados en el entrecejo de Rojo intentando ver más allá de su mirada. Tratando, en vano, de radiografiar su mente. Estuvo tentado de torturarlo para sacarle la verdad, pero temía que esa verdad no fuera la que a él le gustaría que fuera. España necesitaba héroes. Y si el relato del fugitivo era cierto, Trujillo tenía ante sí a uno de ellos.

Cuando le vio entrando en el campo con la bayoneta en alto, le reconoció al instante. No se olvida fácilmente al hombre que le da a uno la noticia de la muerte de un hijo. Recordaba incluso sus desafortunados apellidos. No se conoce todos los días a un Rojo Rojo. Pero lo que más recordaba era la puñalada en el vientre que supusieron sus palabras: «Un preso ha matado a uno de los escoltas. Al alférez Trujillo. El hijo de ustedes». Cuántas veces habían retumbado esas palabras entre las cuatro paredes de su cerebro. Cuántas…

Estaban en el antiguo despacho del comandante Ramos. Ahí donde Rojo escuchó su condena unas semanas atrás. Ahora las tornas habían cambiado. Si aquella reunión supuso su descenso a los infiernos, esta podía, debía, significar su redención.

Pero Trujillo era perro viejo. Y listo. Y el relato de Rojo era tan absurdo que, por ese mismo motivo, tenía que ser cierto.

—Necesito que me lo vuelvas a contar.

El coronel quería creer. Necesitaba creer.

—¿Todo?

—Lo importante.

—Todo lo que le he contado me ha parecido importante. Si no, no se lo hubiese contado.

El fugitivo había estado trabajando en su nuevo personaje durante el camino de regreso al campo. El arrojo y la seguridad en sí mismo eran dos de sus atributos.

—No te pases de listo, Rojo. Si te mando al paredón con tus amigos me quito un problema. Digo que os he atrapado a los diez y me dan una puta medalla. Puede que dos.

Rojo tragó saliva, no era el momento de arrugarse. Estaba ante la actuación de su vida. Había pasado alguna que otra prueba, como cuando le siguió la corriente al Maestro para que le admitieran en el barracón número tres. Pero este era su debut en solitario. El libreto estaba escrito, había tenido tiempo para armarlo con la ayuda de sus compañeros, de memorizarlo y de integrarlo. Pero ahora estaba solo. No tenía ni al Maestro ni a nadie en quien apoyarse. De su pericia dependía que el sacrificio de sus nueve compañeros y el suyo hubiese valido la pena. Tenía que hacerlo bien. No podía no hacerlo bien. No. Esa no era una opción.

El coronel volvió a la carga.

—¿Por qué?

—Ya se lo he dicho.

—Soy duro de oído.

—Me dejé llevar. Ramos me acusó en falso. Me repudiaban unos y otros. No iba a durar una semana con vida. Cuando robé los

pasaportes no tuvieron otro remedio que dejar que me fugara con ellos. Mi intención era cruzar a Francia e ir donde fuera. El comandante me convirtió en un proscrito. Iba a abandonar el grupo cuando esos comunistas nos encargaron poner una bomba en la basílica del Pilar. Luego nos subirían a un camión para cruzar los Pirineos. Nos dieron los explosivos para que fuéramos para allá. Cuatro días y llegaríamos a Zaragoza.

—¿Y decidiste convertirte en héroe?

—Decidí que no podía dejar que decenas de personas murieran. Puede que cientos. No le voy a engañar, no me sentía en deuda ni con el ejército, ni con la Nueva España ni con nadie. Los míos… —recalcó—, ustedes me dieron la espalda y me trataron como si yo fuera basura. Pero sí me sentía en deuda con mis principios. Y con Dios. Mi libertad no vale la muerte de nadie. Y si mis compañeros estaban dispuestos a canjear sus vidas por las de todos esos inocentes, aquí, en este campo es donde merecen estar. Por eso los desarmé y los traje de vuelta.

Trujillo necesitaba un momento. La botella de coñac de Ramos parecía un buen aliado para discernir si creía a Rojo o no. Se sirvió un trago generoso.

—¿Dónde están los explosivos que os dieron? Esos con los que se supone que teníais que volar la Pilarica.

—En el mismo lugar donde reduje a los nueve hombres con los que vine. Cerca de una aldea llamada Maldá.

—Y supongo que si mando un escuadrón allí encontraré la dinamita.

—Si en estos tres días nadie se la ha llevado, sí.

Rojo Rojo se mantenía firme en su relato. Aunque le temblaban todas las vísceras, su interpretación era digna de una estrella de cine. Tenía que replantearse seriamente lo de dedicarse a ello.

Trujillo bebió una nueva dosis de coñac.

—¿Si se lo pregunto a los presos me contarán la misma historia?

—Solo si dicen la verdad.

La ópera prima de Rojo llegó a su fin. Estaba en el proscenio plantado ante el público, Trujillo, que debía dirimir. Aplausos o tomatazos. Vida o muerte. Poco más podía hacer ya. Rezar, sí. Pero siempre se le olvidaba en los momentos en que debía hacerlo. Tenía que hacérselo mirar.

—Que te den un uniforme.

El primer impulso de Rojo fue alegrarse. Creía que había superado la prueba. Pero luego le entró la duda. Había dos tipos de uniforme en aquel campo. El de escolta y el de presidiario. Estaba casi seguro de que Trujillo se refería al primero, pero ¿y si se refería al segundo? Tendría su gracia que pidiera uno en lugar del otro. Y tal y como funcionaba el campo, era más que posible que se lo dieran. El que pidiera. «Así que, puestos a elegir, mejor el de escolta», se dijo.

Sí. Eso iba a hacer.

Rojo se cuadró y saludó marcialmente. Si Trujillo le había restituido como soldado del glorioso ejército de la Nueva España, eso es lo que tenía que hacer. Cuadrarse y saludar de la manera más marcial y castrense que fuera capaz. Y si, por el contrario, su destino era enfundarse de nuevo el traje de esclavo antes de pasar por el paredón, pues, bueno, el saludo militar no le iba a hacer mal ni a él ni a nadie.

Le quedaba un segundo asunto que tratar con Trujillo, uno de vital importancia. Pero no venía a cuento hacerlo hasta que supiera en qué lado de la alambrada le tocaba jugar a partir de ese momento. Por fortuna, mientras Rojo se encaminaba hacia la puerta con la duda en la cabeza, el coronel acabó con la incertidumbre.

—El idiota de Ramos fusiló a un alférez. Cuenca, creo que se llamaba. Que te den sus galones. A partir de ahora eres mi suboficial. —Trujillo le atravesó con la mirada—. No hagas que me arrepienta.

Con eso no contaba. Ni que Cuenca hubiese pasado a mejor vida a manos de Ramos, ni, por supuesto, que su interpretación no le valiera solo la restitución, sino un ascenso. No se alegraba de heredar el rango de un muerto, pero entre que este quedara huérfano, o fuera él su nuevo y legítimo propietario, pues mejor la última opción.

El peso de sus nuevos galones hizo que, bajo el umbral de la puerta, se decidiera a tratar la segunda cuestión que hacía unos segundos había decidido no tratar. Era el momento.

—¿Puedo pedirle algo, coronel?

Trujillo arqueó las cejas mientras besaba de nuevo el coñac.

—Acabo de convertirte en hombre libre y te he ascendido a oficial. ¿No te parece que he sido ya suficientemente generoso?

—Oh, sí, coronel. Mucho. La verdad es que no lo esperaba, no le voy a engañar. No, no quiero nada más. Para mí.

Rojo estaba nervioso pero se esforzaba en ocultarlo. Lo que iba a demandarle a Trujillo podía truncar su carrera como oficial a los pocos segundos de haber arrancado. Pero tenía que hacerlo.

—Quiero solicitarle que no ordene ejecutar a los fugitivos.

Trujillo estuvo a punto de atragantarse.

—¿Qué?

—Que no los mate. El paredón es una recompensa que no merecen. Me trataron como un perro hasta que los desarmé uno a uno. Quiero que sufran. Verlos vomitar sangre mientras terminan la obra del pantano. Verlos arrastrarse.

Trujillo miraba a Rojo perplejo, que se lo jugaba todo a una carta.

—Sé que lo que hicieron merece la muerte y que tienen que servir de escarmiento ante los otros presos. No le pido que no los mate, le pido que posponga su ejecución hasta que se termine la obra. Que sufran, que deseen morir. Y si me concede el honor, después de la inauguración de la presa yo mismo apretaré el gatillo.

Si el uniforme que le dieron la primera vez que ingresó en el campo era dos tallas más grande que la suya, el uniforme del enjuto, y difunto, alférez Cuenca era dos tallas menor. Insistió para que le dieran otro uniforme, uno a su medida, al que él mismo bordaría los galones de Cuenca. Era hijo de sastre, aprendió a coser antes que montar en bicicleta. Pero los compañeros de Intendencia no le hicieron caso y se quedó con el uniforme enjuto. Más tarde, mientras se estaba cambiando en el barracón que la tropa había tomado prestado a los presos tras el incendio, cayó en la cuenta del error que había cometido: pidió otro uniforme en lugar de ordenar que se lo dieran. De repente era un maldito oficial del glorioso ejército español, tenía que acostumbrarse a dar órdenes.

Su nueva e inesperada posición privilegiada en el organigrama del campo era un regalo caído del cielo que estaba seguro de que le iba

a facilitar el cumplimiento de la misión que se le había encomendado: acabar con la vida de Franco. Sus flamantes galones le exoneraban de dar explicaciones a nadie. Bueno, a casi nadie a excepción del coronel. Pero Rojo sabía por su experiencia que el alto mando del campo tenía ocupaciones más elevadas que inquietarse por lo que ocurría entre las alambradas. Robar, traficar con mercancías y con influencias, y desviar fondos en beneficio propio eran ocupaciones que llevaban su tiempo.

El catalán Morera, el más maquis de los maquis, había dejado claras las instrucciones. En el pueblo tendría un contacto, que, cada día, a la vuelta de la jornada de trabajo en la presa, le daría cuatro cartuchos de dinamita a Rojo. Lo único que el recién ascendido alférez tenía que hacer era quedarse en la retaguardia de la formación, agarrar la dinamita y almacenarla en un lugar seguro en el campo. Rojo decidió que aquel lugar seguro iba a ser el agujero donde el Maestro guardó los pasaportes, las letrinas. Era un buen sitio.

Más compleja sería la ejecución de la segunda parte del plan: colocar la dinamita en los cimientos de la presa, cablear los cartuchos y conectarlos a un detonador que llegaría más adelante. Para eso era importante mantener con vida a los presos con los que regresó al campo. De ahí su insistencia ante Trujillo en lo de evitar su ejecución. A Rojo no le gustaba que la gente muriese. Bueno, por causas naturales le daba pena, pero era ley de vida. Sin embargo, ver truncar una vida porque sí no era de su agrado. Y a aquellos desgraciados que le habían acogido solo porque se vieron obligados a hacerlo a instancias del Maestro, les había tomado cariño. Pero, por encima de todo, los necesitaba para ejecutar el plan.

La gran paradoja era que quería salvar unas vidas para acabar con otra. La de Franco. Aunque no lo explicitara, al principio eso le incomodaba. Ya no por el aprecio o desprecio que le tuviera al Caudillo. Desde el punto de vista matemático no había dudas: una vida a cambio de nueve.

Pero después, durante el camino de vuelta al campo, en una conversación no muy larga, Ventura le abrió los ojos en cuanto a lo que Franco representaba y lo que era. Ventura, que llegó a ser diputado del Frente Popular, le contó muchas cosas que Rojo desconocía. Pero lo peor es que le contó muchas que sí sabía pero que había decidido obviar o simplemente fingir que jamás habían ocurrido. Franco no había salvado a los españoles de los republicanos, había salvado a las clases adineradas y privilegiadas. No se había alzado, había usurpado. Había atacado y derrocado un gobierno legitimado en las urnas. Y, para preservar los privilegios de unos pocos, había sumido a toda la población en una guerra fratricida. Ahí fue cuando Rojo sintió una vergüenza tan desmedida que le persiguió hasta sus últimos días. Vergüenza por haberse dejado llevar. Por no haber levantado la voz, por haber anestesiado su cerebro con tal de esquivar la bala.

Rojo había sido advertido en más de una ocasión contra los discursos de los rojos. Sabía que su oratoria encandilaba como el canto de las sirenas. Pensó que bien podía ser que esa breve conversación con Ventura fuera solo un acto de proselitismo, pero le dio igual. Se convenció de que, a partir del momento en que el portón del campo se abriese ante ellos, empezaría la cuenta atrás. Y solo había dos escenarios posibles: una España con Franco y una España sin Franco.

Si de él dependía, la segunda era la que iba a cristalizar.

Mientras se desabrochaba el último botón de la guerrera, Atienza y Tarrida irrumpieron en el barracón. La imagen de Rojo enfundado, o mejor dicho embutido, en el breve uniforme de Cuenca los conmovió.

—Así que es cierto…

Las cuatro palabras que esgrimió Tarrida tenían un deje de burla y otro de envidia. Por su parte, Atienza, adiestrado en el sometimiento a la escala de mando, se cuadró y saludó con la poca gracia de siempre.

—Alférez Rojo.

—No seas lameculos, Atienza. Este cabrón nos acusó ante el Estado Mayor. Si Ramos no hubiera interceptado su carta nos habrían metido a todos en la cárcel.

—No hables así. Es un superior.

Atienza era la prudencia hecha persona, un superior era un superior. Fuera Rojo o el mismísimo Satanás.

Era momento de actuar de nuevo. Rojo le estaba cogiendo el gustillo al arte de la interpretación. Cada vez tenía mejor armado a su personaje. El alférez Rojo tenía poco que ver con el preso Rojo, y nada con el escolta.

—Soldado Tarrida. Esto puede ser muy fácil o muy difícil. Vuelve a hablar de mí en esos términos y te mando a galeras con un traje de presidiario. No es una amenaza, es una promesa.

Sí. Lo estaba clavando. A Tarrida estuvo a punto de escapársele el pis mientras Atienza tenía la mandíbula desencajada.

Rojo podía haber acabado ahí su intervención, pero se sentía en racha. Y cuando uno se siente en racha, hay que seguir jugando. A pesar de que las pulsaciones estén por encima de las ciento cuarenta por minuto.

—Necesito dos escoltas de confianza. Podéis ser vosotros o pueden ser otros. Si os lo ofrezco es porque me sé vuestros nombres y os he visto tocándoos la colita mientras veías la película de la tía Encarna.

Nunca jamás el Rojo auténtico habría hablado de ese modo: ¿tocándoos la colita?

—Que no era mi tía… —Atienza se arrepintió de inmediato e intentó, absurdamente, subsanar el daño—. Señor. Mi tía, señor.

—¿Qué sacamos nosotros? —A Tarrida le costaba procesar el cambio de rol y, sobre todo, de actitud de Rojo.

—Carta blanca. Mientras no me toquéis las narices, podéis hacer lo que os dé la santa gana en lo que se refiere a comida, medicinas y demás suministros para la tropa.

A Tarrida le chirrió la parte final del negocio que les ofrecía Rojo.

—¿Para la tropa? ¿Y qué pasa con lo de los presos?

—Toca un solo grano de arroz de esa partida y te mando al pelotón de fusilamiento.

Tarrida y Atienza se miraron confusos. No hizo falta que formularan la pregunta que resonaba en sus cerebros huecos.

—En menos de siete semanas las obras de la presa tienen que estar terminadas. Y ni vosotros ni nadie va a impedir que eso ocurra. Necesitamos a esos animales al doscientos por ciento, y eso implica que ellos tienen que estar bien alimentados y nosotros bien surtidos

de medicinas por si las necesitan. No nos podemos permitir que el día de la inauguración el pantano no esté terminado.

Los escoltas encajaron la noticia.

—Disculpe, alférez. Señor. —Atienza seguía titubeando—. ¿Y lo del tema de la paga? Eso no afecta a la buena salud de los presos ni a su rendimiento. Y es un complemento de nuestro exiguo sueldo. Siempre lo ha sido.

Los esclavos eran remunerados por el trabajo forzado. Una remuneración que era un chiste. El Ministerio del Ejército pagaba a cada preso de los batallones de trabajo dos pesetas al día. Una nómina ridícula que iba acompañada de letra pequeña. De las dos pesetas el ministerio se quedaba una y media en concepto de manutención y derecho de pernocta. Comer tres sardinas y cuatro garbanzos, y dormir en una cochiquera llena de pulgas costaba al día eso, una con cincuenta. La media peseta restante era para los gastos de los esclavos. Ahí el segundo chiste. Primero, no había nada con que gastar ese dinero. Luego, ninguno de los presos, incluido Rojo en su etapa de reo, vieron jamás ni uno solo de esos céntimos. Los incautaba la tropa. Era como una tradición. De mierda, pero tradición.

—Podéis seguir rapiñando el dinero —sentenció Rojo, consciente de que lo importante era mantener con vida a sus amigos, no cuánto dinero les robaran del bolsillo. Había que priorizar.

Tarrida se olió algo más allá de las palabras de Rojo. El interés por parte del alférez en no fallar en la fecha de entrega de la presa le hizo sospechar que lo que se rumoreaba por ahí podía ser cierto.

—El coronel nos dijo que íbamos a recibir una visita ilustre para la inauguración. —Dudó si pronunciar el nombre o no—. Se trata de…

—Las cuerdas vocales le atenazaron en el último suspiro.

—Es —se limitó a sentenciar Rojo hinchando su pecho y llevando al límite de la sobreactuación a su personaje.

Los dos soldados se miraron de nuevo. Sus rostros no eran los mismos que hacía un minuto.

—Solo para tenerlo claro… Estamos hablando de… él. —A Atienza le percutía la voz como un motor de dos tiempos.

El alférez, más solemne que nunca, asintió. Aprovechando la ola, clavó la mirada en su entregado público.

—¿Cuento con vosotros o busco a otros?

—Sí, sí. Cuenta conmigo, Rojo. Digo, alférez. Digo, señor. —Atienza no dudó, aunque el tembleque de su tráquea hizo que sus palabras sonaran más que titubeantes.

Rojo encajó el sí del devoto soldado. Luego miró a Tarrida, que se tomó un tiempo antes de mostrar su conformidad, tal y como ya había hecho Atienza. No fue una pausa fundada en motivos dramáticos, sino porque le costaba asimilar lo que estaba ocurriendo. El nuevo Rojo. Franco en el campo. Era mucho. Mucho para él y para cualquiera. Finalmente, habló.

—A sus órdenes, señor.

Tarrida se cuadró y, al poco, esbozó una sonrisa.

Justo en ese instante sonó la corneta infumable tocando a retreta.

—A dormir. Mañana será un día largo. —Rojo se dio media vuelta para tumbarse en uno de los camastros.

—Y bien largo. A las seis nos han citado en el paredón. —Atienza liberó la hebilla de su cinturón.

Rojo se puso en alerta.

—¿A las seis?

—Sí. El coronel ha dado la orden de ejecutar a los hombres que trajiste de vuelta. Paga el doble que Ramos. Deberías apuntarte —sugirió el devoto soldado.

—Pero… Si… —a Rojo se le cayó el mundo a los pies— Trujillo me dijo que no los iba a ejecutar.

—Pues ha cambiado de opinión.

Tarrida se quitó la guerrera y se sentó en su lecho. Al librarse de las botas un hedor nauseabundo a pies inundó a lo largo y a lo ancho el barracón.

¿Sería ese el motivo por el que no se veía una sola rata por ahí?

26

Las matemáticas salvan vidas. Rojo lo sabía a ciencia cierta. En los años que pasó junto a su entrañable Remington Portable Modelo 5 mecanografió en varias ocasiones estrategias de combate. No era concebible planificar una batalla obviando las matemáticas. Bueno, concebible sí era, siempre y cuando lo que buscara uno fuera una derrota fulminante.

Rojo estaba convencido de que su discurso sobre «ver cómo los fugados sufrían como perros trabajando de sol a sol antes de que él mismo los ejecutara» había convencido al coronel. Por eso su sorpresa fue mayúscula cuando se enteró por boca de Atienza de que la ejecución seguía programada en hora y forma.

La noche se hizo corta. Casi fugaz. Rojo no pegó ojo. Armado con una libreta y un lápiz, el alférez se encomendó a la santísima Virgen de la aritmética para conseguir salvar la vida de sus antiguos compañeros del barracón número tres. Los nueve fugitivos que se habían inmolado aceptando la delirante orden de regresar el campo para que los fusilaran en aras del éxito de un plan del que no había garantías de que fuese a salir bien.

Tenían que pasar muchas cosas para que la misión triunfara. Y una de ellas era que los condenados no murieran en el paredón.

Los nueve formaban una hilera perfecta. Lincoln, justo en el medio, imponente como siempre e intentando transmitir con su rostro toda la indiferencia de la que era capaz. Flanqueando al brigadista, Camilo y Ventura. Camilo más entero. Ventura intentando mantener la compostura, pero aguantando las ganas de llorar. Los seis infortunados a los que había tocado completar el grupúsculo de la muerte formaban también con la mayor de las dignidades. Su muerte era inminente, sí. Pero no complacerían a aquellos fascistas regalándoles su miedo. Aquella batalla, la última, iban a ganarla.

Frente a ellos, nueve soldados. Entre los cuales, cómo no, Atienza y Tarrida con el dedo en el gatillo de su fusil, prestos a cobrar su recompensa.

Trujillo, con cara de sueño, levantó la mano listo para dar la orden de disparar. Al hacerlo se dio cuenta de que la bandera del patio seguía ondeando a media altura. Le llevaron los demonios y pensó en posponer la matanza hasta que fuera izada, pero le pudo la compasión por aquellos pobres diablos que se esforzaban por mantener la dignidad en el paredón ante la inminencia de su muerte.

Sin olvidar la bandera y la reprimenda que iba a dar luego a sus hombres, el coronel comenzó a descontar segundos de vida para los condenados.

—¡Carguen! —El crujido mecánico de los nueve fusiles sonó a despedida—. ¡Apun…!

Trujillo no llegó a culminar la penúltima orden. Rojo le interrumpió.

—Espere. ¡Espere!

El alférez corría sobre la nieve que apenas había empezado a derretir el sol. Llegó junto al coronel. Solo llevaba la parte superior del uniforme y las piernas huesudas al aire. Un roído calzoncillo de algodón ocultaba sus partes nobles. Se mirase por donde se mirase, no era la estampa de la victoria.

—No puede matarlos —jadeó el nuevo alférez.

Como no podía ser de otra manera, Rojo se había convertido en el foco de atención. Él y sus canillas lampiñas. Lo miraban, perplejos, unos y otros. Sus compañeros de fuga respiraban agitadamente aprovechando la prórroga de vida que la irrupción de Rojo les otorgaba. Puede que fuera de un par de minutos, pero mejor eso que nada.

—¿Qué coño se supone que está haciendo, alférez? —Trujillo se contuvo de ordenar al pelotón que vaciaran las recámaras de sus fusiles sobre el nuevo oficial.

Rojo se metió de nuevo en su papel de tipo seguro de lo que hace. Le empezaba a coger cariño al personaje.

—Si los ejecuta, las obras no terminarán a tiempo.

Eso eran palabras mayores. «Con eso no se juega», pensó Trujillo. Y si el maldito héroe de los cojones lo estaba haciendo, lo iba a pagar. Por supuesto que lo iba a pagar.

Rojo, jadeante, arrancó el soliloquio más importante de su vida. Podía salvar a nueve hombres, y eso no era moco de pavo. Nunca había salvado una vida. De hecho, desde que llegó al campo, lejos de salvar alguna se había llevado dos por delante. La del malogrado Marsellés y la del sinvergüenza del padre Esteban. O cura. O cura médico.

—Hay algo que no sabe, coronel. Soy bueno con los números. Mucho. Mi cabeza piensa en números, ecuaciones, fracciones. No es mérito mío. Funciono así y ya. Llámelo don, aunque le aseguro que a veces más bien es una pesadilla.

Trujillo había estado ante muchos dementes, pero jamás ante uno como Rojo. ¿De verdad la noche anterior lo había ascendido a oficial? Tenía que dejar de beber. De forma inmediata, a poder ser.

Rojo sacó la artillería. La que llevaba encima. No sabía si sería suficiente, pero era en ese momento o nunca.

—He estado al otro lado. Lo sabe. He estado con esos hombres picando piedra como si no hubiera un mañana. Y sé lo que es capaz de hacer un hombre con un pico en la mano. Lo que es capaz de hacer, y, sobre todo, en cuánto tiempo.

Rojo consiguió despertar la curiosidad del coronel, a quien le importaba poco hacer ejecutar a aquel mequetrefe en ese mismo instante o en cualquier otro momento. El alférez prosiguió:

—Un preso ejecuta una media de 21 golpes contra las piedras por minuto. O, lo que es igual, 1.260 por hora. 13.860 al día. Ahora mismo, en el campo, sin los fugados y sin esos hombres —Rojo señaló al paredón—, hay 154 presos, lo que supone 2.134.440 picotazos al día. Quedan por remover y armar con las piedras troceadas 13.416 metros cúbicos de cemento para acabar la pasarela desde donde se inaugurará la presa. A razón de 327 metros cúbicos por día, es imposible que se cumpla el objetivo. Ni siquiera perdonando la vida a esos nueve hombres.

A los condenados a muerte les sorprendió el remate que acababa de ofrecer Rojo. El discurso había empezado bien y parecía que abría un hilo de esperanza en cuanto a lo de seguir con vida, sin embargo,

el dichoso colofón final los dejaba donde estaban. Pero no. El nuevo Rojo sabía manejar los tiempos y los discursos. O eso creía.

Trujillo digirió con preocupación la profecía de Rojo.

—Si perdonándoles la vida tampoco llegamos al fin de las obras, ¿por qué coño interrumpes la ejecución?

—Porque si planteamos trabajar en tres turnos por día y contamos con esos nueve hombres, las matemáticas dicen que sí llegamos a la fecha señalada.

Rojo se sentía más orgulloso de sí mismo que nunca. Estaba henchido de satisfacción. Tanto, que por unos instantes olvidó que estaba voceando su proeza matemática en calzoncillos y con los muslos y las pantorrillas al aire.

—Tres turnos de cinco horas en dos grupos. Cada día, un grupo trabaja durante un turno, el segundo. Mientras el otro grupo trabaja dos, el primero y el último. Y así alternativamente. El grupo que el lunes tiene doble turno, el martes solo tiene uno, para el miércoles volver a la jornada doble. Así las obras avanzarán un treinta y dos por ciento más deprisa que con el sistema actual. Y, lo más importante, de este modo la pasarela se terminará treinta y seis horas antes de que se corte la cinta inaugural.

Trujillo se había perdido hacía mucho rato, pero si lo que decía su oficial semidesnudo era cierto, no se la podía jugar.

—Alférez Rojo… ¿Sabe qué va a ocurrir si treinta y seis horas antes de la inauguración no están terminadas las obras?

—Me hago una idea, señor. Pero lo estarán. Le doy mi palabra.

El coronel se tomó su tiempo para deliberar. No mucho. Fue más una cuestión de pose que otra cosa. Pensó durante unos segundos en lo que le apetecía cenar esa noche. Así fingía ante el

destacamento que estaba valorando los pros y los contras del nuevo plan de trabajo propuesto por Rojo, que conllevaba el perdón, al menos temporal, de los presos fugados.

Cuando le pareció que ya había fingido lo suficiente se limitó a decir:

—Póngase los putos pantalones, alférez. —E hizo un gesto a los miembros del pelotón para que se retiraran.

La orden, por humillante que fuera, a Rojo le sonó a música celestial.

Sí. Las matemáticas salvan vidas.

Incluso las inventadas.

Rojo fue conminado a aplicar la metodología de los tres turnos. La que Trujillo se había creído que era imprescindible para acometer la finalización del pantano con éxito y en la fecha señalada. El nuevo alférez no tardó ni un día en encajar en el calendario el nuevo plan. Como deferencia hacia sus cómplices, los presos que se habían prestado a sacrificar su vida, y que el día anterior habían pasado unos minutos interminables en el paredón, fueron asignados al turno único de esa primera jornada triple. Rojo, con discreción, les sugirió que administraran el esfuerzo para soportar el turno doble del día siguiente.

La reacción de los fugitivos que esquivaron a la parca gracias a Rojo no fue la que esperaba el alférez. Lincoln le dijo que era un idiota y que había puesto en peligro el plan. En la misma línea, Camilo, estalinista redomado, le dijo que nadie está por encima del bien común y que todo el mundo es sacrificable (menos el camarada

Stalin, claro) y que, como había dicho el brigadista, su acto de heroísmo le podía haber salido a él, y a la misión, por la culata. Incluso Ventura, al que le costó aguantar el pis cuando Trujillo empezó la cuenta atrás, evitó la mirada de Rojo cuando este la buscó.

Ya en el segundo turno, el alférez contemplaba a sus compañeros picar piedra, orgulloso y también aliviado. Si hubiesen muerto en el paredón, tendría que haber reclutado a otros presos para ejecutar el plan maestro. Y el nuevo Rojo, aquel que había construido a marchas forzadas en las últimas veinticuatro horas, tenía muchas virtudes, pero la de soliviantar a las masas no era una de ellas.

El tercer turno había terminado y el destacamento estaba de vuelta al campo. Al cruzar el pueblo, Rojo se situó en la retaguardia, como le habían ordenado, listo para recibir la primera entrega de dinamita. Cuatro cartuchos, según le dijeron.

Buscó con la mirada esperando a que alguien le hiciera una señal. Al salir del pueblo empezaba a perder la esperanza de que le hicieran la primera entrega. No le preocupaba especialmente, aún quedaban muchos días por delante, pensó. Pero no. Alguien chistó a su espalda.

La niña con ojos de viuda lo miró y le hizo un gesto con la cabeza. Rojo no se podía creer que aquella niña fuera la encargada de darle la munición. Pero sí era. Poco tiempo después se enteraría de que su padre, el preso que murió en el campo al poco de llegar él, y cuya muerte el soldado ocultó de manera repugnante a la niña, era un comunista adiestrado en la mismísima Unión Soviética para realizar

labores de contraespionaje en las filas fascistas. Pero lo delataron y acabó preso en aquel agujero. Por eso, la niña con ojos de viuda y la mujer coja que hacía unas semanas le había abierto la cabeza eran en ese momento sus contactos en el exterior del campo.

«Las vueltas que da la vida», pensó.

Madre e hija le dieron cuatro cartuchos que Rojo escondió en el interior de su guerrera.

—Me alegro de verte —le dijo la niña desolladora de perros.

La madre coja le aguantó la mirada y, tras unos segundos, le tendió la mano.

—¿Empezamos de cero?

Rojo asintió y le estrechó la mano a su agresora.

Tarrida se acababa de quitar las botas y eso implicaba que en pocos segundos todos quedarían anestesiados por el tufo.

Mareado ya por los efluvios pestilentes, Rojo, tumbado en su camastro, cayó en la cuenta de que había pasado más de un día desde su regreso al campo y no había visto a Inés, la traductora.

Había pensado en ella varias veces en su periplo al otro lado de las alambradas, y le sorprendió no haber vuelto a hacerlo desde que cruzó el portón apuntando a sus compañeros. Habían pasado muchas cosas, es cierto. Y la prioridad de Rojo había sido, primero, que Trujillo se tragara su delirante historia de cómo y por qué había decidido regresar al campo y, segundo, evitar que sus compañeros del barracón tres acabaran con una bala alojada en la cabeza.

Rojo se incorporó y, con timidez, se acercó a Atienza, quien, abanicando vigorosamente con la mano su nariz, intentaba que las

partículas fétidas del olor de los pies de Tarrida no penetraran en su cavidad nasal. Sin éxito, dicho sea de paso.

—¿La traductora? —intentó disimular con torpeza su interés—. Inés, creo que se llamaba. No la he visto.

—Ni la verás, Rojo. Alférez Rojo. —Otra vez se corrigió, maldita escala jerárquica—. La pobre pasó un infierno. Parece que Ramos la violaba día sí y día también. La dejó embarazada, claro. Y su esposa la engrilletó para quedarse con su hijo. Y, para colmo, cuando mataron al comandante cayó encima de ella, que estaba atada a su cama. Con la sangre, las vísceras y todas las cosas ahí, desparramadas sobre ella. Un cuadro. Nadie merece pasar por lo que ha pasado. No hay día que no rece por ella, pobre angelito…

Rojo se quedó de piedra. Las luces se apagaron, lo que ayudó al alférez a reconstruir el rostro de aquella muchacha bonita, aunque no tanto como Alicia, pero mil veces más magnética. Tanto que no era capaz de aguantarle la mirada.

No sabía dónde estaba. No le había dado tiempo a preguntárselo a Atienza. Pero estuviera donde estuviese, Rojo habría matado para encontrarse en ese preciso instante a su lado. Esquivar su mirada para que no le derritiera las retinas y abrazarla.

Simplemente abrazarla.

27

No podía contener el llanto. No era capaz. Había llorado muchas veces en su vida, pero hacía años que sus ojos se habían secado. Los abusos sistemáticos a los que la sometieron sus agresores la hicieron inmune al llanto. Y al dolor. Pero no era dolor lo que sentía mientras el manantial de lágrimas anegaba sus ojos, su rostro. Tampoco era alivio, aunque habría sido consecuente, pues el feto acababa de ser arrancado de sus entrañas. No lo entendía. No se lo podía explicar. El llanto iba a más. ¿Acaso en realidad, en lo más recóndito de su ser, querría haber parido aquel bebé? Estaba muy segura de que no, pero en algún lugar había leído que a veces se desean cosas que uno no se atreve a reconocer. Aun así, estaba segura de que ese no era el caso. Estaba encantada de no estar embarazada. Entonces, ¿por qué lloraba de aquella manera tan desbocada?

Una de las monjas que asistió al doctor contratado por Trujillo tuvo la osadía de decirle que era Dios quien lloraba por sus ojos a causa de la pérdida de una vida. Lo decía con toda la desfachatez después de llevarse veinte de las cuatrocientas pesetas que cobró el médico por el procedimiento abortivo.

Si hubiese tenido un revólver y hubiese sabido manejarlo, Inés habría disparado contra aquella monja para que Dios pudiese llorar

no por una, sino por dos vidas.

La del feto y la de la puta monja.

Cuando llegó a la consulta del doctor Torres, Inés estaba nerviosa. Era normal. Pero también estaba feliz. Lo que no era tan normal. Las mujeres que se sometían a aquellos procedimientos clandestinos solían ser jóvenes que se habían quedado preñadas antes de pasar por el altar, y viudas que habían optado por seguir disfrutando de su cuerpo en vez de enterrarse en vida como mandaban los cánones.

La culpa y el miedo eran los sentimientos que solían acompañar a las mujeres que se enfrentaban al trago del aborto. En el caso de Inés, la culpa brillaba por su ausencia. Es cierto que la primera vez que fue violada tuvo la tentación durante apenas unas horas de culparse a sí misma por lo que había hecho su agresor. Pero pronto su sentido común salió al rescate y le hizo entender que la responsabilidad de una violación solo es del hombre que introduce su pene donde no ha sido invitado. ¿Y el miedo? El miedo para Inés era traer al mundo a un ser con la misma sangre de un violador en serie. De un ogro. Ella no entendía de genética, pero, si existía la posibilidad, por minúscula que fuera, de que la maldad y la falta de empatía se transmitieran de generación en generación, no iba a ser ella la que regalaría al mundo un monstruo.

Cuando el doctor Torres reconoció a la traductora subrayó que gozaba de una excelente salud y que el aborto sería como coser y cantar. Escuchar a alguien sin vagina ni útero hablar con esa ligereza de la interrupción de un embarazo debió haber hecho saltar las alarmas en Inés, y en cierto modo lo hizo. Pero se dijo a sí misma

que ser un buen médico no era incompatible con ser un idiota. Además, se mirara por donde se mirase, Torres era su única opción.

—Tenemos tres maneras de hacer esto. Iremos de menos a más, si es necesario. Empezaremos por la menos agresiva: las hierbas. La naturaleza es sabia, señorita. Hay plantas que son abortivos muy potentes, y naturales. Alternaremos infusiones de azafrán con las de perejil. Las monjas se las traerán en lapsos de una hora y se las tomará alternando una y otra. Todo el día. Por la tarde introduciremos hojas de berza en su canal uterino. Con eso debería ser suficiente y antes del amanecer expulsará el feto por sí sola. Coser y cantar, ya se lo he dicho.

—¿Y si no funciona? —preguntó Inés.

Quería saber. No para cambiar de opinión, ni un terremoto la haría desistir. Pero quería tener toda la información.

—Suele funcionar —intentó zanjar el facultativo.

—Ya. Pero ha dicho que había dos procedimientos más. Me gustaría conocerlos. ¿Cuáles son?

El doctor no estaba acostumbrado a que sus pacientes clandestinas fueran preguntonas, pero él era un hombre hablador, al que gustaba adornarse usando palabras complejas y términos médicos indescifrables que dejaran patente su superioridad intelectual. Y científica, claro.

—La segunda opción es la química. No es muy distinta a la primera, pero sí más efectiva. No olvidemos que la química proviene de lo que nos ofrece la naturaleza. Si las plantas nos permiten disparar con fusil, la química nos permite hacerlo con uno con mira telescópica, para que me entienda. Si llegamos a ese caso,

utilizaremos agentes oxitócicos desencadenantes de las contracciones: ergotina y sulfato de quinina.

—¿Y la tercera?

Torres no pudo más que sonreír ante la curiosidad insaciable de su joven paciente.

—Dinamita.

Inés abrió los ojos como platos. El sentido del humor de Torres era agudo, pero también inoportuno.

—Le introducimos dos cartuchos, prendemos la mecha y ya. Efectividad garantizada. ¿Quiere que se lo ponga por escrito?

El médico rio su propia gracia durante varios segundos. Era de esas personas que ellas mismas son su mejor público. Si él no reía sus gracias, ¿quién iba a hacerlo?

Viendo la expresión de incredulidad de Inés, el doctor Torres no tuvo más remedio que recomponerse y satisfacer la curiosidad de la joven embarazada.

—Eh… Bueno, pues si con las dos primeras balas erramos el tiro, cosa que no va a suceder, nos queda la opción físico-mecánica.

Inés arqueó sus cejas más de lo que sabía que era capaz. Torres leyó su preocupación.

—Suena peor de lo que es. Se trata de introducir un objeto metálico con el que arrastrar el feto y extraerlo. Por lo que he visto en el reconocimiento médico, sus heridas delatan que eso es justo lo que intentó hacerse usted misma hace unos días. Probablemente con una percha. ¿Me equivoco?

No. A pesar de que Inés no contestó, Torres no se equivocaba. Y en cierta medida, la deducción del médico alivió a la traductora. De repente estaba tranquila. Eso demostraba que Torres no era un

idiota. Como persona, igual. Pero desde el punto de vista médico, que era lo que a ella le interesaba, no.

No lo era.

Pues no fue la primera ni fue la segunda. Tras cuatro días vomitando y con la vagina incandescente a causa de las plantas y potajes que las monjas introdujeron en ella, el doctor Torres se vio obligado a ponerse el mono de trabajo para expulsar del vientre de Inés con sus propias manos aquel feto que se aferraba a la vida como una lapa a la roca.

Era la opción en la que la vida de la madre corría más peligro. Aunque el doctor se guardó para sí el dato, una de cada cinco mujeres que se sometían a esa práctica no vivía para contarlo. Las posibilidades de perforar el útero, incluso el intestino, con la consecuente peritonitis, estaban ahí. Y si eso ocurría, la cosa se ponía fea de cojones. Sobre todo porque, llegado el caso de que la paciente necesitara ir al hospital, las autoridades abrirían una investigación penal contra la madre, en caso de sobrevivir, y contra los profesionales que habían obrado el aborto. Ese era el motivo por el que, en muchas ocasiones, médicos y comadronas optaban por dejar morir a la desafortunada abortadora, antes de ver truncada su vida con multas, inhabilitaciones e incluso penas de cárcel.

Pero nada de eso le ocurrió a Inés. Por fortuna.

Como había sucedido en su cuarto de traductora cuando se introdujo la percha en la vulva, se desmayó. Pero esta vez, cuando abrió los ojos no se encontró con la bata y el alzacuellos del inclasificable doctor Esteban relatándole su derrota. En esta ocasión

se hallaba sola en una sala embaldosada de azulejos blancos. Y, sin saber por qué, supo de inmediato que ya no estaba embarazada. Así se lo confirmó unos minutos después la monja que tuvo la macabra ocurrencia de decirle que Dios lloraba por sus ojos.

Cuando el llanto de Inés escampó, y después de un nuevo examen del doctor Torres, que sentenció que en dos días podría regresar al campo y hacer vida normal, la monja que merecía el tiro en la cabeza se acercó a la convaleciente.

—¿Quieres confesarte, niña? —le preguntó.

Esa era siempre una pregunta trampa. Una pregunta con una única respuesta posible. Una cosa era abortar y otra no contárselo a Dios.

La confesión fue digna de enmarcar. Como Inés no estaba en condiciones de caminar hasta la parroquia más cercana, el cura, de nombre Alfonso, fue a verla después de misa de siete. Otro que iba a sacar tajada de la tarifa pagada generosamente por el coronel Trujillo, pensó la traductora.

Como era de esperar, el padre Alfonso mostró más interés en las relaciones sexuales forzadas a las que había sido sometida Inés que en la práctica del aborto que acababa de acontecer. Mientras le pedía a la chica que contara los pormenores de las violaciones que había padecido, sin ningún rubor se masajeaba el pene con la mano izquierda por debajo de la sotana. Inés no podía creer que el hombre no fuera consciente de que era obvio lo que estaba ocurriendo en su entrepierna, aunque la otra opción posible era aún

más desconcertante: que le importara un pito que le vieran pajeándose en plena confesión. Pues era la última.

En su infancia, Inés y sus padres tenían de vecina a una prostituta llamada Isabel. La mujer era un encanto y nunca ocultó a sus vecinos ni a nadie cuál era su manera de ganarse la vida. Si a alguien no le gustaba lo que hacía, que se mudara o se cambiara de acera. Ella iba a seguir haciéndolo para enarbolar la bandera de lo que era: una mujer independiente libre de yugos patriarcales. Los padres de Inés tenían tanta confianza en la mujer que en más de una ocasión le dejaron a su hija para que la cuidara.

A pesar de que su padre y su madre —ella hasta que se volvió majara tras la muerte de su marido— eran personas de izquierdas y mente abierta, fue Isabel la que la dio las primeras charlas, se podría decir lecciones, sobre sexualidad a Inés. Tendría la niña unos trece años.

Una de las lecciones de vida que la puta le dio fue que, desgraciadamente, toda mujer tiene y tendrá relaciones sexuales no deseadas. Y, en ese caso, cuanto antes pase el trago, mejor. Y para eso es importante echar leña al fuego, porque así la llama viva se extingue antes.

«Cuanto más cachondos los pongas, antes se termina la partida, cariño», le dijo.

Ante el cura pajillero Inés optó por poner en práctica los consejos de Isabel. Cuanto antes eyaculara el párroco, antes finalizaría aquella escena dantesca. Y desagradable. Así que Inés añadió al relato de sus violaciones todo el picante que su imaginación más retorcida fue capaz de procesar: penetraciones dobles, triples, la

participación de otras mujeres, de gente de color, incluso de un enano con una verga que, erecta, le llegaba a la nariz.

Desafortunadamente para el enano este, no llegó a desenfundar el pene que casi le sobrepasaba, pues el padre Alfonso eyaculó bajo la sotana y se quedó dormido a los dos segundos.

Si Inés creía que el grotesco momento no podía ir a más, lo constató al comprobar que, tres horas después de correrse, el párroco seguía, a su vera, roncando como un gorrino.

Cuando la sor del llanto de Dios entró en la habitación se apresuró a despertar al padre. El hombre intentó disimular como pudo, pero lo tuvo complicado. La mano se le había adherido a su diminuto miembro viril debido a que el semen reseco se había convertido en un poderoso pegamento.

Contrariado, el cura dio la absolución a Inés, que se quedó mucho más tranquila al saber que un Dios inexistente la eximía de unos pecados que no había cometido.

Y sin penitencia alguna.

Inés esperaba que ese fuera el último trago que le tocara pasar para zanjar el terrible episodio de su embarazo.

Miró por la ventana. El sol lucía con fuerza.

Contraviniendo las órdenes de reposo absoluto que había dictado el doctor Torres, Inés se levantó y usó la silla en la que acababa de pajearse el párroco a modo de andador para acercarse a la ventana.

Una vez allí, dejó que el sol la cegara dándose un reconfortante baño de luz. Cuando se vio obligada a cerrar los ojos, el brillo amarillento del astro rey, filtrado por los capilares de sus párpados, tiñó su vista de un sugerente color rojo.

Era su color favorito. El rojo.

28

Solo habían pasado cinco días y la dinamita empezaba a ser un problema. El hueco de la letrina, el mismo donde escondieron los pasaportes para la fuga, estaba ya a rebosar con los apenas veinte cartuchos que la niña con ojos de viuda le había facilitado. Había sido muy ingenuo al pensar en aquel escondrijo. Otro error de cálculo, y ya iban unos cuantos. Además, el sol no ayudaba. Después de meses olvidándose de ese lugar, tuvo que hacer acto de presencia justo cuando Rojo comenzó a almacenar explosivo. La pared donde escondía los cartuchos, hecha de láminas de madera, daba al sur, de modo que el tozudo sol calentaba durante todo el día la empalizada. Y el sol y la dinamita no hacían precisamente buenas migas. Sobre todo si la mezcla no era de fabricación reciente. Y los cartuchos que los comunistas enviaban al campo habían vivido tiempos mejores. Por su estado, podían tener entre tres y cuatro años de vida, y eso elevaba el riesgo de una detonación accidental provocada por la exposición a altas temperaturas.

En los años en que la máquina de escribir Remington era una prolongación natural de su cuerpo, Rojo mecanografió infinidad de documentos. Órdenes, sentencias, decretos, y también instrucciones y normas de uso del material bélico. Recordaba a la perfección la que mecanografió sobre la fabricación, traslado y uso de la dinamita.

La dinamita era básicamente nitroglicerina a la que se le añadía diatomita, cuyo alto contenido de dióxido de silicio estabilizaba el explosivo, evitando que con un estornudo el cartucho estallara y todo volara por los aires. La mezcla, recordaba Rojo, venía en unos canutos de 203 milímetros de largo por 32 de diámetro, y un peso de 190 gramos. Lo que venía siendo un calabacín o un par de patatas de tamaño medio. La energía que era capaz de liberar uno solo de aquellos cartuchos era de un megajulio o, lo que es lo mismo, diez julios elevados a la sexta potencia.

Podía parecer mucha energía, pero para reventar los muros de contención de la presa, armados con hormigón, hacían falta muchos, muchísimos megajulios. Rojo no tenía ni idea de cuántos cartuchos de dinamita recibiría, pero según sus cálculos serían necesarios por lo menos trescientos. Sin embargo, él no se quedaría tranquilo con menos de cuatrocientos.

Y ese era el problema al que se enfrentaba a corto plazo el nuevo alférez. Buscar un sitio discreto y fresco donde almacenar los cientos de cartuchos que iba a recibir.

Salía de la letrina rumiando cómo solucionar el galimatías cuando Tarrida y Atienza se le acercaron por el flanco derecho.

—¿Qué hay, alférez? Pasas mucho tiempo en la letrina de los presos. ¿Es por nostalgia o tienes ahí alguien que te hace cositas…? —A pesar de que Rojo le había puesto en su sitio, Tarrida siempre seguiría siendo Tarrida.

Rojo contestó con una tímida sonrisa. No podía dejar de darle vueltas al problema del almacenaje. Atienza le sacó de sus cavilaciones. La visita de los soldados no era de cortesía, sino para transmitir órdenes.

—El coronel quiere verte, señor.

Atienza no sabía muy bien cómo tratar a Rojo. Primero compañero, luego escoria de preso, después fugitivo y de repente superior. No le habían adiestrado para esa situación.

—¿Ha dicho para qué? —se interesó el alférez.

—Estaba dando la bienvenida a un cura y a un tipo con una cara de matasanos que no puede con ella. Para mí que son los nuevos fichajes de Trujillo —informó Tarrida.

A Rojo le cambió la expresión. No porque le hubiese citado Trujillo. Ni porque se fuera a incorporar un nuevo cura al destacamento. Tampoco porque lo hiciera un nuevo doctor. Miró el sol. Maldito sol. Y luego la nieve, que se resistía a fundirse. ¿Durante cuánto tiempo iba a aguantar? No le había tocado mecanografiar ningún documento que hablara del tiempo que tarda en derretirse un metro cúbico de hielo expuesto durante trece horas al día a un sol traicionero que aparece cuando menos se lo necesita.

Rojo miró hacia la alambrada sur: allí era donde se acumulaba más nieve. Pero la nieve menguaba hora a hora, y lo peor y más dramático era que ocultaba el cadáver del cura doctor al que Rojo había arrebatado la vida clavándole el bisturí en la carótida.

¿Cómo se había podido olvidar de eso? Era inconcebible haber cometido ese nuevo error de cálculo. ¿Qué diantre le estaba pasando a su cabeza? ¿Sería el nuevo personaje que se había creado? ¿Es que el nuevo Rojo era un tipo con una seguridad abrumadora, pero con el cerebro lleno de excrementos?

Por fortuna, Atienza y Tarrida ya se habían dado la vuelta y se dirigían hacia la zona donde se estaba repartiendo el rancho a los presos, así que no vieron cómo a Rojo se le estreñía el rostro.

El trabajo se le acumulaba por segundos. No solo tenía que buscar un escondite para cuatrocientos cartuchos de dinamita, también debía encontrar un sitio donde ocultar el cadáver de un cabronazo.

Rojo entró en el despacho del coronel después de estrellar tres veces los nudillos contra la madera. Al abrir la puerta se encontró a Trujillo sentado en su poltrona. Ante él había un tipo con sotana, ojos saltones y nariz aguileña, y otro con gafas de alambre redondas y una expresión tan vacua en el rostro que quitaba el hipo. No, definitivamente Trujillo no los había sacado de un concurso de belleza.

Tras presentar a Rojo como su oficial de confianza, el padre con cara de buitre y el doctor cuya mirada helaría la sangre de la mismísima parca salieron del despacho y dejaron a solas al alférez con su único superior.

—¿Te ocuparás de que no les falte de nada?

—Por supuesto, coronel.

Rojo, satisfecho de que la orden hubiera sido tan escueta, dados los rompecabezas que tenía por resolver, se cuadró y se encaminó hacia la puerta.

—¿Te he ordenado que te retires?

Pues no. No se lo había ordenado. Trujillo le señaló la silla que había ocupado el médico y le invitó a sentarse en ella. Al hacerlo le sorprendió que estuviera fría como el hielo. Y él sabía mucho de hielo gracias a su periplo como preso.

—¿Sabes qué es un cabo de vara?

—Un cabo sé lo que es, y una vara también. Pero así junto… Pues… no, la verdad.

Rojo titubeó y al segundo se dio cuenta de que se había olvidado a su nuevo personaje al otro lado de la puerta. Esa, por forma y fondo, era una respuesta típica del Rojo memo, bueno, del de verdad. Tenía que recomponerse.

Trujillo se levantó del sillón y caminó hacia la ventana.

—Es una medida que se ha implementado con éxito en otros campos. La fórmula es sencilla, ¿para qué gastar tiempo y esfuerzo en vigilar a esa chusma cuando lo pueden vigilar ellos mismos? —El coronel llegó a la ventana y frunció el ceño al mirar a través de ella —. Puta bandera…

Sí. La bandera seguía ondeando a media asta.

—Yo me encargaré de que la arreglen, señor. —El alférez recuperó el arrojo perdido.

—Me importa tres cojones la bandera, Rojo. Lo que me importa es la desidia que reina en este puto agujero. Solo me fío de ti, y no me preguntes por qué. Quiero que me ayudes a implementar lo de los cabos de vara.

—A sus órdenes, coronel. Pero me ayudaría saber qué es un cabo de vara para luego establecerlo donde proceda.

Rojo sintió que iba por buen camino. Evidenciar la propia ignorancia muestra humildad, y solicitar explicaciones con decisión es signo de iniciativa, ganas de crecer y compromiso. El nuevo Rojo había regresado para quedarse.

—Es muy sencillo. Cuando un hombre lo ha perdido todo, dale poder y lo ejecutará como si fuera lo único que tiene en la vida. Se trata de coger a los presos más apartados, más aislados del grupo,

más ignorados por el resto, armarlos con una porra y concederles la misión de ejercer de guardianes de sus propios compañeros. Con la potestad de recurrir a la violencia cuando lo consideren oportuno.

Rojo se quedó de piedra.

—¿Y por qué iban a aceptar hacer tal cosa, coronel?

Trujillo sonrió. Se prendió un puro de los que Ramos dejó huérfanos en su testamento.

—Porque la naturaleza humana es mezquina, alférez. Y cuando no tienes nada, menos que nada, y te dan algo, lo que sea, te agarras a ello como a un clavo ardiendo. —Trujillo clavó su mirada en Rojo, que procesaba la petición de su superior pensando en los daños colaterales que esta podría suponer para el plan de la voladura de la presa—. Los que han puesto en práctica la medida aseguran que los cabos de vara controlan al rebaño diez veces mejor que los escoltas. Que esos perros se sientan vigilados desde dentro les quita de la cabeza cualquier tontería. Con un cabo de vara en cada barracón, los del tres no habrían tenido la oportunidad de fugarse.

Vale. Un cabo de vara por barracón. De momento eso no iba a afectar a la misión. Otra cosa sería cuando necesitara la ayuda de sus compañeros de fuga para distribuir los fardos de dinamita en los distintos puntos de voladura de la presa. Llegado ese momento, el preso empoderado sí podía suponer un obstáculo. Pero quedaba tiempo para eso.

—Elige a uno por barracón. Tú los conoces mejor que nadie. Selecciona lo peor de cada casa. Lo peor de lo peor. Quiero que hagas una lista. Y que lo prepares todo, distintivos para los uniformes, armas, y lo que haga falta para que los elegidos puedan dar por culo a sus compañeros.

Rojo, al que la cabeza le iba desbocada, se cuadró. Se dio la vuelta y cuando fue a agarrar el pomo, ocurrió.

La puerta se abrió sola y el ruido de las bisagras se congeló junto con el tiempo. Era Inés, la traductora a la que le era imposible aguantar la mirada.

El tiempo también se congeló para ella. ¿Qué hacía Rojo ahí, vestido con un uniforme que le iba pequeño y unos galones que le quedaban grandes? ¿No era un preso? ¿No se había fugado?

Muchas preguntas. Tantas como tenía Rojo. Habían violado a ese ser de luz, la habían preñado, encadenado. ¿Qué? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué?

Inés esbozó una sonrisa. Se dio cuenta al instante porque hacía mucho que no habido esbozado ninguna. Es difícil hacerlo cuando no existen motivos. Y Rojo se sorprendió a sí mismo porque sí, los ojos le quemaban, pero al igual que antes era incapaz de aguantarle la mirada a la traductora, ahora era incapaz de dejar de mirar aquellas pupilas oscuras que reflejaban una luz cegadora. ¿Cómo algo tan oscuro podía transmitir tanta luz?

Si el coronel no los hubiese interrumpido podrían haber pasado toda la tarde mirándose. Puede que toda la vida.

—Señorita Inés. Me alegro de verla. La veo recuperada. Genial. Tenemos trabajo. Alférez Rojo, déjanos solos.

Ese «déjanos solos» puso en guardia a Rojo e hizo que le cambiara la cara. Inés lo percibió, pero no adivinó el motivo. No sabía que Rojo estaba informado de lo que Ramos le hacía.

El alférez miró con rabia a Trujillo sin que este lo percibiera. «Como le toques un solo cabello, te mataré», pensó Rojo.

Y nunca había pensado nada tan en serio.

Esa noche durmió poco y mal. Pensó mucho, pero no en lo que debería. Ojalá pudiera haber pensado en la dinamita o en el cuerpo congelado del cura doctor. Pero no lo consiguió. No pasó un solo segundo de esa noche sin pensar en Inés. ¿Por qué le había atolondrado tanto el encuentro con la traductora? No iba a ser tan idiota de negarse que se sentía atraído por la muchacha. Pero, bueno, una atracción como de andar por casa. Durante el periplo de la huida y el de la contrahuida había tenido tiempo de sobra para pensar en ella, y su cerebro no le había dedicado un solo segundo. Cierto es que el cansancio, el miedo, la supervivencia, la muerte del Maestro, y otra vez el cansancio, el miedo y la supervivencia, le habían tenido bastante ocupado mentalmente. Pero de ahí a no haberse acordado ni un solo instante de la muchacha, le parecía llamativo. Sobre todo dada la reacción que tuvo al verla bajo el umbral de la puerta del coronel Trujillo. ¿Qué había sido aquello?

Durante los tres años que había compartido noviazgo con Alicia nunca había sentido algo parecido. Y eso que la primera vez que la vio, en la puerta del prostíbulo que contrataba los servicios como sastre de su padre, notó aquello que en los libros mediocres se describía como mariposillas en el estómago. Y cuando se sentía eso, en el estómago o un poco más abajo, se suponía que uno estaba enamorado. Por eso picó piedra con la aprendiz de pianista hasta que consiguió quitarse el sambenito de putero y logró conquistarla.

Pero lo de la tarde anterior con Inés no habían sido mariposillas. Si tuviera que recurrir a una metáfora análoga e igual de mediocre, él hablaría de un toro de lidia corneando, primero, a las putas mariposillas y, luego, cada una de sus vísceras.

La luz envolvente del alba se colaba entre los tablones del barracón de la tropa cuando tuvo la revelación.

Estaba enamorado de Inés como jamás lo había estado de nadie.

La dinamita, el cura congelado y la desconcertante orden de formar cabos de vara, que, para ser sincero, aún no tenía muy claro lo que debía hacer con ellos. Y ahora, la cosa esa del amor.

«Qué mal momento para enamorarse», pensó.

Inés durmió como un tronco. No se despertó ni un solo momento en toda la noche. Si no fuera porque la corneta insolente la devolvió al mundo de los vivos, habría dormido hasta mediodía. Puede que más.

Estaba en la habitación donde había sufrido tantas humillaciones. No la de la cama enorme, el espejo gigante y la bañera que parecía una alberca. Estaba en su primera habitación. La austera. Ni la una ni la otra tenían buenos recuerdos que evocarle. Pero había pasado una buena noche. Excelente. Había hecho el amor por primera vez en su vida. Sin ser forzada. Queriéndolo. Entregándose voluntariamente. Y no una sola vez. Tres.

El matiz importante es que había sido en sueños. Y lo había hecho con Rojo.

Mientras se desperezaba rememoró los vericuetos del sueño con una sonrisa en la boca que no tardó en truncarse. Al recordar algo su expresión cambió por completo. Le repugnaba haber tenido una fantasía onírica con aquel gañán. Le entraron ganas de frotarse con la toalla húmeda como hacía después de que el difunto Ramos la obligara a fornicar con él. Frotarse hasta hacerse sangre.

A Inés le gustaba Rojo. Le agradaba su mirada, sus ojos, incluso la cicatriz con la que el Marsellés certificó su mejilla. Le daba un aire canalla, rebelde, de bondadosa rebeldía. La primera vez que se cruzaron vio algo distinto en él. Algo que le generaba preguntas, intriga. Para ella Rojo era un misterio por resolver. Pero en ese momento lo único que era capaz de sentir por él era asco y desprecio.

La noche anterior, antes de acostarse, la traductora recibió la visita amable del soldado Atienza. Fue él quien le contó el regreso épico de Rojo al campo y su inmediata restitución a la tropa e inesperado ascenso. Inés se había quedado a mitad de la película. Cuando Ramos la aplastó con su muerte, la traductora solo sabía que se habían fugado algunos presos. No sabía que Rojo se contaba entre ellos. De haberlo sabido se hubiese alegrado. Con toda su alma.

Pero cuando Atienza le contó que tras la huida había traicionado a sus propios compañeros y los había obligado a regresar al campo, el mito de Rojo se le cayó a los pies.

Llevaba años sin sentir algo por un hombre, y cuando por fin lo sentía, resultaba que el elegido era una rata de alcantarilla capaz de vender a los suyos a cambio de unos galones.

El coronel la había citado a las ocho en su despacho. Iba un poco apurada. Se vistió en un santiamén, se recogió la cabellera y, ante el espejo, armada con un pintalabios, se dispuso a colorear el contorno de su boca. Justo cuando la barra tocó la piel carnosa de su labio superior, Inés se detuvo. Se fijó en la intensidad del color rojo y decidió que no iba a pintárselos.

Ya no le gustaba el rojo.

29

El buitre resultó ser un aguilucho con una mala baba que ninguno de los presentes recordaba en un ministro de Dios. Y eso que estaban acostumbrados a las sandeces y exabruptos del desaparecido padre Esteban. Pero lo de la nueva adquisición del campo, el padre Arcadio, eran palabras mayores.

No era domingo, pero el coronel Trujillo había impuesto la asistencia a misa diaria. Esa orden de última hora había alterado los planes de Rojo, ya que, debido a la demora en la hora de salida del campo para ir a la presa que suponía el culto matutino, tuvo que retocar el cronograma del famoso plan de trabajo de los tres turnos. Tampoco le llevó mucho tiempo.

El párroco era de la línea dura. No se sabía si por imposición del coronel, por orden de Madrid o simplemente por iniciativa propia. Si este último era el caso, el tipo estaba para que lo encerrasen.

—Dios creó al hombre. Al hombre de verdad. Porque me pregunto, ¿qué sois vosotros, los rojos? ¿Hombres? No. No lo sois. Si lo fuerais, vuestras mujeres no se acercarían a nuestros soldados suplicándoles que copulen con ellas. Tienen necesidad de conocer a machos de verdad. Comunistas, anarquistas, republicanos, invertidos, gitanos, judíos, todos sois la misma escoria, hijos de la Pasionaria. Y Dios dispone para vuestras esposas lo que merecen. Porque ellas son

víctimas. Y su redención depende de que vergas patrióticas las posean como solo ellas saben hacerlo. Y vuestras mujeres lo agradecen y lo agradecerán. Si os cuentan que se han visto forzadas al coito mienten, y lo hacen por compasión. Porque no quieren que vosotros, sus esposos impotentes y afeminados, sepáis lo ridículos que resultáis cuando os bajáis los pantalones.

Rojo no daba crédito a la basura que estaba entrando por sus oídos. A cada palabra del párroco lenguaraz, se maldecía por haber estado durante tantos años ciego, inerte ante las barbaridades que decían o, peor aún, hacían, los de su bando, en nombre de Dios y de España.

Lo que el alférez vivió esos días, desde que acató la orden de regresar al campo encañonando a sus compañeros, hasta ese momento en que el aguilucho con alzacuellos escupía tanta crueldad como era capaz, no fue una metamorfosis. No.

Conrado Rojo Rojo no mutó, despertó.

Más que convencido, estaba comprometido con la misión que le habían encomendado. E hinchando su pecho tomó consciencia de que lo que iba a hacer en aquel campo no era solo ajusticiar al dictador. Era cambiar la vida de millones de compatriotas. Compatriotas de verdad. No de los que lloran al ver ondear la bandera, aunque esté a media asta, y se les hace un nudo en el estómago al escuchar el «Cara al sol». No. Iba a cambiar la vida de los compatriotas de verdad. Los que se preocupan más por el bienestar del vecino que por un trozo de tela o una ridícula canción cuyas rimas podría haber compuesto un niño de ocho años.

Llegó el momento de la eucaristía, y la pausa que el padre Arcadio se vio obligado a tomarse para hacer el ritual del cáliz y la hostia,

resultó un remanso de paz, un oasis entre tanto insulto y tanta vejación.

Primero, como es lógico, comulgaba la tropa. Empezando por el alto mando, o sea el coronel, seguido por los oficiales, o sea él. Notar en sus labios los dedos viscosos del cura injurioso empujando la sagrada forma le provocó ganas de vomitar. Y de hacerlo sobre la cara repugnante de aquella alimaña. No lo hizo.

Tenía que mantenerse en su papel. Tenía que tomar consciencia de que no era el Rojo de verdad el que estaba masticando el cuerpo de Cristo, sino el Rojo de pacotilla. Su mejor creación. Se acordó de muchos de los personajes que había leído en los pasillos de la librería del bueno de Matías. De repente él era como uno de ellos. Una invención. Una ilusión.

Cuando se dio la vuelta para regresar a su sitio sus ojos se encontraron con los de Inés, que formaba en la cola para recibir la hostia. Esa misma noche tuvo la revelación de que la amaba como nunca había amado a nadie. Su corazón se aceleró. ¿Cómo debería cortejarla? ¿Qué podría hacer para que se fijara en él? No sabía gran cosa de la muchacha. Por no decir nada, más allá de las torturas a las que la había sometido el matrimonio Ramos.

Al llegar a la altura de Inés, el alférez esgrimió una sonrisa torpe, poco afortunada, nerviosa. Ella respondió apartando la mirada.

¿Sería un juego? ¿Una señal? Era malísimo leyendo señales. Había tenido pocas ocasiones de leer señales, pero cuando las había habido, no se había enterado. Como cuando Margarita catapultó su lengua áspera hasta lo más profundo de la glotis del púber Rojo. Ella le dijo que llevaba semanas lanzándole señales. Y él, a por uvas.

Rojo, contrariado por el gesto de la traductora, siguió caminando. El trabajo se le acumulaba: encontrar un buen escondrijo para la dinamita, deshacerse del cadáver del cura sepultado en el témpano de hielo, conquistar a Inés y, por supuesto, matar a Franco.

A ver si con la tontería se le iba a olvidar lo más importante. Claro que si le preguntaban, ¿qué era lo primordial, conquistar el corazón de Inés o detener el de Franco?

Esperaba que nadie le formulara jamás esa pregunta.

Esa mañana, Rojo cumplió su guardia a pie de presa durante el primer turno de trabajo. El ruido de los picos estrellándose contra las piedras, lejos de distraerle, le ayudaba a concentrarse. En aquella especie de trance, puso su cerebro a hacer los deberes. Tenía muchos y de muchas asignaturas. Decidió ir por partes y acometer por orden de prioridad cada uno de los trabajos pendientes.

La nieve se derretía a marchas forzadas, pero estaba seguro de que aún contaba con un par de días, puede que tres, antes de que el cuerpo del padre Esteban asomara la cabeza al mundo como un recién nacido avejentado.

Lo más urgente era resolver el problema del almacenaje del explosivo. Esa misma tarde, cuando regresara al campo, la niña con ojos de viuda iba a surtirle de unos cartuchos que ya no entraban en la cavidad de la pared de la letrina. Además, estaba el asunto de la exposición continua al sol, que empezaba a ser impertinente, con el peligro que eso conllevaba.

En ese momento los cartuchos eran apenas dos docenas, pero eso iba a ir a peor. Y encontrar un sitio en el perímetro del campo donde

almacenar ochocientos kilos de dinamita sin riesgo de que fueran descubiertos o que detonaran accidentalmente por una causa u otra, no era tarea fácil. Ochocientos kilos son muchos kilos. Y dándole vueltas al asunto cayó en la cuenta de algo en lo que no había pensado. Un problema añadido a la quimérica misión de hacer invisible tal cantidad de dinamita. De qué modo trasladar los ochocientos kilos del campo a la presa. ¿Cómo iba a hacerlo? Ochocientos kilos es más de lo que pesa un Miura de los que toreaba Manolete. ¿Cómo iba a llevar al pantano el equivalente en dinamita al peso de un Miura gordo?

La primera solución que se le ocurrió fue que los presos que estaban al tanto del plan, sus nueve compañeros de fuga, transportaran la dinamita. Seis días a la semana hacían el recorrido del campo a la presa, así que podrían llevar un par de cartuchos por viaje. Se necesitaban muchos viajes, pero ese no era el problema. Quedaban varias semanas para el atentado. El problema era que la mayoría de los presos eran esqueletos andantes, hasta un grano de arroz se haría evidente bajo su traje de esclavo. Era una quimera pensar que dos cartuchos ocultos, incluso uno, fueran a pasar desapercibidos ante la mirada de los escoltas. Eran muchos cartuchos, muchos viajes y muchos presos. Si a uno solo de ellos, en uno de los muchos viajes, le encontraban su porción de dinamita, todo el plan se iría al carajo.

La opción de usar a los exfugitivos para el transporte era demasiado arriesgada. Y, además, no resolvía el problema del almacenaje.

Conjetura tras conjetura, la solución llegó a la cabeza de Rojo como una bofetada. De las que espabilan pero le pellizcan a uno la

autoestima. ¿Cómo había tardado tanto en dar con una solución tan sencilla?

¿Para qué almacenar la dinamita en el campo pudiéndola almacenar en el lugar donde iba a ser detonada?

Sí, la presa era donde debía esconder el casi centenar de kilos de explosivo. Él mismo trasladaría sin problema los pocos cartuchos que escondía en el campo. Y el resto, en lugar de recogerlos de manos de la hija de la coja en el camino de vuelta al campo, lo haría en el de ida. Si los cartuchos no entraban en el perímetro alambrado del campo, no habría posibilidad de que los descubrieran. El problema del traslado se esfumaba. Y el del almacenaje también. Cuartos de máquinas, esclusas, compuertas, sifones… La faraónica construcción que debía contener las aguas del río Cuervo escondía decenas de recovecos en los que nadie asomaba la nariz, donde esconder la dinamita sería un juego de niños.

Satisfecho de sí mismo como pocas veces lo había estado, Rojo caminó de regreso al campo con una sonrisa bobalicona que intentó disimular como pudo. «Recuerda que eres el puñetero nuevo Rojo», se decía.

Cuando pasó por la casa triste que habitaban sus proveedoras de nitroglicerina se las apañó para hablar con ellas y acordar que a partir de ese momento, las entregas se harían a primera hora de la mañana, cuando él partiera hacia la presa con el resto del destacamento.

A la mujer coja no le gustaba madrugar y refunfuñó un poco. Pero acató la orden.

Era el momento de acometer la segunda tarea: hacer desaparecer el cadáver del padre Esteban. Y doctor.

El lejano campanario de San Martín hizo repicar dos veces la campana. Era una noche perfecta, ya que la luna estaba en su semana de descanso. Rojo se deslizó entre sus dormidos compañeros y salió al exterior. Si alguien lo veía, no le iba a preguntar adónde iba. Era un superior, y a un superior no se le pregunta nada. En todo caso se le contesta, y siempre con un escueto y enérgico, sí, señor.

El alférez no era amigo de la improvisación, su cabeza cuadriculada no le consentía según qué amistades. Lo tenía todo perfectamente calculado. Armado con un serrucho de costilla, se disponía a trocear el cuerpo del doctor cura cortando a la altura de las articulaciones. No había estudiado anatomía, pero la lógica imponía que las uniones de huesos y tendones serían las zonas más apropiadas para efectuar los cortes. El cuerpo estaría helado, y eso requeriría un mayor esfuerzo. Como contrapartida, el cuerpo no estaría putrefacto ni sangraría con los cortes. Y eso era una buena noticia.

Cuando Rojo llegó al montículo de hielo, el padre Esteban ya estaba ahí. Esperándole. El alférez dejó los ocho macutos de los que se había provisto para retirar los restos del fallecido. Ayudado por el serrucho se abrió camino entre el hielo. El cuerpo de Esteban no tardó en emerger. Parecía más joven. La muerte le estaba sentando bien.

Los primeros minutos de trabajo fueron del todo infructuosos para Rojo. El hielo no le permitía acercarse a la carne. Estuvo a punto de desistir. Podía volver a enterrar el cuerpo y regresar otra noche. Pero

Rojo era fiel a la máxima, inculcada por su padre, de no dejar para mañana lo que se pueda hacer hoy. No. No iba a hacer eso. El segundo envite, serrucho en mano, fue casi tan descorazonador como el primero. Atónito, reparó en que Esteban parecía estar riéndose de él. Juraría que aquella mueca no estaba ahí cuando le apartó el hielo de la cara. Sabía que los muertos no se ríen, ni tan siquiera sonríen. De todos modos, si de verdad el padre Esteban se estaba riendo de él, no se lo tomaría como una afrenta. Al fin y al cabo, él lo había matado. Técnicamente hablado, Rojo ganaba por goleada.

Descartada la opción de dejar el trabajo para la noche siguiente, una revolucionaria idea le vino a la cabeza al improvisado carpintero. ¿Y si se limitaba a no hacer nada? Rojo se planteó qué ocurriría si dejaba el cuerpo ahí. El sol derretiría el hielo, sí. Y el cuerpo de Esteban saldría a la luz, también. ¿Y? Nadie podía sospechar que él era el que le había rebanado la carótida con un bisturí. Nadie lo había visto, y estaba seguro de que nadie encontraría en el cadáver una sola pista que le inculpara. Era imposible.

La tentación era grande. Muy grande. Enorme. Su bíceps se lo agradecería sobremanera. Podría ir a acostarse en ese preciso momento y soñar con Inés. Seguro que si se concentraba lo lograría.

Estuvo cerca de lanzar el serrucho por encima del alambre de espino cuando se preguntó cómo sería la reacción de Trujillo al ser informado del hallazgo del cuerpo, obviamente asesinado. El coronel no parecía un loco ni un carnicero, pero un asesinato en el campo, aunque hubiera sucedido antes de su llegada, era algo muy grave. Más el asesinato de una fuerza viva, en el caso del párroco y médico, doble. No, Trujillo no podría permitirse mirar hacia otro lado.

Aunque su prioridad fueran las obras del pantano, desde Madrid le exigirían que el homicidio no quedara impune. Y como ni Trujillo ni nadie podía averiguar quién había segado la vida del infame Esteban, el coronel se vería obligado a practicar castigos aleatorios o, peor aún, colectivos. Y eso era algo que Rojo no consentiría. Nadie iba a pagar por lo que él había hecho.

El alba, agazapada en el este, amenazaba con salir de su escondite y cargar contra Rojo, cuando el serrucho terminó la tarea. El brazo derecho del alférez se había convertido en corcho. Podrían clavar en él media docena de bayonetas, que él no lo notaría. Con su brazo izquierdo, el único operativo, el alférez distribuyó de manera equitativa los restos troceados de Esteban en los ocho macutos. Y, uno a uno, hizo volar los macutos por encima de la alambrada.

Regresó al barracón cuando la desquiciante corneta tocaba diana.

El sol, que definitivamente había regresado para quedarse, fue el primero en formar. Después del desayuno, Rojo salió del campo con el salvoconducto que le ofrecían sus galones. Y cuando la mitad de los reos salía hacia el primer turno del trabajo esclavo, aprovechó para trasladar los macutos que contenían los cachitos de Esteban, uno a uno, al bosque de encinas colindante al campo. Por donde había escapado en la breve etapa de su vida en que fue un fugitivo.

El bosque estaba lleno de jabalíes. Se iban a dar un festín. De primer plato, doctor. De segundo, cura.

El galimatías de la dinamita, resuelto. El asunto del cadáver del malogrado Esteban, solucionado. Era hora de acometer la tercera tarea que Rojo se había prometido liquidar.

Conquistar a Inés.

Era la hora de la cena, el brazo derecho del alférez había recuperado casi por completo la sensibilidad y volvía a parecer un brazo de verdad.

Agua sucia a modo de caldo, cinco garbanzos, chusco de pan y tres sardinillas. Rojo se había acostumbrado a ese escuálido menú y esa noche, de manera inexplicable, le apeteció cenar el rancho de los esclavos. ¿Sería la fatiga? ¿El sueño? ¿Ambos, que le evocaban sus días de esclavo, en que ese menú era un manjar? No tenía ni idea, pero le apetecía hincar el diente al menú. No lo hizo por dos motivos. De cara a la tropa y, sobre todo, a Trujillo, quedaría retratado como un anormal. Y el motivo más importante, lo que él tomara de la cazuela de los presos no se lo iban a comer ellos. Así que se entregó a la batalla de masticar uno de los bistecs que los compañeros de Intendencia habían chamuscado para que no se supiera qué clase de carne era la que los soldados iban a llevarse a la boca.

Inés llegó rezagada y a Rojo se le iluminó la mirada. Le estaban sirviendo su supuesto filete, que era más supuesto que filete, cuando el alférez, haciendo gala de su nueva graduación, ordenó al escolta que tenía a su derecha que se cambiara de sitio. Lo hizo un poco nervioso porque no había explicación lógica para ordenar ese movimiento, pero tiró del empaque del falso Rojo para que el soldado desplazado no se atreviera a replicar.

Con la bandeja sustentando su comida, la traductora buscó un sitio donde sentarse. El único hueco libre era el que estaba junto a Rojo. Este, intentando controlar sus pulsaciones, la invitó, con la mano, a acomodarse junto a él.

Inés no estaba por la labor. De los más de veinte soldados que estaban cenando, el alférez era con el único con el que no le apetecía compartir mesa. Pero no tuvo otro remedio.

Rojo activó el modo cortejo, esperando que el nuevo Rojo tomara las riendas.

—Hola.

Inés devolvió el saludo con un gesto parco. Lacónico, apenas sin mirarle.

—¿Vas armada? —Inasequible al desaliento, no se iba a rendir. Era un hombre enamorado.

La traductora miró a Rojo sin entender ni querer entender lo que decía. Le traía sin cuidado. Él, sin embargo, estaba lejos, muy lejos de saber lo que pasaba por la cabecita de Inés y el porqué del apabullante menosprecio que sentía por él. Así que el alférez se puso manos a la obra con el proceso de cortejo.

—Armada… Que si vas armada —repitió con una sonrisa tonta que dejaba a la vista la comida masticada que albergaba su boca. Rojo señaló el presunto filete—. Para la carne. Hay que ir armado para enfrentarse a ella. Yo estaba pensando en ir a por el bazuca para poder trocearla…

En ese momento Inés tuvo la certeza de que el alférez, además de una rata capaz de traicionar a sus compañeros, era también un baboso con menos gracia que una piedra.

El silencio de la traductora fue tomado por un optimista Rojo como una invitación a proseguir el cortejo. No cabe decir que, por aquel entonces, el Rojo personaje se había ido a su catre y debía de estar durmiendo a pierna suelta. Sentado junto a Inés, el Rojo auténtico y torpón estaba solo ante el peligro.

—Me han dicho que has estado de vacaciones.

Rojo, en una decisión poco afortunada, creyó que era mejor no hacer referencia alguna al siniestro episodio que Inés había compartido con el difunto Ramos y su esposa. Él sabía lo que había pasado, pero no si ella sabía que lo sabía. Incluso si quería que lo supiese, a pesar de saberlo. Cuando se casara con ella, ya llegaría el momento de tratar el asunto.

Al escuchar la referencia a unas supuestas vacaciones, Inés no pudo más que sacar la artillería.

—Vengo de abortar un hijo fruto de una violación. Y lo sabes como lo sabe todo el campo.

La traductora se centró en su filete, mientras que Rojo lo hacía en su humillación. Estuvo tentado de meterse en la boca el sucedáneo de bistec entero a ver si era tan afortunado de atragantarse y desaparecer para siempre.

No lo hizo porque se había comprometido a matar a Franco. Y un compromiso es un compromiso.

Pero no le faltaron ganas.

30

Por tercera noche consecutiva Rojo no pegó ojo. Si tres noches atrás no consiguió dormir porque descubrió que estaba profundamente enamorado de Inés, hacía dos no había pegado ojo porque estuvo entretenido descuartizando a un señor, en la última y reciente, el fantasma de la traductora volvió a arrebatarle el sueño. Inés le despreciaba y nunca iba a corresponderle. Y él, como hombre práctico y cerebral que era, tenía que asumirlo, y ya. Pero lo de asumirlo a pelo no funcionó, al menos esa primera noche de desamor.

Tenía ganas de llorar. Y nunca lo había llorado por una mujer, a excepción de su madre. Primero lloró la pérdida de su pierna izquierda y luego la del resto del cuerpo de su progenitora. No recordaba si en aquella ocasión llorar le alivió el dolor, creía que sí. Así que le parecía una buena idea llorar por Inés, pero no sabía cómo hacerlo. Frotarse los ojos o hurtar una cebolla de Intendencia para cortarla era trampa, y al alférez no le gustaban las trampas.

Cavilando cómo gestionar el mal de amores, Rojo recogió su dosis de desayuno antes de salir hacia la presa. Cuando hincó el diente al chusco de pan, Atienza, solícito como siempre, se le acercó y, con disimulo, le puso en la mano una pequeña bolsa de tela.

—¿Qué me das? —no pudo más que preguntar Rojo.

—Lo tuyo. —De nuevo, Atienza manejó con suma torpeza el nuevo grado del expreso—. Digo, suyo, señor.

—No sé de qué me hablas.

Atienza acercó su hocico al rostro de Rojo, que hizo una retirada preventiva.

—Tu parte de lo incautado —musitó el escolta devoto.

A Rojo le pilló por sorpresa la ofrenda de Atienza. No le gustaban los comisionistas y no iba a convertirse en uno de ellos. Si había ofrecido a Atienza y Tarrida hacer la vista gorda con lo que sustrajeran del campo era para asegurarse que robaran solo a sus compañeros, y no a los famélicos presos.

—No lo quiero —zanjó Rojo.

—Es tuyo.

—No es mío. Si fuera mío lo recordaría.

—En el fondo un poco tuyo sí que es. Si estamos robando a la tropa, también te estamos robando a ti.

Atienza se dio cuenta de que su comentario, avalado por una lógica aplastante, se le podía volver en contra en cualquier momento. Por fortuna no ocurrió. Rojo tenía problemas mayores.

—Que no lo quiero, Atienza.

Rojo arrancó a andar y atacó de nuevo el chusco de pan, pero a Atienza había situaciones que le superaban. Y esa era una de ellas. Estaba francamente confuso.

—¿Y qué hago con ella?

Rojo se puso en guardia. Ella. ¿Ella podía ser ella? No tenía sentido, pero ¿y si sí? Tenía que resolverlo.

—¿Quién es ella?

—Tu parte.

Vale. Falsa alarma. Ella no era ella. No era Inés.

—No sé. Dásela a los pobres.

—En España todo el mundo es pobre.

—Pues a los pobres del carajo. Los más pobres de todos los pobres. No lo sé, Atienza. Dáselo… —Tacos. Los mandos y los oficiales utilizaban tacos. El nuevo Rojo tenía que empezar a usarlos, y esa era una buena ocasión—. Dáselo a tu puta madre, Atienza.

A Rojo le recorrió un escalofrío. ¿Podía ser ese su primer taco? Si lo era, le había quedado bastante bien.

Sin más, Atienza se puso a llorar. El alférez se quedó descolocado. ¿Por qué lloraba? Con lo que le costaba a él, y lo bien que se le daba al escolta. Rojo y su envidia sana no entendían nada.

—Pero… ¿por qué lloras? —Era el momento de usar otro taco—. Cojones.

Al nuevo Rojo le faltó convicción en ese taco. Bueno, estaba en proceso de aprendizaje.

—Mi madre murió ayer. —Atienza se deshacía en lagrimones.

Rojo se quedó de piedra, acababa de llamar puta a la madre muerta de su compañero. Para una vez que llamaba puta a alguien o algo. ¿Cómo podía tener tan mala suerte? Rojo permaneció consternado, azotado por la culpabilidad, viendo el lloriqueo desbocado del huérfano Atienza, y recordó las lágrimas que él derramó por la muerte a trozos de su madre.

El Rojo auténtico acudió al rescate.

—Perdona, Atienza. No… No lo sabía. Lo siento mucho. Pero… ¿cómo ha sido?

—Se cayó del burro.

«Vaya. Una muerte absurda digna de mi familia», no pudo evitar pensar Rojo.

—Es… es que los borricos los carga el diablo. —No fue la mejor frase de consuelo, pero seguro que las había peores—. ¿Y cómo es que no te has ido al pueblo?

—El coronel no me ha dado permiso. Dice que con los tres turnos nos necesita a todos los escoltas aquí.

Rojo era el autor intelectual y material de la política de los tres turnos, y Atienza lo sabía. Una cosa y la otra le dejaban claramente sin escapatoria en la conversación.

—Hablaré con él.

—No te preocupes, Rojo. Digo, alférez. —Las lágrimas de Atienza se mezclaban con sus mocos. No era un espectáculo agradable. Intentó recomponerse, sin lograrlo—. Pero sí tienes que ir a hablar con él. No de lo mío. De otra cosa. No sé cuál. Pero ha ordenado que acudas a su despacho.

La orden le pilló por sorpresa. Rojo odiaba aquel despacho. Pero su margen de maniobra era escaso, o nulo. O iba al despacho de Trujillo o iba al despacho de Trujillo.

Fue.

El día no tenía buena pinta. Y la confirmación fue el rapapolvo que Rojo se llevó del coronel por no haber seleccionado aún a los cabos de vara que debían gobernar cada uno de los seis barracones de los presos. Malhumorado, le ordenó que se encargase de inmediato y que cuando tuviera la selección se la diera a Inés, que, como hiciera Esteban alternando las funciones de doctor y cura, estrenaba doble

responsabilidad. En su caso, traductora y secretaria o, lo que es lo mismo, chica para todo. Inés, con la ayuda de Rojo, debía mecanografiar la lista de presos ascendidos y especificar, de cara a ellos y al resto del destacamento, cuáles eran sus funciones.

La orden explícita de Trujillo consistía en elegir al menos popular de los esclavos de cada barracón. El mando pretendía que los presos a los que se iba a ascender a cabos de vara hubieran sufrido la marginación e incluso la burla de sus compañeros, para que ese rencor mutase en crueldad cuando al preso se lo armara con una porra.

A pesar de lo que creía Trujillo, Rojo no conocía a la inmensa mayoría de los presos, así que pidió ayuda al trío compuesto por Lincoln, Camilo y Ventura. Debían elegir bien. Seleccionar a candidatos que aparentemente cumplieran los requisitos de Trujillo, pero que no fueran a comportarse como déspotas cuando se les pusiera el distintivo en el brazo. No era tarea fácil, se movían sobre una línea muy delgada. Una mala elección haría que varios de sus compañeros vivieran un infierno aún peor del que ya estaban viviendo.

Donde no hubo dudas fue en la elección del cabo de vara del barracón número cuatro, que era donde habían sido asignados los nueve prófugos a su regreso al campo. En sus dieciocho manos, veinte contando las de Rojo, estaba que el plan de volar la presa fuera un éxito. Y no se podían permitir ningún tipo de injerencia u obstáculo añadido. Decidieron que el mejor candidato a cabo de vara no era otro que Ventura, de lejos el más apocado de los tres. Rojo confiaba en que Trujillo simplemente leyera por encima los nombres de los elegidos y los diera por buenos sin más. Claro que existía el

riesgo, poco probable, de que el coronel cayera en la cuenta de que el cabo de vara del barracón número cuatro era uno de los fugados. Si eso ocurría, Rojo se jugaba los galones, puede que algo más. Pero había que arriesgar.

Con la selección en el bolsillo, Rojo llamó con timidez a la puerta tras la cual sabía que le esperaba Inés. No como a él le gustaría que lo hiciera, con los brazos abiertos y una sonrisa en los labios. No, simplemente le esperaba para redactar el documento sobre la elección y las atribuciones de los malditos cabos de vara.

La frialdad con que la traductora recibió al alférez fue demoledora. Durante el encuentro intercambiaron las palabras necesarias, ni una más. En un par de momentos Rojo estuvo tentado de intentar restablecer los lazos que no sabía muy bien por qué se habían roto, pero no encontró el hueco para hacerlo. La defensa de Inés era férrea.

La redacción del listado de seleccionados fue rápida. Bueno, con Rojo al mando de la máquina de escribir lo hubiese sido más. Inés no era mala mecanógrafa, pero Rojo jugaba en otra liga. Les llevó más tiempo la redacción de las atribuciones de la nueva figura del campo. No por la agilidad dactilar de Inés, sino porque ni ella ni Rojo tenían claras cuáles eran las atribuciones que tenían que poner en negro sobre blanco. Tras un escueto y parco debate, acordaron ser todo lo vagos que pudiesen. Básicamente escribieron que el cabo de vara debía ayudar a la tropa a mantener el orden en el campo y era el primer eslabón, en cuanto a seguridad, con el que chocarían los presos en caso de comportamiento inadecuado, protesta, altercado o motín. También especificaron que el cabo iría armado por su propia seguridad, la de la tropa y, la parte más delirante, por la seguridad

de los propios esclavos. Como ni Inés ni Rojo habían conocido en su vida a un cabo de vara, no eran conscientes de lo ridículo que resultaba su escrito, teniendo en cuenta que el propósito real de esa macabra figura era que los presos vivieran en un régimen de terror extremo, en que un igual tenía el poder de someterlos a castigos aleatorios, torturas gratuitas y palizas que podían resultar mortales. Y todo ello con absoluta impunidad.

La despedida fue tanto o más fría que el recibimiento. Si Rojo ya lo tenía bastante claro antes del encuentro, tras él no albergaba ni la más remota esperanza de que algún día Inés cayera rendida a sus pies. Igual en un mundo apocalíptico con una Inés con el rostro desfigurado, sin extremidades, y con varios coágulos en el cerebro, igual en ese escenario de repente Rojo volvería a tener opciones de conquistarla.

Desolado, el alférez se puso en movimiento por el pasillo de la acústica maldita, cuando la puerta que acaba de cerrar se abrió.

—¿Por qué?

Inés estaba en el umbral. La frialdad de su rostro, impostada por lo que parecía, dejó paso al brillo de unos ojos que luchaban por no desbordarse.

Rojo, tan avispado como de costumbre, no tenía ni la más remota idea de a qué se estaba refiriendo la traductora. Su rostro bobalicón dio pie a que Inés, tras mirar a lo largo y ancho del pasillo, agarrara al alférez por la solapa de su guerrera y lo empujara de nuevo dentro del cubículo donde estaba la máquina de escribir.

—¿Por qué lo hiciste?

«Que manía tiene la gente de hacer preguntas sin la precisión requerida», pensó. ¿Qué le costaba a ella, a Atienza o a quién

diantre fuera formular las preguntas completas? ¿Por qué hizo qué? ¿Cortarse el pelo? ¿Comer con la boca abierta? ¿Se referiría a la pregunta torpe que Rojo le hizo sobre sus supuestas vacaciones cuando sabía que había abortado? Eso tenía sentido. Seguro que era eso.

Pues no. No lo era.

—¿Por qué traicionaste a tus compañeros? Acabaste preso por defender sus derechos. ¿Por qué los traicionaste en plena fuga? ¿Por qué?

Inés se la jugó como pocas veces lo había hecho. No sabía muy bien por qué. Seguramente no quería creer. Necesitaba que lo que le habían contado no fuera cierto. Claro que, si lo era, si de verdad Rojo era una rata de alcantarilla al servicio de los fascistas, Inés acababa de hacerse el peor de los favores. Si aquel cabrón había vendido a nueve de los suyos a cambio de unos míseros galones, no dudaría ni un segundo en hacer lo mismo también con ella. Aunque solo fuera para recibir una palmadita en la espalda.

Por su parte, a Rojo le encajaron por fin las piezas. Todas. Inés no le odiaba a él, odiaba al nuevo Rojo. Y eso era bueno y malo a partes iguales, porque el espectáculo debía continuar. Mierda. No le podía contar que todo lo que había hecho, y seguía haciendo, no era más que una treta. Quería confesárselo, mataría por poder decírselo, pero no podía poner en riesgo la misión. Y eso era demoledor. Porque si había alguna opción de que Inés y él acabaran juntos, era contándole la verdad.

La mirada de Inés escocía los ojos de Rojo. Rabia, rencor, decepción, incomprensión, y más rabia, más rencor, más decepción y más incomprensión. Inés suplicaba una respuesta que no llegaba. A

Rojo le ardía la verdad en la boca. Qué sencillo sería soltarla. Ojalá pudiera. Era evidente que Inés sentía algo por él. Si no, ¿por qué se mostraba tan defraudada? Sí, seguro que sentía algo. Quizá no un enamoramiento tan exacerbado como al que él le aprisionaba el pecho desde que se declaró enamorado, pero algo sentía. Algo que podía cultivarse. Hacer crecer. La semilla de un vergel. Una maldita semilla que, a pesar de estar armado con una manguera, no podía regar. No podía porque no debía. La empresa en la que estaba embarcado era demasiado grande. Liberar un pueblo, un país entero, de las garras del dictador. Sabía lo que tenía que hacer y cómo hacerlo.

Si iba a ser un héroe, lo sería con todas las consecuencias. Los héroes se sacrifican. Inés sería su sacrificio. Rojo no tenía más remedio que renunciar a ella. E iba a hacerlo. Con todo el dolor de su corazón, lo haría.

Inés jamás sabría la verdad. Jamás sabría que no traicionó a sus compañeros. Y jamás estaría con ella. Jamás la acariciaría. Jamás la besaría. Jamás harían el amor. Jamás despertaría junto a ella en una cama llena de críos. Jamás envejecería con ella. Jamás de los jamases.

—Voy a matar a Franco.

31

Ya es mala suerte. Esa podría haber sido la primera vez que Inés hiciera el amor por voluntad propia, pero el doctor Torres, después del aborto, le dijo que debía abstenerse de mantener relaciones sexuales, consentidas o no, durante al menos un mes. El matiz de incluir las no voluntarias en la prescripción médica la dejó perpleja, dada la poca capacidad de decisión que, por experiencia propia, sabía que tenía una mujer cuando era violada.

Inés y Rojo, el auténtico Rojo, no el impostado, llevaban besándose más de una hora. Primero en el cuartucho de la máquina de escribir, y luego en el de la traductora. Ambos tenían los labios en carne viva, pero les daba igual.

Rojo no se había besado de esa manera con nadie, ni con Alicia. De hecho, los besos que se había dado con su única novia oficial habían sido entre castos y algo menos castos. Había habido saliva, sí, pero no lengua. Salvo el desagradable episodio de la lengua de la tartamuda Margarita irrumpiendo como un ariete en su boca, era la primera vez que su lengua se rozaba con una semejante. Y le gustó.

Cabía la posibilidad de que solo le gustaran las lenguas, sin más, pero estaba convencido de que, el hecho de que aquella en concreto estuviera adherida a Inés, tenía mucho que ver con el disfrute y la excitación que los lengüetazos le proporcionaban.

A Inés sus agresores le habían introducido en innumerables ocasiones sus asquerosas lenguas en la boca, pero obviamente nunca había sentido nada que se acercara, ni de lejos, a la sensación de placer. Los besos con Rojo rebasaban incluso esa barrera. Nunca había sentido ese deseo, esa necesidad física de unir su sexo con el de otra persona. Maldito doctor Torres. ¿Y si mandaba al diablo su receta de abstinencia? ¿Qué podría pasar si le arrancaba a mordiscos los pantalones a Rojo y hacía con él el amor de manera salvaje?

Inés decidió ir a tumba abierta. Recostada en la cama junto a Rojo, con sus bocas imantadas, deslizó sus dedos bajo el pantalón de su amante. El alférez, que se sentía explorador en una tierra desconocida, no pudo más que imitar a su guía. Ella, sin dejar de besarle, le bajó los pantalones. Él, siempre a rebufo, la imitó con la falda. Agarrándole el miembro, ella pasó una pierna sobre la cintura de Rojo, dispuesta a engullir el pene. Rojo lo impidió.

—Acaban de hacerte… lo que te han hecho. No quiero que te duela.

Inés no podía creerlo. Un hombre se preocupaba por no hacerle daño. Para ser más exactos, un hombre cuyo miembro aprisionaban sus manos se preocupaba por no infligirle dolor. Y no era algo que estuviera ocurriendo en una novela ni en una pantalla de cine, era algo que ocurría en la vida real, sobre el lienzo blanco de su camastro.

Si tenía dudas, aquellas cinco palabras «No quiero que te duela» las habían disipado para siempre. Quería a aquel torpón. Entero y a trocitos. Sus ojos, sus labios, sus manos, la cicatriz de su mejilla…

Todos los puñeteros poros de su piel. Le quería, sí, y no solo porque estuviera determinado a matar a Franco.

Le quería porque le amaba.

El sol entraba a chorros por la misma ventana en la que el viento huracanado se colaba días atrás. Su calor teñía la cama al completo, y los amantes, cegados por el brillo, llegaron al orgasmo a la vez. Ella, masturbándolo a él. Él, masturbándola a ella. Con sus bocas cosidas con un hilo de cobre.

Desgraciadamente, Inés tenía experiencia masturbando, y en más cosas. Lo de Rojo fue más intuitivo. En la película pornográfica de la tía Encarna había visto una masturbación a cuatro manos, y él solo tenía dos, pero se apañó bastante bien. En un par de momentos Inés le echó un capote redirigiendo las yemas de sus dedos, y, a su criterio, que era el que importaba, el resultado fue impecable. Hacía muchos, muchos años, que no había sentido un orgasmo como ese. Y era la primera vez que unas manos que no fueran las suyas la llevaban al éxtasis.

Rojo no se podía creer lo que había ocurrido en aquel cuartucho. Por un momento, que duró más de una hora, se olvidó de todo. Incluso de quién era.

Pero la realidad no tardó en llamar a su puerta.

—Joder.

Era el tercer taco que soltaba ese día, y también el tercero de toda su vida. Inés aún estaba extasiada contemplando las grietas del techo e intentando recuperar el aliento. Miró a Rojo con el rabillo del

ojo y vio que su amante no era el de hacía solo unos pocos segundos.

Había estado con muchos hombres cuyo deseo, después de eyacular, se tornaba en indiferencia, incluso desprecio. ¿Era eso lo que estaba experimentando Rojo? Si era así, era horrible.

—¿Estás bien?

Rojo no estaba bien.

¿Cómo podía haber sido tan bocazas? Le había contado a Inés lo de Franco. El plan de la presa, lo que sucedió durante la fuga, todo. Había puesto en riesgo la misión por la experiencia más abrumadoramente placentera, estupenda, maravillosa y alucinante de toda su puñetera vida. Y no solo había puesto en riesgo la misión, también había comprometido a la propia Inés. La había convertido en cómplice de un magnicidio. O, al menos, de un intento de magnicidio.

Y lo peor de lo peor era que, poniendo sobre la balanza el riesgo que conllevaba haber sido tan bocazas y el placer obtenido gracias a serlo, sería tan idiota de volver a hacerlo.

Sí, volvería a contarle lo de Franco una y otra vez. Si cada vez que se lo contara repetiría experiencia, ¿dónde había que firmar?

Rojo, abrumado hasta la coronilla, buscó soluciones donde no las había.

—Si te digo que lo de matar a Franco era una broma, no te lo vas a creer, ¿verdad?

La traductora no pudo menos que soltar una carcajada. El alférez la observó, enamorado. Inés le clavó la mirada.

No la habían invitado a la fiesta, pero ya sabía qué vestido iba a ponerse.

—¿Cómo vamos a hacerlo? ¿Cómo vamos a matarlo?

Era una buena pregunta. ¿Cómo iban a matar a Franco? La cierto es que Rojo solo lo sabía a grandes trazos. Había una presa, dinamita y un dictador. La lógica imponía que tenían que converger los tres elementos en el tiempo y en el espacio. De no ser así, el plan se iría al carajo. Pero más allá de eso, el alférez poco sabía. Quedaban semanas para que el Generalísimo les honrara con su visita, y Rojo suponía que, en algún momento, Morera o alguno de sus maquis contactarían con él para concretar los pormenores de la misión.

Por una vez, Rojo supuso bien.

Apenas una semana después del primer encuentro sexual entre Inés y Rojo, al darle al alférez la niña con ojos de viuda su rancho diario de dinamita, le dijo que al día siguiente Morera lo vería en la casa triste que gobernaba su antigua archienemiga, la mujer coja.

La noche que se coló entre el día del anuncio del encuentro con Morera y el día del encuentro en sí, los amantes por primera vez hicieron el amor. Realizaron el coito a pesar de la prescripción en contra del doctor Torres. Y no una, varias veces. En concreto ella dos, y él tres. A Rojo le costaba contenerse.

Tras el tercer orgasmo de Rojo, segundo de Inés, la traductora le transmitió a su amante que tenía la intención de acompañarle a la reunión con los anarquistas. Rojo se negó en redondo. Pero su determinación duró dos besos.

Por la mañana hicieron de nuevo el amor. Una sola vez y con el éxtasis perfectamente sincronizado. Rojo aprendía rápido. Llevaban una semana durmiendo juntos. El alférez no tenía que dar

explicaciones a nadie a excepción de Trujillo, y eso le permitía moverse por el campo con cierta libertad. A pesar de todo, Rojo procuraba regresar a su dormitorio antes de que tocaran diana. No siempre lo conseguía.

Rojo se aseó y salió con el primero de los tres turnos de trabajo. Inés aludió a una prima suya que iba a pasar cerca del pueblo, con la que había concertado una cita. Nadie reparó en que por San Martín del Río Cuervo no venía ni un alma porque ahí no se iba a ninguna parte. El pueblo estaba, como solía decirse, en el culo del mundo.

Como la niña con ojos de viuda le había prometido, el mayor Morera esperaba a Rojo en la casa triste acompañado de tres maquis. En medio de la cocina donde la mujer coja había ofrecido sin rubor a Rojo los favores sexuales de su hija, sobre la mesa de madera, había una maqueta no muy elaborada de la presa que estaban terminando de construir los esclavos. Le faltaban muchos detalles, y las proporciones estaban a años luz de ser fieles a la original, pero la miniatura cumplía con creces su función.

La bronca de Morera no le pilló por sorpresa. De hecho, estaba de acuerdo con él. No debía haber hecho partícipe del plan a Inés, y mucho menos haber dejado que la muchacha le acompañara a la reunión clandestina. Rojo encajó la reprimenda sin rechistar. ¿Qué podía decir? No iba a perder el tiempo excusándose. El maquis supremo no tenía ni la más remota idea de lo bien que besaba Inés.

Tras la regañina, uno de los esbirros de Morera, de pelo blanco y gafas de culo de botella, señaló con un palo los pilares, contrafuertes y demás puntos donde debían poner la dinamita. Adiestró a Rojo sobre cómo confeccionar los fardos, cuantos

cartuchos poner en cada uno, cómo ocultarlos a la vista, cómo cablearlos y cómo conectarlos al detonador.

El tipo con pinta de científico loco repitió las instrucciones como tres veces. A Rojo le sobraron dos.

Después, ante la mirada de reprobación de la mujer coja, otro maquis agarró un trozo de pan oscuro. Con esfuerzo, pues la miga estaba dura como una muela, el miliciano moldeó unas bolitas que dispuso sobre la pasarela, allí donde iba a cortarse la cinta inaugural. La bolita de pan que representaba a Franco brillaba con luz propia sobre la humilde maqueta.

Todo pasaba por segar la vida de aquella bolita.

Para la pregunta que Inés le hizo a Rojo la semana anterior, cuando se sumó al plan, ¿cómo vamos a hacerlo?, ahora el alférez y la traductora ya tenían respuesta.

Cuando Morera dio por finiquitada la reunión, Rojo levantó la liebre con algo que le preocupaba desde hacía unos días. Cierto era que esa preocupación había coincidido de lleno con la semana más feliz de su vida, lo que hizo que le pareciera una de baja intensidad, pero en ese momento, delante de la representación la presa y de la bola de pan franquista, la inquietud de Rojo adquirió la dimensión que requería. Habló.

—Tengo dudas de que se cumplan los plazos para poder inaugurar la presa el día previsto.

—Eso sería un desastre. —A Morera se le dispararon las alarmas.

—Por eso quería decirlo.

—¿Lo de los tres turnos no funciona?

—Funciona de maravilla. Por eso digo que tengo dudas. Si no estuviéramos con los tres turnos, no las tendría.

Morera miró a sus hombres. No porque esperase que alguno de ellos aportara algo a la conversación. Los conocía y sabía que eran unos cenutrios. Incluso el maquis con pinta de científico loco, experto en explosivos y en nada más.

—¿Has avisado al coronel?

—Si se lo cuento me dirá que haga un turno más.

—Sería una solución.

—Para terminar la obra necesitamos presos sanos. Si todos doblan turno a diario, caerán como moscas. Los cadáveres no pican piedra.

Rojo hablaba con algo más de determinación de lo habitual. Se le estaban pegando algunos tics del falso Rojo. Y eso era bueno o malo, según se mirase.

—No nos podemos permitir que la presa no esté el día señalado. El enano se va de viaje al día siguiente de la inauguración. Si no corta la cinta ese día, todo se irá a la mierda.

El discurso de Morera era tan desolador como poco constructivo. Inés, en silencio hasta ese momento, arrojó algo de luz.

—Más días no puede ser. Más turnos tampoco. Pues solo queda una: más presos.

La lógica era demoledora. El campo de San Martín no era de los más hacinados de España, ni mucho menos. Por lo pronto, había veintidós huecos libres, los que dejaron los fugitivos que se habían librado del macabro plan de los maquis. Y donde duermen doscientos esclavos duerme el doble. El problema no era el espacio, por absurdo que pareciera, el problema era generar más presos.

Y hacerlo en tiempo récord.

El mayor Morera, antes que maquis, fue un héroe. Bueno, lo fue y lo era. Un héroe nunca dejaba de serlo. No existen los exhéroes. Si un héroe vende a los suyos pasa a ser un vulgar traidor. El epígrafe de héroe es borrado de su biografía. Fulminado. No era el caso de Morera. A pesar de su constitución enclenque y aspecto enfermizo, era un héroe en toda regla. Y, como a todos los buenos héroes, los de verdad, no le gustaba hacer ostentación de sus méritos.

Así era Morera.

La heroicidad de Morera se remontaba a la génesis de la batalla más sanguinaria que tuvo lugar durante la contienda civil: la batalla del Ebro. Empezó trabajando en inteligencia del bando republicano, en el Servicio de Información Militar, a las órdenes del teniente coronel Manuel Uribarri. Morera fue el responsable de la identificación de más de tres mil quinientos falangistas que operaban en Cataluña y que con posterioridad fueron arrestados. Impresionados los superiores por la hazaña de Morera, fue adiestrado en labores de contrainteligencia por el coronel Estrada, de cuya mano se infiltró en el Servicio de Información y Policía Militar del bando franquista. Fue Morera quien minimizó y puso reiteradamente en duda los informes nacionales que apuntaban a una ofensiva republicana en el Ebro. Y consiguió que el mismísimo Franco creyera que las agoreras predicciones de sus servicios de inteligencia no iban a tener lugar. De modo que la ofensiva republicana, cuando se produjo, pilló en calzoncillos al dictador.

Desde el anonimato del héroe, Morera hizo soñar a medio país, e incluso a la comunidad internacional, con que la guerra podía dar un vuelco que al final no dio.

Las heroicidades son como la nieve. Unas veces cuajan, otras no.

Rojo no sabía nada del pasado de Morera. De haberlo conocido, puede que se hubiese olido lo que iba a pasar cuando el coronel Trujillo, henchido de orgullo, ordenó que abrieran el portón alambrado y anunció que una remesa de maquis que habían sido apresados ingresarían en el campo.

Había transcurrido una semana desde la reunión en la casa fea. La nieve había desaparecido por completo y el suelo tenía ya su color original. El responsable, el sol insolente que tanto habían echado de menos, ahora convertido en pesadilla. Eran poco más de las ocho de la mañana y hacía un calor insoportable. El alférez Rojo cruzó una mirada de preocupación con Inés, que acababa de bajar a la arena citada por el coronel, por si había que traducir su discurso de bienvenida a alguno de los esclavos que estaban por llegar.

La sorpresa fue mayúscula cuando una marea humana formada por más de cincuenta hombres maniatados y ocho soldados nacionales armados hasta los dientes penetraron en el perímetro alambrado. Rojo casi tuvo que recoger sus ojos del suelo cuando vio, en la primera fila de presos, al mayor Morera.

El abismo se abrió ante Rojo. Habían cazado a los maquis, sus cómplices. Era de suponer que no tardarían en cogerle a él. Aunque eso era lo que menos le preocupaba.

Franco no iba a morir. Ese era el auténtico desastre a ojos de Rojo. Lo de que le fueran a vejar y torturar durante semanas antes de matarlo de la manera más cruel no es que le tuviera sin cuidado. Si le daban a escoger entre eso o una semanita en un balneario, lógicamente elegiría la segunda opción. Pero se sorprendió a sí mismo lamentándose más por el desastre de que el Caudillo seguiría con vida, que de su más que probable tortuoso final.

Pero las cosas no son siempre lo que parecen. Y lo que parecía no era. Ni de lejos.

—Necesitabas presos, tienes presos.

Las palabras que Morera murmuró con disimulo al pasar junto a Rojo casi consiguen gripar el cerebro del alférez.

Rápido para las matemáticas pero lento para la lógica más elemental, Rojo tardó más en procesar la información de lo que hubiera tardado en hacerlo un niño de ocho años.

Los soldados nacionales que habían conducido el rebaño de presos, que no eran soldados ni, por supuesto, nacionales, salían del campo con ganas de quitarse el disfraz cuando Rojo entendió la jugada de Morera.

—Qué hijo de puta…

Cuarto taco escupido por la boca de Rojo en toda su vida. Aunque ese solo lo había oído él.

Y eso lo convertía en menos taco.

32

Las siguientes cinco semanas pasaron como habían soñado. Con la incorporación de Morera y los maquis el ritmo de la obra se aceleró hasta el punto de que superaron las previsiones más optimistas. Salvo algún incidente de dimensiones apocalípticas, no había riesgo de que el enano no pudiera cortar la cinta inaugural en la fecha prevista.

Rojo estaba en una nube. Vivía en un éxtasis concadenado gracias a su relación con Inés. Era complejo sentirse tan feliz en una realidad tan siniestra. En un día a día donde los presos enfermaban por la extenuación, pasaban hambre, se desvanecían bajo el calor extenuante y algunos de ellos morían de escorbuto, beriberi o pelagra, para luego ser arrojados a una mísera fosa común. El alférez había hecho, y hacía, lo imposible para que el infierno que vivían sus antiguos compañeros fuera lo menos infernal posible.

Pero el infierno es infierno, aunque le pongas guirnaldas y luces de colores.

Desde que a Rojo le cayeran del cielo los galones de alférez, habían muerto siete hombres en el campo. Entre ellos, Reguilón, uno de los nueve fugados que sacrificaron su libertad por el insólito plan de matar a Franco. Su libertad primero y luego su vida.

En todo aquel horror era complicado gestionar la felicidad que embargaba a Rojo. Lo había hablado varias veces con su amada, y a Inés le sucedía lo mismo. La diferencia es que cada vez que ocurría una desgracia irresoluble, lo que viene siendo una muerte, Rojo se torturaba pensando que podía haber hecho algo para evitarla. Siempre estaba eso en su cabeza: podía haber hecho más. Seguro que podía haber hecho más.

En esos casos, los besos de Inés eran un bálsamo sin el que, probablemente, se hubiese derrumbado. Y derrumbarse con una pistola en el cinto y un máuser colgando del hombro tenía su peligro. Pero Rojo tenía tres motivos incontestables para no sucumbir y pegarse un tiro en la mollera: Inés, Franco y su cobardía.

Ser un héroe y ser un cobarde no tiene por qué estar reñido.

Y el alférez Rojo era prueba de ello.

Convertido en la mano derecha del coronel Trujillo, al alférez le fue encomendada la honrosa misión de preparar el protocolo de la ceremonia de inauguración. Se alegró de ser el seleccionado en la misma medida que se lamentó. Él debía elegir a los hombres que morirían junto a Franco en la pasarela de la presa. Desde el primer momento tuvo claro que con el Generalísimo iba a morir más gente. La conjunción de una presa conteniendo miles de millones de litros de agua más ochocientos kilos de dinamita en cartuchos perfectamente compactados conllevaba lo que conllevaba.

De su lápiz y cuaderno iba a salir la lista de los sacrificados.

Franco iría con su séquito: casi seguro el ministro de Infraestructuras, puede que el del Ejército y su corte de

agasajadores habituales. Esos no le daban ninguna pena. Trujillo, obviamente, iba a querer estar lo más cerca del culo de Franco que pudiese. No tenía nada contra el coronel, de hecho, desde su llegada se había portado bien con él y su crueldad estaba a años luz de la de Ramos. Además, había ayudado a Inés con lo del aborto. Sin embargo, tampoco sentiría su muerte. Como no iba a lamentar la del cura de lengua viperina. El buitre con alzacuellos estaría en primera fila para regar con agua bendita a todos los presentes. Qué poco eficaz resultaría esa bendición. Sí, esa rata tendría también su merecido. Al igual que el médico con la mirada de iceberg que hacía escasos días le había pedido a Rojo una lista de los convictos brigadistas para someterlos a un examen psicológico.

En una cena en que la ingesta de vino peleón se le fue de las manos, el presunto doctor defendió con vehemencia su tesis, obtenida gracias a las torturas físicas y mentales a las que había sometido a varios presos y presas, según la cual existía una relación de causa-efecto entre el marxismo y la inferioridad mental, y la mujer era un ser degenerado proclive a la ideología de izquierdas porque esta la alentaba a satisfacer sus apetencias sexuales latentes. El mundo iba a ser un sitio mejor sin ese individuo, sin duda.

Algo apenado se sentía por los escoltas que debían estar en la pasarela velando por la seguridad de las personalidades. Escoltas del campo, claro. Sus compañeros. Los únicos por los que Rojo había desarrollado algo parecido al afecto eran Tarrida y en especial Atienza. Ya que podía, iba a salvarlos a los dos. Luego estaban los del *No-Do*. Aquellos hombres que, cargados con sus monumentales cámaras cinematográficas, inmortalizarían la caída del dictador.

¿Aguantaría la cámara el derrumbe de la presa? Probablemente no. Lástima. Esas imágenes podrían pasar a la historia. Rojo, gracias a su abuelo proyeccionista, había conocido a varios cinematógrafos y tenía buenos recuerdos de todos ellos. Eran hombres apasionados por su oficio. Magos que capturaban la vida en bobinas de ciento veinte metros de celuloide, como los que captaron las travesuras de la tía Encarna. De poder escoger, preferiría que esos hombres no muriesen. Pero eso no estaba en sus manos. Bueno, siendo fieles a la verdad, sí lo estaba, pero no podía poner en peligro el éxito de la misión.

Faltaban solo trece días para que Franco muriese. Y nada iba a detener a Rojo.

Ni un terremoto. Ni un puñetero meteorito.

Durante las cinco semanas transcurridas desde que Morera hiciera su aparición estelar, Inés y Rojo no fallaron a su cita con el placer ni una sola noche. Con sesión doble, a veces triple, incluso con algún que otro bis. Rojo se había vuelto todo un experto en el arte de la marcha atrás. Tenía más que claro que lo último que necesitaba Inés era afrontar un nuevo embarazo, así que era cauto a más no poder. Antes de llover, chispea, se decía a sí mismo, así que contenía y, a menudo, sacrificaba su placer por el de su amada. Cuando eso ocurría y Rojo retraía su eyaculación, al poco de recuperar el aliento Inés remataba la faena. Los amantes no tardaron en descubrir que el coito no lo es todo, y sus bocas se convirtieron en fuentes inagotables de orgasmos. De todos los colores y de todas las medidas.

Aquella noche, sexualmente hablando, no había tenido nada de especial. Fue tan alucinante, extraordinaria e increíble como las treinta y siete anteriores. Una noche más en el puñetero paraíso de los sentidos. Los tangibles y los no tangibles. Lo que resultó especial fue lo que ocurrió tras el enésimo orgasmo. Tan solo unos segundos después, cuando Inés recorría con los dedos la cicatriz marsellesa de Rojo mientras ambos recuperaban el aliento.

—Cásate conmigo —imploró Rojo, aún jadeando.

Inés lo miró desconcertada, con la vagina palpitante y empanada por el manantial de placer.

—Casémonos. Hoy. Ahora —insistió el alférez.

—Son las dos de la madrugada. El padre Arcadio estará durmiendo. —Sonrió, pícara—. Y olemos a sexo…

—No quiero que nos case ese hijo de Satanás. —Si eso era un insulto, que no lo tenía claro, era el quinto.

—¿Y quién quieres que nos case? —Inés miró a su mozo, divertida y enamorada.

—Nosotros.

El cielo desprovisto de nubes alentaba a la luna, convidada de piedra en el dormitorio, a dibujar las sombras de los cuerpos desnudos de los amantes.

—No podemos casarnos nosotros mismos. —Inés rio, sabiendo que eso era justamente lo que iban a hacer.

—¿Quién lo dice?

Los dos entraron en el juego absurdo pero simpático.

—Dios —contestó la traductora.

—¿A quién se lo ha dicho? A mí no me lo ha dicho.

—No debe tener tu dirección postal.

—Será eso.

—Seguro.

—No conozco a nadie a quien se lo haya dicho.

—Yo sí.

—¿A quién?

—A los de las Escrituras.

—¿Los apóstoles?

—Esos.

—Si yo no tengo teléfono, ellos menos.

—Ahí tienes razón.

Rojo cayó en la cuenta.

—Además… ¿qué diantre haces hablando de Dios, los apóstoles y las puñeteras Escrituras? ¿No eres atea?

—Del uno al diez, diez y medio.

Los amantes rieron. Rojo ni supo ni quiso contenerse y se lanzó a besar a Inés. Veintitrés segundos de beso, para ser precisos. Tras el beso, el alférez sin galones ni uniforme saltó de la cama y se arrodilló teatralmente ante la traductora.

—Inés… —Rojo, pensativo, cayó en la cuenta y torció el morro—. No me puedo creer que no sepa cómo te apellidas.

—Blanco García.

Rojo abrió los ojos como platos.

—¿En serio? —Inés asintió. Ella ya había caído en la cuenta después de besar a Rojo por primera vez. De eso hacía más de un mes—. ¡¿Rojo Blanco?! ¡¡¿Nuestros hijos se apellidarán Rojo Blanco?!!

—Suena gracioso. —Inés sonrió, divertida como pocas veces.

—¡¿Gracioso?! ¡Rojo Blanco! Eso no son hijos, son camisetas del Athletic. O peor, colchones. Van a tener nombre de colchón.

—Apellidos.

A Inés le divertía la situación; a Rojo, no tanto. Pero, bueno, si cuando era un chaval le hubiesen ofrecido apellidarse Rojo Blanco en lugar de Rojo Rojo, habría firmado con los ojos cerrados. Eso le relajó en cierta medida. El inevitable beso de Inés hizo el resto.

—Entonces… ¿nos casamos o no? —preguntó al separar sus labios de los del alférez.

Rojo la amó con la sonrisa. Recuperó la poca solemnidad que le otorgaba su postura arrodillada y en cueros, y agarró la mano de su amada.

—Inés Blanco García. ¿Quieres casarte conmigo?

—Quiero casarme contigo, Conrado Rojo Rojo.

Rojo se lanzó a la caza de su presa. El beso sobrepasó el medio minuto.

—Pues ya está. Casados. —Rojo no cabía en sí de felicidad.

—No nos hemos casado, nos hemos prometido. —Inés no pudo evitarlo. Rio de nuevo. Desde que estaba con Rojo, le dolía la cara de tanto reír. Las mejillas, para ser precisos.

El alférez miró a la que creía ya su esposa, pero no.

—Me has preguntado si quería casarme contigo y te he dicho que sí. Y tú igual. Eso no es casarse, ni aquí ni en la China. Bueno, en la China no lo sé, la verdad. Pero en España, la nueva y la vieja, no. Eso es prometerse y punto.

Como siempre, la traductora tenía razón. Pero Rojo pocas veces había estado tan determinado a algo. Esa noche iba a casarse con

Inés. En pelotas y bañados por la luz de la luna. Se acercó a la mujer de su vida y le agarró ambas manos.

—Inés Blanco López.

—García —rectificó Inés.

—García. —El escolta iba a lo que iba—. ¿Me aceptas a mí, Conrado Rojo Rojo, como legítimo esposo, para estar conmigo, reírnos todo el rato, hacer el amor como conejos hasta que nos duela, y quererme en la felicidad y en la adversidad, con sol y con lluvia, con frío y con calor, con Franco o sin Franco, aunque preferiblemente sin Franco, hasta que la muerte nos separe?

Inés se emocionó. La pantomima dejó de serlo. Una presión extraña en el pecho le advirtió de que se estaba casando de verdad. En aquel campo, en aquella habitación donde había sufrido las más impensables vejaciones. Donde había dejado de ser persona tantas y tantas veces. A la traductora le daba miedo pensar cuánto había cambiado su vida en tan poco tiempo. De despertar atada a una cadena a hacerlo junto al mejor hombre que había conocido. Y que conocería jamás.

—Claro que quiero, loco Rojo Rojo. ¿Y tú? ¿Quieres, prometes, y todas esas cosas bonitas que acabas de decir y que, aunque viviera cien vidas, sería incapaz de repetir?

—Lo he querido desde que nací, Blanco García.

Los amantes se atacaron el uno al otro. Fue una pelea sin cuartel, y sin arañazos. Bueno, arañazos alguno, pero de los que ni duelen ni escuecen.

A lo lejos, en el campanario del pueblo repicaron las campanas. Si alguien las oyó, pudo pensar que sonaban para señalar que eran las tres en punto de la madrugada.

Nada más lejos de la realidad. Los golpes del badajo anunciaban al mundo que el matrimonio entre Inés Blanco García y Conrado Rojo Rojo había sido consumado.

Y muy bien consumado.

Del mismo modo que no hubo despedida de soltero, ni de soltera, tampoco hubo luna de miel. Los recién desposados mantuvieron sus nupcias en secreto para el resto del destacamento y pospusieron el viaje de novios para cuando el dictador descansara bajo miles de millones de toneladas de hormigón armado.

Tras la tercera noche de casados, Inés y Rojo amanecieron enroscados el uno en el otro.

—A Franco le quedan once días de vida —calculó Rojo, y los amantes se besaron.

El mayor Morera había convocado una reunión matutina en el barracón número cuatro. Con la llegada, semanas atrás, de la remesa de falsos presos, Rojo se las había apañado para hospedar a los recién llegados en el cobertizo donde se alojaban los nueve fugados. De ese modo, todos los inquilinos del cuarto barracón eran cómplices del plan que tenía que fulminar a Franco.

La reunión no era para hablar de nada. Como la mayoría de las reuniones. Pero a los comunistas les gustaba convocarlas como a un niño un caramelo. A veces las llamaban «asambleas». Y casi siempre las acompañaban del epíteto «secreta», no fuera que uno de los asistentes a la hora de la cena le diera por pregonar al resto de los presos y escoltas las funestas intenciones de la guerrilla de convictos.

—¿Cómo va todo? —planteó Morera al único al que podía preguntárselo.

Rojo contestó ante la mirada atenta de la cincuentena de presos.

—Bien.

Ese fue el profundo análisis de la situación por parte del alférez.

—¿Qué coño significa «bien»? —Si el mayor Morera no insistía, quedaría patente lo estúpido de la convocatoria.

Rojo inspiró elucubrando una respuesta que dejara satisfecho al cabecilla rojo. Solo quería que terminara el sinsentido de reunión y que el día pasara a toda velocidad para abrazar de nuevo a su amada, ya esposa.

—Bien es bien. Lo puedo decir más alto, pero seguirá siendo bien. Si te gusta más, muy bien. —Definitivamente algo del nuevo Rojo se le había contagiado al viejo—. Tenemos la dinamita, los cables, los detonadores, todo. Solo nos queda esperar y rezar para que Franco no pille un constipado.

—Nosotros no rezamos —protestó Lincoln.

—Pues no recéis. Yo lo haré por si acaso. Si al final Dios nos echa una mano a ver qué cara se os queda.

El viejo Rojo nunca hubiese replicado de esa manera. No había duda, el escolta no era el mismo que hacía meses había cruzado el portón coronado por alambre de espino.

—Rojo tiene razón. Solo nos queda esperar. Y negaré haberlo dicho, pero toda ayuda será bienvenida. Incluso la de Dios, aunque no exista y siempre que no nos toque los cojones.

Camilo levantó la mano como en el colegio. Miró a Rojo, que no tuvo más remedio que darle la palabra.

—He oído rumores.

Rojo lo miró expectante, pero fue Morera quien le invitó a profundizar.

—Los demás presos hablan de que Ventura no ejerce de cabo de vara como lo hacen los de los demás barracones. Hemos estado hablando, y creemos que habría que montar un poco de ruido para que Ventura actúe y no sospechen de nuestro paripé.

Camilo tenía razón. La figura del cabo de vara llevaba mes y medio en funcionamiento en el campo. A pesar de la concienzuda elección de Rojo, había ocurrido lo que el coronel había profetizado. Los presos armados con porras se habían convertido en déspotas. No había día que en uno u otro barracón el cabo de turno no sacara su porra a pasear. Rojo se cuidó muy mucho de que las actuaciones de los cabos no fueran desmedidas, y había reprendido a varios de ellos, incluso sustituido a uno.

El alférez no había pensado en que el comportamiento de Ventura pudiera despertar recelo, incluso sospechas, entre los demás esclavos. Claro que durante esas semanas a Rojo la cabeza le dio para lo que le dio: asegurarse que no ocurriese nada que hiciera tambalear el plan de matar al enano, y amar a Inés.

En las asambleas se vota, es otra de las cosas que aprendió Rojo cuando el añorado Maestro le apadrinó. Y en esa en concreto se votó a favor de montar un motín de andar por casa para que Ventura le quitara las telarañas a su porra. Acordaron también que Lincoln, de lejos el preso que gozaba de mayor salud y estado de forma, fuera el más aguerrido en la protesta para que su compañero lo castigara en la parrilla, una especie de jaula metálica de poco más de un metro de altura donde se confinaba al preso al que había que escarmentar.

En todos los meses que Rojo llevaba en el campo, en todas sus facetas, personalidades y personajes, no había visto a ningún preso en la parrilla hasta hacía apenas unos días. Lo cual era lógico. Como su nombre indica, la finalidad de la parrilla era asar al esclavo afortunado, y para ello el sol tenía que echar una mano. Después de meses de ausencia, el astro se había empadronado en el campo de San Martín del Río Cuervo, y una de sus funciones era torturar al inquilino de la susodicha parrilla. Fuera quien fuese.

Lincoln iba a tolerar bien la tortura, y Rojo se encargaría de pasarle de contrabando agua y comida para hacer más llevadero el castigo simulado.

Pero castigo, al fin y al cabo.

La trifulca, a ojos de Rojo, fue un tanto impostada. Jugaron con la ventaja de que el plan de montar un motín de cartón piedra era tan absurdo como inconcebible, y eso ayudó a no levantar las sospechas. Los escoltas, siguiendo las instrucciones dictadas en el documento mecanografiado por las lentas manos de Inés, se mantuvieron al margen y dejaron actuar al cabo de vara de guardia. En ese caso, Ventura. Solo si el preso opresor no dominaba la situación, los soldados debían intervenir. Los porrazos flácidos de Ventura eran dignos de una marioneta de guiñol, pero fuera por la dejadez, por un milagro o porque a nadie le interesaba calcular los *newtons* de los cachiporrazos del falso cabo, el teatrillo funcionó.

Lincoln, con un corte en el labio causado por un puñetazo que se propinó él mismo al comprobar que los golpes de su amigo eran de mantequilla, fue conducido a la parrilla ante el estupor de los presos

que no sabían que estaban contemplando una opereta de tres al cuarto. La parrilla impresionaba, aún más con aquel sol de justicia que se había hecho fuerte en el campo.

El plan salió como lo concibieron, salvo por un pequeño detalle.

La misma noche de la escaramuza, Rojo, como hacía cada dos días, cenó en los aposentos del coronel Trujillo para ponerle al día de lo más relevante que había sucedido en el campo en las últimas cuarenta y ocho horas, que, de normal, era poco o nada. Y al hablarle del amago de motín del barracón número cuatro sucedió algo que ni él, ni Morera, ni Camilo, ni Ventura ni, por supuesto, el propio Lincoln habían imaginado que pudiera ocurrir.

Trujillo soltó el tenedor cuyas púas tenían empitonado un pedazo de pollo, y miró fijamente a Rojo.

—Esa rata yanqui… ¿es uno de los nueve fugitivos a los que perdoné la vida?

Algo no iba bien, intuyó el alférez. Un escalofrío se liberó en su nuca y se le erizó cada centímetro de su piel. Hasta las pestañas. Hasta las uñas, imposibles de erizar, se erizaron.

Rojo intentó una maniobra de despiste.

—Ocho. Ocho fugitivos. Reguilón, el noveno, murió la semana pasada. Noveno, por decir noveno, que no hablo ni de orden de llegada, de salida, ni de jerarquía, ni nada. El pobre murió de disentería. Pobre, a pesar de ser una rata, que una cosa no quita la otra. Porque rata era. Una rata del tamaño de un conejo. De hecho…

El alférez estaba dispuesto a alargar su discurso hasta la medianoche con tal de no dejar hueco para que el coronel ordenase lo que temía que iba a ordenar. Temía y sabía. ¿Cómo obvió esa posibilidad? ¿Cómo fue tan idiota?

—Lo quiero en el paredón mañana a primera hora. Puedo perdonar la vida a un preso una vez. No dos.

Trujillo empuñó de nuevo el tenedor y engulló el pollo empitonado.

A Rojo se le quitó el hambre. Miró primero la ventana donde el sol se estaba despidiendo con una mueca y, luego, el reloj de cuco que acompasaba el ambiente en el noble salón. Sus agujas empujadas por el pesado péndulo de cobre marcaban las ocho y treinta y tres.

Tenía menos de doce horas para salvar la vida del brigadista.

Esa noche, su cita con el sexo de Inés iba a tener que ser cancelada. Una lástima, pues había elucubrado un par de ideas que le apetecía poner en práctica. Ya habría ocasión.

Lo primero es lo primero.

33

Sería una partida de ajedrez de un solo movimiento. No había tiempo para más. Inés y Rojo tenían toda la noche para estudiar el tablero, la posición de cada una de las piezas y, lo más importante, sus intenciones. Las obvias y las no obvias. Era un todo o nada.

Un único movimiento para que Lincoln siguiera respirando más allá del amanecer.

No iban a caer en la precipitación, pero la parca los miraba fijamente a los ojos esperando que hicieran el movimiento con la pieza que se les antojara. Erraran o no, ella lo tenía todo a favor. La orden de Trujillo le había allanado el terreno. Solo un desastre podría hacer que acabara yéndose por donde vino, con la guadaña entre las piernas.

Lincoln, ajeno a su sentencia, había pillado una postura que le permitió conciliar el sueño durante un par de horas en la parrilla, que por la noche era más jaula que parrilla. No solo consiguió dormir un poco, sino que incluso soñó. Y no recordaba la última vez que lo había hecho. Soñó con los verdes campos de su Carolina del Norte, donde nació y creció, a los pies de las imponentes montañas Blue Ridge, en un pequeño pueblo de cazadores asentado en unas tierras usurpadas a los nativos cheroquis.

Llegó a España el día de Reyes de 1937 y a la guerra al día siguiente. Lo destinaron a la XI Brigada Internacional sin tiempo para aprender a decir «Hola», lo que tampoco le habría servido de mucho, ya que la unidad estaba compuesta por rusos, británicos, franceses y norteamericanos como él. A principios de marzo ya estaba pegando tiros contra un ejército de treinta mil hombres, doscientas piezas de artillería y ochenta carros de combate, liderado por los fascistas italianos. Fue en la batalla de Guadalajara. El saldo de caídos en su bando fue espeluznante.

De la Brigada XI pasó a la XII y luego a la XV. Esquivó todas las balas, y eso que su corpulencia, parecida a la de un toro de lidia, le convertían en un blanco fácil. Tuvo suerte.

El mazazo vino en septiembre del 38, cuando en un vano intento por pacificar el conflicto bélico, el presidente de la aún República emitió un decreto en el que ordenaba la entrega de armas y retirada de todos los combatientes extranjeros. Lincoln no acató la orden. Él cruzó un océano para luchar por la igualdad de los trabajadores del mundo, y ningún chupatintas, presidente o no, iba a decirle qué debía hacer con su fusil.

Con el propósito de que su acento no le delatara, se hizo pasar por mudo para que no le impidieran luchar. En la batalla del Ebro jugó su última partida. La metralla de un proyectil le descosió el pecho. Le dieron por muerto, pero el toro vivió. Despertó ya como esclavo.

Cortada la coleta, era el momento de hacer balance. Llevaba la cuenta. Siempre la llevó. En veinte meses de guerra había mandado al otro barrio a treinta y ocho fascistas.

Fascista arriba, fascista abajo.

Esa noche Rojo e Inés pusieron varios planes sobre la mesa. Mejor dicho, sobre el colchón, pues el cuartucho de la traductora solo estaba amueblado con la cama, una silla y el armario de donde sacó la percha con la que intentó provocarse el aborto. De los muchos planes que elucubraron, el que les pareció mejor fue provocar la fuga de Lincoln. Rojo iba a cortar la parte baja de un cacho de la alambrada, justo donde descansó durante semanas el cuerpo escarchado del padre Esteban. Era el punto menos vigilado del perímetro de metal. Después, el alférez abriría la puerta de la parrilla y proveería de una ganzúa al brigadista para que simulara que había forzado la cerradura. Con todo listo, Lincoln solo debía esperar a que sonara la alarma en el campo. Inés sería la encargada de la maniobra de distracción, un fuego en la cocina. Las llamas alarmarían a la tropa y eso facilitaría que Lincoln corriese sin ser visto los ochenta metros que le separaban de la incisión en la valla.

El plan apenas tenía fisuras, pero se fue al carajo porque el cabezota de Lincoln se negó a colaborar. El norteamericano temía que cualquier percance que ocurriera en el campo, y un incendio con fuga era un incidente notable, pudieran alterar los planes del Estado Mayor en cuanto a permitir que Franco fuera a San Martín a inaugurar el pantano. Una fuga es una grieta en la seguridad, y en los últimos tiempos ya había habido una y muy numerosa en ese campo.

Lincoln sentenció: no iba a ser él el que le diera a Franco motivos para no asistir a su propio asesinato.

Rojo se armó de razones para convencer al brigadista, pero no hubo manera. Terco como una mula, o como una docena de mulas,

Lincoln aseguró que no iba a salir de aquella parrilla aunque le pegaran fuego.

A él y a la parrilla.

Gabinete de crisis en el cuartucho de Inés. La absurda negativa de Lincoln provocó que la traductora y el alférez tuvieran que empezar de cero. El tiempo, puñetero, pasaba con la rapidez con que pasa cuando no tiene que pasar rápido. Les había llevado cuatro horas diseñar un plan sin lagunas que permitiera al brigadista cabezota disfrutar de más de un amanecer. Si tardaban el mismo tiempo para diseñar un segundo plan, iban a llegar *in extremis* al paredón. No se podían permitir fallar. Ni demorarse. Tenían que dar con una idea, y tenían que hacerlo a la voz de ya.

No podían contar con la colaboración del yanqui, y eso descartaba la mayoría de los planes, o esbozos de planes, que se les pasaban por la cabeza.

Sopesaron la posibilidad de simular que Lincoln había muerto, pero eso requería el suministro forzoso de fármacos cuya dosis exacta para obtener el resultado soñado desconocían. Un error podía resultar fatal. Por exceso o por defecto. Y eso contando con que al doctor Hielo, que en realidad se apellidaba Nájera, le diera pereza levantar el culo de la silla y certificara la muerte del esclavo a distancia. Por otra parte, era algo que ya había hecho muchas veces.

Era arriesgado. Mucho. Lo descartaron.

Pero el pensamiento en cadena a veces da alegrías insospechadas, y fue Inés, tras desestimar lo del doctor Nájera, a quien le vino a la cabeza la idea del millón.

Semanas atrás, su amante le había contado que el doctor quería ampliar su catálogo de teorías demenciales y para ello le pidió que le confiara una lista de presos brigadistas. Seguramente quería demostrar que los combatientes extranjeros en realidad eran un híbrido entre humanos y escarabajos de la alfombra, o que provenían de la galaxia de Andrómeda. Vete tú a saber.

En aquella ocasión, Rojo se había salido por la tangente argumentando que el último brigadista que habitó en el campo fue un marsellés al que él mismo ajustició, y el medicucho no insistió en el tema.

El plan consistía en comentar a Nájera que en realidad sí había un brigadista en el campo, y que Rojo había cometido un error cuando le dijo que el Marsellés había sido el último. Gozando de la posición de la que gozaba en el campo, si Nájera pedía al coronel que no ajusticiara al reo porque le necesitaba para demostrar la superioridad de la mediocre raza ibérica, Trujillo se vería obligado a condonar, o al menos a posponer, la muerte del brigadista.

Todo pasaba por el hambre científica de aquel loco de bata blanca. El hambre y el ego que le llevaban a publicar en revistas pseudocientíficas memez tras memez. Poseer un ejemplar de la subespecie brigadista a la que estudiar le abriría las puertas a publicar un sinfín de estupideces. Y en esa situación, en ese contexto, Lincoln ya podía decir misa. Se pusiera como se pusiese, o pataleara como patalease, su culo iba a estar a salvo. Qué complicado es a veces salvar el pellejo del que no quiere ser salvado.

Existía, claro, la posibilidad de que los métodos de estudio del doctor Nájera fueran peores que la propia muerte. Los eugenistas

que se empecinaban en demostrar que la gente del reducido tamaño de Franco era superior al resto de la humanidad solían servirse de torturas físicas y psicológicas para obtener unos resultados que dejaran contento al pequeño dictador. Pero si eso era así y Lincoln era sometido a la peor de las torturas, ya le pondrían remedio.

Tenían que sellar las vías de agua de una en una. Lo primero era salvar la vida de Lincoln.

Y la segunda, cruzar los dedos para que el remedio no fuera peor que la enfermedad.

Rojo irrumpió en el botiquín antes de que la hilarante corneta derrumbara el sueño de tropa y esclavos. No visitaba el dispensario desde que sesgó con un bisturí la carótida de su antiguo inquilino. El lugar había cambiado sustancialmente. La parte donde se atendía a los enfermos se había visto reducida porque el excéntrico doctor Nájera había ordenado habilitar parte del barracón como vivienda. Todas las camillas estaban desocupadas, no porque no hubiese presos enfermos, sino porque el doctor tenía un oído muy fino y no quería que los ronquidos de los presos perturbaran su descanso.

Como un chiste de mal gusto, en un estante que estaba a media altura se exhibían varios cerebros humanos conservados en formol, en botes de cristal perfectamente etiquetados: rojo macho, rojo hembra, gitano, judío, subnormal, invertido, catalán y vasco.

Mientras digería aquel disparate, Nájera irrumpió en la zona de enfermos sin enfermos. Como única prenda lucía un roñoso calzoncillo que pedía a gritos que alguien lo sacrificara. Se percató de que Rojo tenía la mirada en las masas encefálicas prisioneras.

—Parece increíble, ¿verdad?

Así era, sí. Pero Rojo estaba casi seguro de que lo que le parecía increíble a él distaba mucho de ser lo que le parecía increíble al retorcido doctor. El alférez quería ir a lo que iba, pero Nájera se lo impidió.

—Tan similares a simple vista, y tan distintos en realidad. Cerebros normales en apariencia que esconden las más execrables desviaciones y deficiencias. Sin embargo, cuando uno los disecciona se hacen evidentes todas las taras. La pregunta es: ¿cómo enmendarlas? ¿Se puede hacer? ¿Compensa el esfuerzo?

Demasiadas preguntas a esas horas de la mañana. Rojo buscaba hueco para intervenir y cambiar el curso de la conversación, si es que a eso se le podía llamar conversación.

—Limpiar la raza. Depurarla… siempre vale el esfuerzo. La guerra que hemos vivido es por culpa de esas taras. Sin taras no se corrompen las ideas, los pensamientos. Somos unos privilegiados, alférez Rojo. La raza ibérica es tan elevada como la aria. O más. Es un tesoro que debemos mimar. Un don de Nuestro Señor. Usted y yo formamos parte de la casta de los elegidos, alférez.

Rojo llevaba toda la noche sin dormir: o el medicucho se callaba o iba a caer rendido sobre una de las camillas.

—¿Tiene usted antecedentes en su familia?

La pregunta directa espoleó a Rojo.

—No se avergüence. Conozco muchos casos. Dígame. ¿Tiene antecedentes de taras? —Nájera quería una respuesta y Rojo tenía prisa.

—Mi madre perdió una pierna. —Fue uno de esos momentos en que Rojo sintió la necesidad de concretar, y lo hizo de la peor

manera—. No porque fuera despistada. No me refiero a ese tipo de pérdida. Se la amputaron por una gangrena.

—Una extremidad seccionada no es una tara. A no ser que se sea rojo o deficiente mental. En esos casos, la amputación puede agravar la tara. ¿Su madre era roja o deficiente mental?

—Hablé poco con ella, porque se reunió con su pierna al poco de separarse, pero juraría que no.

—¿Era creyente?

—De arriba abajo.

—¿Y su padre?

—¿Hablamos de taras o de religión?

—Ambas.

—Pues no, y sí.

—Bien. —El medicucho se ajustó las gafas en el puente de la nariz —. ¿Por qué ha venido a verme?

La conversación absurda casi logra despistar a Rojo. Tenía que salvar a Lincoln, que era rojo, ateo y conservaba todas las extremidades.

—¿Recuerda cuando hace un par de semanas me preguntó por una relación de presos brigadistas?

—Me contestó que no teníamos, que el último había sido un francés al que ejecutó usted mismo.

—Correcto. Lo de que le ejecuté yo… Incorrecto lo de que era el único.

—¿Me mintió?

El alférez estaba poseído por el nuevo Rojo, tenía la situación más controlada que nunca. Y con más aplomo que nunca, replicó:

—Yo no miento, doctor Nájera. Dios no me lo permite. Ni Dios ni la educación castrense. Eso sí, me equivoco como cualquier mortal de bien. Desde que llegué al campo las he visto de todos los colores, no sé si está al tanto de lo que padecí no hace mucho tiempo.

—Lo estoy. Una desgracia. Su apellido no le ayuda, debería cambiárselo por el segundo.

A Rojo no le apetecía repetir la monserga de siempre, así que aplaudió la idea del matasanos.

—No se me había ocurrido. Lo haré, lo haré… —Tenía que reconducir la conversación, y tenía que hacerlo ya. El pelotón de fusilamiento estaría a punto de formarse—. La cuestión es que sí hay otro brigadista. Un tipo al que llaman Lincoln.

—El presidente rojo.

Nájera parecía especialmente molesto con el Lincoln presidente, como si le hubiese arrebatado una novia o le hubiese hecho trampas jugando al mus. Por su parte, Rojo no tenía ni idea de qué clase de presidente fue Lincoln, y mucho menos de qué orientación política o color era.

—Con él empezó todo el problema de las razas. Hasta que decidió meter las narices donde no debía, cada raza ocupaba el sitio que le tocaba. El abolicionismo fue el gran cáncer del siglo pasado, alférez. Y aún hoy sufrimos las consecuencias. Que todos somos iguales… ¿Es igual un gusano que un león? No, no lo es. Si Dios se tomó su tiempo para hacernos diferentes, por algo sería, ¿no?

Rojo se preguntó cómo quedaría el cerebro de Nájera en un bote de formol como los que había en el estante. ¿Qué rezaría la etiqueta? ¿Idiota? El alférez tenía que reconducir la conversación. Allá fue.

—La cuestión es que Lincoln es el único brigadista que tenemos hospedado en el campo. Esa es la buena noticia. La mala es que últimamente se ha portado regular y el coronel Trujillo ha ordenado su ejecución para ya. En un ratillo, vamos. De hecho, al firmar la orden fue cuando caí en que era norteamericano y sirvió en la XV Brigada… Creo.

—Interesante. —La cabeza de Nájera elucubró tantas maldades como fue capaz—. ¿Y para cuándo dice que está programada su eliminación?

La respuesta de Rojo causó el efecto deseado. El plan de Inés había funcionado. Y la interpretación del alférez, una vez más, había sido digna de ovación.

Qué buen equipo formaban.

Rojo no estuvo presente en la reunión entre el coronel Trujillo y el doctor Nájera. Esperó pacientemente en el pasillo, tras la puerta del despacho, en compañía de Inés. Ambos fingían repasar unos documentos que no eran documentos ni eran nada.

—Tardan mucho —se preocupó Inés.

—La cabeza les carbura regular. Es lo que tiene pertenecer a una raza superior —bromeó Rojo.

Los amantes rieron de forma contenida. Estaban seguros del éxito de su plan. Solo faltaba el sello lacrado.

La puerta del despacho se abrió. Rojo se tensó e Inés fingió que se despedía de él para llevar los no documentos a un no lugar. Trujillo miró a Rojo, dispuesto a dar la orden.

—Alférez Rojo. Cambio de planes.

Música celestial a oídos de Rojo, y de Inés, que se alejaba con la oreja pegada a la conversación que se producía quince metros detrás de ella.

—El yanqui…

Rojo rozaba el éxtasis. Todos los músculos de su cuerpo se destensaron. Quería dormir. Sacar a Lincoln de la parrilla, darle la mala noticia de que le había salvado la vida y, aprovechándose de sus galones, echarse a dormir una siesta de cinco horas. O más.

—Ocúpese de que no le disparen a la cabeza. Solo al torso. El doctor quiere examinar su cerebro.

El coronel retornó al despacho. El médico al ambulatorio vivienda. Y Rojo, y la oreja de Inés que seguía junto a él, a la desolación.

Ya nada iba a impedir que el cerebro de Lincoln acabara en un bote de cristal lleno de formol. Junto al de un vasco y un catalán.

O a saber.

Solo quedaba apretar el gatillo. Lincoln nunca sabría de la noche insomne de Inés y Rojo. De los debates, las elucubraciones, las mil cavilaciones que habían valorado, desestimado y vuelto a valorar para salvarle el pellejo. Tampoco importaba. De haberlo sabido, probablemente habría pensado que eran unos memos. Unos imprudentes.

El objetivo por encima del soldado.

Lincoln formaba ante diez máuseres. El coronel no se había dignado asistir a la ejecución, era su hora de hacer de vientre. El doctor Nájera estaba en primera fila, ávido del cerebro. Le faltaba portar en la mano la sierra con la que partir el cráneo del brigadista.

Sucia rata. El doctor, no el brigadista, por supuesto. El padre Arcadio fue a preguntarle a Lincoln si se arrepentía ante Dios, y el escupitajo del yanqui casi le saca un ojo al buitre con alzacuellos. «Lástima», pensó Rojo.

Todos miraron al alférez. Él era el encargado de dar la triple orden: carguen, apunten, fuego.

Inés lo contemplaba todo desde la ventana de la habitación. Cuántas cosas y cuán distintas habían pasado entre aquellas cuatro paredes. Infierno y paraíso en poco más de cinco metros cuadrados.

Todas las miradas estaban fijas en Rojo, incluso la de Lincoln, con la que incitaba a su compañero a terminar el trámite. Como si tuviera prisa porque tenía una cita o lo que fuera.

Y entonces Rojo lo tuvo claro.

Ordenó a los diez voluntarios que se largaran con sus fusiles. Atienza y Tarrida entre ellos. ¿De verdad otra vez aquel loco iba a dejarlos sin su aguinaldo por apretar el gatillo? Pues sí.

Ventura y Camilo, formando con los demás presos, todos obligados a ver cómo uno de los suyos era ajusticiado, se miraron intentando descifrar qué se proponía su aliado de uniforme.

Rojo decidió que si alguien debía matar a su compañero era él mismo. Agarró el fusil. Apuntó a Lincoln, que agradeció el gesto de su compañero. Mejor morir en manos de un amigo. Aunque solo fuera un poco amigo.

A Inés, al ver a su amado empuñando el arma, se le hizo un nudo en el estómago, en la garganta, en todos los lugares del cuerpo donde se pueden hacer nudos. Y en alguno más. Sabía qué estaba haciendo su marido. Y por qué lo hacía. Porque era el hombre más bueno del mundo. Cómo podía quererle tanto.

Ventura y Camilo se sintieron orgullosos de aquel panoli con galones. Aquel al que hubiesen dejado morir sobre la nieve si el Maestro no les hubiese mentido. Aquel en el que, poco después, depositaron todas las esperanzas, por encima de su libertad.

El alférez, solo ante Lincoln, se acordó de cuando, en el túnel, el hombre al que iba a matar le propuso asaltar bancos. Se imaginó su vida de delincuentes, de forajidos. Revólver en mano con su compinche, asaltando bancos a diestro y siniestro. Como Butch Cassidy y Sundance Kid. Había leído su historia en la librería del señor Matías. Alguien debería llevar aquella epopeya al cine. Cuando fuera un actor afamado lo propondría. ¿Quién podría ser él? ¿Butch o Sundance? Qué más daba…

El corazón se le aceleraba y una gota de sudor resbaló por su nariz. Cómo le pesaba el máuser. Nunca le había pesado tanto. ¿Habría engordado? «No, los fusiles no engordan, idiota», se dijo.

No pudo evitar acordarse del Marsellés. En aquel mismo paredón. Cuántas cosas habían ocurrido desde aquel primer disparo y cuán diferente era la situación. En aquella, él no quería estar. En esta, quería sin quererlo.

Rojo puso la cabeza del brigadista sobre la punta de la mira del fusil. Justo encima.

El alférez sonrió a modo de despedida. Lincoln también. Nos vemos en la memoria.

El dedo índice de Rojo hizo el resto.

La bala destrozó el cerebro de Lincoln troceándolo, triturándolo y esparciendo su masa encefálica por el suelo del patio. Los sesos empanados en tierra, listos para freír. Inservibles. Irrecuperables. Hechos papilla.

El doctor Nájera no salía de su asombro. Sí, se había quedado sin premio.

«Que le zurzan», pensó Rojo.

Y bien que le zurcieron.

34

Desde el día en que Lincoln dejó de respirar hasta la víspera de la visita de Franco ocurrieron pocas cosas en el campo de San Martín del Río Cuervo. Una cuenta atrás insulsa y lenta. Muy lenta. A medida que el día D se acercaba, las horas tenían más minutos. Primero como setenta, pero al final de la cuenta atrás las horas superaban los cien o ciento veinte. Qué cabrón es el tiempo y cómo juega con el que espera.

El episodio de la ejecución de Lincoln acabó sin consecuencias para Rojo. A pesar del monumental cabreo del matasanos Nájera por el hecho de haberse quedado sin el cerebro del brigadista, Trujillo creyó a pies juntillas la versión del alférez. Rojo alegó que él había apuntado al pecho, tal y como le había ordenado el coronel. Los máuseres eran fusiles bastante precisos, pero a veces tenían días malos. Según hubiesen dormido.

Por lo demás, el calendario de los tres turnos funcionó como un reloj suizo, y las obras del pantano se terminaron el día que estaba previsto. Ni el brote de gastroenteritis que se desató en el destacamento impidió que se cumpliera el objetivo. Las vomitonas y las heces descompuestas poblaron durante días todos los rincones del campo, ya que las letrinas no daban abasto, y no era raro ver a

esclavos y escoltas compartiendo el sitio donde defecar. La democracia asoma el hocico cuando uno menos lo espera.

Tres días antes, Rojo e Inés, amparados por el manto de la noche, fueron los encargados de distribuir los explosivos por la presa siguiendo escrupulosamente las indicaciones del equipo de Morera. Luego tiraron y ocultaron los cables que debían conducir la electricidad del detonador a la dinamita. El trabajo fue agotador y el amanecer casi les pilla con las manos en la masa. Fue la segunda noche que los amantes se quedaron a dos velas, en cuanto a sexo se refiere.

Una, para evitar la muerte de Lincoln. La otra, para facilitar la de Franco.

La primera fue en vano.

La segunda esperaban que no.

El día antes de matar a un jefe de Estado es normal ponerse un poco nervioso. Quien más quien menos que haya matado a un monarca, presidente o primer ministro lo sabe a ciencia cierta. Rojo no iba a ser el primer magnicida de la historia, no se daría tanta importancia. Sin embargo, pensando en sus antecesores, no le venían muchos nombres a la cabeza. Se acordó de Marco Junio Bruto, el que le dio pasaporte a Julio César; del pueblo francés, magnicida en bloque al rebanarle la cabeza al rey Luis XVI, y un tal John Wilkes, no sabía por qué recordaba ese nombre pero lo recordaba, que fue el tipo que se cargó a Lincoln. No su casi amigo, al que él mismo había reventado el cerebro. El otro Lincoln, el presidente de Estados Unidos. Aquel que, según el infame doctor

Nájera, fue el responsable de que las razas camparan a sus anchas sin grilletes ni latigazos en la espalda.

Le gustaba ese Lincoln. Y el otro.

Podría decirse que le gustaban los Lincolns en general.

En la última noche que Franco iba a disfrutar del regalo de la vida, a Rojo le tocó supervisar el almuerzo con el que el comandante Trujillo pretendía agasajar al dictador, después de que este cortara la cinta inaugural de la magna obra hidráulica que tantas vidas se había cobrado. Un almuerzo que, si todo ocurría según lo previsto, no engullirían ni el líder del Movimiento Nacional, ni Trujillo ni ninguno de los comensales que estaban invitados al festín. Todos iban a morir porque todos querrían estar lo más pegados al pompis del dictador para salir en la foto de la inauguración. Todos menos él, claro. Como oficial, el alférez era uno de los convidados a la comilona pero iba a hacer lo imposible para ser el único comensal que sobreviviera al derrumbe de la presa. No se contemplaban mártires en el magnicidio. A Rojo siempre le pareció que los mártires están tremendamente sobrevalorados. Le gustaba leer sobre ellos en las páginas de los libros de aventuras, eso sí. Y aunque lo pasaba mal cuando se inmolaban por una causa noble, le aliviaba pensar que en realidad eran personajes y no personas. Aunque mal le estaba decirlo, en más de una ocasión le había afectado más la muerte de algún personaje que la de según qué tipo de carne y hueso.

Rojo asomó el hocico a la gran sala donde no iba a tener lugar el convite. La conocía bien, pues fue donde tuvo que informar al

matrimonio Trujillo de la salvaje muerte de su retoño. Fue en su primer día en el campo de San Martín del Río Cuervo. Cuántas cosas habían sucedido desde aquel día. Raras, atroces, tristes, increíbles, felices…

La mesa ya estaba preparada. Daba gusto verla. Algún soldado con la mente tan o más enferma que la de Rojo había dispuesto platos, copas y cubiertos con una precisión y equidistancia milimétrica medida con un tiralíneas invisible. Al alférez le dieron ganas de identificar al escolta autor de aquella sinfonía visual perfecta para abrazarle y darle un beso en los morros. Pero no lo hizo. Se limitó a deleitar sus ojos observando durante varios minutos aquella obra de arte.

La madera noble estaba cubierta por un elegante mantel de punto de cruz proveniente de Damasco, con las servilletas a juego, faltaría más. La vajilla era de cerámica de Paterna; la cristalería, ni más ni menos que de la remota Bohemia, mientras que la delicada cubertería provenía de la amiga Alemania, de una pequeña población llamada Magdeburgo.

Tras pasar revista a la mesa, cuya disposición superó el *cum laude* como calificación, a criterio de Rojo, el alférez se acercó a la cocina a comprobar que las viandas que los fascistas no iban a consumir, recién llegadas de Madrid y prestas a ser cocinadas, se hallaran en perfecto estado. No quería que a los muertos, después de estarlo, les doliera la tripita.

El menú era, cómo no, del gusto de Franco. Lejos de ser un sibarita, al enano le gustaba la comida de toda la vida. Sus papilas gustativas eran incapaces de apreciar el sabor de una buena ostra o del marisco más exquisito. De primer plato, los cocineros que

llegarían al día siguiente con el convoy del dictador iban a preparar fabada asturiana. Cómo le gustaba a Franco la fabada. De segundo, filetes de merluza acompañados de patatas. Para que al hombre no le entrara el hambre a media tarde, los chefs se habían inventado un tercer plato a base de huevos rellenos. Y, claro, los postres. A elegir entre dos, menos Franco, que podía zamparse dos, cuatro o los que le diera la santa gana, que para eso era el que mandaba. Tabla de quesos y monte nevado, una especie de bizcocho con merengue y canela.

Qué desperdicio de comida. A ver si con el caos por el derrumbe de la presa Rojo lograba que fueran los esclavos, ojalá ya liberados, los que se pusieran las botas con el menú.

Contemplar la mesa ya dispuesta hizo tomar consciencia a Rojo de lo que iba a pasar al día siguiente. Lo sabía desde hacía tiempo, por supuesto. Llevaba días, semanas, preparándolo todo con sus compinches, hasta el último detalle. Pero la estampa hizo que el plan, que hasta ese momento solo habitaba en el mundo de las ideas, se convirtiera en algo tangible. En algo que podía tocar con sus propias manos. Había manipulado la dinamita, sí. Y los cables y el detonador, claro. Pero eso eran cosas, instrumentos que pertenecían a la realidad pre-Franco. En cambio, la mantelería de Damasco, la vajilla de Paterna, la cristalería de Bohemia y la cubertería de Magdeburgo pertenecían al futuro. Estaba dispuestas para un acontecimiento programado sin saberlo para la era post-Franco.

La nueva era.

Y ese pensamiento, tan tangible que dejaba de serlo, abrió en la mente de Rojo varias posibilidades en cuanto a lo que iba a ocurrir justo después de que su dedo pulgar pulsara el detonador.

Rojo siempre había dado por supuesto que, una vez muerto el dictador, la paz y la libertad se restablecerían en el país. Muerto el perro, se acabó la rabia. Pero en ese momento en que el franquicidio estaba a la vuelta de la esquina, su cabeza comenzó a elucubrar más de lo que le hubiese gustado. ¿Y si no ocurría lo que siempre habían dado por sentado que iba a suceder tras la muerte del enano? ¿Y si otro Franco, uno vivo y probablemente de aspecto menos ridículo que el original, sucedía al fallecido? Aunque no se llamara Franco, eso era lo de menos.

El liderazgo del Caudillo rechoncho era abrumador, y estaba casi seguro de que el régimen de mierda se derrumbaría si su líder espiritual caía, pero ¿y si eso no ocurría?

Ese perturbador pensamiento le acompañó durante su presunta última noche como no magnicida. Pero prefirió no compartirlo con nadie. Ni con su amada. ¿Para qué? ¿Qué iba a conseguir haciéndola partícipe de sus temores? Nada. Absolutamente nada.

Además, había cosas que a Rojo se le escapaban. Que estaban fuera de su alcance. Muy lejos de él. En sus manos estaba que las ruinas de la presa de San Martín del Río Cuervo se convirtieran en el mausoleo de Franco. Que su deforme cuerpo y su mente enferma se pudrieran bajo el hormigón de la presa. Y eso era exactamente lo que iba a suceder porque estaba todo dispuesto para que así ocurriera. Y nada podía fallar. Nada iba a fallar.

O eso creía el alférez.

Esa noche Inés y Rojo hicieron el amor solo una vez. Y no fue, ni de lejos, el mejor coito que conjugaron. Los dos estaban nerviosos, con la cabeza en otra parte. Follar pensando en Franco era todo un reto. Entre empellón y empellón, o revolcón y revolcón, que se aparezca la imagen del repelente enano barrigón con su ridículo bigote es cualquier cosa menos afrodisiaco. Tras el coito semifallido, insatisfactorio para los protagonistas pero muy por encima de la media nacional en cuanto a duración y goce, traductora y alférez se pasaron horas charlando desnudos sobre la cama que tantas alegrías les había dado.

Sin contemplar la opción del fracaso, Inés se preguntó cómo sería la secuencia de acontecimientos una vez se anunciara la muerte de Franco. Ella no tenía ninguna duda de que, con el Caudillo caído, el Movimiento Nacional se iba a desmoronar. El pueblo se levantaría espoleado por el asesinato del dictador y tomaría las armas. El glorioso ejército de la Nueva España, descabezado, se vería acorralado y no tardaría en izar la bandera blanca o, mejor aún, en unirse a los sublevados.

Unos sublevados que, esta vez sí, serían los buenos.

El optimismo de Inés era arrollador, y Rojo se dejó llevar por una fantasía que, ojalá, acabara convirtiéndose en realidad. Porque, ¿y si él se equivocaba? ¿Y si ocurría así? ¿Exactamente como profetizaba Inés? ¿Por qué no iba a ocurrir? Habían urdido el plan de matar a Franco para algo, ¿no? Su muerte iba a marcar un antes y un después. No se mata a un jefe de Estado y al día siguiente todo el mundo vuelve a su rutina como si nada. Ni hablar. Rojo se había olvidado de lo determinante que era la muerte de Franco. ¿Para qué,

si no, diez locos habían regresado al campo, nueve de ellos con la casi certeza de que les iban a volar la cabeza?

El alférez se dio cuenta de que sus funestos presentimientos no eran más que consecuencia del miedo. Estaba cagado de miedo. Pero no de que todo saliera mal. Al contrario. De que todo saliera de maravilla.

Si ocurría lo que tenía que ocurrir, él se convertiría en un héroe. De acuerdo, no solo él, también Camilo, Ventura, Morera, sus hombres e incluso Inés. Pero él sería el que habría dinamitado el sistema desde dentro. En la historia que alguien escribiría sobre los acontecimientos, su papel sería, le gustara o no, más relevante que el de los demás.

Sería más héroe que el resto.

Y eso le abrumaba. Siempre había rehuido el protagonismo, y ahora él, Conrado Rojo Rojo, hijo de primos hermanos, iba a ser el líder de una revolución.

Se visualizó a sí mismo caminando por la calle con Inés del brazo junto a sus tres hijos, porque sí, tendrían tres hijos, y durante el paseo los transeúntes, convertidos en muchedumbre, le rodeaban para felicitarle, darle las gracias, estrecharle la mano, incluso darle un beso. Él no quería eso. La fama era para otros. No para él.

Esa imagen le perturbó.

Más aún cuando recordó que había tomado la decisión de dedicarse al mundo de la interpretación. Sabía que era buen actor y que con la experiencia lo sería más. Estaba convencido de que la proyección y la fama que le otorgarían las películas y el teatro se sumarían a su fama de héroe.

Sería el más famoso de todos los famosos.

Casi no podía respirar.

Y así fue como la noche antes de atentar contra Franco, Rojo y su ataque de pánico decidieron que su futuro profesional no pasaría por la interpretación. No podría rehuir de la fama que obtendría a causa del magnicidio, pero no iba a acrecentar su popularidad con sus extraordinarias dotes interpretativas. Su vida sería lo más tranquila posible. Y sí, España perdería un gran actor, pero así es la vida.

Rojo iba a ser un héroe, y punto.

A pesar de que tomar la decisión de no ser actor había conseguido bajarle el nivel de ansiedad, Rojo seguía sintiendo una ligera presión en el pecho. Miró a su lado: Inés, desnuda, dormía como un bebé. En su majadería, no se había dado cuenta de que a su amada la había vencido el sueño.

Qué bonita era.

Recorrió su cuerpo con las yemas de los dedos, sin tocarla. Sintiendo esa electricidad, esa magia en forma de zumbido inaudible que desatan dos pieles antes de rozarse. Dos pieles que se quieren, que se aman, que son una.

Dos pieles convertidas en un manto conyugal.

Rojo se contagió del sueño de la mujer que amaba. Sin darse cuenta, sus ojos se cerraron y empezó a soñar que estaba tumbado junto a Inés, ambos desnudos y bañados por la luz de la luna, soñando que estaba tumbado junto a Inés, ambos desnudos y bañados por la luna, soñando que estaba tumbado junto a Inés.

En el sueño, en el sueño del sueño, en el sueño del sueño del sueño, y más aún en la realidad, la presión en el pecho de Rojo se esfumó.

Marido y mujer durmieron como un bebé. Bueno, dos bebés. Hasta que el toque de diana que anunciaba el último día de vida de Franco los despertó.

Esa mañana hasta la corneta sonó bien. Como jamás de los jamases había sonado.

A puñetera música celestial.

35

La niña. La puta niña de los cojones. Sí, la única niña. La de los ojos de viuda. La de la casa triste, la última del pueblo, o la primera, según se mire. La desolladora de perros. La que llevaba en la mirada mil guerras. Pasadas, presentes y futuras. La que había visto el horror en todas sus formas y colores. La que había visto todo lo que no debería haber visto jamás un ser humano. Ni niña, ni mujer ni anciana. Esa niña. La hija de la mujer coja con la puntería de David, el archienemigo de Goliat. La niña que, obediente, se acostaba con quien le dijera su madre. Para hacerle llegar a su desahuciado padre morfina de estraperlo. Por un chusco de pan.

Esa niña sin nombre, que Rojo nunca supo que se llamaba como se llamase. Qué más daba.

Esa niña y ciento trece margaritas. Las que llevaba entre las manos como ofrenda al dictador. Ciento trece. Ni una más ni una menos. Y no era casualidad. Cien más que las rosas fusiladas al poco de acabar la guerra. Una de ellas, la tía de la niña con ojos de viuda. La hermana de la mujer coja no, la hermana de su marido. Al que Rojo alargó la vida con sus mentiras.

Esa niña y sus ciento trece margaritas caminando por la pasarela con un vestido de comunión.

¿De dónde habían salido la niña y las margaritas? ¿Por qué estaban ahí?

Él había diseñado el protocolo. Lo había mecanografiado con sus propios dedos, los que tecleaban a la velocidad del rayo. El doble de veloces que los de su amada Inés, aunque nunca se lo diría. A sus sesenta y dos palabras por minuto. Puede que sesenta y una, estaba desentrenado. Él había teñido las hojas de negro y él las había repartido al coronel, a la tropa y a los idiotas de la Falange que visitaron el campo una semana antes de la llegada del enano. Todas las copias selladas y firmadas como mandaba el reglamento. Y estaba seguro, más seguro que nunca, de que en los documentos no había ninguna referencia a una niña y mucho menos a ciento trece puñeteras margaritas.

Pero ahí estaba. En la pasarela, niña y flores acercándose a Franco, que miraba sonriente a la cría, con su cara de pedófilo baboso.

Rojo la observaba atónito a doscientos de metros de distancia, con las espaldas cubiertas. A salvo. Con el detonador en las manos. En unas manos que temblaban como nunca lo habían hecho. Y sudaban. Pero que agarraban firmes el detonador conectado a los ochocientos kilos de dinamita encartuchada y oculta a los pies de la comitiva fascista.

Era el momento. El instante soñado. Una presión de su pulgar y Franco pasaría a la historia. Franco, su séquito de falangistas, el coronel que se portó tan bien con Inés, pero qué se le va a hacer, el párroco con ojos de buitre, nariz de periquito y lengua de serpiente, el médico eugenista aficionado a meter cerebros en formol, los escoltas que no tenían más culpa que ignorar el horror que les

rodeaba, no iba a lamentar su muerte pero tampoco la aplaudiría, los cinematógrafos del *No-Do*, esos sí que le daban penita, pero eran víctimas de esas que se llaman inevitables, pobres criaturas. Todos los que debían morir iban a morir. Pero también la niña y sus ciento trece margaritas, que técnica y botánicamente hablando ya estaban muertas, pero no la niña.

Si hacía lo que debía, la niña con ojos de viuda moriría como las margaritas. No solo moriría, él la mataría. Él. El alférez Rojo Rojo, el hijo de primos carnales, el niño tartamudo, el presunto putero a ojos de su novia pianista, el supuesto traidor a ojos de la traductora, el que apuntaba maneras de héroe, el que solo quería vivir para amar a Inés.

Al título de magnicida se iba a añadir el de infanticida. Era probable que nadie descubriera jamás que entre la retahíla de muertos en el pantano se encontraba una niña. Que eso no trascendiera a la opinión pública ni a los libros de historia. Sería una muerte opaca, invisible. Nadie le reprocharía a Rojo haber matado a la niña porque nadie sabría que la niña con ojos de viuda estuvo ahí.

Nadie excepto él. Y puede que Inés.

El día había empezado bien para los amantes. A pesar de haber dormido apenas tres o cuatro horas se levantaron relajados y menos nerviosos que cuando se acostaron. Tanto, que hicieron el amor sin que el fantasma de Franco se les metiera en la cama.

Con los deberes conyugales cumplidos, desayunaron con un hambre voraz. No hablaron de Franco, ni de la presa ni de los

ochocientos kilos de dinamita. Como un día cualquiera, con la salvedad de que ambos sabían que no lo era.

Era el segundo día consecutivo que los esclavos no trabajaban. Nunca había encadenado dos días sin empuñar el pico. A excepción de los que habían enfermado o muerto.

La realidad es que los presos ya no tenían nada que hacer. Terminada la obra, solo les quedaba esperar un nuevo destino esclavo. Pero Trujillo quería que formaran en el patio cuando el Mercedes-Benz 770 del dictador cruzara el portón alambrado.

Cosa que ocurrió a las once horas y once minutos.

Franco tenía la mano fofa. Y Rojo también. Fue el apretón de manos menos viril de la historia de los apretones de mano. Hacía calor, lo que contribuyó a que el saludo fuera aún más lamentable, pues las manos del Generalísimo y las del alférez estaban bañadas en sudor. Maldito sol, tanto que lo habían echado de menos y ahora les gustaría dictarle una orden de alejamiento.

—¿Usted es el de la fuga?

¿Podía ser cierto? ¿Franco, con su ridícula voz de monaguillo, le estaba hablando a él? ¿Al alférez Rojo Rojo? ¿Al tipo que se iba a convertir en su verdugo en cuestión de horas? ¿Y sabía de sus peripecias? ¿De las peripecias de un simple soldado?

Rojo se puso un poco nervioso. Al fin y al cabo, era la primera vez que hablaba con un jefe de Estado, dictador y golpista al que iba a convertir en papilla.

—Sí. —A Rojo le salió un gallo. Mierda. Lo último que quería era que ese idiota le tomara por un idiota.

—Es usted un ejemplo, soldado. El Movimiento Nacional y España siempre van a estar en deuda con usted.

«No lo sabes tú bien, mamarracho». Eso no lo dijo, pero Rojo lo pensó. Lo pensó con todas sus fuerzas, a ver si una fuerza telepática secreta hacía que el mensaje llegara al diminuto y abotargado cerebro del fascista, padre de la patria.

—Solo cumplí mi deber, general. —Eso sí lo dijo Rojo. Y lo dijo cuadrándose con la certeza de que lo que iba a hacer ese mismo día, volar en mil pedazos a Franco, era precisamente eso: cumplir con su deber.

—¿Y esa cicatriz?

Uno de los dedos fofos de una de las manos fofas del Caudillo señaló la mejilla marcada del escolta.

—Pues de defender España, y eso… —No fue la mejor respuesta de Rojo. No se había preparado el discurso y, si lo hubiese hecho, no habría adivinado que el jefe del Estado iba a preguntarle por la impronta del Marsellés en su rostro.

—Entonces siéntase orgulloso, alférez.

Y ese fue el final de la trepidante e intensa conversación entre Rojo y Franco.

Una conversación que, a pesar de lo que creía el alférez traidor, no iba a ser la última que ambos mantendrían.

Rojo sintió pena por Franco. No por el hecho de que estuviera consumiendo sus últimos instantes de vida ajeno a que eran sus últimos instantes de vida. Más o menos como la mayoría de los mortales cuando les llega la hora. Sentía lástima por él porque

estaba descontando latidos escuchando la infame misa del padre Arcadio. Eso sí, en esa ocasión sin insultos ni vejaciones, que Franco era de oído delicado.

Todo ello bajo un sol abrasador que el cura ignoró, convencido de que aquella misa era la más importante de su vida. Su minuto de gloria o, mejor dicho, su hora y media de gloria bajo un sol de justicia y un calor asfixiante. Ni cuando Atienza se desplomó insolado, el párroco viperino se dio por aludido.

Cuando llegó la hora de la eucaristía ya habían sido tres los escoltas y siete los esclavos que había desfallecido por el abrasador calor. Franco aguantó como un campeón. Con unas ganas enormes de estrangular al párroco con sus propias manos varias veces, pero aguantó como un campeón. Fue de gran ayuda, claro, el paraguas que uno de sus lameculos falangistas sujetaba a su vera protegiendo su calva del sol. Así cualquiera, pensó más de uno.

Tras la misa infernal, el doctor Nájera se empecinó en mostrar al líder patrio sus logros científicos, que tenían tan poco de logros como de científicos. Como mucho eran fábulas perpetradas por una mente enferma. La visita al botiquín del matasanos no estaba en el programa, y así se lo hizo notar Rojo a Trujillo para que este tomara medidas. Cuando el coronel vio la rapidez y desgana con la que el Caudillo ventiló la visita guiada del doctor, se sintió aliviado por no tener que intervenir.

Era la hora de ir a cortar la cinta.

La hora de matar a Franco.

Los del *No-Do* ya estaba ahí, con su cámara Bollex Paillard H16 Supreme armada con una óptica Schneider-Kreuznach de noventa milímetros y un chasis de ciento veinte metros de película de una sola perforación.

Lo primero que rodaron fue la llegada de la comitiva a la pasarela donde se había dispuesto la cinta inaugural. El kilómetro cero de la muerte del dictador.

Cada uno ocupó el lugar que dictaba el croquis que dibujaron Inés y Rojo desnudos, tras una exhausta sesión de sexo. Qué obedientes son los fascistas cuando se les olvida mandar.

Rojo llegó con la lengua fuera al escondite donde estaba el detonador. Casi se rompe la crisma un par de veces. Qué ridículo habría sido que el magnicidio se frustrara por una torcedura de tobillo. La sorpresa para Rojo fue descubrir que aunque se hubiese roto la tibia el plan habría salido adelante, porque ahí, en el puesto del verdugo, estaba Inés con el detonador a sus pies.

La presencia de Inés en la atalaya de la muerte no estaba en el plan de Rojo, pero se alegró sobremanera al verla ahí. La besó como nunca la había besado. La adrenalina, claro. La inminencia de una muerte de la que iban a ser copartícipes le provocó una excitación poco apropiada dadas las circunstancias. Inés sintió lo mismo, o más. Si es que se podía sentir más.

—¿Quieres hacer los honores? —Rojo se agachó y agarró el detonador con las dos manos, tendiéndolo a su amada.

—Nunca he matado a nadie.

Eso era cierto. Rojo, en cambio, había matado a tres personas. Qué diferentes habían sido aquellos asesinatos. Ninguno se parecía al anterior. Y el que estaba a punto de perpetrar, menos aún. El de

Franco se iba a llevar la palma. Sin duda. Por *modus operandi*, por número de fallecidos y por la repercusión que tendría, claro.

—Todo es pillarle el tranquillo —bromeó Rojo, aún tendiéndole la carcasa del detonador.

—Hazlo tú. —Inés sonrió, agradeciendo el gesto de su amado.

Franco tenía las tijeras en la mano. Tras la bendición del párroco insolente, el Caudillo acercó sus sudorosas y fofas manos a la cinta inaugural.

Y entonces fue cuando la vio.

La niña con ojos de viuda caminando con las ciento trece margaritas de los cojones.

No podía ser. La niña con ojos de viuda sabía perfectamente lo que iban a hacer. Si no ella, su madre. La maqueta de la presa había estado expuesta en la cocina de su casa. Ahí el mayor Morera y su gente adiestraron a Rojo en cuanto a la colocación del explosivo. Madre e hija eran las que surtían de dinamita a Rojo todos los días, a las ocho de la mañana. Puede que no tuvieran los detalles, pero sabían qué iban a hacer ese día. En ese instante.

Y, a pesar de todo, ahí estaba la cría. Con paso titubeante y mirada aún más difuminada de lo habitual. Porque sabía lo que iba a pasar. Sabía que Franco moriría, y ella caminaba hacia él.

Tres horas antes, dos escoltas, un tal Atienza y un tal Tarrida, habían acudido a la casa triste donde habitaba la única niña del pueblo. Ellos mismos habían recolectado las margaritas y reclutaron a la pequeña para que le regalara al dictador el ramo de flores en el solemne momento de la inauguración. La madre, la coja, no estaba

en casa y la niña se dio cuenta de que no tenía escapatoria. O casi. A la desesperada ofreció a los escoltas practicar el coito con ellos, juntos o por separado. Lo que fuera con tal de evitar su llegada a la presa a la hora maldita para morir junto con ciento trece margaritas y un dictador barrigón. Tarrida sopesó la oferta de la niña; si no hubiese sido por Atienza, podría haber aceptado. Pero el escolta devoto se mostró tajante. Sin matrimonio no hay coito. La niña con ojos de viuda asumió la derrota y su fatal destino. Si algo había aprendido desde que estalló la guerra es que a los tipos de uniforme se les obedece y punto.

Estaba a menos de dos metros de Franco cuando extendió los brazos tanto como pudo. El Caudillo la miró con ternura. Sí, se puede ser un dictador genocida y emocionarse con la tierna mirada de una niña. Una cosa no está reñida con la otra.

Franco agarró las flores.

—Tranquilo. Se va.

Inés intentó calmar a Rojo, al que el detonador que sujetaba le quemaba las manos.

Pero la niña con ojos de viuda no se iba. No sabía por qué. Tenía cara de querer irse. De no querer estar ahí. Pero no se iba. ¿Por qué?

Un paso atrás de la cría desveló la respuesta. El jefe del Estado sujetaba a la niña con su mano fofa y sudorosa. La agarraba por el antebrazo, orgulloso, paternal.

—La tiene agarrada con la mano —se lamentó Rojo. Cómo quemaba el puñetero detonador.

—Querrá que le saquen una foto con ella. Se irá, ya verás. Y cuando se vaya, boooom.

Pero no se iba.

Franco cortó la cinta pegando su barriga a la cara de la niña, que no hacía otra cosa que despedirse del mundo una y otra vez. Cada espiración podía ser la última. Cada parpadeo.

Pero el fin no llegaba. Rojo era incapaz de proporcionárselo.

Se iría, insistía la traductora cada vez con menos convicción.

El alférez ni contestó. ¿Para qué?

Franco se agarraba a su salvavidas en forma de niña como si su puñetero ángel de la guarda le hubiese advertido de que si no lo hacía se iría al carajo. La estampa quedó inmortalizada por los señores del *No-Do*, que rodaron varias tomas del patán y la cría.

Rodaron cómo la niña le entregó las flores, cómo ayudó al Caudillo a cortar la cinta, cómo les salpicó el agua bendita con la que el padre Arcadio bendijo la obra, y cómo el dictador, siempre con su mano sebosa agarrada a la de la niña con ojos de viuda, caminó por la pasarela hasta alejarse del peligro.

Poniendo tierra de por miedo entre él y su muerte.

A la mierda. Todo se fue a la mierda. A la más profunda de las mierdas.

Rojo no pulsó el detonador. No fue capaz. E Inés tampoco. No se mata a una niña. Ni por la libertad ni por nada. Simplemente no se la mata. Y no la mataron.

Franco vivía de propina mientras los amantes se lamentaban en el cuartucho donde había sido tan felices. Estaban devastados. Más que devastados. Triturados.

Se hallaban en silencio. Sin mirarse. Sin olerse. Sin tocarse. Sin amarse.

La cama cómplice los contemplaba sin entender nada. ¿Qué les había pasado? ¿Qué cojones había sucedido? ¿Por qué no pegaban botes encima de ella como solían? Como siempre hacían. ¿Por qué?

Inés salió de su letargo, se levantó del suelo, donde estaba sentada, y caminó hacia la silla sobre la cual reposaba el culo de Rojo.

Lo abrazó estrechando la cabeza del alférez contra su vientre. Con fuerza. Como si quisiera que entrara dentro de sí para protegerlo, para acallar su llanto mudo.

Para lo que fuera menester.

Contra todo pronóstico, Franco engulló las viandas que habían dispuesto para agasajarlo a la hora del almuerzo. Aquellas viandas que Rojo soñó que comerían los presos para festejar la muerte del tirano. Pero no. El tirano se las comió.

En la mesa había una silla vacía. La del alférez Rojo. La excusa de la diarrea siempre funciona. Trujillo no quería tener en la mesa en que agasajaba a Franco a un oficial que se iba de varetas. Por muy oficial de confianza que fuera.

Rojo, liberado del almuerzo oficial, fue incapaz de comer nada. Ni Inés. Fueron incapaces de comer ni un solo beso.

Tras la comida a la que no fue, mientras el cortejo del Caudillo se disponía a abandonar el campo, Rojo se dirigió al barracón número

cuatro para reunirse con aquellos hombres que habían ingresado en el campo *motu proprio*. Los que habían renunciado a una fuga que olía a éxito, y los guerrilleros maquis que sacrificaron su libertad y su fuerza de trabajo para que la presa estuviera lista cuando debía. Sentía que les debía una explicación.

Nadie se la pidió.

Como en el cuartucho de Inés, en el barracón número cuatro todos permanecieron en silencio. Sin mirarse. Unos fumando, otros asando ratas, otros más despiojándose, algunos curando las cicatrices que el invierno había dejado en sus pies en forma de sabañones. Así estuvieron cerca de una hora. Sin ilusión. Sin esperanza. Sin verbo.

Rojo fumó el primer cigarrillo de su vida. Y el último. El desánimo le impidió siquiera toser. Le pareció asqueroso. Pero más asqueroso le pareció que Franco siguiera con vida y estuviera a punto de embarcar de nuevo en su Mercedes-Benz 770 para salir del campo rumbo a una vida que ya no debería estar viviendo.

Pero así sería.

El Caudillo iba a abandonar San Martín del Río Cuervo sin saber lo cerca que había estado de irse a tomar por saco. Sin saber que una niña con ojos de viuda y sus ciento trece margaritas le habían salvado la vida.

—Tenemos la dinamita. Habrá más presas.

Las palabras del mayor Morera, acostumbrado a espolear ejércitos, no espolearon absolutamente nada. Fue un vano intento para levantar el ánimo de los presentes.

No funcionó.

El alférez Rojo Rojo fue a los aposentos del coronel Trujillo, que le había hecho llamar. Quería felicitarle por cómo habían salido las cosas con el Generalísimo.

—Esto puede ser un antes y un después en nuestra carrera, Rojo. Se acabaron los campos infectos. Estoy seguro de que nos destinarán a la capital. A Madrid. Al menos a mí. Y no dudes que voy a reclamar tu presencia. Te quiero en mi equipo. Juntos podemos hacer…

Rojo no escuchó lo que podrían hacer o deshacer juntos coronel y alférez. No le interesaba.

No sabía muy bien qué iba a hacer a partir de ese momento, pero tenía muy claro que abandonaría el ejército. Si no se lo autorizaban, corría el riesgo de convertirse en desertor. Le daba igual.

Huiría con Inés. A Francia. A Suiza. A Australia. Huiría donde no los pudieran encontrar jamás. Había mucho mundo más allá de los Pirineos, era ridículo pensar que no podrían escapar de un ejército de mierda como era el de la Nueva España. Él formaba parte de ese ejército, así que sabía de qué hablaba. Una panda de vagos, de incompetentes, de ladrones y de violadores.

Lo buscarían durante una temporada. Semanas, meses a lo sumo. Pero luego se cansarían. Al fin y al cabo él no era nadie. Un simple alférez. Podría haber sido el más magnicida de todos los magnicidas, pero se había quedado en eso: un simple alférez.

Cuando Trujillo acabó de piropear a Rojo, este se encaminó hacia su barracón. La vergüenza le impedía dormir esa noche con Inés. Estaba seguro de que la traductora lo entendería. No le pediría explicación alguna. Era mucho más lista de él. Cuando él iba, ella había vuelto y se había tomado un par de infusiones de tomillo.

Mientras bajaba las escaleras para abandonar el edificio donde Trujillo reinaba, oyó cómo el motor del Mercedes Benz 770 empezaba a rugir.

Franco se iba.

Rojo entró en el baño para orinar. Su sorpresa fue mayúscula al encontrar allí, de pie, como el más mundano de los españoles, a Francisco Franco Bahamonde, ocupando el tercer urinario empezando por la derecha.

El alférez se quedó de piedra. Franco, campechano como el que más, le invitó a ocupar el urinario colindante al suyo.

—Alíviese, alférez. Alíviese. Es malo retener.

Rojo obedeció, se desabotonó la bragueta y aireó el pene. La impresión hizo imposible la micción. Pero se mantuvo con las dos manos agarradas al pene como si estuviera haciendo la mayor de las meadas.

Franco parecía no tener fondo con la suya. El caudal de su orín silenciaba la ausencia del de Rojo.

—No le he visto en la pasarela, alférez. Qué lástima que no haya salido en la película. Seguro que a sus padres les hubiese gustado verle en el cine.

Y así fue como Rojo, por una extraña asociación de ideas, se acordó del Marsellés. La proyección de la película de cine de la tía Encarna, él corriendo al calabozo del Marsellés para evitar que se ahorcara, el ataque a mordiscos del brigadista francés a su mejilla izquierda…

Liberó una de las manos que sujetaban su pene y se tocó la cicatriz que cada día esquivaba al afeitarse. La misma que a Inés le gustaba recorrer con los dedos y decía que le daba un aire canalla.

La cicatriz de una dentellada.

Todo fue muy rápido, todo fue muy lento. Cuando uno arranca el esófago a un dictador de un mordisco, la percepción del tiempo, se quiera o no, se ve alterada.

Franco no opuso resistencia. No pudo. Simplemente no lo vio venir. Lo último que podía imaginar era que un tipo con el pene asomando a través de la bragueta de su uniforme, saltara como un lobo contra él y le arrancara la vida.

Pero así fue como sucedió. Ni más ni menos.

El enano cayó al suelo desde muy abajo, así que apenas se lastimó. Rojo juraría que ya estaba muerto cuando su ridículo bigote de inspiración nazi besó el cemento.

No movió ni un solo músculo. Solo murió. Murió del todo. De arriba abajo, de izquierda a derecha. Muy a derecha.

La vida le otorgó al puto dictador una prórroga de más de tres horas durante las cuales pudo disfrutar de la fabada, la merluza, los huevos rellenos y el monte nevado.

No fue su última cena, pero sí su último almuerzo.

Franco pereció en aquel urinario, con el pene colgando de la bragueta. Al igual que su atacante.

Nadie debería morir con el pene oteando al mundo. Tampoco matar. Pero sobre todo morir.

No luce en la esquela.

Epílogo

Durante años tuvo un sueño. Más bien una pesadilla. Una de esas que se llaman recurrentes. Una que le torturaba un par de noches al mes. A veces más. A veces menos.

En ella Franco estaba vivo y su reinado se extendía hasta mediados de los años setenta. España se veía sumida en una oscura dictadura de casi cuatro décadas.

Qué puta locura.

Qué sinsentido.

Una distopía con un pueblo como protagonista. Un pueblo sin libertad, sin esperanza, sin luz. Como si tras la victoria de los falangistas el régimen del terror se hubiese extendido en el tiempo y en el espacio como un chicle. Como un moco.

Como si el franquismo no se hubiese derrumbado después de que Rojo masticara el esófago del enano fachón.

Era, en el sueño tortuoso del verdugo del Caudillo, una España de vencedores y vencidos. De gente de bien y de parias. De afines y desafectos. De Dios y de Dios.

En la pesadilla, España había sido abandonada a su suerte. La comunidad internacional había dado la espalda a los que luchaban contra la injusticia, por la democracia. Las Naciones Unidas y las más

importantes potencias habían reconocido el régimen del horror de Franco y lo habían legitimado.

Miles de soñadores, sí, en la pesadilla de Rojo había soñadores, habían sido duramente represaliados, condenados a penas de cárcel, incluso ejecutados con un garrote villano.

En la pesadilla, la suerte y el destino los dictaban los contactos, el monedero y el legado. Pobre y rojo, a la caja de pino. Afecto al régimen y con dinero, al hospital de cinco estrellas.

La educación no existía, la había suplantado el adoctrinamiento religioso. Los curas eran los encargados del saber, o mejor dicho, del no saber. Había dos tipos de adoctrinamientos, el de los ricos y el de los pobres. En el de los pobres hacía más frío y había más piojos. En ambos el cura tenía la potestad de sobar los testículos del púber que se le antojara.

La cultura se había ido de viaje. Con billete solo de ida. México, Francia, Argentina, Estados Unidos… Hubo más destinos. La fosa común, el más concurrido de todos ellos. En la pesadilla del exalférez la cultura era una apestada. Y el cine, aquel arte en el que Rojo habría triunfado sin duda, estaba sometido a las más férrea de las censuras. Al igual que toda expresión artística.

Era un país en el que el papel de la mujer quedaba relegado a amamantar a las nuevas generaciones. Y cuidar a las viejas. Limpiarles el culo a los abuelos, si no tenían la decencia de morirse cuando les tocaba. Un lugar donde el sagrado y sublime cometido de las féminas se ceñía a abrirse de piernas a demanda de sus esposos. A satisfacer deseos nunca compartidos. A decir sí. Siempre sí. Y solo sí. Antes, durante o después de la primera bofetada. O la segunda, no más allá. Lo demás sería provocar al varón. Siempre sí. Y solo sí.

Amar, producto de primera necesidad donde los haya, era un bien fiscalizado por el Estado. Dios, y no el corazón, dictaba a quién amar y a quién no. El amor demencialmente tildado de obsceno y contra natura era castigado de forma cruel. La clandestinidad era el único refugio posible para los que amaban más allá de las puñeteras Escrituras.

Un país de trabajadores sin derechos, de salarios para malvivir o para no vivir. De esclavos encarcelados en chabolas de uralita en lugar de celdas.

Una España de miedo. De miedo ya no a alzar la voz, miedo a hablar, miedo a murmurar, miedo a musitar, miedo a pensar, miedo a pensar incluso en voz baja. Muy muy baja. Porque solo se podía pensar en una dirección, no había carreteras de doble sentido. Ni había visos de que las hubiera. Ni de coña.

Una España de mierda.

Un país de pesadilla en el que, tras la muerte natural del dictador, se instauraría una democracia pillada con pinzas. De chichinabo.

Una monarquía con un rey que lucía su corona en el glande.

Una España que daría la espalda a la memoria. A la reparación. Donde los hijos de los torturados vivían en calles con los nombres de los torturadores. Sin que nadie se inmutara. Sin que a nadie le importara.

Una España donde los nostálgicos campaban a sus anchas. Con total impunidad.

Paradójicamente, a Rojo le gustaba tener esa pesadilla. Nunca lo reconoció. Ni ante Inés, que estaba al tanto de la naturaleza de sus

pesadillas, ni ante sus hijos, que en efecto fueron tres, todos machos, aunque no ibéricos, Pablo, Tello y Roque. Los tres sabían de los terrores nocturnos de su padre. Y cuando oían a Rojo resquebrajarse en sus miedos, se levantaban para abrazarle, besarle, reconfortarle.

El mundo al revés.

Maravilla de mundo.

Pues sí, Rojo disfrutaba de esas pesadillas. Tanto por los arrumacos de sus hijos, como porque lo mejor de las pesadillas es despertar y darse cuenta de que uno conserva todas las extremidades.

Y las libertades.

Y de que lo que ha ocurrido en el sueño se ha quedado en el sueño. En ese universo extraño.

En el mundo que está más allá del duermevela.

En el mundo de lo que jamás ocurrió.

Conrado Rojo Rojo, hijo de primos hermanos, nunca fue un héroe. Jamás se supo que fue él quien acabó con la vida de Francisco Franco Bahamonde. Quien le extirpó un órgano lo suficientemente vital como para que dejara de respirar.

O de dar por culo, que en su caso era lo mismo.

Tras el magnicidio de los penes asomando por las braguetas, el alférez regresó a su barracón, el cuatro, y se cambió la ropa ensangrentada por otra por ensangrentar. Pudieron haberle visto decenas de escoltas y cientos de presos, pero nadie lo hizo.

Suerte.

En el campo, para despedir a Franco, habían arreglado, por fin, el mástil, la polea y la bandera. La tela rojigualda con el periquito desteñido, insignia de la Nueva España, vieja ya en ese instante sin saberlo, ondeaba en lo alto por primera vez desde hacía meses.

Todos la contemplaban. Unos, maravillados, con lágrimas en los ojos. Otros, asqueados, con arcadas.

Los esclavos no reconocían aquella bandera como la suya. Tras el fracaso de la voladura de la presa, ninguno de ellos sabía, ninguno podía soñar que en cuestión de meses la tricolor volvería a ondear en lo alto de todos los mástiles.

Menos en ese, que fue derribado a los pocos días.

La dictadura del enano se había cobrado muchas vidas, pero apenas había logrado consolidarse. Ni tres años duró. Un espejismo deleznable salpicado de sangre. Pero espejismo, al fin y al cabo.

El franquismo fue un chiste en el que murieron demasiado inocentes. Un chiste sin puta gracia, pero con final feliz.

El cuerpo del enano aún estaba caliente cuando la República regresó.

Y regresó para quedarse.

FIN

Agradecimientos

Escribí este libro sin contárselo absolutamente a nadie. Ni a mis seres más queridos. De tapadillo, de manera casi furtiva. Por las noches, fines de semana y vacaciones. ¿El motivo? Casi seguro, por miedo al fracaso. Si es que se puede entender como fracaso el hecho de que ninguna editorial se interese por lo que uno ha escrito. Que no debería ser así.

Afortunadamente lo que escribí sí suscitó interés en la industria editorial, y hoy *Rojo* es una novela de carne y hueso.

Y lo es gracias a mi agente literaria, Justyna Rzewuska, que, cuando apenas había leído las primeras páginas, me mandó un mensaje de texto que me sonrojó y me hizo creer que *Rojo*, que por aquel entonces tenía el pésimo título de *Rojo Rojo*, algún día podría ver la luz. Justyna remó y remó hasta lograrlo.

El colaborador necesario de Justyna para que *Rojo* acabara en los estantes de las librerías ha sido Toni Hill, mi editor. Aún se me hace raro pensar que tengo editor y agente literario, quién lo iba a decir… Él me agarró de la mano y me acompañó en el proceso de convertir el texto que le entregué en un texto mejor.

Detrás de Toni y Justyna hay un montón de gente tanto en Grijalbo, Penguin Random House como en Hanska Literary & Film Agency, que, a pesar de que no los conozca, seguro que han

aportado su grano de arena a esta aventura. Anna Adell es una de las que sí conozco, y sé que lo ha hecho. Con esmero.

R, la voy a llamar R para no comprometerla y también para hacerme el interesante, jugó el imprescindible rol de catalizadora. Sus ojos desvirgaron el texto. Ella lo sabe.

La historiadora Silvia Casado, el filósofo Carlos Fernández Liria y la periodista Olga Rodríguez han jugado también un papel importante, sin saberlo. Sus libros, reflexiones y contactos han sido fundamentales para que *Rojo* exista.

Uno de esos contactos, el contacto estrella me atrevo a decir, fue Carlos Hernández de Miguel. Su estudio sobre los campos de concentración franquistas, que generosamente me pasó poco antes de su alumbramiento hace más de ocho años, se convirtió en mi piedra Roseta. Espero que no se tire de los pelos cuando lea —si lee —, las licencias que me he tomado.

Y dejo para el final el agradecimiento fundamental.

Inés Osoro Pérez-Puchal.

Mi chica no figura en este apartado por el mérito de ser mi pareja (que lo tiene), sino por haber sido ella la que hace casi veinte años prendió la mecha para que esta historia se hiciera hoy realidad. Fue cuando me mostró el documental sobre prisioneros de campos de Franco que ella había realizado en la facultad de Comunicación Audiovisual, y me abrió las puertas de un universo del que tenía claro que había que hablar. Y no solo porque fuera un filón desde el punto de vista narrativo, también porque era, y es, una realidad de la que resulta necesario hacerse eco.

Las nuevas generaciones deben saber, y las viejas no olvidar, que lo que hacían los nazis allende Europa, y que tantas veces vimos en

el cine y en la televisión, otros lo hacían aquí.

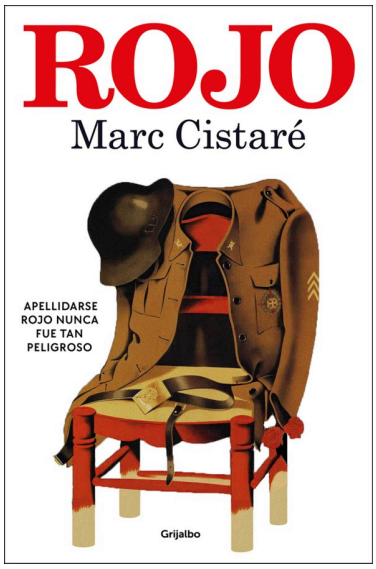
En nuestra casa.

Así que una cosa os tiene que quedar clara: si leéis *Rojo* y no os gusta lo más mínimo, no me culpéis a mí.

Culpad a mi chica.

A Nesi.

En la España de la posguerra, solo había una cosa peor que apellidarse Rojo... Que tus apellidos fueran Rojo Rojo.



Esto es lo que no deja de repetirse el protagonista de esta historia. Conrado Rojo Rojo ha pasado la contienda sano y salvo en un puesto administrativo del bando nacional. Sin embargo, ahora debe empezar a trabajar en un campo de prisioneros donde cumplen condena los perdedores republicanos. El día de su llegada, Conrado es testigo de un abuso de autoridad que termina en tragedia. En ese instante comprende que sus nuevas responsabilidades están llenas de contradicciones y de peligros, tanto por parte de los guardias como de los desafortunados internos.

Un coronel sádico, un delirante plan de fuga y un personaje único empeñado en hacer el bien en un entorno cada vez más siniestro, conforman una espléndida tragicomedia.

Una muestra de la cara más auténtica, y a la vez más surrealista, de los primeros años de la dictadura, cuando España vivía dividida entre vencedores y vencidos.

Marc Cistaré es un conocido guionista, creador y productor ejecutivo que ha trabajado en series tan populares como *Los hombres de Paco*, *Vis a vis* o *El barco*. Ha recibido galardones nacionales e internacionales por creaciones como *La víctima número ocho* y *Las Pelotaris 1926*.

Con cerca de doscientos guiones a sus espaldas, Cistaré debuta ahora en la narrativa con *Rojo*.



Primera edición: octubre de 2025

© 2025, Marc Cistaré Fonoll
Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Hanska Literary & Film Agency, Barcelona, España.
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Marina Martínez
Fotografía de portada: © Chronical History / ACI

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-253-7158-5

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @grijalbo_es
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

[1] Tomad y comed todos de él porque este es mi cuerpo, que será entregado por todos vosotros.
[2] Tomad y bebed todos de él porque esta es mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna que será derramada por todos vosotros. Haced esto, que es mi memorial.

Índice

Rojo

Primera pate

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9

Segunda parte

- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19

Tercera parte

- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23

Cuarta parte

- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Marc Cistaré
Créditos
Notas